



Marc
Dugain

**Avenida de los
gigantes**

Lectulandia

Si no midiera casi dos metros veinte y tuviera un coeficiente intelectual superior al de Einstein, Al Kenner sería un adolescente ordinario. El día del asesinato de John Fitzgerald Kennedy, sin embargo, su vida dará un vuelco y saldrá a la luz que en el cuerpo de ese gigantón habita un muchacho traumatizado por los malos tratos que le inflige su madre alcohólica, que disfruta decapitando gatos y jugando a la silla eléctrica con su hermana menor, y que ha asesinado a sangre fría a sus abuelos. Después de cinco años internado en un psiquiátrico, rehabilitado y sin antecedentes penales gracias a su extraordinaria inteligencia y sus dotes de manipulación, Al pisará de nuevo la calle.

Desconcertado ante el pacifismo y la contracultura de los jóvenes de su edad, esos hippies a los que no alcanza a comprender, y tras ver truncado debido a su altura su deseo de alistarse para ir a Vietnam o ingresar en la policía, Al se convierte en asesor psicológico de la policía de Santa Cruz. Como él mismo afirma, «haber matado confiere una auténtica legitimidad en la comprensión del fenómeno del paso a la acción que siempre será un misterio para el neófito», y está dispuesto a ayudar a poner fin a la ola de crímenes que vive California.

Inspirado en un personaje real, Ed Kemper, un asesino en serie condenado a perpetuidad, y narrado como si se tratara de las memorias escritas por el protagonista desde la cárcel, Avenida de los Gigantes es un perturbador autorretrato de un asesino fuera de lo común.

Lectulandia

Marc Dugain

Avenida de los gigantes

ePub r1.0

SoporAeternus 28.05.15

Título original: *Avenue des Géants*
Marc Dugain, 2012
Traducción: Joan Rimbau
Retoque de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Florent, Héloïse, Roman Kamil y Emmanuelle: mi alegría.

A Bruno Jeanmart, psicoanalista y filósofo, mi más viejo amigo. Este libro
germinó en nuestras conversaciones tardías.

Ser es estar acorralado.

CIORAN,
Desgarradura

1

Como todos los meses, la mujer se encuentra frente a él tras instalarse pesadamente en la silla. Saca los libros de la bolsa, una decena. La mayoría están encuadernados en tapa dura. Echa un vistazo rápido y los deja delante de él. Sonríe con un trazo fino sin mirarle a la cara. Desde hace años evita que sus miradas se crucen y eso la obliga a apartar la vista. A menudo baja la cabeza y eso le brinda a él la ocasión de ver crecer el surco de su calvicie en medio de su cráneo. Tiene el cabello largo y cuesta saber cuándo lo lleva limpio porque ni siquiera cuando lo lleva limpio lo parece. Debió de ser pasablemente guapa, en la medida en que puede adivinarse una antigua belleza detrás de unos rasgos hinchados. Él también está derrengado, pero tiene sus buenas razones. En el caso de ella, sin embargo, no están tan claras. Le gusta esa mujer. De hecho, ha llegado a la conclusión de que le gusta porque no siente nada por ella, ni amor ni odio. A veces un poco de irritación. Le reprocha que sea la única persona que le visita. Le reprocha que los demás no lo visiten nunca, cosa que es un poco injusta puesto que ya no hay nadie más. Es lo suficientemente perspicaz como para haberse percatado de que desde hace tiempo ella tiene algo que decirle. ¿Pero qué? Lo ignora. Solo siente el peso de una palabra que no se expresa. Es más que una cuestión de timidez. Nunca se comporta con verdadera naturalidad delante de él. Finge. Con bastante torpeza y a menudo con una voz que no acompaña a sus expresiones. A veces la siente iluminada, otras completamente apagada. Tiene unos grandes senos flácidos que rematan un cuello arrugado. No le parece muy esplendoroso en una mujer que debe de rondar los sesenta. Sin embargo, le agradece que no le haga fantasear. No hay que forzar un motor que ya se ha quedado sin gasolina.

—¿Ha hablado con la prensa acerca de lo que comentamos?

Ella se toma un tiempo antes de responder. No hay en ello nada extraordinario pues siempre se toma un tiempo para responder, como si se sintiera responsable.

—Sí. Con varios diarios de la costa. Están int..., cómo diría, intrigados. Se lo están pensando. Pero me parece factible.

Aparta de nuevo la vista. Cuando hace eso, le daría un puñetazo en la cabeza, aunque en el fondo no tiene muchas ganas de hacerlo. Y además imagina los daños que provocaría mientras ella sigue hablando con su voz en la que cada palabra parece disculparse por salir de su boca pequeña para un rostro de ese tamaño. Debe de tener sangre india. No sangre fresca, sino sangre que se remonta a principios del siglo en que les ajustaron las cuentas.

—Para ellos es un poco arriesgado, ya se lo puede imaginar...

—¿Se refiere a la crítica literaria?

—¡Oh, no! En ese aspecto, cada uno tendrá su propia opinión. Es más por el hecho de revelar o no quién es usted. Si no dicen quién es, un día podrían reprochárselo. Y a la vez se dicen que si revelaran su identidad darían la campanada.

Vamos, así es la prensa...

Opina a destiempo como si la conversación ya no le importara. Siempre se ha comportado así. Es una manera de imponerse a sus interlocutores. Se echa atrás:

—He leído a muchos críticos en mi vida y no veo qué tendría que envidiarles. Me he tragado 3.952 libros desde principios de los años setenta; en una lectura minuciosa, no me lo podrá negar. ¿Me da eso derecho a tener una opinión sobre la literatura? Así lo creo.

—Me han dicho que pensaban en usted más como crítico de novela negra.

Trata de no parecer enojado para no asustarla, puesto que ella es muy asustadiza.

—Buena señal. Dígales que la novela negra no me interesa. En absoluto. Demasiadas convenciones, lugares comunes y enigmas sin interés.

Permanecen un buen rato sin decir nada, los dos mirando a otro lado. En esa habitación no hay nada en que posar la vista así que los dos barren la pared opuesta. Ya está harto de ella, pero se controla, no quiere que ella se dé cuenta, no es culpa suya. De repente, espeta:

—Puede darles la cifra. 3.952 libros desde 1971 hasta hoy. Y si quiere hacerles reír, dígales que solo había leído uno entre mi nacimiento en 1948 y 1971. Lo leí tres veces. ¿Adivina cuál?

Ella responde:

—La Biblia.

—No. *Crimen y castigo*. Un libro muy bueno, la verdad. No creo que se haya escrito otro mejor.

Lee en los ojos de ella que se pregunta si se trata de una broma. Tiene una bonita nariz recta y los ojos de un color original. Pero apesta a miedo como un cadáver apesta a muerte. Un miedo general a la existencia. No escatima el pachuli para disimularlo. Así debe de engañar a muchos. A él no.

Retoma la inspección de los libros que le ha traído y entre ellos descubre un intruso.

—¿Qué es este libro para niños?

—Una propuesta. Nos hemos dado cuenta de que no tenemos grabaciones para niños. Y hay muchos más niños ciegos de lo que se cree.

—¿Lo ha hecho a propósito?

Ella se derrite como un hielo bajo el sol y se enjuga la frente con el dorso de la mano. No entiende a qué se refiere.

—Sin duda ignora que mi abuela escribía libros para niños —dice despacio para tranquilizarla, pues ella ha adquirido un inquietante rubor—. Pero eso no es lo más importante, ¿se imagina que puedo grabar CD para niños con la voz que tengo? Hay que estar desesperado para tener semejante idea. Y es un trabajo enorme ponerse en el lugar de un niño cuando a uno no le han dado nunca la oportunidad de serlo. No tengo ese don.

Ella encadena a toda velocidad:

—Nadie está más cualificado que usted para la lectura. El editor le quiere a usted, bueno..., le queremos a usted.

Cree halagarlo. Ya no tiene edad para ello, aunque se jacte de sus cualificaciones.

Le promete que lo intentará, eso no cuesta nada y todo el mundo estará contento. Le gusta hacer concesiones. Puede parecer algo estúpido decirlo pero las concesiones le proporcionan un verdadero placer. Está convencido de que si todo el mundo aceptara recorrer la mitad del camino se evitarían los conflictos. Lo dice a menudo en las prédicas a sus muchachos. En cuanto la idea de la concesión germina en la mente, la violencia es derrotada. Aunque uno no tenga intención de recorrer la mitad del camino, con dar un paso hacia el otro se deja atrás la violencia. No quiere darle más vueltas a esa historia de libros para niños, de acuerdo, lo intentará. De lo contrario tendría la impresión de obedecer al pasado y no quiere hacerlo nunca más.

—Los buenos críticos comprenden que el paseo del autor alrededor del tema es más esencial que la esencia del propio tema. Ahí radica el auténtico viaje de la literatura. Dígame, ¿qué interés tendría zamparse miles de páginas solo por lo que debe ser dicho? He oído muchas bobadas sobre gente que no se lo merece. Al leer lo que Mary McCarthy o Henry Miller han escrito sobre Salinger, cuando solo son capaces de leerlo al pie de la letra, dudo acerca de la pertinencia de sus juicios y llego a preguntarme si no se trata de la confesión de la mediocridad de sus propios escritos. ¡A veces me pone de un humor de perros! Y ya no digamos todo lo que he llegado a leer sobre Carver. Claro, ahora lo han puesto en el Panteón y a punto han estado de enterrarlo en la cripta familiar de Chéjov, pero yo estaba ahí cuando despotricaban de su minimalismo. Tuvo que morir. Esa gente prefiere a las momias antes que a los seres vivos. A fin de cuentas, que hagan lo que les venga en gana, pero que no cuenten conmigo para las novelas negras, ¿está claro? Es un género menor, despreciable. Ni la novela negra más miserable es capaz de transcribir un diez por ciento de la realidad de la que habla.

Dice todo eso sin alzar la voz. Rara vez alza la voz. Sus cóleras estallan en una caja estanca. Cuando está encolerizado, es el único que lo sabe.

—Si de verdad no quiere el libro para niños...

Para él el tema está zanjado. ¿Por qué vuelve sobre la cuestión? Ha conocido a mucha gente como ella que no puede dar un paso al frente sin volver la vista atrás.

—Le he dicho que lo leeré.

Ella exhibe una patética sonrisita. Consulta la hora en su reloj y sonrío de nuevo para librarse de la insistente mirada que él le dirige. Le parece malintencionada pero se debe únicamente a que ya está harto de mirar fijamente la pared de detrás de ella.

—¿Cuándo volverá?

Parece súbitamente aliviada.

—Dentro de cuatro semanas.

Podría prohibirle la entrada. Le bastaría solicitarlo a la administración. Ya solo

tendría que depositar los libros. Tiene el poder para hacerlo, está seguro de ello, pero sería abusar de él. A veces siente una cólera sorda ante la idea de estar condenado a que lo único que pueda ver de una mujer sea esa cúspide de cráneo con aspecto de campo de trigo mojado. Está seguro de que ella se droga. Es de esas que a la hora de desayunar sostienen un porro en una mano y un café en la otra y se olvidan de comer. Debe de beber refrescos durante todo el día e intercalar una hamburguesa que habrá absorbido toda la grasa de la plancha. Desde que acude a verlo, hará ya unos treinta años, le está agradecido por no haberle confesado nada personal relativo a ella. No lo habría soportado. Es difícil de explicar, pero se lo habría tomado a mal. Puede aceptar una relación profesional, nada más. Está al acecho de las tentativas de privacidad para cortarlas por lo sano y ella lo sabe. Ella nunca ha cometido una torpeza.

Ha llegado el momento de concluir:

—¿Podría traerme un CD la próxima vez que venga? No me andaré por las ramas, no tengo con qué pagárselo.

Está muy contenta de poder complacerle y asiente temblorosa.

—De acuerdo, pues —dice él poniéndose en pie—. Skip James. Todo lo que pueda, pero sobre todo «Crow Jane» y «I'd Rather Be the Devil».

Ella se lo promete y se pone en pie a su vez. Le cuesta un poco levantarse de su asiento. A buen seguro se debe a la obesidad que pesa sobre sus rodillas. Le da la espalda, alza la mano a guisa de saludo, agacha la cabeza para pasar bajo la puerta y sale de la habitación ajustándose las gafas.

Un hombre respetado puede exigir ciertos privilegios. Uno de los suyos es poder recoger personalmente el correo. El jefe se lo entrega con una sonrisa. Le gustaría tener que relacionarse solo con tipos como él. No hay día en que no reciba una carta. Es difícil imaginar el placer que comporta abrir el correo con la certeza de que uno nunca recibirá malas noticias. Recibe dos tipos de cartas. Las más frecuentes son los agradecimientos de sus oyentes. No las han escrito ellos, sino que las han dictado a un allegado. Le dan las gracias por el cuidado con el que lee los libros, por sus entonaciones que, a decir de algunos, le sitúan a la altura del Actor's Studio. Aprecia el cumplido, aunque no le gustan los actores. No confía en esa gente cuyo oficio consiste en ser otra persona. Tarde o temprano, acaban por no saber quiénes son. La empatía no es su fuerte y cree que es mejor confesar las cosas que fingir, aunque tenga buenos sentimientos hacia todos esos ciegos que le escuchan. Imagina el sufrimiento de ser ciego sobre todo en los Estados Unidos, el país con los más bellos paisajes del mundo entero, pero afortunadamente los que nacieron así no lo añoran. Además de las de los ciegos, recibe cartas de admiradoras. A menudo son muy jugosas. Siempre le envían una foto. Una foto de identidad o un retrato de pie. Algunas posan completamente desnudas y con todos los matices que abarcan desde el erotismo a la pornografía más obscena con primeros planos de su sexo. Eso le da asco. Las cartas que las acompañan suelen ser demenciales y prefiere no hablar de

ellas pues darían una triste imagen de la humanidad. Hablando claro, le recuerdan a esos córvidos encaramados en las vallas de protección de las autopistas, fascinados por el pequeño cadáver de un animal salvaje aplastado y que aguardan el momento propicio para picotearlo entre dos camiones que circulan a toda velocidad. La administración nunca abre su correo. Así es como le llegan esas fotos. Las conserva en su estantería pero, sinceramente, nunca las mira. A veces rompe alguna. Hacia el cambio de siglo, unos diez años atrás, una mujer le escribió declarándole su amor y proponiéndole matrimonio. Adjuntó a su carta una foto de mala calidad, pero en su rostro bastante regular, porque es difícil hablar de belleza, podía verse que lucía aros de diversos tamaños repartidos por las orejas, la nariz y la lengua. Le mostró la foto a un tipo recién llegado que le dijo que ahora era normal que la gente luciera esos pendientes. Se quedó dubitativo durante más de media hora y finalmente se decidió a responder a aquella mujer que vivía en Reno, Nevada.

«No entiendo su interés por mí. Nunca he tenido intención de casarme, y ahora menos que nunca. Su foto solo me evoca a una mujer vulgar, perforada sin razón. No sé qué puede usted llegar a imaginar en su delirio de mujer malsana y desequilibrada y prefiero no saberlo. Ya no soy el hombre que fui hace treinta años y ese hombre no la hubiera amado más que yo. Es la primera y última vez que respondo a una de sus cartas, no somos del mismo mundo, métase eso en la cabeza de una vez por todas.»

No ha vuelto a oír hablar de ella.

El día en que Lee Harvey Oswald me robó el protagonismo, nada indicaba en esta parte de Sierra Nevada que estuviéramos en noviembre. Alrededor de la granja de mis abuelos la naturaleza estaba desguarnecida, pero los árboles diseminados por la colina de enfrente no cambiaban de color en otoño. El día había comenzado como tantos otros. Me había masturbado dos veces en la cama antes de levantarme. Una vieja receta para empezar el día calmado. Apenas había acabado cuando mi abuela se puso a gritar que me levantara. Luego entró en mi habitación sin llamar. Solo tuve tiempo de echarme encima la manta. Con una voz que pretendía ser amable dijo sin mirarme: «Hace un día muy hermoso, espabílate y ve a dar un paseo.» No me lo tomé a mal como una vez que creí que iba a matarla porque se metió en mi cuarto cuando estaba a dos segundos de la liberación. Nunca había sentido crecer en mí semejante violencia. Acabé levantándome, pero más tarde. No recuerdo si era entre semana o el fin de semana. No sería difícil comprobarlo, pues el 22 de noviembre de 1963 es una fecha bastante memorable. Tres días antes celebramos mi cumpleaños con ella y mi abuelo. La vieja había hecho un pastel que sabía a plástico frío. El viejo desenvolvió su regalo con los ojos húmedos: un Winchester Henry .22 Long Rifle. «Para cazar conejos y topos», precisó apoyando su mano sobre mi brazo. Su mano me pareció muy vieja y arrugada, a pesar de que solo tenía setenta y un años. Era un buen hombre pero a mí no me gustaba porque era como un perrito ante mi abuela. Esta se pasaba el día dándole órdenes como a un mozo de cuadra con entonación de demócrata para no humillarlo. Y el viejo obedecía. Cuando se cruzaba con mi mirada de desprecio, bajaba la vista y me concedía una lamentable sonrisita que quería decir: «¿Qué podría hacer mejor que obedecer a esta mujer a la que he amado?» Cualquier cosa, sin embargo, era mejor que aquella esclavitud. «Es un .22, Al, ya conoces el principio. Es un calibre que alcanza muy lejos y penetra rápido pero demasiado pequeño para la caza mayor, pues le provocarías un sufrimiento atroz.» Quedaban los conejos, los topos y ciertas liebres. Mi abuela se levantó de un salto y añadió con ese aire de superioridad del que sabía hacer gala: «Como te vea disparar a los pájaros, te quito el Winchester y lo tiro al fuego.» ¡Mala suerte, vieja! No hay nada tan aburrido como cazar conejos. Abundan y se acurrucan entre los setos creyéndose ocultos y, cuando se ponen de nuevo en marcha, nunca tienen prisa. En cambio, cazar pájaros, cualquier pájaro, es un verdadero deporte salvo si se hallan posados en una rama, eso hay que reconocerlo. El regalo me sorprendió. Mi abuela se había opuesto a él diciendo que, teniendo en cuenta mis capacidades, no trabajaba lo suficiente en la escuela. ¿Y qué podía hacer yo con mis capacidades? Unas pruebas de coeficiente intelectual habían arrojado que tenía un CI superior al de Einstein. Y con ese potencial rondaba la media, sin más. Mi abuela consideraba que era un despilfarro y detestaba los despilfarros. No apurar el plato, tener la luz encendida en una habitación vacía, dejar gotear un grifo, utilizar demasiado papel higiénico para limpiarse o no

obtener la nota máxima en todas las asignaturas en el colegio eran cosas que la ponían histérica. Siempre tenía problemas en el útero. Era su tema de conversación preferido al margen de sus libros para niños. Nunca leí ninguno pues al llegar a su casa ya no era un niño y, además, no tenía la menor curiosidad por lo que pudiera escribir o ilustrar. Supongo que debían de ser de una ñoñería pasmosa. Regularmente le aparecían quistes amenazadores en el útero y se los eliminaban inmediatamente con una pequeña intervención quirúrgica. Llevaba la cuenta de sus operaciones como otros cuentan sus medallas. Nunca soporté esa gloria que para sí obtenía de esos tumores recurrentes, ni esa pueril necesidad de ser reconocida como una mujer valiente ante una enfermedad sin peligro alguno.

Aún no había probado el Winchester. Lo había dejado sobre la mesa al pie de mi cama entre mis libros del colegio. Era un arma ligera de cañón negro mate. Me atraía pero no me atrevía a tocarla.

Esa mañana del 22 de noviembre bajé a desayunar. Mi abuela limpiaba el fregadero. Sentía cómo contenía sus reproches por no haberme levantado en cuanto me lo había ordenado. Nos observamos un buen rato. Luego me preguntó cuáles eran mis planes ya que tenía el día libre. La escuela había organizado una salida para hacer rafting y como de costumbre había obtenido una dispensa. Tenía un mal día, era una de esas mañanas en las que como era habitual la opresión cohabitaba con una extraña desidia. «¿Por qué no vas a cazar? Los conejos se comen todo lo que tengo plantado.» Era una idea como cualquier otra pero no tenía ganas de complacerla. Luego añadió: «Cinco céntimos el topo, diez céntimos el conejo», como si yo fuera una persona venal. El perro de la casa, un setter inglés viejo y flaco, se estremecía ante esa idea más fuerte que su reumatismo. Subí a mi cubil y cargué metódicamente el arma, quince pequeñas balas que se introducían en una recámara situada debajo del cañón. Acto seguido me lavé los dientes y los sobacos con abundante agua fría. Me puse la chaqueta militar de mi padre, la única prenda a la que tenía apego y que me daba un aspecto diferente al del tipo demasiado alto del que la gente se pregunta si llegará hasta el cielo. A los quince años ya le sacaba ocho centímetros a mi padre y la idea de encaminarme tranquilamente a los dos metros veinte no me alegraba. Ya no podía cruzar ninguna puerta sin tener que agacharme y allí adonde iba la gente se volvía a mirarme. Sentado en clase, tenía la altura de mi tutor de pie y todas las miradas que veía converger sobre mí eran las que se dirigen a un animal curioso. A veces soñaba que era pequeño, que era el chivo expiatorio de los mayores y atraía la bondad de una muchacha caritativa hacia un niño maltratado. Pero nadie osaba meterse conmigo, y si a veces las chicas me miraban aguantándose la risa era porque se preguntaban si el tamaño de mi sexo era proporcional al resto. No me lo invento, un día sorprendí una conversación de ese estilo en el pasillo durante el recreo. Nunca recibí muestra de bondad alguna de mis compañeros de curso. Todos me consideraban un alumno aparte, una cumbre misteriosamente elevada, y mis gruesas gafas de miope no ayudaban al contacto puesto que mis ojos solo se distinguían borrosos a través del

doble cristal. En el colegio todo me parecía fácil y al ver a aquellos atletas con cerebro de carpa sudar sangre ante una ecuación de primer grado únicamente sentía desprecio hacia mis camaradas. La mayoría de ellos solo hablaban de rafting y solo vivían para el rafting. ¿Qué interés tenía descender a toda velocidad un rápido y correr peligro de ahogarse? Nunca lo he entendido. El director, el señor Abott, me miraba con idéntica consternación a la de mi abuela. No entendía cómo podía despilfarrar mi talento. Incluso un día me mandó llamar para decírmelo en su despacho de la primera planta, que parecía la cueva de un explorador. Se decía que Abott a veces dormía allí para no encontrarse con su mujer en su casa. Hasta el extremo de que ella estaba convencida de que tenía una amante. ¿Abott una amante? ¡Menudo disparate! Pero no era asunto mío. Para un tipo de mi altura era difícil encontrar en su ratonera un sitio donde sentarse.

—Ya sabe, Kenner, que tiene unos recursos intelectuales muy por encima de la media, ¿qué es lo que no funciona?

Era una pregunta muy embarazosa que a mi entender no exigía respuesta.

—No lo sé.

—¿Se da cuenta de adónde podría llegar si trabajara de verdad? Dígame, ¿qué quiere hacer en el futuro?

—¿En el futuro?

Sonreí, por primera vez desde hacía mucho tiempo, y alcé mis gruesas gafas cuadradas, un preámbulo antes de empezar a hablar que nunca me ha abandonado, y luego solté:

—Nunca he pensado en el futuro, señor Abott, hay algo en mí que me dice que no hay futuro.

—¿Pero tendrá usted deseos, Kenner? ¿Verdad?

—¿Deseos?

Me costaba responder. No debido a la pregunta. Era más porque veía ante mí a aquel aborto con su corbata de pajarita deslucida que a veces dormía en aquel cuchitril para huir de su mujer y no le encontraba legitimidad alguna para hablar de mis problemas y menos aún para encontrarles una solución:

—No es usted la persona indicada para hablar de lo que tengo o no tengo que hacer, señor Abott.

Se ajustó la pajarita.

—¿Por qué dice eso, Kenner?

Lo miré fijamente sin decir nada y sin moverme. Empezó a balancearse sobre una y otra pierna y luego vi cómo se descomponía. Mi masa le cortaba el paso hacia la puerta y yo estaba allí, mudo e inmóvil. Al ver que empezaba a transpirar, consideré que aquello ya se había alargado demasiado, me puse en pie y salí. Nunca volvió a intentar hablar de mi futuro. Creó que se lo dijo también a los demás profesores puesto que ninguno de ellos trató nunca de hablarme de la cuestión.

¿A quién se le puede hablar de ese aburrimiento en el que uno se sume de la

mañana a la noche y que merma meticulosamente la propia voluntad hasta el punto de que cualquier acción nace ya muerta? No hice ni un solo amigo durante los dos años que pasé en North Fork. Nunca me apetecía hablar con nadie y eso debía de ser tan visible que me evitaban cuidadosamente. Sabía que de vez en cuando era objeto de maledicencias pero no me preocupaba. Era insensible al juicio de los demás, a sus aspavientos, a su pequeña vida sin gloria en esa ciudad que se enorgullecía de ser el ombligo de California. La guerra de Vietnam acababa de empezar y me hubiera alistado para hacer honor a mi padre, un gran combatiente de la Segunda Guerra Mundial. Pero tenía un miedo visceral a la violencia física. Cada vez que se producía una pelea en el colegio, daba gracias al Creador por hacer que mi masa me mantuviera alejado de ella. Me hubiera rajado ante cualquier chavalín dispuesto a zurrarme.

Mis fantasías acerca de las chicas eran mi único vínculo con esa comunidad. Un espacio de libertad, una zona sin leyes. Hacía con ellas lo que se me antojaba en mis sueños y nadie podía decirme nada. Las fantasías rigen el mundo. La mayoría de la gente que hace el amor no está presente en su cabeza con la persona a la que está poseyendo, estoy convencido. Consideraba mi facultad de fantasear como una especie de superioridad porque en mis sueños me las follé a todas, profesoras y alumnas, guapas y feas a las que encontraba la manera de darles algún encanto y a las que, sin que lo supieran, les procuraba emociones que ningún ser de carne y hueso podía proponerles. Veía en la mirada de todas esas chicas la incomodidad de haber sido largamente poseídas por mí. Mis fantasías imaginarias me bastaban. Nunca contemplaba acostarme con una chica de verdad, no solo porque sabía que me sería difícil dar con una que aceptara, sino por una cuestión de control. En mis fantasías, lo controlaba todo, ¿pero qué podría haber ocurrido en la realidad? Todo podría haberse ido al traste, supongo.

Con Ava Pinzer era diferente. Algo nos ligó desde el origen. Ella también era muy alta. No tan alta como yo, pero demasiado alta para ser una chica, más de metro ochenta y cinco, y eso la hacía singular. Pasaron tres meses antes de que nos habláramos. Cuando nos cruzábamos por los pasillos de la escuela, desde mi altura solo la veía a ella y ella solo me veía a mí. Yo nunca hubiera dado el primer paso. Ella tampoco. A veces intercambiábamos una sonrisa de connivencia. Lo que me decidió a hablarle fue que ella ya tenía carnet de conducir y sus padres le habían comprado un viejo Dodge azul oscuro para ir hasta su casa, que estaba bastante lejos de North Fork. El autobús escolar no pasaba por donde vivían. Le quedaban cuatro millas después de la última parada, la mitad sobre asfalto y la otra por un camino de tierra que conducía a una antigua aldea de buscadores de oro donde solo quedaba una casa de las cinco con las que había contado en su época de esplendor. Esto lo supe tras nuestra primera charla. Al salir del colegio, nos encontramos pegados el uno al otro entre empujones y ella inició la conversación. No era ni guapa ni fea y eso me convenía. Tenía la nariz bastante grande y los pies grandes, pero en conjunto era

bastante femenina. Detesto a las mujeres varoniles. Me siento incluso más incómodo al ver a una mujer viril que cuando me cruzo con un tipo un poco afeminado. Una mujer masculina me provoca un miedo rayano en el pánico. Ava, sus padres la habían llamado así por Ava Gardner, tenía, como yo, apellido alemán. Se suponía que eso debía aproximarnos, pero nos daba igual. No conocía mucho sobre mis orígenes y ella tampoco sabía demasiado sobre los suyos. Eso la hubiera obligado a averiguar por qué sus padres se habían perdido en semejante agujero y no le apetecía. Por mi parte, tenía el recuerdo de que mi padre fue objeto de una larga investigación de la policía militar acerca de sus orígenes antes de incorporarse a las fuerzas especiales durante la guerra. Eso no le hacía muy simpático su apellido, sobre todo porque, en los años sesenta, nadie se interesaba particularmente por Alemania. Puesto que de todas formas nadie se atrevía a mofarse de mí, mi apellido no me hizo sufrir. Sus padres me apreciaron desde el primer momento gracias a la impresión de seguridad que transmitía. Y además, a mi lado, ella parecía muy menuda y por ello más femenina. Los dos eran buenas personas. Su padre acababa de jubilarse en el Servicio Forestal y su madre tenía una cara triste y pálida. Cultivaban una franja de tierra alrededor de la casa y eso les permitía vivir prácticamente en una autarquía alimentaria. Varias veces quisieron que me quedara a cenar pero no acepté. Sabía que pertenecían a una especie de Iglesia y que la bendición podía durar una eternidad, y en esa época no estaba yo para bobadas. Aunque no era ateo en absoluto, no soportaba que me hablaran de Dios, me parecía obsceno. Ava era como yo. Vivía sin una meta precisa. Nada la motivaba particularmente. Detestaba el deporte, pero no le disgustaba dar largos paseos alrededor de su casa, por aquellas secas colinas de hierbas caídas, salpicadas de coníferas entre las que a veces se podía sorprender a un oso o a un ciervo. No hablábamos de gran cosa y me gustaba por ese motivo. Era pausada, a diferencia de todas aquellas chicas narcisistas que frecuentaban el colegio y que taladraban a los muchachos con sus sueños de concursos de belleza. A menudo me acompañaba a casa en coche y al contrario que sus padres, siempre tan atentos conmigo, mi abuela le hacía un gesto de desprecio con la cabeza. Mi abuela hablaba mal a los hombres y se quedaba callada ante las otras mujeres salvo si, empujada por algún interés, se sentía obligada a darles conversación. Juntos, Ava y yo no perdíamos nuestra soledad, puesto que no había nada en juego.

Dejé de verla un día ordinario, una semana antes del famoso 22 de noviembre. Habíamos ido a dar un largo paseo silencioso y no me sentía bien. Un extraño hormigueo que me invadía la cabeza me impedía disfrutar de la naturaleza y de su quietud. Empezó a llover, una lluvia repentina y violenta que golpeaba el suelo que la larga sequía de aquel otoño había vuelto polvoriento. Nos cobijamos en una cabaña de madera que el siglo anterior debió de servir de refugio a buscadores de oro. La puerta estaba abierta, y batía a merced del viento. El interior estaba limpio a pesar del abandono. Adosada a una de las pequeñas ventanas había una banqueta de limusina. En un rincón, una mesa de madera. Nos sentamos y esperamos a que dejara de llover.

Tras un momento uno junto al otro, apoyó la mano sobre mi muslo. No sabía cómo reaccionar. Al ver que no me movía, avanzó su mano hacia mi entrepierna ofreciéndome los labios, para hacer las cosas por su orden. Fui incapaz de besarla. Me quedé paralizado un buen rato mientras ella me acariciaba. Pero no ocurría nada. Estrictamente nada. Propuso que nos desnudáramos pero me pareció una idea descabellada. Dejé que me abriera la bragueta y sacara mi sexo. Lo tomó en su mano como un petirrojo que acabara de estrellarse contra el cristal de una ventana. El pájaro no resucitaba, como si el vínculo entre mi mente y mi cuerpo se hubiera roto repentinamente. Lo miró largamente sin decir nada. Me hubiera echado a llorar, pero tenía demasiada dignidad para hacerlo. Aparté su mano sin violencia, me abotoné y me marché sin volverme. Descendimos la montaña uno detrás del otro sin decirnos nada. Frente a la casa de sus padres, la saludé con la mano y me marché solo a pie. Me hubiera dado de cabezazos contra los árboles que bordeaban el camino. Acababa de comprender que todo cuanto era real me estaba prohibido y estaba muy lejos de saber el porqué. Durante los pocos días que nos separaban del 22 de noviembre, la evité cuidadosamente en el colegio.

3

Tras cargar el Winchester, me calcé las botas pero aún no sabía si tenía ganas de salir. El viejo perro se puso a dar vueltas frente a la puerta, oía sus garras sobre el suelo de madera y sabía que la vieja no tardaría en aparecer vociferando que el perro no tenía que entrar en la casa como si fuera culpa mía. Bajé la escalera seguido del chucho, que a punto estuvo de caerse de bruces un par de veces pues estaba muy encerada. Yo no alcanzaba a comprender cómo una mujer que se las daba de artista escribiendo e ilustrando libros para niños pudiera ser tan maniática. Para mí, la gente solo se obsesiona guardando sus cosas cuando no consigue poner orden en su cabeza. Y a los verdaderos artistas no les importa ese orden aparente. Salí sin avisar, seguido del perro que se contoneaba.

No corría ni una brizna de aire y mis pasos resonaban sobre la tierra. Fui cerca de las plantaciones de mi abuela. Las había regado copiosamente y la tierra estaba negra. Había tres conejos. Los vi antes de que el perro los oliera, y hay que decir que tenía el olfato ya viejo. Los encañoné, dos veces seguidas, sin disparar. No era que me inspiraran piedad, sino que no quería contentar a mi abuela. Una especie de camachuelo se posó sobre el cobertizo de las herramientas. Le apunté, disparé y ya no vi nada más. No sé si le alcancé. Esa tierra sombría me provocó de nuevo la cólera de la que no me desprendía desde mi llegada a aquel rincón cuatro meses atrás. Pensé en mi padre y se me saltaron las lágrimas. Recordé el único momento de profunda alegría de mi vida, cuando viajé de casa de mi madre en Helena, Montana, hasta casa de mi padre, que vivía en Los Ángeles. Hice el trayecto en autostop con la idea de la tierra prometida en mente. Pasé muchas horas en coche, por lo general con buenos tipos. A cambio del transporte tenía que escuchar sus historias y fingía hacerlo. Algunas veces tuve que esperar durante horas en un lugar desierto a que alguien me invitara a subir. Y luego me vino a la mente uno de los peores momentos de mi existencia y no digo el peor de ellos porque ha habido muchísimos.

Mi padre entró en mi habitación, en su casita de madera descolorida, rodeada de un jardín minúsculo y pelado al pie de una vía de acceso a la autopista más frecuentada de Los Ángeles, una autopista que lleva a todas partes y a ninguna. Desde mi habitación se oía la variante, un ruido ensordecedor al que, sin embargo, me acostumbré a pesar de proceder de un estado donde el menor ruido parecía una ofensa al Creador. El verano empezaba a reseca a la gente. El calor mezclado con la contaminación quizá le pareciera agobiante a un viejo asmático, pero a mí me iba muy bien. Aún no había abierto las persianas y ya se insinuaba en bisel una luz muy viva. No sabía qué iba a hacer aquel día. Me levanté con resaca porque el día anterior había bebido y fui a la cocina a por algo con que asentar el estómago. Picoteé de un bol de copos de avena. Busqué desesperadamente café, no había y me dio pereza prepararlo. Volví a mi habitación. La casa parecía vacía. Por lo general, cuando

salían, mi padre asomaba la cabeza en mi habitación para decirme adónde iban su nueva esposa y él y cuándo regresarían. A mí me daba igual saber si salían y cuándo iban a regresar, pero se había convertido en una convención entre nosotros. Y aquel día no había nadie y eso me atormentó. Pensé que me habían abandonado como a un pobre chucho que ha perdido el afecto de su familia. La borrachera de la víspera debió de amplificar ese temor. Así que me precipité a la habitación de mi padre. Ni siquiera se me ocurrió llamar. Abrí la puerta de golpe y me encontré delante de la mujer de mi padre, completamente desnuda ante el espejo de su armario. Me daba la espalda y el cabello rubio platino rizado le caía sobre sus hombros delgados. Tenía muy buen culo, apenas malogrado por una celulitis que le repujaba suavemente las caderas. La nostalgia no es precisamente mi fuerte y, sin embargo, cuando pienso en ello me digo que es la primera y la última vez en mi vida que vi a una mujer desnuda viva. Veía su rostro en el espejo aunque estaba más concentrado en sus senos. Los ojos se le salían de las órbitas y cerré la puerta antes de oír algo. Debí de quedarme un buen rato mirándola porque de lo contrario mi padre no hubiera montado tanto escándalo a su regreso. Pero no estaba solo ese incidente, él me dijo que la angustiaba con mis pesados silencios, que nunca se sentía segura cuando estaba solo en la casa con ella, como si planeara una amenaza:

—¿Qué amenaza? —pregunté.

—No lo sé, una amenaza. No puedes quedarte aquí, ¿lo entiendes?

Comprendía sobre todo otra cosa de la que no queríamos hablar porque hubiera sido incapaz de ello y no quería apenarlo. Ante sus narices, bajo su techo, vivía el único testigo de lo que mi madre le había hecho soportar y tenía miedo de que hablara de ello con su nueva mujer, de perder el crédito que tenía con ella, de que dejara de considerarlo un hombre viril. Pero yo nunca le habría hecho semejante guarrada.

—Aquí me encuentro a gusto.

—No se nota, Al. No, de verdad, no puedes quedarte aquí.

Sabía que no reconsideraría su decisión y no quería discutir con él, no era nuestra manera de funcionar. Por supuesto, según él, no había nada definitivo, pero yo sentía que ese mes a su lado iba a ser el último.

Le oí hablar por teléfono con mi madre mientras su nueva esposa se encontraba en la peluquería. Estaba pálido y le aparecieron un montón de tics en la cara. Comprendí que ella no quería acogerme de nuevo y era mejor así, pues, antes que volver a Montana, me habría escapado. Se pusieron de acuerdo en enviarme a casa de mis abuelos paternos en Sierra Nevada. Si echo la vista atrás, me doy cuenta de que cada vez que se ponían de acuerdo en algo, las consecuencias eran desastrosas.

Dejé el Winchester a mi lado en el salón, me senté, me quité las botas y me sostuve la cabeza entre las manos. No temblaba y, sin embargo, esa era la sensación que tenía. Me sentía extraño. Había cometido una tremenda gilipollez, como se cometen en la adolescencia. Es una edad en la que se flirtea con los límites. Digo esto hoy, pero no lo pensaba en aquella época pues no pensaba en nada. Hacía frío, por culpa de mi abuela que escatimaba la calefacción. Pensé en ir a subirla un poco, pero eso me obligaba a pasar delante de un lugar en el que verdaderamente no tenía ganas de volver a poner los pies. Si salía de la casa, era el mismo problema. Así que encendí la tele. Mientras se calentaba, hice una incursión en la cocina. Vacíé los armarios de lo que me pareció que podía consumirse sin esfuerzo. Cogí también una caja de cervezas, me la había ganado. Mis pasos resonaban de una manera extraña, nunca me había fijado en ello. Abrí una botella con los dientes porque lo había visto hacer en las películas y me tumbé cuan largo era en el sofá sobresaliendo por uno y otro lado. No permanecí así mucho rato. Me levanté para subir el volumen. Le habían disparado al presidente de Estados Unidos. Lo que me parecía inaudito de esa noticia era que un tipo se hubiera dado ese lujo. Las informaciones desgranadas hablaban de un tirador aislado. No me lo podía creer. Un tipo corriente podía ser lo bastante fuerte como para decidir en su cabeza, solo en un rincón: «Voy a pegarle un tiro al presidente de los Estados Unidos de América.» Imaginaba que miles de hombres habían tenido esa idea antes que él, pero él lo había hecho y, cosa increíble, lo había logrado. No sabía aún el alcance de su éxito, a esa hora solo se hablaba de heridas graves. Me moría de admiración y de celos. Celos porque ese tipo iba a robarme el protagonismo. Se suponía que iba a ser mi día de gloria, pero, incluso en la prensa local, solo hablarían de eso. ¿Cómo podía ocurrirme algo semejante? Seguí pendiente de la agitación de los enviados especiales y de los comentarios mientras me bebía las cervezas. A la sexta, cambié un poco de opinión. Me parecía que era bueno haber matado a Kennedy ese día, puesto que así yo pasaría desapercibido o me lo reprocharían menos o cualquier otra cosa. Seré sincero, empezaba a acobardarme poco a poco.

Tras renunciar a cazar conejos, abandoné las tierras de la granja en dirección a campo abierto. Y oí a mi abuela chillar porque había cruzado el límite de su huerta. Su voz me produjo una especie de descarga eléctrica. Seguí un tramo del vallado de un vecino alejado, un vallado que le servía para guardar un bello cuarto de milla roano que me fascinaba por su cabeza fina y su grupa musculosa. Le apunté con mi Winchester, por el placer de encañonar a un animal tan grande. Subí a la colina y empecé a sentirme sin resuello. Mi abuela seguía gritando y regodeándose al oír su voz repetida por el eco. En esa época yo solo pesaba alrededor de ciento veinte kilos, pero había que arrearlos. El perro me seguía con la lengua colgando. Llegué por fin a un punto en el que no había ninguna vivienda, ni rastro de vida humana. Me senté apoyado contra un gran pino inclinado hacia el oeste. Allí, la voz de la vieja volvió a alcanzarme. El perro se tumbó un poco más lejos. Nunca venía a mi lado. Me miraba con sus ojos vidriosos. Tendría que haberme sentido calmado pero incluso en los espacios abiertos me sentía encerrado y con solo pensar en ello se desencadenaba en mi cráneo una tormenta peor que todos los huracanes de Alabama. Me quedé así una buena media hora, el tiempo de que se apaciguara mi ira, lanzando ramitas al perro que no se levantaba para ir a buscarlas. Bajé por otro sendero, más largo pero menos abrupto. Nunca he tenido los pies firmes, a buen seguro por problemas de crecimiento demasiado rápido, y siempre tengo miedo de torcérmelos. No llegué al llano hasta cerca ya de la casa de mis abuelos. Al verla desde la distancia, me decía que a mucha gente le gustaría vivir allí, junto a un lago tranquilo, a pocas millas del parque de Yosemite, donde jamás he puesto los pies. Al llegar a unos cien metros de la casa, entreví la silueta de mi abuela. La vieja estaba delante de la ventana de su habitación de espaldas a mí para evitar tener el sol de cara. Estaba inclinada sobre un caballete de pintar. ¿Para pintar qué? Supongo que una ilustración de un libro para niños. También pintaba para ella y en ese caso solo pintaba paisajes. Yo no entendía el porqué. Se lo dije una vez y se lo tomó a mal. Avancé hacia ella, con la cabeza bastante vacía. Sentía la contrariedad de volver a verla pintar, pero nada más. Me quedaba una veintena de metros. Debió de oír el ruido de mis botas sobre la tierra seca. No se volvió. Me decía a mí mismo: «Vuélvete, anda, vuélvete.» ¿Por qué quería que se volviera? No lo sabía. Lo único que me pasó por la cabeza en ese momento fue: «Quiero ver qué efecto produce matar a la propia abuela.» Es el tipo de idea descabellada que se les ocurre a los adolescentes, aunque normalmente no pasan a la acción. La esperé, digamos, otra decena de metros, cargué el Winchester aminorando el paso, ella seguía sin volverse y, sin embargo, había reconocido mis andares, tan pesados y decididos que es imposible confundirlos. Me llevé el fusil al hombro y le disparé en la nuca. Se desplomó sobre su caballete y lo derribó al caer. Me acerqué a ella. Yacía sobre el vientre y en esa posición tenía un aspecto un poco grotesco. A buen seguro estaba muerta, pero no la detestaba hasta el extremo de

desear que sufriera. Así que le metí dos balas en la espalda, a la altura del corazón. Ya no cabía duda alguna. La dejé allí ante la mirada consternada del perro. Luego entré en la casa. No iba a gritarme: «Al, quítate las botas y ponte las zapatillas.»

6

Cuando se confirmó que Kennedy estaba realmente muerto, ya no supe qué pensar. El éxito del tipo que lo había asesinado era sonado. Y la sombra que proyectaba sobre mi acto era igualmente impresionante salvo que mi sentimiento de gloria se había esfumado durante la tarde y estaba muy confuso. Pensaba en huir, pero sabía que eso no me llevaría muy lejos. Un tipo como yo, de más de dos metros de altura, no pasa desapercibido. Podía coger el coche de mi abuelo y largarme, pero era el tipo de ranchera que chupaba mucha gasolina y no tenía dinero. Registré la casa de arriba abajo. Me divertía ponerme en la piel de mis abuelos y pensar dónde podían haber escondido sus ahorros. El viejo no confiaba lo suficiente en los bancos como para dejarles todo el dinero. Entre la granja y su trabajo en Obras Públicas, debía de haber acumulado unos buenos dinerillos. Empecé por echar un vistazo a su cartera. Estaba dentro del bolsillo de su chaqueta. No me gustaba mucho hacer eso. Cuando mi abuelo regresó de la compra, me encontré en un tremendo dilema. Podía dejar que descubriera el cadáver de mi abuela con todo lo que eso suponía de pena y resentimiento o bien podía ejecutarlo a su vez. Sé que uno o dos meses después se habría tomado la muerte de mi abuela como una liberación, pero, como buen esclavo, también amaba sus cadenas.

Mientras el coche ascendía por la parte trasera de la casa, llegué a la conclusión de que iba a causarle una pena inmensa y que yo no la soportaría. Le vi avanzar por el caminito con ese aire satisfecho tan suyo. Me saludó con la mano para indicarme que se alegraba de verme y redujo aún más la velocidad para entrar en el garaje. Una vez hubo aparcado, salió lentamente del vehículo, se desperezó y se dirigió al portaequipajes y bajó la plataforma para abrirlo. Estuvo tentado de volverse para pedirme ayuda pero no le di tiempo. Le disparé dos veces por la espalda. Recordé su frase, obsesiva: «Ándate con ojo, Al, con este calibre, no dispaes contra la caza mayor porque no basta para matarla pero sí para hacerla sufrir, a menos que le des en la cabeza.» Me precipité hacia él. Había caído de rodillas, con la cabeza sobre la plataforma del portaequipajes. Le disparé dos balas en el cráneo. Ya tenía lo que merecía. Salí para calmarme. Matar a mi abuela había apaciguado mi cólera pero matar al viejo me ponía fuera de mí. En ese momento llegó el perro para distraerme de mis lúgubres pensamientos. ¿Qué sería de aquel pobre chuchó, tan viejo ya? Se aproximó a olisquear vagamente el cuerpo de mi abuelo y me miró, circunspecto. Se dejó caer sobre el cemento del garaje. Me pregunté una vez más qué iba a hacer con él y le dije: «Mierda, Bobby, no puedo arreglar todos los problemas del mundo.» Esperaba un brillo de agradecimiento en sus ojos. Nada. Salí.

El cadáver de mi abuelo empezaba a agarrotarse cuando me decidí a vaciarle los bolsillos. Los billetes hallados en su cartera me permitirían aguantar tres o cuatro días de huida, además de la comida de tres personas para una semana que seguía en el portaequipajes del coche. Había pocos productos frescos, una verdadera ganga. Sin embargo, no me apetecía limpiar la sangre del vehículo, si la había. No era que me diera asco, pero era una especie de superstición. Tiré del cadáver de mi abuelo para apartarlo. Nunca lo había tenido así entre mis brazos y ese abrazo a un cuerpo frío me incomodaba. Lo dejé con suavidad un poco más lejos sobre una manta escocesa roja y verde sobre la que se tendía cuando inspeccionaba los bajos del coche. Proseguí el registro de la casa. No necesité mucho tiempo para comprender que el lugar ideal para esconder el peculio era el cobertizo que se utilizaba como letrina en el patio hasta que mis abuelos invirtieron en el cuarto de baño del interior. El dinero estaba en una caja de lata escondida allí donde el tubo de evacuación forma un codo. Unos cuantos fajos de billetes que permitirían verlas venir. La idea de que iba a robarlos o de que pudieran pensar que era de ese género de desecho humano capaz de matar a sus abuelos por su dinero me hizo sentirme mal. Esos escrúpulos pudieron frente a todo. Volví a la casa y cogí el listín telefónico. Encontré el número de la policía del condado. Tuve un momento de duda y acto seguido marqué el número. Me respondió una mujer. Pedí hablar con el sheriff.

—¿Por qué motivo?

—Es personal.

—No creo que el sheriff tenga tiempo para eso, muchacho, ya sabes que han asesinado al presidente de los Estados Unidos.

Le dije:

—¿Y cree que al asesino se le ocurriría venir a esconderse en este rincón de mierda?

—¡Cómo puedes decir algo semejante! Deberías sentirte orgulloso de tu región. ¡Sigue así, muchacho, y verás cómo acabas!

No sé quién era ni qué hacía exactamente en la oficina del sheriff, pero mi crítica del terruño la había herido enormemente.

—¿Qué quieres?

—¿Puede decirle al sheriff que me llame?

—¿Quién le llama?

—Soy Al Kenner.

—¿Cómo se escribe?

—Ka, e, dos enes, e, erre.

—¿De dónde?

—De la granja de Woolf Creek, a siete millas al norte de North Fork.

—¿Te conoce?

—Seguro que se acuerda de mí.

Estaba convencido de ello. Mi abuelo tenía un .45 en su mesita de noche y yo lo sabía. Mi abuela sabía que yo lo sabía. Cuando salía de compras, se metía el .45 en el bolso para que yo no tuviera la tentación de probarlo. Un día llamé al sheriff y le dije: «Quiero denunciar que una vieja de sesenta y cinco años que anda en una ranchera Ford de 1959 lleva un .45 en su bolso y tiene intención de asaltar el Chase a la salida del pueblo en dirección a North Fork.» Para acabar, añadí: «Si no hacen nada, que conste que yo les he avisado y conozco muy bien sus proyectos porque soy su nieto.»

La vieja se vio rodeada por media docena de vehículos de policía en el momento en que entraba en coche en el aparcamiento del banco. La inmovilizaron contra la puerta, con los brazos en alto, y la interrogaron mucho rato en el puesto de policía. Finalmente, la soltaron sin revelar sus fuentes, porque a la policía le gusta aparentar que no necesita confidentes. Ella sospechó de mí, pero lo negué, adoptando una postura del tipo «¿Crees que tengo tiempo para perderlo en estas tonterías?».

—¿Qué quieres?

—Decirle que he matado a mis abuelos.

—Se lo diré.

Colgó. Debió de creer que se trataba de una broma. Es difícil persuadir a alguien de que uno acaba de cometer un crimen el día del asesinato del presidente de los Estados Unidos de América. Me puse en el lugar de la chica. Aunque al presidente se lo había cargado un asesino aislado bien podía ser que trabajara para los comunistas. Quizá había deducido que estábamos a las puertas de una guerra nuclear y, en ese preciso momento, se preocupaba más por su propio pellejo que por dos viejos que de todas maneras iban a acabar muriendo.

En cualquier caso, había lanzado mi botella al mar y me sentía mejor.

Iba a darme a la fuga y a disfrutar de las grandes extensiones sin sentirme esta vez oprimido. Preparé mis cosas. Arrastré a mi abuela de los pies al interior de la casa sin mirarla. Estaba tiesa como el tronco de un árbol. Cargué mi equipaje en el coche, una bolsa pequeña en la que metí todas mis camisas. Me llevé todas las cervezas que quedaban y dos botellas de whisky por si las noches eran frías. Cogí también un hornillo de camping y unas cazuelas para evitar los fast food, mantas y un viejo anorak militar que mi padre había dejado allí. Cogí también todos los rollos de papel higiénico de la casa, un cepillo de dientes y jabón. Estaba listo. Una vez hube sacado el vehículo del garaje, cerré las puertas dejando los postigos abiertos. Luego salí a la carretera. No había recorrido aún cien yardas cuando di media vuelta. Había olvidado mi Winchester en la casa y no era buena idea. Al ponerme por segunda vez en marcha, tras media milla, sentí un olor familiar en el coche. Era el perro, que había aprovechado la puerta abierta para subirse. Dudé en llevarlo de nuevo a la granja pero me dije que ya lo abandonaría en algún sitio en el momento oportuno. Un viento del sur levantaba la arena de la pista que conducía a la carretera. Puse en marcha los limpiaparabrisas. La naturaleza trataba de envolverme. Al llegar al cruce, tomé hacia el norte, con una única idea en mente: cruzar la frontera del estado lo más rápido posible y aprovechar la confusión relacionada con el asesinato de JFK para largarme discretamente. El norte conducía a Canadá. Por supuesto, desde Sierra Nevada, México estaba más cerca. Sin embargo, yo no hablaba español y ese país no me atraía. Por lo que conocía a través de las películas del Oeste, los hombres tenían allí un aspecto cruel y corrupto, y poco decían de las mujeres que estaban allí para ser violadas o para cocinar para unos brutos alcoholizados. La ventaja de Canadá era que allí se hablaba inglés. Había pasado los primeros quince años de mi vida en un estado fronterizo, Montana, así que no iba a sentirme desarraigado, aunque nunca me hubiera gustado Montana. Al este tenía a priori menos riesgos de que me descubrieran, pero primero tenía que cruzar las montañas y en esta estación cabía la posibilidad de acabar convertido en muñeco de nieve. Una vez franqueadas las montañas, se llegaba al estado de Nevada, que no es precisamente famoso por su naturaleza apacible, y no tenía ganas de morir allí de sed ni de quedarme tirado en medio del desierto sin gasolina. Por eso me encaminaría al noroeste y me acercaría al mar para evitar los rigores del invierno. Ya tenía un plan en mente que consistía en vender cuanto antes la ranchera del viejo a un revendedor, quedarme con buena parte del dinero para la huida y, con la diferencia, comprarme una moto grande. Sentía que el viaje iba a salir bien. No me hallaba en el estado mental de un fugitivo, sino en la piel del tipo que intenta aprovechar sus últimas vacaciones antes de empezar un trabajo que no será especialmente divertido. En ningún momento imaginaba que lograría escapar. Solo deseaba respirar una buena bocanada de aire antes de vivir lo que me aguardaba, la cárcel de por vida o incluso la silla eléctrica. En aquella época

se freía en ella mucha gente, casi tanta como mosquitos en una bombilla halógena una noche de verano cuando la lectura de una novela negra lo absorbe a uno. En general, no mataban a los menores, pero, dado el tiempo dedicado a las diligencias, en el momento de confirmar la sentencia definitiva ya no tendrían frente a ellos a un adolescente. Digo esto ahora, pero no recuerdo que entonces pensara en ello con tanta precisión. Solo he tenido dos grandes miedos: el miedo a la confrontación física, rarísima teniendo en cuenta mi estatura, y el miedo a mí mismo, que ha envenenado toda mi puta vida. Pero probablemente tenía razones para hacer todo cuanto he hecho. Temer las consecuencias de mis actos no tenía sentido alguno.

Por la radio solo hablaban del asesinato del presidente. Habían encontrado a mi héroe. Superman incluso se había metido en un cine después de dispararle a JFK. ¡Qué aplomo! El tipo acaba de matar al presidente y tan tranquilamente se hunde en la butaca roja de un cine y se enciende un pitillo, mientras contempla a Humphrey Bogart amenazar con darle una paliza a un tipo dos veces más fuerte que él del que sabemos que no rechistará porque tiene delante a Humphrey Bogart. A la salida del cine, un policía se dispone a detenerle y él, sin pensarlo dos veces, abre fuego sobre el tipo como en un tebeo en el que los muertos nunca parecen muertos de verdad. Acaban por acorralarlo. Era un tipo que había trabajado para los rojos, de eso no cabía la menor duda, pero parecían decir que el asesinato de JFK era por propia iniciativa.

En cualquier caso, circulé hasta las dos de la madrugada y me detuve en Mount Shasta, a orillas del lago. No vi controles ni vehículos de policía aislados. Si realmente se habían tomado mi llamada como una broma, el fin de semana transcurriría tranquilamente sin que nadie sospechara nada. Mi abuela había creado el vacío alrededor de ellos por su mal carácter y nadie iba nunca a visitarlos. Le había ordenado al viejo que instalara el buzón al final del camino para que el cartero no pudiera meter las narices en sus cosas. A menos que les llevara una carta certificada que hubiera que firmar o un paquete, no tenía ningún motivo para subir hasta la granja. De todas formas, yo había cerrado la valla, señal de que la gente no era bienvenida. Abaté el asiento posterior para echarme a dormir. A pesar de esa maniobra, estaba obligado a dormir acurrucado y el suelo de la ranchera era muy duro. Eché afuera al perro para no tener su olor en las narices y despertarme con náuseas. Me dormí vencido por el cansancio. Las imágenes de los dos cadáveres se paseaban por mi cerebro. Me reprochaba haberlos abandonado en el suelo en esa forma de absoluta desnudez que es la muerte. Imaginaba el espectáculo cuando los descubrieran al cabo de unos días. Cuando el día se levantó sobre el lago, estaba helado y me dije que a partir de entonces, y dado que podía permitírmelo, sería mejor que durmiera en moteles hasta la frontera. Cogí dos buñuelos de las provisiones y me puse en marcha en dirección a la ciudad dejando al perro detrás de mí. Estaba meando cuando arranqué y pensé que encontraría fácilmente una familia de acogida

en ese rincón de California. Esperé a que abrieran un bar que había localizado. Un tipo como yo, primer cliente de la mañana, deja huella en la memoria pero al fin y al cabo no había elegido vivir como fugitivo. Pedí dos cafés largos. La camarera, al ver mi estatura, no se sorprendió. Quiso entablar conversación. Un acontecimiento como el asesinato del presidente Kennedy se prestaba a ello.

—Al contemplar el Mount Shasta al amanecer recortándose contra el sol al salir, me pregunto qué nos va a ocurrir.

El Mount Shasta se recortaba contra un cielo límpido y amarillo. Era una masa impresionante.

—¿Se va a quedar un tiempo por aquí?

—No, voy a Los Ángeles a ver a mi padre. Y, por cierto, tendría que llamarle. ¿Tiene teléfono?

Me señaló una cabina al fondo de la sala, entre los servicios y la máquina del tabaco. Aproveché para comprar un paquete de Lucky sin filtro. Mi padre había salido y hablé con su mujer.

—¿Le digo que te llame?

—No.

—¿No estás en la granja con los abuelos?

—No.

—¿Qué pasa, Al, hay algo por lo que tengamos que preocuparnos?

—Vosotros personalmente no.

—¿Pues qué hacemos?

—Volveré a llamar dentro de media hora.

Colgué y fui a acabarme mi segundo café largo, que se había enfriado bastante a pesar de que la camarera me lo había servido hirviendo, dos cosas que pueden enfurecerme: el café tibio y el café hirviendo.

—¡Esta mierda de café está frío!

Ella no se esperaba semejante reacción por mi parte, pude verlo en sus ojos. Empezó a tener miedo. Pensé: «Pobre idiota, si crees que quedarte en pelotas y que te folle detrás de la barra me bastaría es que no te enteras de nada.»

Mis ojos debían de decir lo mismo porque creí que iba a licuarse. Luego sonreí y recuperé el aplomo.

—¿Hay algún vendedor de coches por aquí?

Me habló de un tipo que estaba a la salida de la ciudad y sentí su alivio al saber que no tardaría en marcharme. La media hora se me hizo larga. Empezaba a arrepentirme de haber llamado a mi padre. No podía echarme atrás, puesto que su nueva mujer le avisaría de todas formas, llamaría a la granja y, al ver que nadie contestaba, alertaría al condado entero y eso no me convenía. Haríamos otra cosa.

Volví a telefonar después de un café ni tibio ni hirviendo que la chica se había apresurado a prepararme.

—Papá, tengo una buena noticia y una mala. La buena es que he matado a la

abuela. La mala es que también he matado al abuelo. Te aseguro que ha sido para evitarle la pena de ver a la abuela muerta.

Hubo un intervalo larguísimo, más de un minuto de silencio, y luego mi padre recuperó el sentido:

—Dios mío, Al, ¿pero qué has hecho? No me lo puedo creer, no me lo puedo creer...

No podía parar de repetir eso.

Luego paró. Después de un silencio en el que solo oía su aliento prosiguió:

—Estás completamente loco, Al, completamente loco. ¡Joder, mira lo que acabas de hacer con nuestras vidas!

Entre sollozos añadió:

—Dime que no es verdad, dime que no has hecho semejante cosa. ¿Por qué, pero por qué, Dios mío, joder, por qué?

—¿Por qué? Te lo voy a decir, papá. Porque había que hacerlo. Porque tú tendrías que haberlo hecho. Y lo he hecho por ti. Lo siento por el viejo, no estaba previsto. No había nada previsto pero había que hacer ese trabajo sucio.

En silencio recuperó un poco la serenidad, al fin y al cabo era alguien que había combatido en las fuerzas especiales.

—¿Dónde están los cuerpos?

—Los he dejado allí.

—¿Y dónde estás tú?

—Estoy en la carretera.

—¿Dónde?

—En la carretera.

—¿Se lo has dicho a alguien?

Por un breve instante sentí que mi padre podría ayudarme en mis planes. Limpiar el escenario del crimen, decir que los viejos se habían largado a recorrer Alaska en una autocaravana que habían comprado en efectivo, arrojar los cuerpos en medio de un bosque y cuando los encontraran medio devorados por los osos Kodiak decir: «Mala suerte.»

—Espero que hayas llamado a la policía.

—Tenían otras preocupaciones con el asesinato de JFK.

—Habría preferido que fueras tú quien se hubiera cargado a ese cabrón en lugar de a mis padres pero, Dios mío, Al, ¿cómo has podido hacer algo así? Te has cargado a mis padres y ahora irán a por ti, sabes, has destruido todo lo que había antes y después de mí.

—Quedan mis hermanas.

Pensaba que eso le consolaría.

—Tus hermanas se parecen a tu madre.

Pero ese no era el problema.

—¿Tienes intención de entregarte?

—Sí, pero no ahora. Quiero hacer un largo viaje, tomar el aire, porque luego creo que no tendré mucho. Si pudieras no acelerar las cosas...

—Pero tengo que avisar a la policía, Al. Te van a dar caza, Al. No irás a oponerles resistencia...

—Oh, no, papá, ya me conoces, sabes que no soy violento. Me rendiré sin más, pero aún no estoy listo. Diles que es cuestión de días, de unos cuantos días. Es la primera vez que logro respirar al aire libre, así que ya te puedes imaginar... Si no tuviera intención de entregarme no te habría llamado. De hecho, lo que me preocupa es que entierren a los abuelos. No he tenido el valor de hacerlo. No los dejes así al fresco. El viejo no se lo merece. Me siento mucho mejor al habértelo dicho. Por haberlo hecho y por habértelo dicho, no sabes el peso que me quito de encima.

—Estás completamente loco, Al, tu madre ya me lo había dicho. Voy a avisar a la policía y cogeré el coche para ir a la granja. No sé dónde estás, da media vuelta.

—Volveré, pero no enseguida. Necesito tomar un poco el aire antes de la cámara de gas.

—No hay cámara de gas para los menores. ¿Aún tienes el arma?

—Sí, es el Winchester que me regaló el viejo.

—¿No matarás a más gente, Al?

—¿A otra gente? ¿Para qué? Te dejo, papá, siento las molestias, no tardaré.

Colgué. Con la emoción y esas cosas, podía eternizarse. Por otro lado, para él era difícil asimilar la situación. Es el tipo de realidad que lleva cierto tiempo que entre en el cerebro. Y discutir no conducía a ningún sitio. Mientras hablaba por teléfono, habían entrado vecinos de por allí a tomarse su café matinal. Me dirigían miradas extrañas, pero no más de las que de ordinario caen sobre un forastero, sobre todo si les saca dos cabezas. La conversación enseguida giró en torno al asesinato de Kennedy. Estaban los afligidos y los otros que decían abiertamente que ese hijo de puta ya estaba bien allí donde se hallaba ahora. Las conversaciones sobre temas alejados de la gente nunca duran mucho, pues cada uno suelta su opinión sin gran interés sin que los demás escuchen realmente y se vuelve a las preocupaciones locales. Esos tipos se disponían a cazar ciervos a la mañana siguiente y Kennedy había sido un ciervo más. Sentí que querían sumarme a su conversación, así que hablaron de armas. Me preguntaron de dónde era porque es raro que la gente se lance abiertamente a una conversación antes de saber a quién tiene delante. Dije que estudiaba las civilizaciones indias en Vancouver y que me dirigía a un congreso en Berkeley pasando por Mount Shasta porque aquí venía de vacaciones con mi padre en verano a acampar a orillas del lago Siskiyou. Mis gruesas gafas de miope hacían creíble el personaje. No tuvieron nada que decir. La chica de detrás de la barra me observaba furtivamente mientras limpiaba la barra y era evidente que recelaba de mí desde mi acceso de ira. La conversación se apagó como un fuego de campamento, pues la gente no tiene tantas cosas que contarse. Y cuando se apaga, significa que los alcohólicos han tomado el relevo. Salí del bar y volví a mi coche.

Seguí las indicaciones de la chica. En la carretera efectivamente había un vendedor de coches a tres o cuatro millas en dirección a la autopista. Me esperaba un garaje de más postín, pero parecía más un desguace que un concesionario. Un perro grande amarillo de cuello negro guardaba la entrada ladrando hasta casi romperse las cuerdas vocales. En cuanto me vio salir del coche, se echó atrás y se apartó a un lado con aire contrariado. El mecánico parecía uno de esos granjeros modélicos que posan en las etiquetas de los bidones de insecticida.

—Tengo una ranchera para vender y quisiera cambiarla por una moto.

El trato suponía que al final tendría que darme dinero y eso no parecía gustarle mucho.

Nos dirigimos hacia el coche. Dio una vuelta alrededor, echó un vistazo al interior y luego se limpió las manos con un trapo que se sacó del bolsillo. Se instaló dentro, avanzó el asiento un metro largo dirigiéndome una sonrisita de complicidad, arrancó y dio una vuelta al patio. Salió convencido.

—No hay problema con el coche. Como moto, puedo ofrecerte una Indian. De todas formas es la única moto que corresponde a tu estatura, salvo si quieres andar por ahí arrastrando las rodillas por el suelo.

Estaba satisfecho de su chiste y se echó a reír a carcajadas. La Indian se hallaba al otro lado del garaje. Era una moto magnífica, como siempre había soñado conducir. Un monstruo de cuatrocientos cincuenta kilos que hacía que una Harley pareciera una bicicleta estática. Era roja y blanca, con la pintura y el cromado brillantes, guardabarros envolventes, neumáticos de laterales blancos, asiento de cuero marrón claro con flecos. Hubiera necesitado años de trabajo para pagarme una moto como aquella. Mientras me extasiaba, el mecánico revisaba la documentación del coche. Luego siguió hablando de la moto.

—Es un modelo del cincuenta y tres, una de las últimas motos de la marca, incluso el número de producción es de solo cinco cifras. Motor de dos cilindros de mil trescientos centímetros cúbicos y amortiguadores hidráulicos. Con eso puedes dar la vuelta al mundo, chaval. Por el precio de la ranchera.

No tenía ganas de discutir. Sé lo que sucede si la discusión no me lleva a donde quiero. Pasado el punto sin retorno, mi cólera debe estallar contra mí o contra el otro. A menudo contra mí y luego necesito varios días para recuperarme. No quería estropear un momento así. Le dejé de propina buena parte de las compras del abuelo, pues no cabía todo en las alforjas de la Indian. Al subirme a la moto, el mecánico me miró sorprendido:

—¿Cuánto pesas, chaval?

—Unos ciento veinte kilos.

—Pues mira, la moto casi ni se ha movido cuando te has sentado en ella. Vigila en las carreteras secundarias, es fácil encontrarse con baches.

Comprobó que las alforjas de cuero con flecos estuvieran convenientemente engrasadas.

—No dejes nunca que se sequen, igual que el sillín. Dales todas las semanas con aceite de pie de buey, sobre todo si duerme al raso.

De una manera que pretendía quedar al margen de la cuestión, y cuando ya nos habíamos dicho cuanto cabía decir, añadió:

—En cuanto a la ranchera, creo que esperaré un poco a ponerla de nuevo en el mercado. Algo me dice que será mejor.

Y, dado que yo no respondía, continuó:

—Con el asesinato de Kennedy podríamos vernos en una nueva crisis, como la que echó a mis padres de Arkansas en el treinta y uno. Y cuando van mal dadas, lo primero que recibe es el sector del automóvil. Oye, cuidado con confundir el botón de la gasolina y el del aceite en el medio depósito derecho. Es lo peor que te podría pasar, eso provocaría una mezcla de dos tiempos y en ese caso... Venga, buen viaje.

No había acabado la frase y ya se dirigía al taller a continuar con su trabajo.

Iba a marcharme cuando un destello me iluminó la mente. El Winchester se había quedado en el asiento trasero.

—¡He olvidado una cosa!

Al sacar el arma del coche me miró primero mudo, con picardía, y acto seguido dijo:

—Durante la guerra, las motos del ejército tenían una pistolera en la que podías llevar un fusil de asalto. No tengo ninguna y, además, si circularas así tendrías detrás de ti más policías que chuchos persiguiendo a una perra en celo. Te aconsejo que la recortes. Si tienes algún motivo para utilizarla no es para disparar lejos, no es un arma de caza. Vamos a serrar el cañón y te cabrá escondida en una alforja.

Asió el Winchester y se dirigió decididamente hacia el taller donde tenía un tornillo. Fijó el arma en él y, con una sierra, recortó cuidadosamente el cañón.

En cuanto hubo acabado, me tendió el arma:

—Si la policía te detiene con esto, diles que te crees Josh en *Randall, el justiciero*, lleva el mismo fusil.

Había visto la serie y, la verdad sea dicha, solo me parecía a Steve McQueen por el arma. Quizá también por la moto, pero no estaba seguro de ello. Más tarde, al ver por casualidad una foto de él antes de su muerte, descubrí que montaba la misma moto que yo.

Camino de Oregón, un estado donde los pumas matan más que los homicidas, me decía que me hubiera gustado pertenecer a las fuerzas del orden, porque en el fondo nada tenía en contra del orden. Sospechaba, sin embargo, que después de lo que acababa de hacer no sería bienvenido.

Me crucé con varios policías montados en Harleys, apresurados. Parecían andar en busca de una ranchera gris aunque no fuera ese el caso. Circulé durante todo el día por carreteras secundarias. Mi masa, sumada al centro de gravedad particularmente bajo, me pegaba a la carretera que serpentea hasta Crater Lake tras dejar atrás una recta sin fin, trazada en un paisaje donde los árboles se apartan ante enormes camiones humeantes. Con la altitud, empecé a sentir el frío a pesar del equipo que me había comprado por el camino, una espléndida cazadora de piel de caballo, guantes con manguitos forrados de lana y botas de trampero. El motor de dos cilindros en V emitía un ronroneo tranquilizador cuando mis ideas tenían tendencia a ser bastante disparatadas. Me apetecía llamar a mi madre y explicarle mi gesto. A esas alturas ya debía de saberlo. Mi padre la habría llamado. Me imagino que no debió de hacerse la sorprendida aunque lo estuviera. «Ya te dije que ese chaval acabaría siendo un asesino.» Desde ese punto de vista, llevaba razón, pues no cesaba de clamarlo por todas partes como si esperara que confirmase sus profecías. Pero me preguntaba si su alegría por tener razón sería mayor que el inconveniente de convertirse en madre de un criminal. Había llevado al criminal en su vientre y eso no podría negarlo nunca. Mi madre, tan perentoria, que da lecciones de moral al mundo entero, que desprecia a los demás, había dado a luz a un adolescente asesino. No podía infligirle peor vejación. Había convertido su útero en un fusil de repetición, y ello me procuraba una satisfacción que vacilaba al imaginar el futuro y las complicaciones que depararía.

Me detuve en lo alto de un puerto. Un hotel de vacaciones estivales señalaba el punto más alto, junto a la carretera. Estaba cerrado. Un camino se extendía a la derecha hasta Crater Lake. Lo dejé y seguí la carretera principal hasta una bifurcación donde giré a la izquierda para dirigirme a la 101. A orillas de un arroyo había varios chalets. Vi una cabaña de vacaciones más aislada que las demás y allí me instalé. Abrí la puerta empujando con el hombro y temí que el resto de la construcción fuera a derrumbarse sobre mí. El interior estaba limpio y ordenado. Encendí un fuego en la pequeña chimenea de piedra rogando que no nevara por la noche. Me bebí una botella de whisky mientras preparaba la comida en el hogar. Sentir únicamente una lejana embriaguez me deprimió. El viento se levantó justo cuando me acosté, con los ojos cerrados, tumbado sobre una cama dura, acurrucado para que no me colgaran las piernas. La naturaleza no conoce ni el ruido ni el silencio. No es como en la ciudad y cuanto uno oye siempre va en su favor, en el de su tranquilidad, por poco que se confíe en la vida salvaje. Pensé en mis abuelos. Me preguntaba dónde podían estar en ese momento, si había alguna posibilidad de que algo quedara de aquella carroña que

debía de descomponerse a la espera de que mi padre llegara. Si sus almas se habían encaminado al cielo, esperaba que no se encontraran de nuevo allá arriba, no había matado a mi abuelo aquí abajo para que tuviera que aguantar eternamente los ataques de la vieja. Pensé en mi viaje. No sabía cuándo iba a rendirme, pero no quería que esa rendición tuviera lugar antes del entierro. La altura y el cansancio dieron cuenta de mí y me dormí profundamente. Apenas empezaba a tener pesadillas cuando oí un estruendo fuera. Primero pensé que la policía venía a detenerme y luego comprendí que los osos debían de rondar las alforjas de la moto en las que había dejado mucha comida. Salí empuñando el Winchester y vi alejarse a dos coyotes, con el rabo entre las piernas. Me fue imposible volver a dormirme. Al amanecer, me sentía turbio y el whisky me subía a la cabeza. Un tipo llamó a la puerta, con un café en la mano, para pedir azúcar. Se lo di, pero eso no le bastó y tuvo que hablar. Así ocurre a menudo en este país. La gente busca la soledad no se sabe muy bien por qué y se lo hacen pagar al primer pringado que se presenta soltándole el rollo durante horas. Estaba orgulloso de anunciarme que al asesino de Kennedy lo habían matado a la salida de una comisaría o de un lugar parecido. El asesino se llamaba Jack Ruby. Se había cargado a mi héroe. Eso me entristeció. El tipo que hablaba vivía un poco más abajo de pequeños trabajos forestales. Le parecí raro por esa manía que tengo de siempre estar pensando en dos cosas a la vez, lo que hace que a veces sea muy lento a la hora de responder. El tema que más me preocupa siempre es el que prima sobre el otro. Más aún puesto que me importaba un comino su vida, que además no era en absoluto extraordinaria. De haberlo sido, igualmente me habría aburrido. Cuando quiso saber más sobre mí, me encerré en mí mismo como un caracol, salvo que un caracol nunca tiene el aspecto malvado que me atribuyen cuando he decidido que una conversación ya se ha alargado lo suficiente. Se disculpó por las molestias y se marchó, volviéndose varias veces. Algo en mi comportamiento debió de inquietarle. Me senté en los dos medios troncos agrietados que servían de peldaños y contemplé la moto. Ya no me apetecía nada. Buscaba dentro de mí algo que me provocara el deseo pero no encontraba nada. Dejé la cabaña y cerré tras de mí la puerta como pude, pues la había dejado muy desvencijada. La Indian Chief arrancó a la primera y retomé el camino en dirección a Canadá, sabiendo a ciencia cierta que nunca llegaría a la frontera pues ya tenía tan pocas ganas como la policía. El descenso hacia el llano a poca velocidad me devolvió a la vida. Trazaba las amplias curvas y el aire fresco galvanizaba mi mente. Cortaba las curvas a la espera de que un coche o un camión acabaran con una vida que había empezado tan mal que ya no podía esperarse de ella nada razonable. Pero no me crucé con nadie.

Aceleré al llegar al llano. La temperatura que iba en aumento lo permitía. Unas cuantas millas después, se extendió frente a mí una ciudad industrial en la que unos trenes de mercancías aguardaban a que los cargaran. Tipos corpulentos con cascos de obra y gruesos guantes beige se afanaban alrededor de los vagones. Un poco más lejos unas chimeneas escupían un espeso humo gris que ascendía trabajosamente hacia el cielo. La avenida principal se despertaba fatigosamente. El orden angustioso de aquella ciudad deprimía. Estuve a punto de largarme de allí a toda pastilla, pero ya no tenía suficiente gasolina para hacerlo. Encontré una estación de servicio en la avenida principal. Un viejo de piernas arqueadas, como si de pequeño hubiera cabalgado sobre un camión cisterna en lugar de un caballo de madera, me atendió tras aplastar cuidadosamente su cigarrillo.

—¡Bonita moto!

No respondí. De todas formas mi respuesta se habría perdido, no le miraba.

—Dejaron de fabricarla en el cincuenta y tres, ¿verdad? Una lástima, porque se merecía que siguieran con ella.

—¿Dónde está la oficina del sheriff? —pregunté.

Extendió el brazo.

—Pero a esta hora no lo encontrará. Ha tenido que irse más lejos, a la montaña. Un forestal ha apalizado a su mujer con la hoja del hacha. Por lo que parece, es un espectáculo muy feo aunque nadie lo ha visto aún. El alcohol es malo para la gente. Pero en la oficina debe de estar uno de sus dos ayudantes.

Eché un vistazo a un reloj con la esfera agrietada.

—No tardará en abrir.

Luego me miró como a una secuoya gigante.

—Me parece que nunca había visto a alguien tan alto como tú, chaval.

¿Qué se puede responder a eso?

Pagué y tomé la avenida principal hasta la oficina del sheriff. Parecía una oficina de correos y la bandera americana que ondeaba tímidamente delante no era muy flamante. Me quedé uno o dos minutos delante, sentado en la moto, al ralentí, titubeando. Finalmente apagué el motor.

Al entrar en el vestíbulo me pareció que no había nadie, pero una cabeza de mujer, redonda y rubia, asomó detrás del mostrador. Me sonrió, con la misma sonrisa boba que Clark Gable dispensa a diestro y siniestro en sus películas.

—¿En qué puedo servirle?

Dejé el casco sobre el mostrador con los guantes dentro y me desabroché la cazadora.

—He venido a entregarme.

Se echó a reír.

—¿A entregarse? ¿Le persiguen por exceso de velocidad?

—No, por un doble asesinato.

Me escrutó para ver si hablaba en serio. Prosiguió en el mismo tono jocosos.

—¿En nuestro condado?

—No, más al sur, en North Fork, Sierra Nevada, California. Sus colegas de Fresno deben de estar al corriente.

—¿Y cómo es eso?

Aún no me creía.

—Mi padre ha debido de avisarlos. De hecho, ya debe de estar allí.

—Muy bien, siéntese en el banco y los llamaré. Hasta que no tenga la confirmación, no puedo detenerle.

—Mientras iré a por un buñuelo, ahora vuelvo.

Cogí el casco y los guantes y salí bajo la mirada atónita de la rubia.

Me monté en la moto sin precipitación, arranqué y crucé lo que quedaba de la avenida principal a la velocidad permitida. A medida que avanzaba, calculaba lo que estaba dispuesto a pagar a la sociedad por el doble asesinato de mis abuelos: la media de los años de vida que les quedaban. Quince y nueve para una esperanza de vida de ochenta años, divididos por dos, daba doce años. Doce años de talego, saldría a los veintisiete, y eso me parecía correcto, mis abuelos no valían más.

Los policías me encontraron bebiendo un café largo, con un buñuelo en la mano, sentado en las escaleras de un almacén de madera a la salida de la ciudad. Estaba absorto en mis pensamientos y envidiaba a todos esos tipos capaces de levantarse cada mañana para hacer el mismo trabajo durante toda su vida. Del coche de policía salieron dos ayudantes del sheriff. Ambos tenían la mano sobre el arma y eso me pareció patético. Quería llevar la moto a la oficina y que me indicaran un lugar al abrigo donde aparcarla. Confiaba en que mi padre viniera a buscarla. Al verlos titubear, les dije:

—¿Acaso iba a entregarme si tuviera intención de huir?

El argumento dio en el blanco y pude llevar mi moto al aparcamiento de los polis. Luego me leyeron mis derechos.

Tras unas cuantas llamadas telefónicas, me condujeron a Fresno. Nos detuvimos en un pueblucho donde pasé la noche en una celda con dos borrachos. No dejaban de hablar y de reír por cualquier cosa. Cuando me harté, les dije que estaba allí por un doble asesinato y que necesitaba descansar. Se alejaron de mí y no volví a oírlos. Al alba proseguimos el camino en coche. En el automóvil, no nos dijimos mucho más que la víspera. Los dos policías conversaban acerca de cosas banales y solo se ocupaban de mí cuando decía algo. Necesitaba fijar mi atención. La mujer policía me sirvió de diana. Fantaseé con ella a lo largo de todo el trayecto e imaginé un montón de cosas que no le habría hecho en realidad. Unas imágenes esencialmente sexuales que necesitaba para sentir que aún estaba vivo.

Al llegar, nos esperaban unos cuantos fotógrafos de los periodicuchos locales. Los dos policías posaron a mi lado como Hemingway con un pez espada de dos metros pescado con caña. Me pareció deshonesto que declararan que me habían detenido cuando me había entregado. Me llevaron ante el teniente a cargo de mi caso, que tomaba un café, con las piernas cruzadas sobre la mesa, y examinaba unas fotos que nada tenían que ver con mis abuelos.

En el largo corredor que conducía hasta él, me sentí como un oso paseado por su domador ante una multitud de curiosos sin compasión. Todos los policías y las secretarias presentes me miraban. Me saludó con una pobre sonrisa más agobiada que revanchista y me llevó a una sala de interrogatorios. Abrió la carpeta en la que figuraba mi nombre y que contenía las fotos de los cadáveres de mis abuelos, y las extendió frente a mí.

—Esto es lo que has hecho.

Esperaba que apartara la vista. Al contrario, tomé las fotos una por una. Los viejos no habían cambiado mucho desde que los había dejado. Un poco tiesos, apergaminados, nada más. Me impresionó ver hasta qué punto un cadáver contradice la idea de una eventual vida después de la muerte.

—¿Por qué lo has hecho?

Respiré profundamente, y eso pudo hacerle pensar que me disponía a pronunciar un largo discurso.

—Quería ver lo que se sentía. Desde hacía unos quince días me preguntaba qué sentiría al matar a mi abuela. Era una idea fija. Pensaba en ello y luego se me pasaba. Volvía de nuevo con más fuerza y luego desaparecía. Y en el momento de hacerlo ya no me planteé la cuestión, la evidencia se impuso a cualquier otra consideración. En cuanto al viejo, es otra cuestión, nunca he tenido ganas de matarlo. Me vi forzado por las circunstancias. Era demasiado dependiente de ella. Dejar que sobreviviera a la vieja era condenarlo a sufrir hasta el fin de sus días.

—¿Pensaste en el daño que les hacías, en el daño que hacías a tu padre?

—Para ser sincero, tenía que matar a mi abuela y la cuestión de saber si estaba bien o no, no me concernía. En cuanto al viejo, lo lamenté mucho y aún lo lamento. Por lo que respecta a mi padre, le he hecho un favor. Por supuesto, se halla en estado de shock, como usted, pero dentro de unas semanas, en cuanto se le haya pasado la conmoción, los aspectos positivos de mi acción saldrán a la superficie como el cadáver de un ahogado, y discúlpeme por la metáfora. ¿Dónde está mi padre?

—Está ahí enfrente, en el bar. No quiere verte. De momento no. Se ocupará del traslado de los cuerpos a Los Ángeles y me ha dicho que regresará cuando tenga alguna idea de lo que van a hacer contigo.

—Debería vigilarlo.

—¿Por qué?

—Tiene tendencia a beber en cuanto algo lo contraría. Y puede beber mucho, ya lo ha visto: él también es una mole.

—Hemos hablado con tu madre.

—¿Y qué ha dicho?

—Dice que no le sorprende. Que llevas eso dentro de ti desde hace mucho tiempo, que ya decapitaste a un gato.

—Si todos los adolescentes de mi edad que han decapitado a un gato en este país mataran a sus abuelos, ya podrían cerrar los asilos.

—En resumidas cuentas, no quiere venir y espera a ver qué decide la justicia.

—¿Y qué va a decidir?

—Un perito te examinará. Como eres menor de dieciséis años, debe determinar si eres o no responsable de tus actos. Luego, la California Youth Authority tendrá que decidir qué hacer contigo, prisión u hospital psiquiátrico. No lo tengo muy claro, es la primera vez en mi carrera que tengo que ocuparme de dos asesinatos cometidos por un menor. ¿Por qué te has entregado?

—Porque ya no tenía energías para continuar. Me gusta conducir, durante horas y noches. Y luego siento como una profunda desaceleración dentro de mí. Siempre he estado encerrado. Pero en cuanto estoy al aire libre, al cabo de unos días un vértigo me recuerda que no estoy hecho para esa libertad. Y, sin embargo, podría matar a cualquier persona que quisiera privarme de ella. Es lo que he hecho con mi abuela. Su asesinato me ha dado cuarenta y ocho horas de libertad.

—¿Crees que valía la pena?

—Sí.

Lleva ya sentado ahí más de un minuto cuando ve que se abre la puerta y aparece su cabeza hinchada. Resopla ruidosamente. Lleva una gran carga. Por ella, por lo que acarrea, por todo.

—Cada vez me hacen firmar ese formulario, eso me ha retrasado.

—¿Qué formulario?

—La declaración que estipula que no demandaré a la administración penitenciaria en caso de que usted me agreda.

Él se echa a reír.

—De todas formas, si la agrediera no tendría usted ocasión de demandar a nadie.

Eso no le parece divertido o, si fuera el caso, no lo hace patente.

—Una vez, vino un tipo del FBI a interrogarme y le hice creer que iba a estrangularlo tranquilamente. Pidió ayuda, pero no acudió nadie pues era la hora del cambio de guardia y del almuerzo. Quiso hacerme creer que iba armado y le respondí que no se podía entrar armado en una cárcel, aunque fuera del FBI. Se puso a farfullar sobre las artes marciales que practicaba y, al ver que eso no me impresionaba, se meó encima. Cuando vinieron a buscarlo, lucía una mancha muy grande en la entrepierna. Imagínese a ese tío bajito y fornido vestido con traje negro, camisa y corbata negra, con un cabello con un impecable corte a cepillo, andando con los pies hacia dentro para ocultar su vergüenza. Los vigilantes, que saben lo pacífico que soy, se rieron de lo lindo.

Miró la pila de libros que ella había dejado con dificultad sobre la mesa que los separaba. La mujer murmuró:

—¡Feliz cumpleaños!

—¿Cómo sabe que es mi cumpleaños?

—Porque nací el mismo día que usted con cuatro años de diferencia.

Ella se sonrojó como si quisiera disculparse por esa coincidencia.

—Significa que tiene cincuenta y nueve años. Es lo que pensaba. Cumplir un año más, fuera, es un año menos por vivir, un año menos para aburrirse, no es en absoluto lo mismo. No voy a leer todo eso.

—Haga lo que pueda, como de costumbre, es una sugerencia, pero estamos tan acostumbrados a su celeridad...

—He empezado a escribir.

—¿A escribir?

Ella se estremeció.

—Como no me ofrecen críticas literarias, me he lanzado a la novela. Una autobiografía novelada. ¿Se le ocurre algún editor al que le pudiera interesar?

Ella repite:

—¿A escribir?

Asiente, agobiado.

—Lo contará todo.

—Esa es la cuestión. Solo aceptaré publicarlo si se trata de mi texto in extenso.

—Ya veo, pero...

—No hay pero que valga... ¿Se le ocurre algún editor?

—Sí.

Ella parece de repente muy turbada. Le ocurre a menudo. Es emotiva, inestable para hablar claro. Está como postrada. Y a diario ve postrados en esa cárcel. Si viene para eso, le dirá que se largue. Eso del libro la ha sacudido. No sabe por qué, pero eso la ha sacudido de los pies a la cabeza. Así que añade más leña...

—He pedido el traslado.

Está completamente desconcertada.

—¿Un traslado? ¿Adónde?

—Al paraíso, pero me lo han denegado. No, en serio, he pedido que me manden a la penitenciaría de Angola en Luisiana. Puede que lleve cierto tiempo, porque será necesario que un preso de Angola de la misma edad y que también cumpla cadena perpetua haga la petición contraria. Mi hoja de servicios religiosos ha impresionado al director de Angola. El tipo tiene una fe de carbonero y los presos proselitistas son bienvenidos.

—¿Y para cuándo sería eso?

—Mañana, dentro de un mes, dentro de diez años o nunca.

—Pero allí no tendrá a nadie que vaya a visitarle.

—¿Y qué diferencia habría?

Ella no responde, se limita a bajar la cabeza.

—Después de tantos años, a veces uno se pregunta qué le mantiene en pie. La lectura, ahora la escritura, mi contribución a la comprensión de los asesinos en serie. He sabido que en Angola los presos se ocupan de una granja con caballos. Tengo recuerdos de los caballos de mi infancia en Montana. Son casi mis únicos buenos recuerdos. Tienen algo más humano que nosotros mismos. No he tenido deseos de sustraerme a la vida. Me he cortado las venas dos veces, para ver correr mi sangre como un chaval contempla correr el agua de un río sucio junto a su casa. Salir de la cárcel tampoco me ha motivado nunca. Presenté una solicitud de libertad condicional pero, una vez delante de la comisión, lo único que se me ocurrió decir fue: «No creo que liberándome cometan una tremenda estupidez, pero nada es seguro.» Me gusta verla a usted. Pero solo viene una vez al mes. En cambio, allá abajo tendré la compañía de los caballos a diario, ¿me entiende? Y, además, cada año hay un rodeo. Los presos montan toros y mustangs delante de sus familias y de extraños que pagan una entrada. Ese dinero les financia los extras de todo el año. Me gustaría participar en la prueba reina. Cuatro presos se instalan alrededor de una mesa situada en mitad del ruedo. Juegan al póquer. Tienen que concentrarse para seguir la partida en la que hay en juego grandes apuestas. En un momento dado, sueltan al ruedo un toro verdaderamente bravo. Se lanza contra la mesa. El último que se levanta se queda con

el dinero de las apuestas.

Solo se ven media hora al mes y, al cabo de cinco minutos, ya no tienen nada que decirse. Es una antigua hippie, eso es seguro. Aún desprende el olor y tiene el cabello graso que se retuerce de fatiga. Ese tipo de joven no ha envejecido mejor que los veteranos de Vietnam. Por lo menos, antaño, sus ojos se iluminaban, aunque esa luz procediera del LSD. A veces piensa en todas esas chicas que preconizaban el amor libre, que se hacían follar solo para demostrar que eran capaces de ello, que no pertenecían a nadie en particular. Él ni siquiera lo aprovechó. Le daban asco. Una calada de hierba, me abro de piernas, las vuelvo a cerrar, no sé cómo se llama el tipo que me ha inundado, pero pertenezco a la gran fraternidad humana. Ese es el programa. No se sabe de quién son los hijos, pero mejor porque así son de todo el mundo y por lo tanto de nadie. Odió a esa generación y lo que ahora queda de ella son personas como Susan que creen tener una mente abierta cuando tienen el cerebro menguado por la droga. Un psiquiatra al que conoce habría dicho que vivieron una gran esquizofrenia colectiva con una fragmentación de la personalidad, delirio perpetuo, catatonia beata, marginalización, en resumidas cuentas toda una serie de síntomas que habrían acabado por volver normales a esos esquizofrénicos si hubieran llegado a ser mayoritarios. Ella transpira incluso sin moverse. Vive en la inseguridad, he ahí el motivo. No es un problema de peso. Con sus ciento sesenta y tres kilos, él no transpira nunca.

—No estoy convencido de que los libros para ciegos y todas esas bobadas sean la principal razón que la ha traído hasta aquí. Pero voy a serle sincero, no me apetece conocer esa razón que sería más fuerte que las otras porque está oculta. Me da igual, Susan. Tenemos una relación profesional, por un tiempo determinado, y así es perfecto. Me gustan sus visitas. Pero de igual modo podría prescindir de ellas. Después de usted, ya no habrá nadie que venga a verme, ¿y qué le vamos a hacer? Usted es la única presencia femenina en un mundo en el que solo veo a tíos que se la cascan ocho veces al día tratando de hacer retroceder las paredes de su celda. Pero si tengo que prescindir de ella...

Cabizbaja, esboza una penosa sonrisa que se extingue de inmediato. Debe de preguntarse si tiene que llorar. No se atreve. Examina la pila de libros y lee las contracubiertas. No hay ninguna historia que le atraiga. Por lo general, ocurre pocas veces. Elimina tres libros demasiado voluminosos. Cuando son demasiado largos el lector se pierde, aunque sea ciego. Se pone en pie y se estira:

—Piense en hablarle de mi libro a un editor, me hará un favor. Hasta pronto.

Se vuelve una vez más antes de salir.

—Si aceptan mi solicitud de traslado a Angola, le escribiré para hacérselo saber.

Llegó el diagnóstico del perito del tribunal: esquizofrénico paranoide. Me causó el mismo efecto que al tipo al que sin tener ningún billete le anuncian que le ha tocado la lotería. El juez que presidía la audiencia tampoco pareció muy emocionado. La vista duró un cuarto de hora. El psiquiatra leyó sus notas en un tono monocorde del que trataba de salir mediante bruscas aceleraciones. No parecía sentirse bien. Me declaró psicótico, confundido, incapaz de funcionar, peligroso para la sociedad y para mí mismo. Añadió que el tratamiento que eventualmente podría curar mis trastornos sería largo, muy largo. Y que en consecuencia consideraba que debía ser juzgado irresponsable de mis actos.

Mientras el juez escuchaba esa letanía solo con un oído, pues había cerrado el otro para ahorrar, le murmuré a mi abogado de oficio que esas conclusiones me parecían ridículas. Quería reivindicar la responsabilidad de mis actos. Me hizo un gesto para que no jugara a eso y me dijo al oído: «Es tu única oportunidad de volver a ver la luz del día, muchacho.» Me contuve.

Había pasado una tarde con el psiquiatra. Era cuanto la justicia podía pagar por un tipo de mi calaña. Estaba obsesionado con el «paso a la acción». Quería saber si antes de matar a mi abuela había oído voces o había tenido la impresión de que unas fuerzas superiores se apoderaban de mí. «Pensaba en ello desde hacía varias semanas. Sabía que estaba mal, incluso muy mal. En ningún momento pensé en cometer un acto excusable por la sociedad, pero era una necesidad, una cuestión de supervivencia. Era ella o yo. De no haberlo hecho, a buen seguro me habría suicidado al cabo de unos días. Cambié su vida por la mía. Y no me sentía verdaderamente culpable por cambiar la vida de una vieja por la de un adolescente. Lo hice también por mi padre. Me habría gustado que él hubiera tenido ese valor, así no me habría visto obligado a hacerlo.»

La conversación acerca de mi infancia fue breve. Ya había oído lo suficiente para hacerse una opinión. Luego volvió sobre mi abuela.

—¿Te pegaba?

—No.

—¿Te humillaba verbalmente?

—No, la verdad es que no.

—Y, en ese caso, ¿qué le reprochabas?

—Que no me dejara respirar.

—Y, en tu opinión, ¿eso basta para matarla?

Ahí debió de ser donde parecí confundido. No conseguía organizar mis pensamientos para explicar su evolución. No estaba seguro de que hubieran seguido lógica alguna. Solo recordaba la conclusión. Pero era yo quien había tomado la decisión, no otro ni una voz salida de vete a saber qué galaxia.

En la sala del tribunal reinaba una atmósfera de desolación. La hora matinal y el sobrecalentamiento del edificio embotaban las mentes. El juez estornudó varias veces antes de declararme irresponsable y de confiarme a la California Youth Authority.

Leí en sus ojos que esa sentencia le aliviaba de tener que volver a tratar mi caso. Salió sin mirarme pensando en el buen café caliente que le aguardaba en su despacho.

La comisión ordenó el mismo trabajo que el tribunal. Varios psiquiatras y asistentes sociales desfilaron ante mí haciéndome un montón de preguntas sobre mi vida como si prepararan mi biografía. Según mi abogado, que había leído sus informes, ninguno de los psiquiatras coincidía en el mismo análisis de mi caso e incluso estaban en absoluto desacuerdo con las conclusiones del perito del tribunal. Al final, sin embargo, se pusieron de acuerdo en el hecho de que la prisión no me permitiría recibir un tratamiento adecuado y que solo intensificaría mi sentimiento de culpabilidad. Yo no tenía ningún sentimiento de culpabilidad, pero no debíamos de darles el mismo sentido a las palabras.

Las semanas pasadas en la cárcel a la espera de que se decidiera mi destino no me dejaron un recuerdo particular. Esperaba sufrir una especie de claustrofobia pero no fue así. Uno puede sentirse encerrado fuera, libre dentro, es una cuestión de estado de ánimo. Me trataron bien y los otros presos me dejaron en paz, a la vista de que no estaba destinado a pudrirme en el mismo agujero que ellos. Sentí respeto por mi masa. Un preso novato siempre teme que le den por el culo en las duchas, pero, a menos que el tipo tuviera una gran escalera de bomberos entre las piernas, no veía muy bien cómo podía sentirme amenazado. No me relacioné con nadie. No es mi naturaleza y no le veía utilidad alguna.

De todas formas salí un poco tenso. Hacía varias semanas que no había podido liberarme de mi tensión sexual por pudor. Aliviarse con otros tipos alrededor es degradante aunque comprendo que al cabo de los años ese tipo de escrúpulos se disuelve en la rutina. En el coche que me trasladaba al hospital psiquiátrico estatal de Atascadero, vi por la ventana a chicas guapas que andaban por la calle, despreocupadas, y tuve ganas de llorar. La nostalgia de lo que nunca había conocido. El deseo pronto ahuyentó la emoción. No era el deseo de poseerlas, sino una cosa más complicada que aparté de mi cabeza. Me hundí en el asiento y pensé en mi moto, que quizá un día recuperaría, sin batería, de eso no cabía la menor duda. De golpe, me entró el canguelo. De volverme loco de verdad. Ya no quería ir allí. Empecé a preferir la cárcel. Recordé historias que circulaban sobre gente normal internada por fruslerías y que había salido con el cerebro tan lavado como el puente de un barco. Pregunté a los dos policías que me acompañaban cómo era en Atascadero. Me respondieron que no lo sabían demasiado. Según ellos era el lugar donde se protegía a los ciudadanos de California contra los chiflados de todo tipo. También les pregunté qué tipo de enfermos había allí. El jefe se alisó el bigote y me dijo que le parecía que

había un tercio de criminales y dos tercios de tipos quemados incapaces de matar a una mosca. El que no había dicho nada hasta el momento empezó a despotricar contra todos aquellos cabrones a los que encerraban a cargo del contribuyente y a los que fingían curar, como si el mal pudiera curarse. Se volvió para mirarme y me escupió su desprecio:

—¿Crees que un tío que ha matado a sus abuelos puede volver a ser algún día un buen ciudadano estadounidense? ¿Lo crees, chaval?

Estoy seguro de que, de no haber estado esposado, no habría añadido lo de «chaval». No me amilané:

—Tenía razones para hacerlo.

—Lo que hace de ti un loco es que puedas pensar que tenías buenos motivos para asesinar a tus abuelos. Te van a tener ahí durante años para enseñarte a lamentar lo que has hecho, pero el mal está en ti. Has pasado al otro lado y ahora ya es demasiado tarde.

Se encendió un cigarrillo mientras bajaba la ventanilla de su puerta.

—Sabes, me gustaría creer que es posible curarte. Pero las enfermedades mentales no se curan. Nunca puedes volver a confiar en un perro que ha mordido a un chiquillo. Aunque un minuto después se restriegue contra ti meneando la cola. Sería mejor resignarse. Has cruzado la línea. Yo no te mataría por eso. Pero no te dejaría salir de ahí.

Cuando ya hacía tiempo que nos encontrábamos en mitad del campo, pasamos juntos a prados en los que pacían vacas negras. De lejos, el hospital parecía un gran pastel de cumpleaños de nata depositado sobre un mantel de colores demasiado vivos. El helado había empezado a derretirse a un lado. Al acercarnos, el pastel se hizo más grande y también los altos muros que lo circundaban. Había alambradas a lo largo de toda la muralla. No vi torres de vigilancia, pero el conjunto me daba la impresión de un maldito centro de detención. Dos enfermeros, que se creían corpulentos antes de verme, vinieron a buscarme a la administración. Me condujeron luego ante una señora amable y firme. Se quedaron cerca de nosotros mientras rellenábamos un formulario destinado a darles la mayor información posible acerca de mí. Le pregunté si podría recibir visitas. Asintió y acto seguido adoptó un aire afligido para informarme de que se habían puesto en contacto con mi padre y mi madre para que estuvieran presentes en el momento de mi admisión en el centro pero que ninguno de los dos quería oír hablar de mí por el momento. Quiso tranquilizarme: sucedía a menudo y, con el tiempo, las cosas se allanaban.

—Hay que entenderlos. No solo has matado, sino que has matado a personas de la familia, a los padres de tu padre. Hará falta tiempo para que te consideren de nuevo uno de los suyos. Es posible que tu psiquiatra quiera entrevistarse con ellos. Tendrán que desplazarse. Pero no te preocupes por eso ahora.

Me despidió con una sonrisa. Los dos enfermeros me escoltaron hasta la habitación. Tuvimos que recorrer quinientos metros para llegar hasta allí. En ese hospital todo era alto, largo y estrecho. Los pasillos no acababan nunca. En la sección de los enfermos no criminales, nos cruzamos con tipos que deambulaban libremente. Muchos parecían víctimas de un accidente de nacimiento, con la frente cerrada sobre las cejas o una cabeza enorme en forma de ojiva. La luz que solo entraba por pequeñas ventanas recortadas a gran altura no les daba buen aspecto. Ninguno de ellos me miró. Estaban en otra parte, en otra parte de la que me dio la impresión de que no se volvía ya nunca. Algunos estaban cargados de tics y otros caminaban como gallinas descomponiendo sus movimientos. Nunca les hubiera hecho daño, pero francamente esa humanidad me provocaba náuseas con su incontinencia cerebral.

La zona de seguridad se parecía más a una cárcel que a un hospital, pero por lo menos los criminales tenían una cara normal. En todo caso, los pocos con los que me cruzaba. A esa hora de la tarde, todo el mundo estaba en su habitación. La mía era estrecha como la pernera de un pantalón. No se podía pasar entre el armario y la cama. La ventana alta pero sin barrotes estaba fuera del alcance de un hombre normal. Los enfermeros se excusaron diciendo que nadie les había advertido de mi corpulencia. Me dejaron una media hora y regresaron para conducirme a una habitación apenas más amplia donde podía volverme sin golpearme contra las paredes. Cuando vi que las letrinas estaban en el exterior, comprendí que no estaba

allí para ser castigado aunque, con la salvedad de algunos detalles, era difícil distinguirlo de una prisión federal. Y además, solo en una habitación, las perspectivas eran otras. A pesar de la aparente contradicción, esa habitación empezó a gustarme tanto como los espacios al aire libre en su momento. Allí me sentí tranquilizado. La ventana abierta a dos metros me dejaba ver una franja de pastos a lo lejos, muy obstruida por el muro y las alambradas que lo coronaban. Me tendí en la cama y pasé un par de horas contemplando el techo sin pensar en nada, presa de un curioso sentimiento de seguridad.

No podía pasarme años en ese hospital durmiendo acurrucado. Llamé a un guardián y le mostré de buena fe que sobresalía más de treinta centímetros de la cama. El montante estaba unido a las patas y no podía hacerse nada. Me prometió que echaría un vistazo en el almacén para ver si una cama médica podría servir de algo. Esperé a la hora de la cena. Me puse el uniforme reservado a los internos más peligrosos que estaba doblado al pie de la cama y, cuando sonó la sirena, vino un guardia a abrirme. Todos los detenidos tenían que mantenerse a distancia de los otros. Fuimos hasta el refectorio al paso. A continuación nos pusimos en fila india delante de los mostradores humeantes donde se cocía a fuego lento una comida triturada para que pudiéramos comerla sin cuchillo. Elegí un sitio al azar. En la cárcel es muy arriesgado hacerlo. Siempre hay un tipo o una pandilla que lo reivindicaban. Pero allí no se percibía ninguna agresividad. No había matones y todo el mundo miraba a los demás sin verlos. No existía ninguna banda que tratara de imponer su ley. Los asesinos clasificados como enfermos mentales son enormemente individualistas y se encierran en sí mismos. Diría incluso, con la larga experiencia que poseo, que son muy miedosos. El enfrentamiento directo los aterroriza. La violencia solo se puede iniciar con la condición de que tengan la certeza de poder ganar a una víctima forzosamente más débil. Pero todo eso aún no lo sabía en esa época. Por otra parte, no veo cómo podía saberlo. Los otros enfermos se contentaron con mirarme de arriba abajo, por lo general a hurtadillas. Mi masa los impresionaba. No tanto la masa en sí misma como la idea en plena actividad que de ella se hacían, durante el famoso paso a la acción. Todos los detenidos que se sentaron a mi lado fingieron ignorarme salvo un tipo que rondaba la cincuentena que destacaba por su aspecto refinado. Me dirigió varias sonrisas furtivas de bienvenida y me guiñó el ojo como si fuéramos cómplices. De qué, lo ignoraba. Me pregunté si no sería gay, aunque yo nunca hubiera parecido uno de esos adolescentes con los que fantasea esa gente. Observé a dos o tres tipos de rostros que daban miedo, en particular un hombre de unos cincuenta años que era una extraña mezcla entre un jefe indio y un camionero irlandés. Tenía una cabeza tan grande que haría palidecer a un sombrerero y unos ojos muy rasgados, pero sobre todo negros y perdidos por un estrabismo divergente. La comida era correcta. Mejor que en la cárcel, a sabiendas de que era imposible que fuera peor que en la cárcel. Nadie me dirigió la palabra, pero me di cuenta de que a algunos les reconcomía la curiosidad de saber qué hacía allí a mi edad. Un canijo muy delgado, tan feo como si

sus padres lo hubieran hecho a propósito, se instaló frente a mí. Se removía en su silla y hacía muecas. Un rictus de desdén le sacudía el rostro cada treinta segundos. Su calvicie nada tenía que ver con la de la gente que pierde el cabello. El suyo parecía que nunca hubiera crecido, como si algo lo hubiera desanimado. Veía que quería hablarme, pero no decía nada. Después de cada tentativa se acariciaba la parte superior del cráneo. La punta de baba que ornaba la comisura de sus labios me provocó náuseas y dejé de mirarlo para acabar de comer tranquilamente. Cuando ya no quiero cruzarme con la mirada de nadie es muy fácil, miro fijamente delante de mí y eso me sitúa muy por encima de los demás. Para emplear una metáfora militar propia de mi padre, tomo un pasillo aéreo que me pone al abrigo de la artillería. Era un truco que utilizaba a menudo mi viejo, que era apenas más bajo que yo. Le vi hacerlo cuando mi madre se ponía a gritar como una posesa. Se quedaba de pie, con los brazos cruzados, apoyado contra la pared con los ojos en la horizontal.

Le reprochaba que no hubiera dado señales de vida ni una sola vez desde mi detención. Mi madre era otra cosa, pues debía de estar verdaderamente enfadada. Estoy seguro de que no había querido ausentarse para no tenerles que decir el porqué a sus compañeras de oficina. Ni siquiera estaba seguro de que se lo hubiera dicho a mis hermanas. O puedo imaginar la conversación. Las dos gordas regresan una del trabajo y la otra del colegio. Mi madre está sentada pelando patatas. Hay grasa que crepita en una sartén. Se saludan sin darse un beso. El nuevo tío de mi madre está en el salón. Lee el periódico con los pies bien calientes en sus zapatillas porque, sin zapatillas, ella no le habría dejado llegar hasta allí. No podría describirle, yo ya me había marchado cuando llegó para reemplazar a mi padre. No pasó mucho tiempo. Mi madre necesita que la meneen por lo menos dos veces al día sin cruzarse con la mirada del otro. Vamos, ese es mi análisis tras los indicios recopilados a lo largo de los catorce años que mis padres durmieron encima de mí, en la planta baja. Pero, sobre todo, necesita decirle a la cara al tipo que se abrocha los pantalones que no ha gozado porque es un incompetente, ignorante del placer de las mujeres, un inútil, etc., hasta que vuelven a empezar. En resumidas cuentas, mis hermanas regresan a casa. Mi madre sin alzar la cabeza les espeta: «Vuestro hermano ha matado a los abuelos.» Mi hermana pequeña, que tiene un cerebro de mosquito, ha debido de preguntar sin afectación particular: «¿A cuáles?», a pesar de saber que nuestros otros abuelos se murieron tan ricamente mucho tiempo atrás y que nunca los conocimos. En cuanto a mi hermana mayor, me la imagino exclamando: «¡Oh, qué gilipollas!», mientras abre el frigorífico en busca de alguna cosa muy pesada que pueda zamparse antes de la cena. En cuanto da con el tentempié, la información se ha evaporado. Es una hipomnésica sin emotividad. Nunca la he visto alegre ni triste e, incluso cuando es mala, se nota que hace un esfuerzo, que no es natural. La amabilidad le exige un esfuerzo de imaginación excesivo y no pilla el concepto.

Acabada la cena, nos dirigimos en fila a nuestras habitaciones. El guardián echó el cerrojo de la mía. Le pregunté dónde podía encontrar algo que leer. Me dijo que me

haría un favor, que me traería una revista, esta vez, con mis medicamentos y que al día siguiente tendría acceso a la biblioteca. Las revistas y las medicinas llegaron media hora después. No pregunté para qué eran las medicinas. A buen seguro para curar la enfermedad que me había conducido a matar a mis abuelos. No había llegado a la tercera página de la revista y devoraba con los ojos las curvas de Marilyn Monroe, muerta desde hacía más de un año y medio, hecho que no menguaba el erotismo de la foto, cuando sentí que se me cerraban los párpados. Las pequeñas fantasías que me había preparado no resistieron al somnífero y dormí sin pesadillas, cosa que no me había sucedido nunca en la vida.

Al despertar, no tenía fuerzas. Antes del desayuno, sin embargo, tuve el reflejo de recortar la foto de Marilyn Monroe y guardarla doblada en mi armario. La comida fue aún más silenciosa que la víspera a pesar de que a dos o tres pacientes parecía que les hubieran puesto pilas como a unos juguetes. Los demás volvieron a mirarme fijamente. Mi corta edad los intrigaba. Era el más joven y con diferencia. Después de tomarme el café y el bollo repugnante que lo acompañaba, me condujeron a mi habitación a la espera de mi primera entrevista con el psiquiatra. Volví a dormirme como si tuviera años de sueño atrasado. Me despertó un enfermero y me condujo tambaleándome a una habitación que parecía una sala de interrogatorio de policía, con un cristal a través del cual el personal vigilaba que no le ocurriera nada al médico. Permanecí allí un rato sin hacer nada y acabé por dormirme de nuevo con la cabeza sobre la mesa delante de mí y los brazos colgando. Un enfermero me despertó de inmediato.

Cuando entró el psiquiatra, me invitó a sentarme. Le respondí que ya estaba sentado y sonrió.

—No estaremos siempre en esta sala. Es solo para ver si te comportas bien, cosa de la que no me cabe la menor duda.

Enseguida me pareció condescendiente. Condescendiente, esa es la palabra. Me miró un buen rato tratando de evitar el reflejo de mis gruesas gafas para verme los ojos.

—Te ha sucedido algo terrible y vamos a tratar de arreglarlo para que un día puedas salir de aquí. ¿Es lo que deseas?

Mi cerebro funcionaba al ralentí.

—¿Qué tengo que desear?

Sonrió de nuevo.

—Salir de aquí. ¿Te apetece?

Titubeé.

—Ahora mismo no lo sé muy bien.

—¿Te apetece volver a la vida de los jóvenes de tu edad, a una vida normal?

Recobré el sentido.

—Se nota que no sabe cómo viven esos tipos supuestamente normales. Claro que quiero salir de aquí, pero no para volverme tan cretino como ellos.

—He visto en tu expediente que eres una persona con una inteligencia superior, Al. Para serte sincero, nunca he visto a alguien tan inteligente.

Y añadió:

—Estoy impresionado. Intentaré estar a la altura. Que sepas que me alegra ocuparme de ti. Pero tu inteligencia nunca servirá de nada si no va acompañada de cierta maleabilidad. Tu inteligencia fuera de lo corriente está de momento mal encaminada. Saldrás de aquí el día en que un comité considere que ya no eres un peligro, ni para la sociedad ni para ti, y cuando la maleabilidad de tu mente te convierta en una persona adaptable.

—Pero no soy un peligro para la sociedad. Le pegué un tiro a mi abuela porque me ahogaba y la juzgaba responsable de cómo es mi padre, y en cuanto a mi abuelo...

—Todo eso ya lo sé. Me estás diciendo que eres absolutamente responsable de tus actos. Y no quiero ni oírlo. Sobre todo después de haberme dicho que no estás seguro de tener ganas de salir de aquí. Ese tipo de contradicción es lo que tenemos que trabajar entre tú y yo. Nos veremos todas las mañanas. Por la tarde tendrás un trabajo de verdad con otros detenidos. Dentro de unas semanas, si lo considero factible, haremos que prosigas tus estudios. Dime qué te gusta hacer en la vida, tus aficiones.

No es el tipo de pregunta que provoca una respuesta inmediata por parte de alguien como yo. Se percató de mi titubeo.

—Ir en moto. Me gusta sentir el viento en la cara y conducir. Eso, cuando me

encuentro bien. Y también me gustaba disparar con la escopeta, pero creo que ahora eso va a pasar de moda.

—A mí también me lo parece. ¿Qué más?

—Nada más.

—¿No hay nada que te interese?

—¿Cómo puedo explicárselo? Cada vez que algo me interesa, me canso porque los malos pensamientos embrutecen mi interés. Unos pensamientos que vencen frente a cualquier tema y me impiden avanzar más.

—Ya veo, hablaremos de ello más adelante. Así que no consigues leer un libro hasta el final, ¿verdad?

—Eso es.

—Te propongo un trato. Cogerás un libro de la biblioteca y te obligarás a leer cada día, sin pensar en nada más. Diez, veinte páginas, lo que puedas. Tratarás de alejar tanto como puedas esos pensamientos. Saldrás de aquí el día en que los médicos estén convencidos de que eres tú quien decide en qué piensas. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Tenía la pregunta en la punta de la lengua:

—Dígame, ¿qué es un esquizofrénico paranoide?

Me miró un buen rato rascándose el mentón.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Eso es lo que dijo el perito en el tribunal, mi enfermedad...

—Ah, sí, ya veo. No te preocupes por eso. Es jerga de psiquiatras. Nadie sabe a ciencia cierta qué es un esquizofrénico. Para abreviar, es todo lo que no es normal, aparte de algunas enfermedades bien identificadas. Pero la mayoría de la gente que mata es normal. Quizá al fin y al cabo también tú seas normal, Al.

—Si me considera normal, ¿me mandará a la cárcel?

Se dio cuenta de que eso no me preocupaba.

—Oh, no, muchacho. No comprendes todos los matices del sistema. Si hubieras sido considerado una persona normal en el momento de los hechos, permanecerías en la cárcel de por vida. Pero si te vuelves normal aquí, será porque te habrás curado de algo. Si me permites un consejo, mantente lejos de los demás. Trata de no relacionarte con ellos. Pueden quitarte mucho y tienen poco que darte.

Se puso en pie y me dio una palmada amistosa en el hombro.

—Hasta mañana. Esta vez, en mi despacho.

Disculpen, he olvidado describírselo. Es muy propio de mí, porque no le doy mucha importancia al aspecto físico de la gente. Por lo general, cuando la miro, no la veo. Pero imagino la manera como me ven. Leitner tenía unos ojos muy azules detrás de unas gafas cuadradas de montura negra. No era un azul de esos que pierden el color con los años. Tenía la edad de haber tenido veinte años en el momento del

desembarco en Normandía. No tenía nada del psiquiatra que lleva a sus espaldas toda la miseria de las desviaciones humanas. Ni del tipo que se ocupa de los chiflados para convencerse de que está mejor que ellos. Era más un optimista. Debía de ser capaz de ver las cosas con perspectiva. Fuera del hospital, debía de vivir con normalidad. Tenía aspecto de que debían de gustarle los descapotables y conducir durante horas por la carretera de la costa, pero ignoraba si tenía los medios para permitirse un coche que se saliera de lo ordinario. Me cuesta definir lo que sentí tras ese primer encuentro. En general no siento nada. A veces, incluso, alguien no me gusta porque siento una amenaza instintiva. También desprecio mucho, porque en ese aspecto no soy nada avaro y he visto a muchísima gente indigna por su flagrante falta de inteligencia. En resumidas cuentas, el doctor Leitner no parecía desearme nada malo.

Me fui a la biblioteca, que era como los demás edificios, larga, estrecha y alta. Me pregunto qué debía de tener en la cabeza el arquitecto que proyectó ese hospital. En dos segundos, comprendí que el bibliotecario estaba allí desde hacía mucho tiempo y para siempre. Me dio escalofríos constatar que la psiquiatría no es una ciencia exacta y que no siempre se puede dar con una cura. Me vi cincuenta años después con ese rostro pálido, mechones de cabello y bolsas debajo de los ojos, y recé por que Leitner fuera competente. El enfermero que me acompañaba lo saludó por su nombre, pero el otro no respondió. Clasificaba los libros que sacaba de una caja en dos pilas que correspondían visiblemente a dos etiquetas diferentes, una amarilla y la otra roja. Un libro parecía plantearle un problema, no sabía dónde ponerlo. Cuando por fin me preguntó qué quería, observó un buen rato mi uniforme que decía que era un criminal. Se ajustó las gafas en la nariz y se marchó por un pasillo. Regresó con un ejemplar de *Crimen y castigo* y lo dejó frente a mí como haría un tendero con un artículo barato.

¿Por qué escribe la gente? A menudo porque una sorda vanidad les hace sentirse orgullosos de sus desgracias y quieren compartirlas con el resto de la humanidad ya que, en el fondo, les resultan muy pesadas. Creo también que hay mucha gente que escribe porque no encuentra ningún consuelo en sus familias. Es incluso peor, y a menudo son sus familias las que se hallan en el origen de sus sinsabores. Tener lectores les ofrece la sensación de estar menos solos sin el inconveniente de una fastidiosa promiscuidad con gente bienintencionada. A menudo también escriben para dejar un rastro de su pobre y pequeña vida. Pero por qué ellos en lugar de otro. En ese caso, el libro, publicado sin que se sepa por qué, pasa del editor a la basura del aburrimiento. Yo sé por qué escribo. Solo quiero engancharme de nuevo al tren de la humanidad.

Dostoievski es diferente. Me sumergí en su lectura, tumbado en esa cama delgada de la que desbordaba por los dos lados. Aguanté una veintena de páginas antes de que los malos pensamientos me invadieran. En esos casos me dejo llevar durante horas y no me doy cuenta de cómo pasa el tiempo. A veces concluyen con un orgasmo

violento. Otras veces me duermo antes, tranquilizado por el placer que habrían podido proporcionarme.

Leitner habría podido ser uno de los hombres del presidente Kennedy. Tenía el aspecto relajado, la seguridad, las gafas de moda en la época y la mirada firme de los demócratas convencidos de cambiar el mundo. Su cazadora Baracuta beige y ligera le confería un aire deportivo. En resumidas cuentas, era como toda esa calaña a la que mi padre detestaba por encima de todo desde el asunto de la bahía de Cochinos. Mi padre no les perdonaba que hubieran dejado morir en una playa de Cuba a sus hermanos de las fuerzas especiales, con el pretexto de que el guapetón no había tenido los arrestos de ordenar el apoyo de la aviación al desembarco. En su memoria de soldado, nunca había visto semejante traición de la autoridad superior. Que ese hijo de rico confortablemente instalado en su despacho oval hubiera podido decidir, con un puro en la boca, el sacrificio de la élite de este país, era algo que a buen seguro un día tendría que pagar, decía mi padre cuando jugaba al póquer con supervivientes de su regimiento que se habían quedado en Helena como él después de la desmovilización. Sus tres amigos asentían, por supuesto, y a veces decían la suya acerca de aquel cabrón y de los refinamientos de crueldad que el infierno le reservaba.

En los primeros meses de mi terapia, Leitner no me habló nunca de mis abuelos. Cuando yo abordaba el tema, adoptaba un aire ausente, como si se tratara de una preocupación secundaria. Su muerte y las circunstancias que la rodearon no eran su prioridad. En nuestra primera sesión de trabajo estableció las reglas del juego. Quiso saber si yo jugaba al ajedrez. Mi abuelo me había enseñado los rudimentos. Menuda manera de agradecerse, metiéndole una bala por la espalda y otra en la cabeza, pero no se puede ir a contracorriente de los hechos. La simple evocación de mi abuelo a ese respecto me trastornó. Le dije a Leitner que me arrepentía verdaderamente de haberlo matado. Hizo una excepción a la regla y me preguntó si tenía empatía con él. Yo no sabía muy bien qué quería decir empatía. Me explicó que consistía en ponerme en su lugar en lo que había sufrido. La pregunta me sorprendió. ¿Cómo iba a ponerme en su lugar? ¿Cómo puede uno ponerse en el lugar de un muerto? Una décima de segundo antes de los disparos, era un viejo que descargaba la compra de su ranchera. Qué podía decirse aparte de: «¿No he olvidado nada de la lista que me ha dado mi mujer? De lo contrario, me va a estrangular. De todos modos, encontrará alguna razón para echarme la bronca, solo para marcar su territorio.» Quizá pensaba también en el almuerzo y estaba contento porque iba a abrir una botella de cerveza de su marca preferida, o se alegraba por las tareas de jardinería que pensaba hacer esa tarde. U, otra posibilidad, se preocupaba un poco por mí, se decía que menudo regalo les había dejado mi padre, o bien reconocía que mi abuela era verdaderamente pesada conmigo, que debería decírselo, pero que no tenía el valor de hacerlo y que a fin de cuentas no era asunto suyo porque de lo que verdaderamente debía ocuparse era de que la vieja con la que vivía desde hacía cincuenta años no tuviera motivo para

enojarse y envenenarle ese día de su jubilación como cualquier otro. Al cabo de una décima de segundo de esa reflexión, ya no era nada. Muerto. Así que le pregunté a Leitner qué pintaba ahí la empatía. No se puede sentir empatía por alguien que uno sabe que va a morir. Mi padre decía que ver a sus amigos morir en Italia le había dado menos pena que verlos verse morir. «Te lo juro, Al, con sus miradas llamaban a sus madres. Parecían niños desamparados.» Pero para el viejo, mi abuelo, no hubo lapso alguno entre su último pensamiento y la muerte. Le convencí, y no insistió. Leitner solo dispuso el tablero de ajedrez delante de nosotros sobre un taburete. Aproveché ese breve instante para preguntarle qué hacía los fines de semana. Le vi titubear ante el hecho de responder a un paciente acerca de un tema personal. Pero sus reticencias no duraron mucho. «Acabo de comprarme una Harley de 1957 y me dedico a recorrer la carretera número 1 con ella.» No me lo podía creer. Comprendió que había marcado un tanto.

—¿Qué modelo?

—La XL Sportster.

—¿De qué color?

—Bicolor, crema y oro mate.

—El primer motor varillero de novecientos centímetros cúbicos. Transmisión integrada en el cárter.

Debió de verme ligeramente exaltado.

—Pareces apasionado.

Pensé en su frase y corregí:

—Interesado. Estoy interesado. Pero apasionado no. Apasionado supongo que es cuando un tema te arrastra. Y a mí ningún tema me engancha durante mucho tiempo. Soy demasiado pesado, se estanca. Me gusta mucho hablar de motos con usted, aquí y ahora, pero si el tema se eternizara, acabaría por hacérseme pesado y lo dejaría de lado. ¿Me entiende?

—Lo entiendo.

De todas formas le expliqué mi periplo en la Indian antes de mi detención. Le hablé también de la que mi padre se trajo del campamento Harrison a Helena antes del final de la guerra. Una monocilindro de 1934. Añadí que me gustaría recuperarla en su día si llegaba a salir de aquel hospital, sin olvidar mi Indian que debía de estar pudriéndose en un almacén de la policía. No me anduve por las ramas y le pregunté directamente si no podría recuperarla en mi lugar, dado que no conocía a nadie más que pudiera hacerlo. Le pareció delicado, pero me prometió que pensaría en ello. Seguimos hablando un buen rato de motos y de los grandes espacios abiertos. Le confesé que añoraba ambas cosas, pero que lo que más me dolía, hasta el extremo de hacerme llorar, era pensar que estaba mejor allí, encerrado. Le expliqué que mi madre, cuando yo tenía once o doce años, me obligó a trabajar como ayudante del herrador de un rancho a veinte millas de Helena. Los pies de un caballo son como las manos de una mujer y dicen mucho acerca de su propietario. Él también sabía un

montón, pues su padre había criado cuartos de milla en el norte de California, no muy lejos de Mount Shasta, allí precisamente donde cambié la ranchera de mi abuelo por la magnífica Indian. Subrayé que aquello hacía que tuviéramos bastantes puntos en común. Por supuesto, lo que nos separaba era que yo había matado a mis abuelos y él no. Lo que no mencioné, evidentemente, pues me parecía un poco obsceno, fue que él, y lo sabía por la alianza que brillaba en su anular, debía de tener esposa y quizá incluso hijos. Mientras que yo, aunque no tuviera apenas más de quince años, algo me decía en mi interior que ya podía olvidarme de ello para siempre. Esa imposibilidad la veía alzarse ante mí como un oso Kodiak en un bosque de Alaska. Y no me entristecía. No más que a un homosexual que se da cuenta de que no verá una vagina en su vida, así son las cosas, ¿por qué lamentarlo?

Empezamos a jugar al ajedrez y me explicó las reglas. No las del ajedrez. Precisó que era recomendable hablar entre los movimientos y tomarme tanto tiempo como quisiera para ejecutarlos. Una partida podía durar una hora o una semana, no tenía la menor importancia para él. En ese intervalo, tenía que contarle mi vida, toda mi vida. De vez en cuando, a su gusto, decidía interrumpirme para contarme una historia relacionada con mi problema. Y luego, como prueba de su buena voluntad en esa aventura que íbamos a compartir a lo largo de varios meses, me prometió que trataría de recuperar mi Indian de manos de la policía del estado de Oregón, en el caso de que mi padre no se hubiera ocupado de ello antes que él. Para dar por cerrado el tema, dos meses después me anunció, un poco contrariado, que la justicia había vendido la Indian para cubrir algunos gastos ligados a mi caso.

«Si fueras novelista, ¿cómo querrías contar tu historia?» Jamás había leído una novela hasta el final por las razones que ya conocen. Pero empecé muchas, a menudo sobre todo por curiosidad y, puedo confesarlo, para convencerme de que muchos libros no merecían el esfuerzo de ir más lejos. He observado que el novelista estadounidense arranca a menudo con la génesis de su familia. Como si no pudiera hablarse de un árbol sin evocar sus raíces. Le pregunté a Leitner si debía seguir un orden cronológico y fue categórico: «No hay obligación de seguir orden alguno.» Y ello no fue óbice para que hiciera como todo el mundo. Avancé un peón y empecé a hablar. Tenía a su lado un cuaderno de notas pero lo utilizaba en raras ocasiones. Le dije que de niño tuve mucho tiempo para meditar acerca de la vida y de la muerte por razones de las que le hablaría más tarde. Sé que la gente opone violentamente las dos y hay que comprenderla. Ya de crío me fascinaba el valor que los adultos daban a la vida y el miedo que tenían a la muerte. Incluso los más creyentes. Me acordé de una vecina. Era una buena mujer gorda y discapacitada por su peso, a la que sus hijos a veces transportaban en una carretilla. Era muy devota. Un pastor evangelista la visitaba a menudo. La mujer llevaba realmente lo que podríamos llamar una vida muy perra, sin dinero, sin marido, con sus desplazamientos limitados, con tres hijos, uno de los cuales era una niña autista, y ni siquiera el derecho a respirar en silencio pues resoplaba como un buey. A veces los hijos la dejaban en el jardín en cuanto llegaban los primeros días soleados de la primavera. Se quedaba allí dos o tres horas sin hacer nada. Nosotros, al otro lado de la valla, evitábamos caer en su campo de visión pues trataba de pillarte para soltarte un monólogo inacabable. Alguna vez me trincó por casualidad. Me soltó el rollo durante más de una hora. Preocuparse por los demás superaba sus fuerzas, pero la contemplación del desastre de su vida era un tema inagotable. Me habló de su miedo a la muerte. Debió de creer, dado que yo tenía unos once años, que no entendería nada de lo que me dijera. «Tengo miedo de la nada, Al, cuanto vivo aquí vale más que la nada. No hay nada después de la muerte, en unos pocos días las moscas devoran esa alma que se supone que nos diferencia del resto del universo.» Mientras hablaba, una mosca negra y muy gorda se atiborraba de su piel grasa y húmeda. Esa mosca que se encarnizaba con esa mujer horrible era la imagen de un combate perdido de antemano. La espantaba con un gesto ralentizado por los pliegues de sus brazos. Ese miedo a la muerte que se aproximaba, inexorable, le amargaba la vida hasta un extremo que en su entorno yo era el único capaz de comprender. Pensé en matarla, para aliviarla, luego me dije que nadie me había dado vela en aquel entierro y que de todas formas nadie percibiría la generosidad de mi acto. Me hallaba en ese punto de mi exposición cuando sentí un terrible cansancio. A Leitner le sorprendió.

—No llegaré al extremo de decir que envidié que esa mujer temiera a la muerte, sentimiento que yo nunca había experimentado, pero sentí que había ahí una fuente

de placer potencial. Sin más.

Proseguí como si no hubiera ocurrido nada. Luego pasé sin transición al tamaño de los pies de mi padre.

—Mi padre se parece a John Wayne. Es mucho más alto que Wayne, pero por la cara se diría que son hermanos. Se lee en sus rostros que son dos tipos buenos y valientes. Sobre todo tienen los mismos andares. Durante mucho tiempo me pregunté el porqué hasta que descubrí que los dos tienen los pies pequeños para su altura. Yo, por ejemplo, calzo un cuarenta y nueve y mido dos metros veinte. Mi padre mide casi dos metros diez y calza un cuarenta y dos, ¿se imagina un cuarenta y dos? Es como si caminara sobre unos muñones.

Veía que a Leitner le regocijaba mi locuacidad. Un paciente que habla sin que se lo pidan es con seguridad mejor que lo contrario.

—Mi padre ha matado a más tíos que yo. Por lo menos a una treintena, y no es un fanfarrón.

—Pero era por una buena causa —replicó Leitner—. Para hablar formalmente, el Estado cuenta con el monopolio de la violencia legítima. Yo también he matado, Al, en 1944, en Normandía.

Tampoco parecía orgulloso de ello.

—¿Cree que dentro de un par de años podré alistarme para ir a Vietnam?

—¿Para qué?

—Quizá matar con la bendición de mi país me rehabilitará. Así empezó la historia de mi padre. Había robado una moto cerca de Los Ángeles e insultó a los policías que fueron a detenerle. Se dieron cuenta de que era una especie de desertor por haber abandonado su puesto de trabajo en una empresa que fabricaba aviones de guerra. Trabajaba como electricista en McDonnell. Montaba sistemas eléctricos en los B-25. El virus de la carretera se había apoderado de él y se permitió una pequeña pausa. Como no tenía medios para pagarse una Harley, robó una y recorrió con ella la carretera 101 hasta cerca de Olympia. No tenía intención de cruzar la frontera. Con la presunción de deserción, le cayeron tres años. Unas semanas después de que lo encarcelaran, le propusieron alistarse en una brigada de las fuerzas especiales que reunía a tipos como él. Dejó la cárcel de Los Ángeles para dirigirse a Helena en un tren custodiado por la policía militar. Mi padre decía que al llegar creyó que Fort Harrison era el decorado de una película. Unas cabañas de madera se alineaban sobre un vasto terreno llano rodeado de montañas amenazadoras. La mayoría de los hombres allí destinados había tenido problemas con la justicia, pero era visible que ninguno de aquellos tipos había cometido un asesinato ni un delito grave. Su perfil de pequeños delincuentes peleones los hacía bastante simpáticos. Mi padre imponía por su altura, y sin embargo le he oído hablar de su miedo visceral a la violencia física. Su miedo era tan grande que se juró vencerlo, convencido de que no se podía vivir de manera decente con semejante canguelo en las tripas. Aquella pandilla de brutos acabó doblegándose al entrenamiento que tenía que convertirla en una tropa de élite,

uno de los comandos mejor preparados del ejército estadounidense. El invierno que pasaron escalando las Rocosas, esquiando entre los árboles, aprendiendo a pilotar aviones ligeros y a utilizar todas las armas de la Creación los dejó listos para entrar en servicio. Mi padre nunca ha contado nada más. Sé que le mandaron a Italia. La cantidad de muertos entre sus amigos desarmó su tentación de alardear de su experiencia. Para mí, sin embargo, era un héroe, de ello no cabía duda alguna.

Nunca me gustó Montana. Allí los inviernos son más fríos que una tumba y en verano hace un calor abrasador.

Había llegado a ese punto de mi relato cuando me di cuenta de que iba a hacerle jaque mate a Leitner.

Mi madre nació en una granja de Montana donde se crio con sus tres hermanas. No conocí a mis abuelos maternos, murieron en un accidente al final de la guerra. El abuelo era de origen alemán, de la región de Baviera. Fue su abuelo quien dejó Alemania para instalarse en Montana. Mis abuelos murieron a causa de la ebriedad de mi abuelo, que aquel día se había metido entre pecho y espalda algo así como cinco litros de cerveza. Se salieron de la carretera en una curva y el coche dio por lo menos veinte vueltas de campana antes de detenerse. Ocurrió unas semanas después del encuentro de mis padres un sábado por la noche en un bar de Helena. Él estaba con tres amigos suyos, dos de ellos supervivientes de su guerra. Habían empuinado el codo y mi padre se sintió atraído por aquella mujer alta, mide casi un metro noventa, descalificada por los hombres normales debido a su altura. Creo que mi madre se echó en brazos de mi padre porque la oportunidad de cruzarse con un tipo veinte centímetros más alto que ella, que la haría parecer bajita cuando la llevara del hombro, tardaría mucho en volver a presentarse. Mi padre no tenía un tipo de mujer muy preciso. Esa indefinición hace que uno acabe encontrándose en el catre con una mujer que es la copia idéntica de su madre.

Leitner se echó a reír cuando le dije eso.

—¿De dónde has sacado esa regla?

Le di vueltas un rato sin hallar la respuesta.

Pero es la verdad. Altas las dos, autoritarias y despreciativas hacia los hombres una vez los tienen a buen recaudo. Se lo vi hacer a mi madre con su nuevo fulano. Tras la marcha de mi padre, creí que iba a volverse loca ante la perspectiva de su soledad. Conoció a un empleado de banca. Hay que ver cómo le hablaba al principio. No podía evitar oír sus conversaciones desde mi habitación en el sótano. Ella le decía muchas palabras cariñosas, le hacía un striptease y luego le decía que la tomara como a una perra. No sé si la tomaba como a una perra o no, lo único que sé es que sobre mi cabeza había un temblor como cuando un tren cruza un puente de madera. En cuanto el tipo había mordido el anzuelo, ya no era la misma mujer.

Me sorprendió averiguar que mi madre se sintió aliviada ante la muerte de sus padres. Lo confesó durante una de las numerosas peleas con mi padre que iniciaba en cuanto cerraba tras ellos la puerta de su dormitorio. Humillada al no lograr hacer reaccionar a mi padre, le habló del suyo, que metía mano a sus hijas. Solo en su granja de Montana con cinco mozas, el viejo debió de perder la cabeza. Mi madre nunca se dejó someter, pero la pequeña tuvo que soportarlo todo. Incluso que la sodomizara, insistió mi madre. En esa época, yo no sabía qué significaba esa palabra y me bastó oír a mi padre decirle: «Calla, te va a oír el pequeño», para abalanzarme sobre el diccionario. Este proporcionaba una definición bastante alambicada, como si lo incomodara definir esa palabra, pero comprendí que se trataba de una forma de penetración un poco... animal y...

—No creo que esa forma de penetración sea muy corriente en el mundo animal, Al, es bastante específica de nuestra especie y de su ejercicio del poder.

Tuvo la furtiva impresión de haber ido demasiado lejos en su explicación a un muchacho de dieciséis años, pero vi de inmediato que la desechaba ante la certeza de que podía hablarme como a un adulto.

Allí donde yo acababa de colocar a la reina, Leitner solo tenía una solución: el enroque. Pero sabía que al cabo de tres movimientos estaba perdido.

Con mi padre, mi madre se había casado con un héroe que la había dejado embarazada de mi hermana mayor. Se encontró viviendo con un humilde electricista en una de tantas empresas de construcción que dedicaba su tiempo libre a la caza y a jugar a las cartas con sus amigos. Jugaba al póquer cerrado, siempre con los mismos, Bruce Gaberty y Andrew Stamp, dos veteranos de las fuerzas especiales que, al igual que él, nunca removían los recuerdos. Mi padre necesitaba sentirlos junto a él, silenciosos. Hablaban de muchas otras cosas, pero nunca de la guerra. Cuando Jo Benford, el cuarto, abordaba el tema con la locuacidad de los tipos que pasaron tres años enchufados en una sala del Estado Mayor, se encontraba con una conspiración de silencio. Jugaban todos los sábados por la noche en el sótano junto a mi dormitorio. Por lo general, bromeaban mucho pero cuando de golpe y porrazo todo se detenía era señal de que Benford había sacado el tema de la guerra. El sótano era el único lugar autorizado por mi madre para jugar a las cartas. La casa le pertenecía. La compró con su parte de la venta del rancho de mis abuelos tras su muerte accidental. Al menos dos o tres veces al día hacía saber que estaba en su casa y era un poco humillante para mi padre. Tampoco pasaba día sin que le recordara cómo la decepcionaba. Ella quería marcharse de Montana, que mi padre volviera a la industria aeronáutica y ascendiera uno a uno los peldaños para que pudieran tener una verdadera vida social en una bonita casa de la Costa Oeste. Mi padre respondía que no estaba listo para dejar Montana, que necesitaba sus grandes extensiones salvajes para sobrevivir. «¿Para sobrevivir a qué, gilipollas?» Y como él no respondía, añadía: «Si hubiera sabido que me casaba con una especie de niña perdida en el recuerdo de la desaparición de sus amigos nunca me habría acercado a ti, me habría largado, no te habría dado tres criaturas, no habría sacrificado por ti mi ascenso social.» Mi padre nunca reaccionaba a los insultos. Solo le veía febril cuando mi madre se acercaba a él con unas intenciones violentas que le dejaban completamente desamparado. En esos momentos, miraba a sus pies, solo a sus pies. Y yo me moría de ganas de decirle: «Levanta la cabeza, papá, levanta la cabeza, por Dios.» Pero se quedaba inmóvil como el chaval que espera que su madre se calme. Ella nunca se atrevió a pegarle. Era capaz, pero no tenía ni idea de lo que él podría llegar a hacer si lo agobiaba más. Si una mañana se marchó sin avisar, fue para no matarla. Había aguantado veinte años sin ponerle la mano encima. Prefirió evitarlo. Aún estoy más convencido de que habría matado a mi madre si ella le hubiera levantado la mano delante de mí. Delante

de mis hermanas aún habría tenido alguna posibilidad de salirse con la suya, porque mi padre no era muy espabilado, pero mis hermanas eran tontas de remate. Mientras que yo era todo lo que amaba aunque le costara demostrármelo. A menudo sentía en él una especie de vergüenza por no ser un padre admirable. No estaba bien, eso es seguro, no estaba bien en absoluto. Es difícil decir qué le preocupaba. Daba la impresión de convivir con unos fantasmas que no le concedían respiro.

Sentía cómo Leitner se regocijaba y que tenía ganas de frenarme, porque todo iba demasiado deprisa y sacándolo todo a la luz con tanto apresuramiento se acabarían rompiendo los objetos más frágiles. Para ofrecer una puerta de salida, le hice jaque mate. No se lo podía creer. Era a buen seguro la primera vez que un muchacho que ni siquiera había cumplido los dieciséis le hacía una jugada semejante. Una bata naranja acababa de pasarle la mano por la cara a una bata blanca. En lugar de sentirse herido en su honor propio, vi que se deleitaba. Aquel tipo tenía un profundo respeto por la inteligencia aunque pudiera considerarse que en mi caso estuviera un poco desviada. Y además debía de estar hasta el gorro de todos esos enormes mudos a los que tenía que enfrentarse a diario. Se quitó las gafas y las dejó a un lado, y luego las frotó un buen rato.

Recuerdo ese instante con precisión y ha quedado grabado en mi memoria como uno de los escasos momentos de verdadero júbilo, de entusiasmo y de esperanza que he tenido ocasión de vivir.

La sesión llegaba a su fin, pero Leitner quería saber cómo me había ido la lectura.

—¿Qué libro has elegido?

—Dosto...

—*Crimen y castigo*. Lo sé, es el libro que al bibliotecario le encanta colocar a los recién llegados a tu sección. ¿Te has podido concentrar?

—Eso creo.

—¿Y los malos pensamientos?

—Han esperado.

—¿Puedes decir algo acerca de tu lectura en ese estadio?

—Una o dos frases. «En esa época aún no creía en la realidad de sus ensoñaciones y se limitaba a acariciar aquella idea audaz, abyecta y seductora.» Y un poco más adelante: «Casi a su pesar se había acostumbrado a considerar el “sueño abyecto” como una empresa que llevar a cabo...» Está bien expresado, ¿no cree?

Leitner tomó nota y me recompensó con una sonrisa mientras consultaba su reloj. Habíamos superado con creces el tiempo que había previsto para esa entrevista.

—El fragmento sobre el alcohólico en la taberna también. Mis padres beben los dos pero no hasta el punto de transformarse, hundirse o algo semejante. Digamos que cuando beben solo son un poco más ellos mismos.

Al principio, a la hora del almuerzo nadie vino a sentarse a mi lado, como si los otros internos trataran de crear una distancia de seguridad. Stafford, que me miraba desde hacía un rato, titubeó. Se puso por fin en pie y vino a sentarse. Para darse un aire distinguido mantenía la cabeza alta. Tenía entre cuarenta y sesenta años. Lo que hacía decantarse por los sesenta era su cuello como el de un pavo, con la piel arrugada que caía como una guirnalda. A todas luces quería entablar relación conmigo y ese es el tipo de intención que a priori considero una agresión. Me contenté con permanecer muy tieso en mi silla y mirar al frente. Acabó tironeando de la manga de mi uniforme.

—¿No quieres hablar, chaval?

Me tomé el tiempo de zamparme una buena cucharada de puré y tragarlo tranquilamente. Luego lo miré de arriba abajo:

—Hablar es lo más fácil del mundo. Todo el mundo habla, charla, parece que no vaya a acabarse nunca.

Asintió. Pero no una vez: diez veces, veinte veces. Y luego me preguntó en voz baja qué me había llevado allí como si se tratara de un secreto de Estado. Cuando le dije que me había cargado a mis abuelos, pareció dubitativo e incluso decepcionado. Esperaba algo mejor.

—¿Cuántos años me echas?

Dudé antes de responder y, al ver todos los esfuerzos que hacía para simpatizar, dije que unos cincuenta.

Se echó a reír como un poseso.

—Nací un año antes de que empezara este siglo.

El cálculo se hacía rápidamente.

Recordé la recomendación de Leitner. Ninguno de los tipos de aquella sección era verdaderamente peligroso para mí, pero nada iba a ganar relacionándome con aquellos pervertidos. No tenía nada que hacer con los violadores, con los chiflados que no sabían diferenciar entre una mujer, un hombre, un niño o una cabra con tal de correrse. Al pensar en que me habían podido confundir con esa chusma me invadió una cólera sorda. De haber querido culpabilizarme, habrían hecho lo mismo.

Volví a mi habitación. Estaba previsto que a esa hora participara en una terapia de grupo pero aún no sabían en qué grupo integrarme. Me quedé leyendo en la cama más de hora y media. Me instalé al revés, frente a la claraboya por la que se veía el cielo. Cada día era del mismo azul teñido del blanco de las nubes altas. La intimidad con mi libro calaba lentamente. Sentí cierto recelo antes de abandonarme.

Un vigilante me interrumpió la lectura para conducirme a la lavandería. Estaba al otro lado del hospital y para llegar hasta allí había que recorrer una milla de pasillos de color amarillo orín, que es para las paredes del hospital como el rojo para la sangre. Sabía que me jugaba mucho en esa lavandería. Allí se juzgaría mi aptitud

para el trabajo y por ende para la reinserción. Por haberme metido en camisa de once varas, ahora me pedían que lavara todos los trapos sucios, y parecía de lo más lógico.

Dos mil sábanas transitaban semanalmente por la lavandería así como casi un millar de uniformes de tallas diferentes, sin mencionar la ropa interior. La organización era desmesurada. Había internos cuya tarea consistía en recoger la ropa sucia, otros que la metían en las grandes lavadoras industriales y otros que se ocupaban del secado, el doblado y el reparto. Era, junto con la cocina, la actividad que exigía más mano de obra. Dos o tres pacientes formaban parte de los mandos de la actividad, pero se adivinaba que servían de garantía a todos los demás cuadros procedentes de la vigilancia del establecimiento. Al fin y al cabo, aparte de mí, y lo digo con toda sinceridad, todos los hombres ingresados en aquel establecimiento eran enfermos mentales profundos. Era comprensible que, al tratarse de tareas tan importantes, no se las hubieran confiado a los pacientes. Yo tenía intención de que eso cambiara. Por lo menos hasta mi entrada en la lavandería, donde creí que iba a morirme. El olor a lejía mezclado con una humedad de baño turco me recordó la lavandería de la casa de Montana. Me encontré tan mal que a punto estuve de dar media vuelta. Mi determinación por demostrar que no formaba parte de esa comunidad de chiflados me disuadió de hacerlo. La única forma que me quedaba para demostrar que mi razón había ordenado esos dos crímenes era actuar en todo como el hombre normal que era. En ese preciso momento, hubiera dado con gusto veinte años de prisión por el reconocimiento de mi responsabilidad.

Me había cargado a la vieja por culpa de su voz de carraca oxidada que empezaba a girar cada vez que me alejaba un poco de la casa más allá de un perímetro que ella misma había fijado arbitrariamente y que correspondía a la parte de las tierras que había domesticado por completo, aparte de los topos y los conejos. Lo peor era que ya ni tenía ganas de alejarme de aquella mierda de casa. Me oprimía. Pero que me prohibiera algo que ni yo mismo lograba autorizarme exigía una solución radical. Confieso que al disparar no pensé en todo eso. De ninguna manera. No sé si tengo un CI superior al de Einstein, pero tengo que reconocer que durante la primera parte de mi existencia no dediqué mucho tiempo a pensar, porque estaba muy ocupado luchando contra pensamientos que no había iniciado. La adición de esa reflexión a los efluvios de lejía de la lavandería me sumió en una cólera sorda. En esos momentos, hubiera podido matar a alguien pero no se me ocurría a quién, así que mi cólera se desvaneció en unos segundos. El vigilante que me había conducido hasta allí me presentó a uno de los mandos que se tomó su tiempo para explicarme en qué consistía mi empleo. Me vinieron a la cabeza los trabajillos que había hecho en la adolescencia. Mis empleadores siempre se quedaban sorprendidos ante la velocidad a la que asimilaba las tareas. Había ayudado a un herrador en un rancho, me había dedicado a marcar ganado y había vendido periódicos en una calle comercial de Helena en pleno invierno. Hacía tanto frío que se oían resquebrajarse las rocas de las montañas con un siniestro crujido. Mi madre, para curtirme, me había prohibido

llevar guantes. Debía de tener once años. Recuerdo a un viejo que se desvió de su camino para comprarme un periódico con el pretexto de que, en el estado en que me hallaba, las noticias debían de ser más frescas que un pescado congelado en su anzuelo. Mi madre decía que la educación de mi padre haría de mí una niña. Eso era cuando estaba en ayunas, pero cuando había bebido le abroncaba a voz en grito y le acusaba de hacer de mí un marica gordo de cien kilos y yo no entendía la incidencia del peso en mi futuro estado. Mi aversión hacia Montana nació a buen seguro en esa época en que mi madre no hacía más que amplificar el mal de las temperaturas. Cuando hacía frío, se las arreglaba para que yo me congelara más que un vulgar peregrino. Me enviaba a la escuela en camisa con una chaqueta de tela sin forro, sin guantes ni gorro, hasta el extremo de que la espera del autobús escolar se convirtió en un calvario. Si alguien se lo reprochaba, respondía que yo nunca estaba enfermo, al contrario que los chavales que iban demasiado abrigados. Si llegaba la canícula, aprovechaba para imponerme tareas agotadoras.

No supe qué era la homosexualidad hasta llegar al hospital. Unos meses después de mi llegada, cuando ya había adquirido responsabilidades en la lavandería, sorprendí a tres tipos que se entregaban a ese tipo de actos entre pilas de ropa en el almacén. Me dio la impresión de que uno de ellos no consentía completamente e intervine para separarlos. Se fueron cada uno por su lado sin decir palabra y sin vergüenza alguna. Ese episodio no despertó nada en mí, ni deseo ni repulsión.

Al principio fui destinado al plegado de sábanas. Trabajábamos en ello una decena, de dos en dos. Me designaron un compañero, un viejo de ojos tristes que sonreía sin cesar. No era muy alto y unas venas azules habían reemplazado el cabello en su cráneo calvo. Avanzaba hacia mí al acabar de doblar con unos ridículos pasitos de danza. Me parecía que era un amigo de Stafford, el tipo que me había abordado. Así como Stafford parecía más o menos normal, aquel tipo estaba chiflado. Me sentí mal cuando me explicó que también él había matado a sus abuelos a mi edad, mucho antes de que lo detuvieran por violación de menores, acusación que rechazaba porque, según él, aquellos menores no solo consentían sino que le habían provocado. Los medicamentos lo consumían, se veía en sus ojos hundidos y su tez a veces más pálida que la de un muerto. Tomé las riendas cuando comprendí que le llevaba tres veces más tiempo de lo necesario ejecutar nuestra parte de trabajo. Lo zarandeeé un poco. Debió de pensar en volverse contra mí, pero mi altura y su medicación se impusieron a su resistencia. Los días siguientes se comportó conmigo como un perro abandonado que acaba de encontrar un nuevo dueño. Estaba bastante orgulloso de mi ascendente. Le debo el haber decidido no tomar nunca las pastillas que me dispensaban cada noche antes de apagar las luces.

Fui sincero con Leitner, le dije que no quería parecerme a todos aquellos fantasmas que deambulaban por el hospital. Me aseguró que la molécula que me administraban era solo para relajarme y evitar los ataques de angustia ligados a la culpabilidad por lo que había hecho.

—A menudo me he sentido culpable, pero eso era cuando no sabía de qué.

No quería hacer de esos medicamentos una cuestión de principio y me dejó la libertad de tomarlos o no. Luego pareció que le preocupaba la cuestión de la culpabilidad.

—¿Nunca estás triste por tu abuelo?

—Lo he intentado, pero no encuentro una razón para estarlo. ¿Por qué me lo pregunta?

Encendió una pipa que no le conocía y que no encajaba mucho con su rostro, se pasó la mano por el cabello y luego dijo, evasivo y un poco guasón:

—Mi trabajo consiste en hacer preguntas, un montón de preguntas. No siempre sé por qué lo pregunto y nunca sé cuándo obtendré respuesta. A veces llega cuando ya no la espero. Cuando me hablas de tu abuelo, pienso en otro abuelo. No le conocí pero me interesé por su vida. Ese hombre que vivía en el Medio Oeste se ocupó mucho de su nieto cuando era pequeño. El niño fue abandonado por su padre, y su madre no lo veía muy a menudo porque siempre estaba en la carretera, era camionera. Luego se fue a vivir con un buen tipo y se llevó con ella a la criatura. Se había convertido en un adolescente perturbado. Un día, sin motivo aparente, mató a su madre y a su nuevo marido. Luego fue condenado a muerte. Y ejecutado. Su abuelo no asistió a su ejecución, se murió unos días después, de pena. ¿Crees que el muchacho debería haber matado también a su abuelo para evitarle esa pena?

—Creo que solo había que matar a uno: al hijo de puta de su padre que lo había abandonado. Y además eso no tiene nada que ver, mi abuelo nunca se ocupó de mí. Para ser franco, no lo conocía demasiado. Me compró un Winchester del calibre 22 para mi cumpleaños, pero no era para darme gusto sino para que me ocupara de la destrucción de las alimañas, porque los topos y los conejos eran la obsesión de mi abuela. La granja tenía una extensión de unas cincuenta hectáreas y estaba obsesionada por los dos mil metros cuadrados de jardín que había desplegado alrededor de su casa. Si hubiera tenido la impresión de que mi padre sentía verdadero apego por sus padres, quizá hubiera vacilado en dispararles. Estoy seguro de que se quedó desconcertado, pero ahora ya no tiene mayor importancia. Le doy miedo, lo sé. No me lo echa en cara, está claro. Él también ha matado, sabe lo que es y sabe que a veces no se puede hacer otra cosa, excepto morir uno mismo. ¿Y por qué habría dado yo mi vida a cambio de la de la vieja? ¿Por qué? Volviendo al joven del que me ha hablado, creo que hay que estar muy tarado para equivocarse de objetivo de esa manera. Perdió la razón.

—Y tú, Al, ¿tienes la sensación de haber perdido la razón en un momento u otro?

—Mándeme de nuevo a la cárcel si quiere, pero nunca he perdido la cabeza. Tengo que decirle, doctor Leitner, que me reconcome que no me hayan enviado a la cárcel. Se han contentado con apartarme con un gesto de la mano tratándome como a un crío y a un irresponsable. Eso continúa, ¿me entiende? Mi madre me miraba como un caballo a su propio estiércol, mis hermanas me veían como un obstáculo entre

ellas y el frigorífico, mi abuela como cabeza de turco y mi abuelo como el tipo que iba a traerle problemas con su mujer. Después de haber vivido todo eso, tenía razones para sentirme culpable, para decirme que hay que ser un monstruo para merecer un trato tan unánime aunque mi padre tratara de acercarse a mí cuando mi madre se lo autorizaba. Ya ve que también yo sé un montón sobre la culpabilidad. Por eso cuando digo que no tengo motivos para culpabilizarme por mi acto, me gustaría que se me reconociera.

Leitner estaba verdaderamente preocupado cuando sus ojos se volvían aún más azules.

—No se trata de mandarte de nuevo a la cárcel, Al. Mi objetivo es permitirte que te reinsertes en la sociedad en un plazo más o menos largo, cuando pensemos que ya no supones un peligro para ella. Mientras estés convencido de que tenías derecho a matar a tu abuela y a aliviar a tu abuelo privándole de su propia vida, serás un caso patológico a ojos de todos. No hace mucho que nos conocemos, Al, y hay algo en ti que hace que se te coja cariño. Métete en la cabeza que la sociedad te reconsiderará el día en que te sientas culpable de lo que has hecho, cuando sientas empatía por tus abuelos. Sin culpabilidad, no hay civilización, Al, nos volvemos de nuevo animales. Ya te lo he dicho, solo el Estado, y por ello la propia sociedad, pueden justificar matar, en interés de la comunidad. Pero la sociedad siempre te considerará un criminal o un enfermo si tú mismo te das permiso para matar. Se librá de ti de una u otra manera, confía en ella. La sociedad cuenta por lo general con un representante en el cerebro de cada ser humano que dicta los límites de lo que es admisible. Su representante no ha hecho su trabajo en tu cerebro. No diferencias entre el bien y el mal, porque a buen seguro nadie te ha hecho el bien ni te lo ha enseñado. De repente la frontera entre los dos se vuelve porosa. Intentaré reconstruirla y tú me ayudarás a ello. Tu razón se ha visto alterada por la labor de destrucción del afecto de tu familia. La razón y el afecto van de la mano, si una u otro se suelta, empiezan los problemas. Eso es lo que te ha ocurrido. Ahora dime, pretendes que el detonante de tu gesto fue la voz de tu abuela cuando cruzaste la línea del jardín. ¿Por qué, te recordó algo? O mejor, vamos a proceder de otra forma, me has dicho que a veces habías tenido un fuerte sentimiento de culpabilidad en tu infancia. ¿Por qué motivo?

Recordaba angustias difusas, violentas. Que se apoderaban de mí en lo alto de la escalera que conducía del sótano a la planta baja de la casa, allí donde los demás estaban autorizados a vivir. En cuanto penetraba en la claridad y el espacio, tenía la sensación de no hallarme ya en mi sitio. El espacio era gigantesco alrededor de la casa. Ejercía una atracción enorme sobre mí y, en cuanto cedía a ella, sentía hormiguar la angustia en mis miembros y me faltaba el aire.

Además del dormitorio de mis padres, en la planta baja había tres habitaciones, una para cada una de mis hermanas y otra para invitados a la que nunca se invitaba a nadie. Pero tenía que estar libre. La planta de arriba se había acondicionado como buhardilla. A veces subía allí a escondidas.

La habitación que me habían asignado desde mi nacimiento no era muy pequeña aunque la mirada de los niños tenga una excesiva generosidad para las proporciones. Incluso era demasiado grande para un niño. Ocupaba un tercio del sótano. No sé si puede hablarse de habitación, puesto que no había ninguna separación con la caldera. Una gran caldera de petróleo que funcionaba sin descanso, puesto que cuando no calentaba la casa seguía calentando el agua. Se ponía en marcha cada hora durante quince minutos. Por su hogar abierto la veía escupir las llamas del infierno. Cuando en catequesis nos enseñaban que Dios decidiría al final de nuestras vidas mandarnos al cielo o al infierno, pensaba que para mí la suerte ya estaba echada. Se lo confesé al cura que velaba por la pequeña comunidad católica de Helena. Era un tipo alto y bastante bondadoso, por lo que yo podía juzgar de la bondad. Un día fue a ver a mi madre sin avisarla. Ella se lo tomó muy mal porque no le gustaban las sorpresas. Primero estuvo mordaz con el pretexto de que hasta un enviado de Dios tiene que anunciarse. El cura no se dejó intimidar ni por la altura de mi madre ni por su voz grave tomada por el alcohol y el tabaco. Mi madre pensó que venía a quejarse de mi comportamiento en catequesis, así que no le dejó hablar hasta decirle que yo era un niño que llevaba el mal en su interior. El sacerdote le respondió que lo dudaba y luego abordó el motivo de su visita. Ella le miró un buen rato en silencio, el tiempo necesario para transformarse en una mujer comprensiva y abierta. Le explicó acto seguido que la proximidad de aquella caldera me recordaba dónde acabaría yo si no era mejor persona. Antes de que le pidiera que le dejara ver la habitación, ella se disculpó por no poder enseñarle un lugar que en su opinión yo mantenía en un indescriptible desorden. Luego se puso en pie para despedirlo sin ofrecerle siquiera una taza de café. Una vez se hubo marchado me escondí para no sufrir su cólera. Al llegar la hora de cenar, sin embargo, tenía otros reproches que hacerle a mi padre que ocultaron los que me tenía preparados. Al día siguiente la castigué. A mi madre le gustaban los gatos. Creo que son lo único que le he visto querer. Estaba orgullosa de ellos porque ganaban concursos de belleza. Hacia mis hermanas, que no eran ni gatos ni hombres, mi madre sentía una indiferencia condescendiente que consistía en dejarlas atiborrarse y fingir que las animaba a una mayor templanza. Tenía una gata negra de pelo largo, una raza muy apreciada, a la que había hecho reproducirse. Se había quedado con una cría y había vendido las demás. Al día siguiente de la visita del cura, al volver del colegio, solo en casa, me apoderé del gatito. Se aferró a mis manos con sus pequeñas garras como si presintiera lo que le aguardaba. Oscilé entre la piedad que su inocencia me inspiraba y la irreprimible necesidad de castigar a mi madre. Y de repente el gatito fue a parar al hogar de la caldera. Disfruté enormemente el momento en que mi madre sentada frente a mí, mirándome sin compasión, me preguntó dónde estaba el gatito. Disfrutaba del silencio con el que le respondía sin apartar la mirada. Estuvo tentada de pegarme para que hablara, y luego renunció y se sirvió una copa de whisky. Fue la última vez que incineré vivo a uno de sus gatitos de concurso. Seis meses más tarde, decapité a otro, enterré su cuerpo y conservé su

cabeza en mi habitación en una caja de parches de bicicleta. No sé cómo llegó esa caja a mi habitación puesto que no tenía bicicleta. Mi madre registraba regularmente mi habitación. La registraba de arriba abajo como los celadores en las prisiones. Uno ignora qué buscan pero ellos a buen seguro lo saben. Dio con la caja en la que se pudría la cabeza del gatito. Se puso a chillar. Al principio fue cólera y luego se convirtió en la desesperación por haber engendrado a un torturador. Pero, como solía ocurrir, cuanto mayor era su cólera más se alejaba de mí. Nunca me gritaba a cinco centímetros de mi cara. Curiosamente, ese acontecimiento me acercó a mi hermana la pequeña.

Ahí tengo que hacer una pausa en mi relato. Todo lo que les cuento quizá no sea el reflejo exacto de lo que pude decirle a Leitner. Un chaval de dieciséis años incluso tan espabilado como era yo no se explica tan espontáneamente, no lleva la confesión en la sangre, como es natural. A menudo tenía que sonsacarme y ordenar él mismo mis recuerdos, que brotaban a un ritmo entrecortado. Lo que me gustaba de Leitner es que no me juzgaba. Nunca le oí calificar moralmente uno de mis actos. La historia de la decapitación le hizo dar un brinco aunque ya debía de conocerla. Figuraba en el atestado policial en el que constaban las palabras de mi madre en el momento de mi detención. Declaró que mi acto no la había sorprendido porque yo era capaz de decapitar a un gato. Leitner se puso en pie y empezó a dar vueltas en su despacho. Observé por primera vez que la ventana de su despacho daba al campo y que nunca la cerraba con llave aunque se hubiera puesto un cerrojo a tal efecto. Pero yo no tenía ganas de marcharme. Aunque me hubieran abierto de par en par las puertas del hospital y me hubieran extendido una alfombra roja, no me habría apetecido dejar aquel sitio porque ya no habría tenido a nadie con quien hablar. Cuando volvió a tomar asiento, la satisfacción resplandecía en su rostro. Hablaba para sí:

—Te hace perder la cabeza. Te hace perder la cabeza y le cortas la cabeza a lo que más cuenta a sus ojos. Le haces perder la cabeza. Estáis en paz. Empiezas arrojando el gatito a la caldera. Es una reacción primaria relacionada con la caldera que te impone. Pero eso no basta. Decapitas a su gato y lo dejas en una caja en tu habitación, a sabiendas de que un día u otro lo descubrirá. ¿Me sigues?

Le seguía.

—Es simbólico. Matas a su gato decapitándolo porque no te autorizas a hacérselo a tu madre. ¿Has pensado en decapitar a tu madre?

—No, nunca.

—Sin embargo, ella te hace perder la cabeza.

Reflexionó un buen rato.

—Hasta ahí, lo controlas todo. Las cosas se tuercen en cuanto llegas a casa de tus abuelos. No conoces bien a tu abuela. ¿Cuántas veces la habías visto antes?

—Dos veces.

—¿Es una extraña para ti? ¿Sientes afecto por ella?

—No creo que nunca haya sentido afecto por alguien.

—¿Ni siquiera por tu padre?

—Por él sí, por supuesto.

—Tu abuela te recuerda a tu madre. Tiene un poco ese mismo perfil de asesina del alma. No en vano tu padre se casó con tu madre. Porque se parece a la suya. Y cuando se da cuenta realmente de ello, la deja y se divorcia, porque acostarse con la propia madre es intolerable. Para ti, tu abuela es el modelo que tu padre vio en tu madre al casarse con ella. Inconscientemente, la haces responsable de la unión entre tus padres. ¿Me sigues?

Le seguía, por descontado, y, con toda modestia, no aprendía nada nuevo.

—Haces responsable a tu abuela de tu nacimiento. La verdadera responsable. Lo que puedes soportar de tu madre porque es tu madre, no se lo toleras a tu abuela. Ahí germinó tu idea de matarla. Lo que te retuvo de matar a tu madre no te retiene de matar a tu abuela. Ante ti las puertas se abren de par en par, ya solo aguardas una señal. Y esa señal llega al oír su voz cuando cruzas los límites del jardín. Los límites del jardín te recuerdan los de otro lugar en el que te has visto confinado: el sótano de la casa. Y no te queda la menor duda de que tienes que pasar a la acción. Es ella o tú. Es su vida o tu locura. La locura que evitas al matarla. Así que no estás loco. No eres responsable, sin embargo, puesto que lo que te hizo actuar fue un raptó de locura. Pero tampoco hiciste una obra de beneficencia, Al. Uno no se toma la justicia por su cuenta, sobre todo cuando la justicia de los demás no es capaz de comprender tu gesto y, de todas formas, está escrito: «No matarás.»

Espiró profundamente como si hubiera hecho lo más duro. Se quitó las gafas, las puso frente a él para ver por transparencia si los cristales estaban sucios y se repantigó estirando las piernas.

—En nuestro país, la gente se apasiona por sus raíces geográficas. Sería mejor que se apasionara por sus raíces psicológicas. El principio de tu historia, Al, se remonta muy lejos. Nunca sabremos qué hizo de tu abuelo materno un perverso incestuoso. Pero tu madre debe de odiar a los hombres por su culpa. Habría podido mantenerse alejada de ellos, pero no, prefiere tenerlos junto a ella para machacarlos mejor. Tu padre cayó en sus redes porque su madre lo había predispuesto a ello. Se encarnizó con él. En lo que a ti respecta, eres su ser, su cosa y puede disponer de ti a su gusto. Era necesario que te defendieras del peso alienante de esa estirpe. ¿Y cómo defenderse contra esa podredumbre? Cortando las ramas. Es un milagro que no hayas acabado completamente con esa dinastía de la perversión, Al. He conocido casos en los que el último en nacer acabó con todo el mundo y luego se suicidó. Se parecía extrañamente a un acto de depuración de la raza.

Se quedó en silencio un buen rato.

—Espera a que tu padre tenga más hijos. El cruce de su estirpe con la de tu madre ha sido calamitoso para él. Su hijo ha acabado matando a su propia madre. Es la pinza del cangrejo, la ascendencia y la descendencia rotas. Describes a tus hermanas como seres sin consistencia, el héroe de guerra tiene que empezar de cero para

sobrevivir. Sé que es un poco brutal, Al, pero nunca volverás a ver a tu padre. Cuando se deshizo de ti en Los Ángeles y te envió a casa de tus abuelos, había empezado a protegerse. Ya no podía tener ante sí las consecuencias de su unión desastrosa. Sabe que no es culpa tuya, pero verte le hunde.

Reflexionó un instante como si algo le inquietara.

—Estoy seguro de que pensaste en quitarte la vida antes de marcharte a Los Ángeles.

—Sí, dos veces.

—¿Cuántas veces pensaste en matar a tu madre?

—Dos veces también.

—¿Pensaste en suicidarte inmediatamente después de planear matar a tu madre?

—Sí, inmediatamente.

Acto seguido dio por concluida la sesión como si todo hubiera ido demasiado deprisa. La partida de ajedrez no había empezado. En su rostro podía leerse la satisfacción. Me sentí excluido. Me preguntaba si el hecho de comprender cambiaba algo con respecto a mi situación.

Las siguientes sesiones se sucedieron como si lo esencial ya se hubiera dicho. Pero seguimos tirando del hilo de la historia. Mi relación con la más joven de mis hermanas le interesaba. Ella me acompañaba en ciertos juegos. Un viejo sillón de barbería que no se sabía cómo había llegado a casa nos sirvió para improvisar una silla eléctrica. Uno tras otro, nos atábamos los antebrazos al sillón con cable. Un transformador con potenciómetro hallado entre el material de mi padre nos sirvió para hacer pasar la corriente y aumentar progresivamente la intensidad. Al máximo, soltaba una descarga capaz de hacer recular a un toro en un cercado. Así poníamos a prueba nuestra resistencia al dolor. El potenciómetro estaba graduado del 1 al 6. Cada vez que uno de los dos cometía una falta descubierta por nuestra madre, la sometíamos a nuestra justicia casera. El descubrimiento de la cabeza momificada del gatito de concurso me valió una electrocución del nivel 6. Uno y otro sabíamos que a esa intensidad me podía quedar tieso. La tentación era más fuerte que la razón. Me senté en el sillón y mi hermana me ató meticulosamente las muñecas. El transformador estaba entre sus manos y yo sentía que eso le procuraba un enorme placer. Descargó la corriente de golpe y me desvanecí. Se asustó y subió inmediatamente a por mi madre que atendía a unos policías que habían ido a verla por haber conducido borracha. Bajó sin apresurarse y, al ver que ya me había despertado, prometió que me castigaría. Acababa de pasar por la silla eléctrica, ¿qué más podía temer? Pero ella no volvió a mencionarlo, como si no mereciera la pena dedicarle más tiempo al hecho de arriesgar la vida en unos juegos siniestros. Hay que decir que estaba preocupada por esa historia de conducir borracha. La multa era muy gorda y temía por su reputación, ella que se las daba de ser una mujer estricta.

De sesión en sesión, Leitner parecía cada vez más seguro de mi caso. Se reunió un pequeño comité para decidir acerca de mi aptitud para retomar los estudios. Participé en el mismo, y estuve a disposición de los miembros para responder a sus preguntas. No me hicieron ninguna, persuadidos por la convincente explicación de Leitner. Su obsesión era saber si podía ser violento con mis compañeros de clase. Para ellos era una tremenda responsabilidad. Figúrense que dieran su acuerdo y que diez días después de mi admisión me cargara a una decena de alumnos porque no me gustaban sus caras. Leitner fue categórico: «Al Kenner mató por un impulso irreprimible ligado a una historia familiar. Nada le predispone a matar fuera de ese contexto, ni le apetece ni le gusta.» Los otros peritos insistieron en el primer juicio del que yo había sido objeto, la famosa esquizofrenia paranoide. «No creo que pueda darse un nombre al caso de Al Kenner, encasillarlo en una u otra patología. Creo que mató como defensa contra la psicosis, como reacción ante un medio familiar totalmente destructivo. Pero no está loco, y es de una inteligencia muy superior a la media. Permanecerá aquí para aprender a no matar a los suyos. No veo realmente nada que pueda impulsarle a atacar a una persona ajena a su entorno familiar. Trabajo en su caso desde hace varios meses y nada permite definirlo como un verdadero esquizofrénico en el sentido de la construcción de un universo delirante. He visto a un muchacho anclado en la realidad con una auténtica capacidad de análisis de sus propios hechos. En cuanto a la paranoia, no puede negarse cierta desconfianza hacia los demás, comprensible cuando se sabe hasta qué punto le han sido hostiles desde su nacimiento, pero no puede hablarse propiamente de un síndrome de persecución.»

En la vida hay dos maneras de ser prudente, hacer las cosas con prudencia o no hacer nada, y vi que los peritos se inclinaban por la segunda solución. Pero Leitner insistió en los objetivos de reintegración en la sociedad que habían prevalecido en ese internamiento.

—Kenner está desescolarizado desde hace casi ocho meses. No podemos permitirnos mantenerlo apartado de la educación durante mucho más tiempo. Lo peor que podría ocurrirle a esta mente superior sería quedar arrinconado socialmente por un nivel de estudios demasiado bajo. Su inteligencia necesita funcionar con la realidad. Si lo dejan ahí trabajando en la lavandería, se convertirá en el jefe de la misma, seguro. ¿Y entonces? No olviden que solo tiene dieciséis años. Este hospital le ha sido beneficioso hasta ahora porque le ha servido para tomar conciencia de sí mismo y de sus trabas psíquicas. Entraremos en una fase en la que este internamiento, si no se ve compensado con los estudios, se volverá negativo. Las malas compañías podrán frente a la terapia. Voy a ser muy sincero con ustedes. Si por mí fuera, lo dejaría en libertad dentro de seis o diez meses con la prohibición absoluta de ver a quien sea de su familia («o de lo que queda de ella», ironizó un perito que me observaba desde el inicio de la sesión) y en particular a su madre. Pase lo que pase, y

en ese punto soy rotundo, nunca debe volver a ver a su madre. Jamás.

—Pero de momento esa no es la cuestión, Leitner —replicó uno de los miembros de la comisión, un hombre con aspecto de viejo sabio indio.

—¿Firmaría un papel en el que afirme formalmente que este joven ya no es peligroso? —preguntó uno de los peritos al que había sorprendido en dos ocasiones en flagrante delito de somnolencia y que solo se había despertado de verdad para la conclusión que le concernía.

Leitner fue muy claro. La comisión procedió a votar. Se requería unanimidad. Vi que uno o dos estaban tentados de postergar mi integración escolar pero acabaron dando su beneplácito.

Entré en el colegio tres semanas después, una vez estuvo resuelto el papeleo y se pudo pasar a la acción. Un enfermero me acompañaba hasta allí cada mañana y venía a recogerme por la tarde, lo que me hacía parecer un pez gordo con su propio chófer. Volver a ver el cielo de California con sus verdaderos colores me aturdió un poco. Todos esos meses de penumbra y de luz artificial habían ensombrecido mi vista. El enfermero no era muy locuaz a lo largo del recorrido. A pesar de sus voluminosos músculos que tironeaban de los botones de su camisa, debía de preocuparle si podría dominarme en caso de necesidad. El ganado que pastaba apaciblemente en vastos prados vallados me parecía irreal. El trayecto duraba unos veinte minutos durante los cuales nunca me vino a la cabeza la idea de volver al mundo libre. Leitner me había dado algunas pistas, pero no las suficientes para volver a la sociedad de momento. Contrariamente a sus alegaciones, me sentía capaz de matar a cualquiera que se interpusiera en mi camino y tratara de negarme como individuo, de borrar me de los anales de la humanidad o de convencerme de que vivía para nada, porque de nuevo estaba en juego mi propia supervivencia. No quería hablar de ello con Leitner por miedo a contrariar su admirable optimismo y además debía de saber mejor que yo si era capaz de pasar a la acción o no. Es una expresión que el médico empleaba a menudo, la última barrera entre la gente normal y los tipos como yo. Aseguraba que el asesinato está dentro de nosotros desde la más tierna infancia, simbólico y luego a menudo como fantasía. Me hablaba durante horas de la relación entre la fantasía y el universo delirante, entre la fantasía y el paso a la acción. Tomaba Vietnam como ejemplo para mostrarme que una vez se elimina la prohibición social de matar, hay pocos hombres que puedan resistir esa libertad. Tenía una manera muy suya de desacralizar el asesinato para hacérmelo odioso por lo irrisorio que era en el fondo.

Durante un largo período, me dejó hacerle más preguntas de las que él me hacía. El marco de nuestras conversaciones era invariable, su despacho y la mesita en la que estaba instalado el tablero de ajedrez. Nunca le había permitido ganarme y, a medida que pasaba el tiempo, más rápido terminaban las partidas. A veces jugábamos tres o cuatro partidas durante una sesión de terapia. Leitner nunca olvidaba nada. Teníamos la misma forma de hipermnésia que me permitía recordar el color y la forma de los botones de la blusa de mi madre en cualquier estadio de la narración de mis escenas

con ella. Soy capaz de recordar con gran precisión el olor de su aliento en el momento de nuestras conversaciones y el tipo de alcohol que la alimentaba, cerveza, whisky, vino, Martini, su maquillaje ligero o llamativo, su lápiz de labios contenido por el dibujo de sus labios o desbordando sobre su piel como sobre la de un payaso para subrayar su negación de la feminidad.

Exhumaba súbitamente hechos mayores que creía inhumados para siempre. Ese fue el caso de lo que yo había denominado los malos pensamientos que durante algún tiempo me perturbaban la concentración hasta hacerla imposible. Esos malos pensamientos persistían aunque más discretos desde que hablamos de ello sin que él lo supiera. Comprendí entonces que nombrar una cosa permitía neutralizarla en parte. Al eliminar la prohibición de hablar de ello, sus esencias se evaporaban poco a poco, como el perfume que se deja destapado. Sin embargo, me sentía demasiado incómodo para evocarlos directamente. Cuando digo incómodo, es porque tenía la impresión de quedarme en pelotas en mitad de la calle un día de Halloween. Ante al extraño pudor que se había apoderado de mí, Leitner no insistió. Pero yo recordaba que delante del comité mencionó el delirio como criterio de la esquizofrenia. Quería que me hubiera excluido de los síntomas de esa enfermedad mental con argumentos sólidos.

—Hablé de esquizofrenia porque entra dentro de su clasificación pero no necesito ponerle nombre a algo para comprenderlo. La mente humana, con todas sus desviaciones, no tiene nada que ver con la estantería de una farmacia en la que cada planta y cada remedio están ordenados. ¿Pero qué te preocupa?

Había que hablar de obsesión. Ese pensamiento estaba afincado en mi mente y la tiranizaba hasta volverme loco, pero sabía en mi fuero interno que sin ella me volvería loco de verdad, por la imposibilidad de sentir placer de otra forma. Lo confesé todo de golpe.

Le hablé de la fiesta de la Independencia del año en que cumplí los doce. Una gran feria se había instalado en un solar municipal. Los habitantes de Helena acudieron a centenares. Mi madre acabó cediendo a la presión de mi padre para desplazarnos en familia. Para ella era una ocasión de beber un montón de cervezas y eso fue lo que la decidió. Hacía uno de esos calores pesados y húmedos que suelen abatirse sobre Montana a principios de verano. La humedad asciende del suelo, fustigada por un sol plomizo. Aparcamos lejos y mi madre no dejaba de echar pestes puesto que odiaba tener que andar. A veces nos cruzábamos con rostros de conocidos suyos y, como si la hipocresía fuera su segunda naturaleza, se mostraba afable e interesada por los demás. Delante de sus colegas del ayuntamiento hasta me rascaba la cabeza afectuosamente y nunca dejaba de hablar del pasado de mi padre en las fuerzas especiales cuando lo presentaba. Mis hermanas iban detrás endomingadas, escrutando a cualquier muchacho de su edad, como si hubiera alguno que quisiera dos grandes pájaros bobos jadeantes. Me daban vergüenza con sus vestidos demasiado femeninos, hubiera preferido que se vistieran de hombre. Caminábamos detrás de mi padre, con mi madre delante, escoltada por sus dos hijas. Mi padre tomó la iniciativa de separarnos pero mi madre se negó. No quería enfrentarse a nuevos encuentros sola con su progenitura sin compensar esa miseria visual con la evocación de las gestas militares de mi padre. ¿Y cómo sacarlo a colación sin estar él presente? Por una vez mi padre no se dejó amilanar. Nos largamos y nos citamos una hora más tarde delante de un gran patíbulo con una guillotina. Nos entretuvimos un buen rato en la barraca de tiro al blanco. Mi padre hizo una ronda sin fallar un tiro delante de un grupo de cazadores asombrados de que se pudiera disparar con tanta puntería. Varios de ellos le preguntaron en qué arma había servido durante la guerra pero no respondió. Se contentó con una segunda ronda sin fallo alguno contra blancos en movimiento. Y así una y otra vez, nada podía sacarlo de allí. Acabó aburriéndose y en su rostro podía leerse que había pagado cara la satisfacción de sobresalir así en público. En la prueba de fuerza nos encontramos con otros más fuertes que nosotros. La altura no lo es todo y algunos leñadores que habían bajado de las montañas eran capaces de empujar la máquina medio metro más que él. Sobre nuestras cabezas se formó una tormenta y mi padre juzgó que ya era hora de ir al punto de encuentro. Allí estaban las tres mujeres, a unos metros del patíbulo, sin saber adónde mirar. Mi madre fingió sentirse ultrajada. Yo quería ver el espectáculo del patíbulo. Se lo dije a mi padre, que se lo dijo a mi madre, que se negó. Pero mi padre no le hizo caso, no se insulta en público a alguien a quien se ha presentado como un héroe. Detrás del

patíbulo, las montañas se habían aproximado, señal de que iba a llover. Debía de quedar un cuarto de hora antes de que la gente se dispersara debido al chaparrón y, mientras contemplaba el cielo, el feriante propietario del patíbulo presentó a una joven muy guapa. Nunca había visto a una chica tan guapa. Era rubia y su cabello ondulaba hasta sus senos nacientes, pues debía de tener mi edad. Desde donde estaba no veía sus ojos, pero no podía imaginar que fueran de otro color que no fuera un azul ardiente. Veía a muchos otros tipos alrededor de mí que habían pasado sin transición de la fanfarronería al mutismo, anonadados ante aquella gracia que habría resistido cualquier intención vulgar. Se arrodilló para ofrecer su cabeza tendida a la guillotina. Pero ya no la veía, mi visión estaba obstruida por el movimiento de la multitud. Un relámpago resquebrajó el cielo en el momento en que el feriante accionó el mecanismo de caída de la hoja. Relució al caer. Era difícil creer que no le cortaría la cabeza a la chica aunque fuera de mentira, como era evidente. Esa perspectiva desencadenó en mí un orgasmo y un éxtasis desordenado se apoderó de mis sentidos como jamás había experimentado en mi corta existencia. En el mismo momento, unas gotas gordas comenzaron a precipitarse sobre el público con un ruido de aplausos. La multitud se dirigió hacia el aparcamiento sin alarmarse. Busqué desesperadamente a la chica con la mirada pero había desaparecido.

Esa noche, por primera vez, mi padre se indignó por mi confinamiento en el sótano. Como mi madre no quería ni oír hablar de ello, amenazó con llamar a la policía para que constatará los malos tratos de los que yo era objeto. Mi madre acabó cediendo. Envió a mi padre a pasar la noche en el sofá del salón como represalia y pude dormir en la habitación de invitados. Dormí mal, añorando mi antro y los ruidos de las tuberías del agua que ritmaban mis noches. De buena mañana, mi padre protagonizó su primera fuga y ya nada fue igual entre mi madre y él, me refiero a que se rompió el equilibrio del terror. Volvió dos días después y habló abiertamente de divorcio. Pero aún no tenía el valor y deseo creer que lo que le retenía todavía en aquella casa era dejarme solo en manos de mi madre. Si no me hubiera defendido así, quizá no habría matado a mis abuelos para demostrarle mi agradecimiento.

Leitner se sostuvo un buen rato la cabeza entre las manos y sentí que mi relato le había contrariado un poco. Me preguntó si después de aquello había tenido deseos precisos de pasar a la acción. Nuestra relación era demasiado fuerte para mentirle. Le confesé que dos meses más tarde planeé decapitar a una de mis profesoras, recientemente nombrada y que me daba muestras, no sé por qué, de una gran amabilidad. Veía en ella una elegancia fuera de lo corriente. Una noche, preparé todo el material y me acerqué a su casa, que estaba aislada en una residencia donde no había vallas. Su perro, que dormía en la escalera de entrada, me recibió meneando el rabo. La observé a través de los cristales sin cortinas de la planta baja. Cocinaba con un delantal verde atado a la cintura y daba caladas esporádicas a un cigarrillo que dejaba humear en un cenicero. Una música moderna y muy animada se filtraba por las ventanas. Cada vez que pasaba delante de un espejo colgado en una de las

paredes, comprobaba su peinado y se lo arreglaba un poco. Llevaba unos vaqueros ajustados pero sus formas no causaban en mí el efecto de sus ojos transparentes. Aunque se hubiera paseado desnuda habría buscado su mirada. De lejos vi moverse los faros de un coche y luego acercarse. Esperaba que fuera a otro sitio pero desgraciadamente se detuvo frente a la casa y del coche salió un tipo apuesto que se dirigió a la escalera de entrada. Me escondí detrás de un arbusto. Ella le abrió sin el delantal, balanceándose sobre una y otra pierna, señal de timidez. El hombre parecía más seguro de sí mismo. La puerta volvió a cerrarse tras ellos y regresé a mi casa. ¿Si había sentido celos del hombre, si había tenido ganas de matarlo? No, claro que no. Con su físico y su edad, le juzgaba con toda la legitimidad para seducir a aquella mujer. No, de verdad, la idea de hacerle daño no me pasó por la cabeza. ¿Si pensaba que habría sido capaz de llevar a cabo mi empresa? No lo sé, no lo creo, aunque, para ser sincero, cuanto más me acercaba a ella más deseaba ese acto. Pero no era algo que no pudiera reprimir. Si se hubiera quedado sola, me habría contentado corriéndome con esa idea y hubiera regresado a casa sin hacer ruido.

Leitner, que a menudo reflexionaba en voz alta, buscaba un nuevo significado a mi fantasía. El «hacer perder la cabeza» ya no le bastaba. Buscaba una dimensión ligada a la castración, a la autoridad, pero no sabía cuál a ciencia cierta. La cuestión más directa llegó cuando me preguntó si era capaz de obtener placer en solitario de otra manera que no fuera mediante una fantasía de decapitación. Tuve que confesar que no. Evocamos la frecuencia del placer ligado a ello. Dije que dos o tres veces al día. Por lo general para estar tranquilo y deshacerme por un rato de todos esos malos pensamientos que se me imponían, y también para recordarme que era un ser de carne y hueso, que no me estaba prohibido el placer.

Leitner estaba cada vez más preocupado y yo cada vez más aliviado. Ya no había ni un rincón de mi mente que no le hubiera abierto. Había jugado el juego hasta el final.

—Te lo agradezco, Al.

Dijo eso apoyando la mano en mi antebrazo. Se puso en pie, cargó una pipa y la encendió, y se puso a dar vueltas en su despacho. Abrió de par en par la ventana que daba a un vasto césped como se ven en los campus universitarios. Al otro lado de la carretera, a lo lejos apenas se distinguía un prado cercado por unas vallas tras las que se movían unas manchas negras que me figuraba que debía de ser ganado. De hecho, en aquel lugar no había nada más, ganado y aquel hospital. La idea de que esa confesión me iba a mantener allí aún por bastante tiempo me pasó por la cabeza, pero Leitner empezó a murmurar.

—Defensas perversas contra la psicosis. Tú y yo aún tenemos mucho trabajo por delante para espantar esos malos pensamientos. Creo que he subestimado mi tarea. Dicho esto, si volviéramos a pasar ante el comité volvería a decir lo mismo. Creo que no eres fundamentalmente peligroso para los demás. Y a buen seguro que no para tus compañeros de clase, que solo son muchachos. ¿Nunca has deseado decapitar a un

hombre, Al?

—Oh, Dios mío, no. Creo que me haría vomitar.

Se echó a reír. Y yo también. Por primera vez en mi vida. Me quedé boquiabierto. Luego me sumí de nuevo un poco en la tristeza al pensar que a partir de entonces el médico iba a hacer cuanto estuviera en sus manos para quitarme esos malos pensamientos. ¿Y qué iba a quedarme entonces? Esa era la cuestión. Por supuesto, no podía decírselo de esa manera, pero ¿qué me quedaría aparte de mis escapadas en moto por la carretera? En los otros tipos veo que por lo menos les interesa una decena de cosas. Tienen familias, aficiones, un Dios, un perro, una casa, un jardín y un montón de sueños que nunca podrán hacer realidad. Pueden abrir cualquier *Playboy* por las páginas centrales, fantasear con la chica y cascársela si les gusta. Creen que sus vidas mezquinas valen oro, que la fe les impedirá morir de verdad, que no hay principio y no hay fin. Yo solo tengo esa fantasía y unas ganas de salir a la carretera que se esfuman nada más recorrer unas millas.

Observaba a Leitner sumido en su reflexión y sentía mi dependencia de él. Yo era como una vasta mansión encantada en la que solo quedara un mueble y él se ofreciera a ayudarme para sacarlo afuera y quemarlo. Estaba dispuesto a jugar el juego a condición de que se comprometiera a darme los medios para amueblarla de nuevo. ¿Sería capaz de hacerlo? Por primera vez dudaba de él. No de su capacidad para hacer tabla rasa, pero sí de reconstruir algo que me mantuviera en vida todos esos años que me separaban de la muerte. Sabía qué se ocultaba detrás de esa fantasía, un deseo frío de quitarme de en medio y de acabar con esa mierda de existencia que no tiene ningún sentido, ni siquiera el que se le quiere dar. En ese preciso instante, veía a Leitner como a uno de esos contratistas que abren canteras de arena en la montaña y prometen a los vecinos que las cerrarán. No lo hacen nunca por la sencilla razón de que no saben cómo hacerlo. Y cuando lo hacen es para enterrar allí inmundicias o productos tóxicos.

Regresé al colegio al día siguiente, abatido como no lo había estado desde mi detención. Pero no se notaba. Es la ventaja de no hablar nunca con nadie, se te considera un oso gruñón pero nunca un lunático. Solo me dirigía a los profesores cuando me lo pedían. Eran los únicos que sabían de dónde venía y me tenían vigilado. Si hubiera podido me habría alejado más aún de los otros alumnos, hubiera querido estar allí sin estar allí. Me preguntaba qué podía haber en común entre ellos y yo. ¿Qué puede haber en común entre un joven que regresa de Vietnam y otro de la misma edad que solo conoce la guerra a través del cine? Un hombre que ha matado es como un ser que vive a gran altitud y envejece prematuramente. En ese momento no sentía más afinidades con mi entorno que las que había tenido con mis compañeros de clase antes de mi doble asesinato. De vez en cuando tenía ganas de jactarme, de asombrarlos con mis historias, pero temía que eso no me iba a traer nada bueno, sobre todo porque no tenía una verdadera razón para hacerlo dado que todos esos tipos eran unos campesinos sin arrogancia. Había que ver lo que les costaba estudiar. Los que no se habían descolgado completamente empleaban un esfuerzo desmesurado para resolver ecuaciones triviales o para decir algo acerca de un cuento de Edgar Allan Poe. Si yo no hubiera estado un poco desafectado, como decía Leitner, la literatura me habría gustado antes. Al margen de algunos autores puramente cerebrales, se necesita cierta sensibilidad para disfrutar de un escritor. El texto más bello que pude leer en esa época fue un relato de Faulkner que figuraba en la antología que estudiábamos en clase. La historia de una solterona que oculta en su casa a su único amor muerto.

Ya que hablamos de literatura, fue en esa época cuando recibí una carta de mi madre, un poco como la que Raskólnikov lee al principio de *Crimen y castigo*. El paralelismo me impresionó porque, en su carta, mi madre me anunciaba también la boda de mi hermana. Se trataba de la mayor, con la que nunca había hablado más que

con una ternera. No me lo podía creer. En ningún momento mi madre me pedía noticias ni se preocupaba por mi salud. Era ese tipo de carta informativa que se escribe cuando no se tiene nada mejor que hacer. Mi hermana trabajaba en K-Mart y se iba a casar con un empleado de K-Mart, pero, por supuesto, no un empleado cualquiera. Comprendía por la carta que ese tipo era un inútil, pero mi madre no podía evitar inventarle un futuro profesional ejemplar. Ya había sido elegido dos veces mejor empleado del año y pronto recibiría una promoción en California como director de compras adjunto o una bobada por el estilo. Ese tipo debía de tener una sexualidad desesperada para comprometerse ante Dios a follarse a mi hermana hasta su muerte. Mi madre aprovechaba para criticar a mi padre, que había desaparecido en cuerpo y alma. Me explicaba que uno de sus amigos policías, como si mi madre tuviera amigos, había investigado por todo el territorio sin hallar rastro de mi padre. Comprendía que hubiera abandonado a su hijo, que no era más que un enfermo criminal, pero renunciar a sus hijas, ¿cómo podía hacer algo semejante? No se entretuvo mucho en su propio matrimonio con un fontanero muy famoso. ¿Cómo iba a ser famoso un fontanero de un pueblo infecto de Montana? Escribía también que si a su yerno lo destinaban a California, los acompañaría allí puesto que ya empezaba a estar harta del clima y de la mentalidad de los habitantes de aquí, mentalidad que era la suya puesto que hasta ese día nunca había salido de Montana. En ningún momento se alegraba de la eventualidad de poder estar más cerca de mí. Para acabar, me anunciaba que había telefoneado a la administración del hospital y, tras informarse con los terapeutas, le habían dicho que yo tenía al menos para tres o cuatro años más, cosa que según ella no era suficiente para convertirme en un muchacho normal. Se permitía el lujo, además, de repetir que a pesar de que el hecho de que su hijo se hubiera convertido en un criminal la había sorprendido, cuanto más profundizaba en sus recuerdos más lógica encontraba en mi decadencia. ¿Qué lógica? No se tomaba la molestia de explicarlo. Sin duda la decapitación de su gatito de concurso aún la reconcomía. Le costaba terminar, había añadido un post scríptum en el que me preguntaba si tenía remordimientos, no por lo que había hecho sino por la vergüenza y el oprobio que había arrojado sobre nuestra familia, una familia honorable y respetada, y qué pensaba hacer para reparar el perjuicio causado a nuestra reputación. Ofrecía su propia opinión sobre mi caso. No, no estaba enfermo y los que me habían considerado así habían sido muy generosos al hacerlo; no era, modestamente, añadía ella, más que una de las múltiples encarnaciones del mal. Afirmaba que un exorcismo sería más apropiado que una psicoterapia. Se felicitaba porque el estado de California no le había enviado la factura de mi internamiento, lo que habría añadido la ruina a la vergüenza. Luego volvía sobre mi padre pidiéndome que recordara la cantidad de veces que ella me había dicho que su educación haría de mí un ser pervertido. Si ella me había alojado doce años en el sótano era porque desde mi nacimiento sospeché que andaba de la mano del diablo. Firmó con grandes letras legibles, Cornell Paterson. Paterson debía de ser el apellido de su nuevo marido. No era tanto para

alardear de ese nuevo marido como para eliminar Kenner de su nombre.

Stafford era el único tipo con el que me relacioné a lo largo de todos esos meses. Fue él quien dio el primer paso. Sin duda presintió que teníamos el mismo nivel intelectual, a pesar de que yo no tuviera su edad ni su educación y menos aún su cultura. Era una especie de aristócrata. Fue profesor de literatura en una de las mayores universidades de la Costa Oeste y cayó por la violación de once alumnas suyas y el asesinato de la última. No era parco en explicaciones acerca de su pasado. Tenía una muy alta opinión de sí mismo. Me explicó que en la época en que daba clases las alumnas estaban locas por él. Su carisma, sus conocimientos y su físico ejercían un ascendente sobre las chicas e incluso entre los chicos, que, sin embargo, nunca le habían interesado. En lugar de seducirlas, prefería violarlas. Sabía que yo había cazado en alguna ocasión. Me había jactado delante de él de haber abatido ciervos y alces a pesar de no haber cazado más que topos y conejos. De repente, utilizó esta metáfora: «No sabe igual la carne de un animal cuyo rastro se ha seguido durante horas que la que se compra envasada en la sección de refrigerados de un supermercado.» Lo que podía parecer contradictorio era que consideraba que violar alumnas era menos peligroso para su carrera que seducirlas. Seducidas, habrían acabado por vanagloriarse y un día u otro el decano lo habría sabido y le habría expulsado. Tratándose de una violación, solo dependía de él que no le descubrieran. Y de hecho nunca le descubrieron. Se entregó él mismo después de su última violación porque había matado a la chica. Aseguraba que había sido una muerte involuntaria. Le había impedido respirar poniéndole la mano sobre la boca y la nariz cuando ella se puso a gritar. Su gran orgullo era haber logrado violar a todas aquellas chicas sin amordazarlas y sin que ninguna de ellas hubiera gritado nunca. Actuaba enmascarado. Entraba en sus casas y, una vez pasado el susto inicial, lograba convencerlas de la necesidad de mantener una relación sexual sin violencia. Nunca eyaculaba dentro de ellas, por juzgar «que no lo merecían y que de esa manera demostraba que no actuaba bajo la presión de una pulsión sexual bestial, sino por un ejercicio de poder de un orden muy diferente». ¡Por Dios, el tipo creía que su esperma estaba bendecido! A la posesión de las chicas prefería la perfección de su preparación, seguimiento, localización de las salidas, apertura de las puertas y eliminación de las huellas. Su excelencia en esos terrenos explicaba que nunca hubieran sospechado de él. Se entregó porque matar nunca había sido su intención y quería recibir el justo castigo por su falta. El comité de peritos psiquiatras le juzgó irresponsable por escaso margen. Se pudría en aquel hospital desde hacía ya unos diez años. Leitner, sabiendo que me relacionaba con él, me habló de él a pesar de que no era paciente suyo. Me confió que en diez años Stafford no había progresado porque movilizaba toda su inteligencia para no curarse. Le obsesionaba demostrarle su superioridad a su terapeuta.

Yo tenía verdaderas responsabilidades en la lavandería. Dirigía a una veintena de

tíos, todos mayores que yo; pero ya no podía progresar y el trabajo se me empezaba a hacer rutinario. Mi problema con la rutina ya venía de lejos. La repetición de las cosas según un orden inmutable me tranquilizaba, pero luego se me hacía tan pesada que me impedía continuar. Sin rutina, experimentaba una sorda angustia. Una vez se instalaba la rutina, la absurdidad de esas repeticiones se me presentaba bajo la forma de un explosivo malestar. En esas me hallaba. Stafford estaba bien visto en la biblioteca. Le pregunté si podría enchufarme para trabajar allí. Se puso de nuevo en la piel de un profe de universidad y me preguntó qué había leído. Me las di de especialista en Dostoievski. Era muy pretencioso porque solo había leído las treinta primeras páginas de *Crimen y castigo*, a pesar de que tenía intención de ponerme de nuevo con ello muy pronto. Quería obligarme a partir de ese momento a acabar lo que empezaba. Mi vida no podía resumirse a emprender algo para abandonarlo a mitad de camino. Comprendía que ese síndrome estaba ligado a mi relación con el espacio, una desenfadada necesidad de salir a la carretera contrariada de inmediato por la culpabilidad por marcharme. Si Stafford hubiera rascado un poco habría descubierto que yo no era especialista en nada. Pero le daba igual. Lo que importaba era que mis dos metros veinte se alzaran a su lado como un muro contra la agresividad de algunos internos violentos a los que, de tener oportunidad, les gustaría sacudirle la suficiencia. Unos días después de presentar la solicitud fui destinado a la biblioteca apoyado por Stafford y por el jefe de la lavandería, que elogiaba mi «notable sentido de la organización». No había pedido la biblioteca porque sí. Quería realmente ponerme a leer y aprender tanto como mi cerebro me permitiera. En mi interior acariciaba la idea de iniciarme en la psiquiatría y, a la larga, saber lo suficiente acerca del tema como para comprenderme a mí mismo. Mis primeros trabajos versaron sobre Stafford. Gracias a él y a los libros que leí, pronto me familiaricé con la cuestión de la perversidad y no me llevó mucho tiempo comprender el rol del padre en esa enfermedad. Una noche, mientras los otros enfermos de nuestra sección veían un partido de fútbol en la televisión, Stafford se puso a hablar de su padre, de su violencia, de su cobardía y de su absoluto desprecio hacia el hijo. Luego cambió completamente de tema y me aconsejó leer *América* de Kafka pero sin decirme el porqué. No lo he leído nunca, así que jamás sabré si había alguna relación con su padre, aunque fuera lejana.

Advertido de mi buena disposición, me acerqué al cura del hospital. Era un sacerdote que rondaba los cincuenta años y de mirada apagada. Entre los internos no había muchos católicos. Lo primero por lo que me preguntó fue por mi motivación. Le expliqué mi nacimiento bajo el signo del diablo y los ritos satánicos a los que me había entregado solo o con la menor de mis dos hermanas. Me vi obligado a decirle que si Dios existía, se había olvidado por completo de mí. No le había visto manifestarse ni mostrar benevolencia alguna hacia mí. Pero creía en Cristo, no como hijo de Dios sino como gurú de la especie humana. Me preguntó si pensaba creer en Dios algún día. Mi respuesta lo tranquilizó, a ese respecto yo tenía la mejor voluntad.

Acordamos pasar dos horas juntos cada semana.

Al igual que la serpiente se deshace de su vieja piel en un desierto hostil, no quería ser rehén de mi infancia ni volver a despertarme con una erección entre dos sueños obsesivos. A esos períodos de optimismo les sucedían períodos de lúgubre pesimismo. Imaginaba que jamás saldría de aquello y que un día perdería el control de mí mismo. Esa idea me volvía huraño como un ser condenado a jamás liberarse de su destino. Luego llegaba el abatimiento. Era víctima de lo que Leitner denominaba el síndrome del muerto viviente. Tenía la impresión de ya estar muerto mientras continuaba viviendo automáticamente sin que ninguno de mis sentidos me procurara una alegría que me probara que estaba vivo. Tenía la sensación de una muerte inminente, casi natural, que no se declaraba por razones misteriosas y contra toda lógica. El contraste era impresionante entre las fases voluntaristas y esos momentos de hundimiento en los que me sentía completamente extraño a mi vida, indiferente a mi propia existencia.

—El niño humano, incluso cuando nace dentro de sus plazos biológicos, es aún prematuro. Es un ser acuático que desde hace nueve meses flota en una burbuja amniótica que es el vientre de su madre, alimentado por un cordón que parece el tubo del escafandrista. El nacimiento del ser humano es, a mi entender, de lejos, el más violento. En cualquier lugar del mundo, en las ciudades, en la sabana, en el mar o en los bosques, nunca se ha oído un grito tan desgarrador como el del recién nacido de la especie humana. La muerte se halla atterradoramente próxima, mucho más que en cualquier especie animal en la que el recién nacido disfruta de una relativa autonomía al cabo de unas horas. El niño grita por su debilidad, por su absoluta precariedad de animal acuático arrojado sobre una tierra en la que no tiene ningún punto de referencia ni la función apropiada a una independencia ni siquiera relativa. Grita por haber sido rehén de su madre durante mucho tiempo. La vida intrauterina prosigue al aire libre en un estado de sumisión del hijo a la madre. La historia del hombre es la del paraíso perdido. Y esos períodos de postración que me describes se parecen mucho al encierro en sí mismo del autista. Es el regreso al silencio, a la sensación de flotar en la ingravidez, a la despreocupación lejos de la amenaza de abatimiento que se percibe a continuación. No digo que seas autista, Al, estás muy lejos de ello, pero cualquier personalidad adquiere de manera más o menos ligera síntomas clasificados. Te encierras en ti mismo porque, en tu mente, la violenta inseguridad que te ha revelado tu madre con su comportamiento desestabilizador reaparece bajo la forma de una angustia de muerte que combates preparándote ante la inminencia de la misma. Sé por ejemplo que tus fantasías de decapitación se atenúan cuando te hallas en ese estado de levitación un poco mórbido. Por el contrario, cuando te encuentras en una fase activa, esas fantasías acompañan tus deseos de vivir. Puede parecer contradictorio, pero así es. Tengo que lograr romper esa división para que puedas salir de aquí en un estado psicológico constante. Esos ataques de postración no tienen que amenazar tu vínculo social, debes hallar de nuevo una constancia en tus deseos.

Sabes, Al, he pensado mucho en tus fantasías, en eso que llamas tus malos pensamientos. Tras darle muchas vueltas, creo finalmente que puede contemplarse una relación con el miedo a la castración. Te pido que seas realmente sincero en tus respuestas, ¿puedo contar contigo? De acuerdo. En ese caso, dime si eres capaz de sentir placer de otra manera que no sea decapitando a una mujer. Eso es porque en el fondo de ti mismo tienes el sentimiento de que tu madre te ha castrado. Debido a su influencia ha destruido tu deseo normal hacia una mujer. Te defiendes de esa castración cortándoles la cabeza a mujeres en tus sueños. Es una manera de devolverles lo que has sufrido. Aún no estoy completamente seguro de mis conclusiones pero creo que voy por buen camino. Lo conseguiremos, Al.

Fue la última vez que hablamos. Un viernes por la noche. Acababa de decirme que creía que tenía para uno o dos años más conmigo antes de dejarme en libertad en condiciones de disfrutar de ella. El lunes siguiente teníamos cita a primera hora de la tarde. Me presenté en su despacho. Había dos peces gordos de la administración vestidos con traje negro y corbata y con unos rostros siniestros. Me ordenaron que regresara a mi habitación con el pretexto de que mi sesión de terapia había sido anulada hasta nueva orden. No pude evitar preguntarles dónde estaba el doctor Leitner, pero no respondieron y por su aire turbado comprendí que había ocurrido algo anormal. Por la tarde fui al colegio y al día siguiente me dirigí a la consulta, donde encontré a un nuevo psiquiatra inquieto ante la inmensidad de su tarea. Me hizo sentarme y sin mirarme declaró que era mi nuevo terapeuta. Era mayor que Leitner.

Sumergido en mi historial y sin alzar la vista me dijo que Leitner había muerto. Para mí alguien no ha muerto hasta que se sabe cómo ha muerto. Se lo dije y precisó que se había ahogado pescando con caña al norte del estado en un rápido particularmente peligroso. La corriente se lo llevó y hallaron su cuerpo dos millas más abajo. Mi interlocutor parecía afectado. En esos momentos nunca se sabe si la persona está verdaderamente emocionada por la desaparición del ser vivo al que conoció o si le asusta la perspectiva de la propia muerte. La noticia me sorprendió. Decir que me conmocionó sería mentir. El efecto de la misma sobre mí fue neutro en el plano emocional. Apreciaba a Leitner, le tenía estima. Era bondadoso conmigo como nadie lo había sido antes, salvo quizá mi padre. Incluso se protegió mucho de ese riesgo de transferencia hasta que se dio cuenta de que no soy de los que pueden transferir algo a alguien. ¿Puedo decir que sentí una profunda emoción, que se me saltaron lágrimas? No. Figúrense, y no sabría cómo explicarlo, lo curioso era que ahora lo imaginaba por igual muerto que cuando estaba vivo. La experiencia de la muerte es algo de lo que verdaderamente carecen todos los seres humanos. Sentí cierto desasosiego pero sería incapaz de explicar su origen.

El nuevo psiquiatra no tenía nada que ver con los métodos de Leitner. Me agradeció que retomara rápidamente el trabajo como si no hubiera ocurrido nada. Otros pacientes hacían comedia y se encerraban en el dolor de la pérdida de su único vínculo con el mundo. No así yo, pero sí tenía una cosa clara en mi mente, no tenía ninguna intención de que él me tratara. Quería encontrar el camino de la libertad. No se puede confiar en dos personas acerca de un mismo tema. Enseguida comprendí que Welton era todo lo contrario que Leitner. Necesitaba adquirir confianza poniendo nombre a las patologías. Era un adepto de las clasificaciones y estaba persuadido de moverse en una ciencia exacta. Antes de aterrizar en aquel hospital, había sido psiquiatra militar, primero encargado de detectar a todos los llamados a filas que se hacían pasar por locos para evitar que los enviaran a Vietnam. Luego se ocupó de

atender a los que regresaban de allí completamente chiflados. Le hablé de inmediato de mi padre y de su papel en las fuerzas especiales y eso creó un vínculo entre nosotros. Mi estrategia no tardó en desplegarse. Leitner, afortunadamente, había dejado muy pocas notas de trabajo acerca de mí. Mi caso se trataba en varios informes, entre los cuales se hallaba el que había permitido mi escolarización. Comprendí que aquel tipo solo esperaba de mi caso una clasificación clara y la prueba de mi curación. Nunca le dije ni una palabra sobre mis fantasías, mis malos pensamientos. En pocos meses, había devorado toda la biblioteca de psiquiatría. Welton estaba impresionado ante mis conocimientos. Incluso acabó empleándome como ayudante para realizar los test psicológicos de los otros enfermos. No le apreciaba. No sabría decir por qué, pero de todas formas me dejé bigote como él. Creo que eso le emocionó. Le dije que al matar a mi abuela había sentido la misma responsabilidad que un tipo de una unidad de intervención de élite que mata a un agresor para salvar a una familia. Eso hizo que le cayera bien porque no tardé en comprender que aquel médico era antes militar que psiquiatra. Me hubiera resultado verdaderamente simpático si no hubiera ocultado cierta falta de confianza en sí detrás de la sismoterapia, un nombre complicado para designar los electrochoques. No estaba seguro de que yo lo necesitara, pero repantigado en su sillón de piel pensaba que debía seguir el tratamiento a título preventivo. Probablemente imaginaba que mi cerebro funcionaba a un voltaje determinado y decidió normalizar la corriente. El parecido con la silla eléctrica de mi infancia era flagrante pero preferí no hablarle de ello. Me administraron un fuerte sedante que me envió al cosmos y luego me fulminaron como a una rata de laboratorio. Uno de los efectos de esta terapia de salvajes es que borra la memoria de los momentos en que se practica. Al cabo de diez sesiones, Welton debió de considerar que yo ya era de nuevo compatible con la red eléctrica de los Estados Unidos de América y se suspendieron las sesiones.

Siempre se ha dicho que un accidente de avión es la conjunción de diversos factores. Lo mismo vale para obtener una condicional. La falta de espacio en el hospital me empujó afuera. Muchos tipos de Vietnam desmovilizados y de vuelta en sus casas sufrían graves problemas mentales. Cada día llegaban algunos a los servicios, alucinados y delirantes. Algunos, que allí habían cometido violaciones, no lograban abandonar su adicción. Se veía también cada vez a más yonquis que estallaban a fuerza de meterse grandes dosis de LSD, un ácido que según decían se había puesto de moda afuera.

Mis resultados escolares me permitían entrar en una universidad. Si hubiera jugado al baloncesto me habrían invitado, pero no sabía correr. Nunca he hecho deporte y, como todas las personas enormes, crecí un poco torcido. Mis rodillas forman una X y en la revisión médica previa a mi salida el médico generalista me dijo que podría sufrir un desgaste prematuro de los cartílagos. Me aconsejó perder peso, pues juzgaba que ciento treinta kilos era excesivo incluso para mi altura.

Entre la decisión de dejarme salir y el momento en que abandoné el hospital pasaron dos meses. Trataron de localizar a mi padre. Pero había desaparecido y ni siquiera había un coche matriculado a su nombre en todo el país. Luego les llevó tiempo dar con mi madre, que se había trasladado de Montana a California. Ahora era secretaria de la Universidad de Santa Cruz, al sur de San Francisco. El documento de libertad condicional estipulaba que no tenía que volver a vivir con ella, pero tampoco podían soltarme por las buenas sin recursos. Aceptó recibirme para dejarme marchar de inmediato. El oficial de libertad condicional comprobaría al cabo de tres meses que ya no vivía bajo el mismo techo que ella.

Al verla en el vestíbulo de la administración sentí ganas de retroceder. Los cuatro años pasados la habían encorvado ligeramente. Seguía teniendo más el aspecto de quarterback de un equipo de fútbol que de ama de casa, pero unas nuevas gafas la hacían parecer una mujer de negocios. Había envejecido, por descontado, pero nunca la había observado lo suficiente como para recordar su apariencia en el pasado. Seguía dándome mucho miedo. La pobreza afectiva de su mirada me hacía sentirme como un trozo de plasma que se arrastrara detrás de ella. Sin saludarme, examinó mi documentación de salida. Leyó varias veces las cláusulas que le concernían y pidió un montón de aclaraciones sobre varios párrafos. Nos quedamos así por lo menos tres cuartos de hora. Pasé todo ese tiempo conteniendo la respiración. El exterior me provocaba vértigo y mi madre náuseas. Mis sentidos se alteraban. Pensé en regresar a mi habitación. Pero ella firmó la última hoja y se volvió para ver si todo estaba allí. Salimos, ella delante, yo detrás. La luz exterior me deslumbró aún más que el día de mi nacimiento. Miraba en derredor y veía los campos curvados como la tierra. El azul claro del cielo rebotaba sobre el asfalto. Me sentí como un chiquillo y fui presa de un súbito deseo de salir por piernas. Pensé en robarle las llaves de su coche y largarme sin ella, pero de inmediato me habrían llevado de vuelta al hospital y ahora que había gozado por unos segundos del aire libre tenía ganas de aprovecharlo.

Me senté al lado de ella. Dio marcha atrás sin decir palabra. Cuando llegamos a la carretera, estalló:

—¿Qué les has dicho?

No me amilané.

—Es una pregunta sin sentido. ¿Te imaginas que en cuatro años hemos tenido tiempo de hablar?

Tamborileaba con sus dedos sobre el volante conduciendo, pero eso ya no le bastó y le asestó un puñetazo con la mano cerrada, como un martillo.

—Deja de tomarme el pelo, Al, ¿qué les has dicho para que exijan que te mantengas lejos de mí, eh? ¿Soy una apestada? ¿Qué diablos les has contado? Vales menos que una cagada de pájaro, ¿me oyes?

Estaba roja como el terciopelo de las fundas de sus asientos.

—Les habrás ido con la monserga de los criminales que hacen responsables a sus padres. Que un manipulador de tu calaña haya podido salir de mi vientre me da dolor de ovarios, ¿me oyes? No eres capaz siquiera de asumir tus burradas. ¡A ver si seré yo quien te puso el fusil entre las manos y apretó el gatillo!

Frenó en seco y el humo de los neumáticos debía de verse desde la cárcel. Inspiró profundamente y luego pareció calmarse.

—Escúchame bien, Al. Quizá seas hijo mío, pero nada me obliga a quererte, como nada te obliga a ti a quererme a mí. Tengo un puesto importante en la universidad, donde soy la secretaria personal del decano. No quiero que sigas

ensuciando mi reputación. Si te han dejado salir, será porque consideran que estás curado. Ahora ponte a buscar trabajo y lárgate cuanto antes. Te puedes quedar en mi casa tres días, ¿entiendes? Tres días y desapareces. Al matar a tus abuelos dejaste este mundo, y si quieres volver será sin mí.

Arrancó de nuevo tranquilamente y adoptó una voz dulce:

—¿Qué piensas hacer?

Con toda sinceridad, aún no había pensado en ello. Quería hacer algo relacionado con las motos o encontrar un trabajo al aire libre, pero mis deseos no eran muy precisos.

—Me voy a alistar para ir a Vietnam.

La idea le pareció interesante, sin duda porque era radical.

—Sí que te han cambiado de verdad ahí adentro. Recuerdo a un medica que se meaba en los pantalones a la menor amenaza física. ¿Pero es compatible con la condicional?

—No lo sé.

—Infórmate. Y ahora mismo.

Dimos media vuelta y regresamos a la administración. La mujer nos vio reaparecer, boquiabierta. No sabía gran cosa acerca del alistamiento. Había muchos tipos que llegaban de Vietnam e iban a parar a aquel hospital, pero yo era el primero en solicitar ir del hospital a Vietnam. Uno de sus superiores asomó la cabeza en ese momento. Se lo preguntó. Fue taxativo. Mientras estuviera en el ejército se consideraba que estaba bajo vigilancia, así que no comprometía la condicional. Me dejó sus datos para que los militares se pusieran en contacto con él y se ofreció a mediar con el departamento de Justicia. Antes de haber siquiera pensado en ello, me había alistado para ir a la guerra. Desde hacía varios meses había practicado cómo descifrar mis reacciones, mi subconsciente por así decirlo. Me había abalanzado sobre la oportunidad que me enviaba sin gastos lo más lejos posible de mi madre.

Llegamos a las tres de la tarde a Santa Cruz. Mi madre me dejó en el centro y se marchó a la universidad, dudando de si darme una copia de las llaves de su casa. Me fui a por una hamburguesa con los pocos dólares que consintió prestarme. En cuanto acabé de comérmela, abrí la puerta de la oficina de reclutamiento del ejército. Era un despacho estrecho y el tipo de guardia, con un afeitado apurado y una camisa inmaculada, tenía una mirada torva. Echó hacia atrás la cabeza al ver mi masa y me preguntó qué quería. Una vez rellenado un breve cuestionario, me dirigió a un oficial que leía un tebeo en un despacho aún más estrecho detrás del suyo. El oficial adoptó un aire de importancia mezclado con una simplicidad calculada y abordamos los detalles concretos. No mentí acerca de nada. La evocación del asesinato de mis abuelos le dejó perplejo. Enseguida mencionó que mi físico limitaba mis funciones. Observó mis pies, que simbolizaban la dificultad de mi caso. Su mueca parecía decir que no había zapatos de mi talla en el ejército. El tipo parecía preocupado. No había una legión de voluntarios para Vietnam. Al mismo tiempo, meter a un tipo como yo

en un helicóptero era condenarlo a no poder despegar. Habría podido manejar a un modelo de tamaño reducido que hubiera matado a sus abuelos o a un gigante sin antecedentes penales. Pero un gigante criminal era demasiado para él. Tomó nota de mis datos y me prometió que me llamarían si me necesitaban.

Mi madre vivía en una casa alquilada que se parecía a las otras casas de la calle. No era muy antigua, no tendría más de quince años. La luz entraba sin estrépito. Un jardín de una veintena de metros la separaba de los vecinos. Una pulcritud de clase media esterilizaba el barrio. La puerta que daba a la parte trasera del jardín completamente rodeado por un muro blanco de poca altura estaba cerrada con llave. A través del cristal veía que lo había convertido en el paraíso de sus gatos de concurso que se desperezaban al sol. Las habitaciones oscuras me producían tristeza. Mi madre me asignó un dormitorio en la planta baja cerca de la entrada. Mis cosas debían permanecer dentro de mi bolsa por si se producía una visita inesperada del oficial de libertad condicional. Antes de cenar, fui a dar una vuelta por la ciudad. No podía creer lo que veían mis ojos. Por lo que sabía, en cuatro años el mundo había cambiado más que entre el inicio y el final de la guerra. Centenares de jóvenes deambulaban, vestidos y sucios como vagabundos, con camisas, vestidos largos de flores y sandalias. Los tíos llevaban el pelo largo y graso como las chicas y se dejaban barba. Caminaban contoneándose, con los ojos inyectados en sangre, el cuello y las muñecas ornados con bisuterías artesanales. Jamás se había visto una humanidad tan harapienta, pintarrajeada de la cabeza a los pies, y me dije que debía de haber una crisis tremenda para que se vieran tantos jóvenes indigentes deambulando sin un objetivo concreto. Esa voluntaria fealdad debía de responder a algo. Dos o tres veces incluso me abordaron unas chicas que querían hablarme de cosas oscuras en las que se aunaban Jesús, la paz en Vietnam, la reencarnación y un montón de bobadas entremezcladas por sus cerebros delirantes. Hubo una que hasta se plantó frente a mí con los brazos en cruz y me trató de tótem blanco, de exterminador de indios. No tuve que empujarla para apartarla de mi camino, ella sola se cayó entre risas de chiquilla retrasada. No estaba yo de humor para relacionarme con esa ralea. Solo quería que me dejaran en paz. Un sordo deseo de quitarme la vida me rondaba por la cabeza y trataba de resistirme. Me senté en un parque donde vagaba una cincuentena de esos fenómenos decadentes en un extraño viaje interior. Estaba orgulloso, al contrario que ellos, de llevar una camisa limpia. Era azul y de manga corta. Imponía demasiado para que alguien se atreviera a compartir mi banco. Me quedé así una hora mirando a la gente diciéndome que toda esa historia de la vida no tenía ningún sentido. Ni uno solo de aquellos paseantes tenía la menor posibilidad de sobrevivir a los cien años venideros y la historia de nuestra especie se me aparecía como la de un genocidio por el tiempo. Cada generación se debatía en sus pequeñas historias y luego poblaba en masa los cementerios. Sentía una profunda tristeza, no lo voy a negar. Habría podido meterme una bala en los sesos igual que pegarles tiros a

todos los frikis o a los viejos que caminaban por el parque, animados por razones oscuras que solo ellos conocían. Santa Cruz no me causaba buena impresión. Me encolerizaba que aquella mierda de hospital me hubiera puesto en manos de mi madre, en una dependencia de recién nacido, sin dinero ni proyecto. Sentí crecer el odio contra todos aquellos tipos que supuestamente se habían dedicado a curarme durante cuatro años y que ahora me habían abandonado. Quería volver al hospital para recuperar mi dignidad. Mierda, ¿por qué hacían algo semejante? ¡No sabían de lo que era capaz, cuando me cabreo! Me hubiera gustado ver las caras de todos aquellos psiquiatras si mañana descubrieran que había disparado contra una veintena de paseantes en aquel parque y luego contra dos o tres policías hasta que llegaran sus compañeros y me abatieran. Antes de soltarme, habrían podido encontrarme un trabajo. No importa dónde, no importa de qué, incluso un trabajo que nadie quisiera hacer, lavar muertos en la morgue o algo parecido, pero por lo menos garantizarme la independencia. Lloré de rabia en el banco.

Mi madre volvió a casa con comida para dos, sin más. Estaba tumbado en su sofá de franjas malvas. Me levanté para evitar un sermón. Olía a pollo frito y papel de embalar caliente. Las patatas fritas iban aparte en unos cucuruchos que goteaban aceite. Había gastado más en cervezas que en comida, en eso no había cambiado. Miraba alternativamente arriba y abajo pero raramente a la altura de los ojos. Se bebió dos botellas de medio litro y masculló:

—Te he encontrado trabajo en una estación de servicio a la salida de la ciudad. Y una habitación amueblada en casa de una mujer honrada por un poco más de un tercio de tu salario fijo. Si te sacas buenas propinas, el alquiler será poca cosa. ¿Qué te han dicho de Vietnam?

—No han dicho nada, pero creo que tenían miedo de no poder calzarme.

—¿Eso es todo?

—No, ya te lo puedes imaginar. Si hubiera matado a unos indios me habrían aceptado, pero al tratarse de mis propios abuelos he sentido que vacilaban. Han dicho que me llamarían.

—No te llamarán nunca. Un tipo capaz de matar a sus abuelos también es capaz de abrir fuego contra sus camaradas de regimiento por la espalda.

Me puse en pie como una fiera.

—¡No puedes decir eso!

—Sí, claro que puedo decirlo, porque eso es lo que pienso.

Volví a sentarme. Abrió otra botella de cerveza sin ofrecerme a mí. Mi cólera se deshinchó como un suflé. Comimos en silencio. Encendió la televisión y daban un reportaje sobre Vietnam. Cambió de cadena por un partido de béisbol. A mi madre le gustaba el béisbol, y la vi agitarse.

—Tu hermana está embarazada.

Me tomé un tiempo para responder.

—¿De qué?

Me miró boquiabierta.

—¿Cómo de qué?

—¿De un mamífero marino?

Se mordió los labios, señal de que hacía un gran esfuerzo para contenerse.

—Me hubiera gustado mucho poder estar orgullosa de ti, Al.

¿Qué se puede responder a algo así?

—Veo a todos esos estudiantes en la universidad y me digo que podrías ser uno de ellos.

—¿Y qué lo impide?

—Nunca te darán una beca, y no tengo medios. Ahora que tu padre ha desaparecido, no cuentes conmigo para pagar su parte de nada. De todas formas, sería tirar el dinero. No niego que seas inteligente, Al, pero no tienes voluntad. Eres un

inconstante. No eres capaz de ordenar tus ideas. ¿Sabes qué vas a hacer de tu vida, además de echarla a perder?

Se levantó para recoger los platos y fregarlos. Me quedé sentado. Se enfadó:

—¿Te crees que soy la chacha? ¿No puedes levantarte y ayudarme?

Me levanté lentamente. Tomé papel y lápiz para anotar la dirección de la estación de servicio y de la casera que me dictó con aire molesto. En cuanto terminó, rompí el papel.

—¿Qué haces?

—Lo que ves, romperlo. No me hace falta un papel para recordar una dirección. Y menos aún te necesito a ti para encontrar trabajo. No iré a la estación de servicio ni a ver a la casera. No quiero deberte nada. Ni siquiera pasar una noche aquí. Cogeré mi bolsa y me largaré. Pero antes te voy a decir una cosa. Me arrepiento verdaderamente de haber matado a los abuelos.

—¡Estás arrepentido, qué buena noticia!

Le importaba un comino. Buscaba un encendedor para encenderse un cigarrillo.

—Sí, me arrepiento, no tendría que haberles disparado. Es a ti a quien debería haberte matado a tiros.

Esbozó una sonrisita maligna, pero vi que tenía miedo. Mi expresión debía de haber cambiado sin darme cuenta.

—Bueno, puesto que no puedo contar contigo para fregar los platos, lo haré yo sola. Ya puedes marcharte.

Se hacía la orgullosa pero sin embargo fue a por otra cerveza.

—Yo en tu lugar, Al, no me andaría con esas amenazas. De lo contrario, hablaré de ello con tu oficial de libertad condicional y volverás ipso facto al hospital psiquiátrico. No es eso lo que quiero. Coge tus cosas, desaparece como tu padre, vive tu vida, no me importa qué vida, me da lo mismo, pero desaparece.

Me dijo todo eso dándome la espalda mientras observaba su nuca. Me fui a mi dormitorio. Volví a guardar las pocas cosas que había sacado de la bolsa de yute caqui y desaparecí sin decir nada con el vago sentimiento de que acababa de salvarle la vida.

Fuera, me percaté de que su casa era húmeda puesto que el aire era seco y tibio. La noche había caído sobre la ciudad como el telón de un teatro sobre un escenario iluminado y la oscuridad era aún imperfecta. Retomé el camino del parque en el que me había detenido por la tarde. Me cuesta describir el placer que siento al pasear cuando un peligro difuso flota en el ambiente. Puede que no suceda nada pero se siente que no haría falta gran cosa para que la situación degenerara en drama. Es la hora en la que rondan la insatisfacción, el rencor y la locura. Todo es una cuestión de oportunidades, de circunstancias y de luna.

Mi memoria excepcional graba a menudo detalles insignificantes para el común de los mortales, pero también puede borrar bloques enteros de mi existencia. El hospital me parecía muy lejano. Leitner más aún. Caminando por las calles desiertas

de Santa Cruz, me preguntaba si realmente lo había conocido. Pensaba en mi padre desaparecido y confiaba en dar con él. Quería explicarle mi gesto para que pudiera juzgar con conocimiento de causa. Podía imaginarme instalándome con él. Cuando vivíamos juntos en Los Ángeles nos llevábamos bien. Las mujeres siempre nos han separado. Mi madre y mis hermanas, de las que huyó como de la peste. Su segunda mujer, que se imaginaba que la espiaba. Y luego la nueva, de la que no sabía nada. Pero sobre todo su madre, mi abuela. Al matarla creé en él un extraño sentimiento de culpabilidad. Por no haber llorado por ella, puesto que estoy seguro de que la muerte de su madre no le conmovió.

En Santa Cruz reina una falsa quietud indolente de ciudad universitaria. Es difícil imaginarse ese lugar reducido a un montón de cenizas si la falla de San Andrés se moviera. Una masacre, eso es lo que sucedería, la costa californiana entera sumida en el drama y la desolación. El infierno nunca está lejos del paraíso, pero la gente no quiere saberlo, duermen como si una buena estrella velara por ellos. Pasan el tiempo construyendo cercados para las cabras enanas que son. Amasan, coleccionan, con la mirada clavada en la punta de sus zapatos. Nunca se les ocurre preguntarse qué hacen allí. En cuanto matan a uno de ellos a su alrededor, su propia vida adquiere un sabor insospechado. Los asesinatos no los horrorizan, le dan un valor inesperado a sus mezquinas existencias.

Para mi sorpresa, el parque estaba más animado a esa hora tardía que en pleno día. Tuve que dar varias vueltas hasta encontrar un banco donde dormir solo. Nunca había visto semejante concentración de frikis. Llegaban de todas partes con los mismos andares basculantes. Se había formado una decena de corros para tocar música con poses muy inspiradas. Los más colgados de entre ellos dormían incluso en el suelo, con los brazos en cruz y los ojos abiertos escrutando la galaxia. No me arrepentía de haberme afeitado antes de cenar, de haberme recortado el bigote y de haber planchado la camisa. Me instalé en medio del banco para marcar mi territorio y me obligué a dormir profundamente antes de ir a buscar trabajo. Podría contarles un montón de cosas sobre esos marcianos que apestaban a cáñamo, pero esos degenerados me eran indiferentes, no les deseaba ningún mal. No entendía de dónde salían ni adónde iban como si fueran de un mundo inmaterial que se desplazara en multitudes transparentes.

Arrullado por las músicas indias, empezaba a dormirme con la barbilla sobre mi pecho cuando sentí una presencia. Abrí los ojos y vi a una chica de mi edad o un poco mayor. Su cabello rubio y suelto le llegaba hasta la curva de la riñonada. La parte superior de sus anchos senos quedaba al descubierto bajo una blusa blanca fruncida casi transparente, con varias frisas superpuestas. Me miraba con benevolencia. Respondí a su saludo porque me parecía verdaderamente muy guapa. Salía de la cólera en la que mi madre me había sumido y aún no había dado paso completamente a la quietud que es un estado inhabitual en mí.

—¿Vas a algún sitio?

Se sentó en un extremo del banco. El hecho de no mirarme le infundía confianza.

—Al contrario. Intento establecerme.

—¿Has estado en Vietnam?

—No. No me han querido, soy demasiado imponente.

Asintió.

—Estaba escrito.

—¿Qué estaba escrito?

—Desde tu nacimiento, estaba escrito que no irías a morir allí porque eres un blanco demasiado grande. Mejor. Tienes buen karma. Tengo a un hermano allí. Siento en lo más profundo de mi vientre que no regresará. Por eso estoy en la carretera. Soy de Sacramento. No quiero estar allí el día en que unos hombres de uniforme llamen a la puerta de casa de mis padres para anunciarles la muerte de mi hermano. Yo quería que desertara. No quiso. Soy de una comuna que se forma a merced de los encuentros. Ya somos unos quince. Si te apetece, serás bienvenido.

—¿Qué tipo de comuna?

—Trataremos de vivir siguiendo nuestros principios. Abolir la propiedad de los bienes y de las personas.

Dije:

—¿Es una cosa comunista?

—¡Oh, no! Nada que ver. Vamos..., no sé muy bien qué es el comunismo. Iremos hacia el norte para cultivar la tierra y vivir de nuestra producción. Pondremos en común todos nuestros bienes, el amor será libre...

—¿Libre?

—Sí..., hay que acabar con esas historias de posesión, mi tierra, mi mujer, mi perro, mi televisor. Incluso haremos hijos que pertenecerán a la comuna. Nunca habrá habido niños que hayan recibido tanto amor en toda la historia de la humanidad. Ya no tendrán problemas psicológicos, no sabrán qué es la rivalidad ni la competición. Inventaremos un nuevo mundo sin guerras donde solo haya amor, un mundo radicalmente diferente del de nuestros padres, donde las cuestiones materiales ya no tengan importancia. Recuperaremos la armonía con la naturaleza y dedicaremos nuestro tiempo a gozar.

Recobró el aliento y dijo:

—¿Quieres follar?

Si en ese momento me hubiera atropellado un camión no me habría sorprendido tanto.

—No temas, nadie nos mirará. Entre la gente como nosotros no hay concupiscencia. Satisfacemos una necesidad natural, tan natural como dormir o comer, ¿quieres?

Se puso en pie y se levantó la falda para sentarse sobre mis rodillas. La rechacé sin violencia pero con firmeza y comprendió que insistir sería un grave error.

—Aún no estás listo para el gran salto a un mundo mejor. Lo comprendo, hermano. Pero si quieres unirte a nuestra comuna, aún estaremos aquí un par de días, el tiempo necesario para ganar algún dinero con trabajillos. Luego iremos hacia Mount Shasta en el norte. ¿Lo conoces?

Por supuesto que lo conocía, pero me mostré evasivo.

—Si un día deseas un mundo mejor, siempre serás bienvenido. ¿Cómo te llamas?

—Al.

—Yo Lisbeth.

Era terrible dejar que una chica como aquella se marchara por la simple razón de no saber qué hacer con ella.

Me saludó con la mano y desapareció en la penumbra.

La vi a la mañana siguiente, hacia las siete, al marcharme a buscar trabajo. Estaba debajo de un saco de dormir entre dos piojosos. La idea de que se hubiera acostado con ellos alternativamente o a la vez me revolvió el estómago. Los hubiera molido a patadas. El amor libre, sin saber bien por qué, pensaba que era otra idea de hombres vendida por mujeres. Esa idea no era la más importante, presentarme en busca de trabajo mal afeitado me preocupaba mucho más.

Me dirigí hacia el centro de la ciudad, entumecido por la mala noche pasada. Con el resto de los pocos dólares mendigados a mi madre el día anterior me tomé un café largo y tres bollos. Un suave viento procedente del mar me acariciaba el rostro. Me habitaba un estado intermedio entre el bienestar y el temor de perderlo. Quería absolutamente encontrar un trabajo antes de la noche para no tener que volver a ver a mi madre. Podía seguir durmiendo en el parque mientras el tiempo lo permitiera, pero tenía que comer y una masa como la mía no se alimenta a base de aire. El dueño de la primera estación de servicio que visité sintió no tener nada que ofrecerme. En la segunda, el jefe no estaba y no me apeteció esperar. La tercera fue la buena. El gerente de Texaco era un italiano rechoncho. Tenía más cara de vender pizzas que gasolina, pero es uno de esos tópicos que no quiere decir gran cosa. Como me esperaba, no ofrecía un sueldo fijo. Las propinas por la gasolina, lavar los parabrisas, hinchar los neumáticos y las pequeñas tareas de mantenimiento como la comprobación de los niveles serían para mí. Según él, iba a ganar más de lo que imaginaba. Por suerte, mi predecesor se había largado con una clienta, una mujer de unos cuarenta años que conducía un Cadillac último modelo. Según Giannini, ella le ofrecería más pero menos tiempo aunque era un chico guapo, a su entender. Se le habían presentado dos frikis antes que yo pero no quería a ese tipo de degenerados. El olor del petróleo y del aceite usado no bastaba según él para tapar su peste. Quizá fuera una exageración, pero a los italianos les gusta dramatizar. Quiso saber si tenía nociones de mecánica porque junto a la gasolinera había un taller que le pertenecía. Y por educación me preguntó de dónde era, pero la respuesta no le interesaba mucho. Le dije que era de Montana. Hizo un gesto como si le pareciera un viaje muy largo para trabajar en una gasolinera o incluso de mecánico de motos puesto que le dije que

tenía ciertos conocimientos en la materia. Como me llegaba a la cintura, nunca me miraba al hablarme por miedo a gastar las vértebras cervicales. No entendía que uno pudiera ser tan alto. Sin duda imaginaba que era muy fuerte porque no había examinado mis huesos increíblemente delgados para un hombre de mi altura.

Desde el primer día, las propinas me permitieron presentarme en casa de una mujer que alquilaba apartamentos. Los clientes, por respeto o por temor a mi estatura, se llevaban la mano al bolsillo sin titubear. La costumbre de los gestos precisos y eficaces hizo lo demás. Esa mujer vivía en una casa demasiado grande para ella sola, en la esquina de dos calles sin interés que parecían puestas allí solo para cruzarse. Los pilares de cemento sobre los que descansaba la construcción daban la impresión de que se inclinara hacia delante, a punto de caer a la menor sacudida. Antaño, todas las habitaciones debieron de estar ocupadas. Los lutos, las partidas, las fugas y qué sé yo la habían vaciado de su familia y solo quedaba aquella anciana arrugada que pasaba las mañanas marcándose el cabello. No tenía más elección que gustarse a sí misma. El olor a pelo quemado que salía del pequeño apartamento que se había reservado se me metía por la nariz hasta la garganta cuando llamaba a su puerta para recoger el correo o pagar el alquiler semanal. Le gusté de inmediato cuando le dije que trabajaba en la gasolinera para pagarme los estudios. Mi camisa azul de nailon debió de causar buena impresión. En nuestro primer encuentro, su parecido físico con mi abuela me trastornó. Era el tipo de mujer que se casó y tuvo hijos por el placer de verlos marcharse uno tras otro, extenuados por la obsesiva organización que debía de haberles infligido. Alquilaba tres apartamentos de dos habitaciones con cocina por un precio muy razonable. El oficial de libertad condicional me visitó sin previo aviso al cabo de un mes. No le podía enseñar una hoja de salario, así que le invité a constatar la realidad de mi trabajo en la estación de servicio desde la acera de enfrente. Preguntó si vivía independiente de mi madre. Le tranquilicé en ese aspecto pero a la vez le preocupé puesto que, aparte de él, nadie más velaba por mí. Me recordó que no estaba autorizado a salir del estado y que la menor infracción de esa disposición comportaría la supresión de mi condicional. «¿Adónde quiere que vaya? ¿Que deje el clima de California para ir a hacer de muñeco de nieve en Alaska?» Vi que tenía una idea en mente. Registró minuciosamente el apartamento en busca de alcohol o de estupefacientes y, en el momento en que menos me lo esperaba, me preguntó si me encontraba bien. De mi lacónica respuesta inequívoca sacó un párrafo entero que escribió en una hoja de su carpeta con una minúscula caligrafía que ocultaba a mi vista. Aquel tipo tenía la franqueza del reptil que desearía hacer pasar sus escamas por plumón. Yo sospechaba que había algo enorme detrás de su barniz de auxiliar de justicia, ese tipo de peso del que uno nunca puede librarse. La última muralla hacia una forma de paso a la acción era su función, cada expresión de su rostro o de sus dedos delataba esa situación de aspiración abismal y contradictoria. Yo sabía mucho sobre los perversos, lo leyó en mis ojos y, por una fracción de segundo, los papeles se invirtieron pero pronto recuperó su papel y me dijo que no contara con él para olvidar quién era yo. Incluso me cambió las fechas en que debía fichar por otras más próximas para hacérmelo pagar.

Mi entusiasmo para llenar depósitos y lavar parabrisas no duró más de dos meses. Estábamos a finales de la primavera del año 1967 y sentía a cada momento el deseo de marcharme de allí. Me habría lanzado a la carretera en el sentido contrario al de todos aquellos jóvenes de mi generación que se dirigían al norte de California. Decían que habían invadido San Francisco a miles y que otros miles estaban en camino, retrasados debido a la falta de dinero. A guisa de carretera, un cliente que me tenía simpatía trabajaba en Obras Públicas y me propuso contratarme con un salario fijo. La perspectiva de un trabajo al aire libre me agradaba. Giannini, a pesar de lamentar mi partida, me dejó marchar orgulloso de que un tipo concienzudo como yo tratara de progresar en la sociedad en un momento en que muchos jóvenes decidían vivir del cuento. «Paz y amor», solo tenían esas dos palabras que les salían de la boca como las burbujas de un jabón perfumado para viejas. Como Santa Cruz se hallaba entre San Francisco y Monterrey, esos energúmenos pacifistas abundaban en la ciudad y en la universidad donde trabajaba mi madre. Lo sabía porque a veces iba a pasear por el campus para apreciar el entorno en el que trabajaba. Incluso una vez me di el gusto de visitarla. Sabía por sus bravatas que era secretaria particular del decano de la facultad de psicología y tranquilamente llegué hasta ella. Decir que no se alegró de mi inesperada visita es un eufemismo.

Al retirarse la sangre, el rostro se le quedó lívido y luego se volvió verde como si se oxidara. Pero no podía gritar. Nunca la vi en un estado tan lamentable como cuando sus colegas entraron en su despacho para llevársela a almorzar y me miraron, boquiabiertas, como si descubrieran que el Empire State Building tenía madre. Nos parecíamos tanto de cara que no habría podido renegar de mí. No tenía intención de hacerlo. Tampoco quería confesarlo. Así que se quedó allí plantada como un caballo que no sabe si avanzar o recular. Me volví hacia aquellas mujeres y dije: «Buenos días, soy Al, su hijo.» Estaban petrificadas y la menos aguda de las tres espetó: «Creía que solo tenías dos hijas.» Yo llevaba las de ganar. Añadí: «¡No querrán que me baje los pantalones!» Una de las mujeres, que no debía de tener en gran estima a mi madre, se echó a reír con unas carcajadas tan sonoras que el decano salió a su vez de su despacho. El decano no era muy alto y lucía una curiosa pajarita al cuello sobre una camisa impecable. Entró con una gran sonrisa, decidido a compartir el alborozo. Mi madre me presentó entonces como su hijo. El decano no veía qué tenía aquello de divertido.

—Mi madre no está muy contenta de que trabaje arreglando las carreteras de California en lugar de estudiar en una universidad prestigiosa, así que evita las presentaciones.

—Evidentemente, es para reírse —respondió el decano con una voz que no pretendía ofender a nadie.

Enseguida comprendió que su presencia era inútil y, antes de regresar a su

despacho, echó un vistazo a la bandeja del correo para justificar su desplazamiento.

Mi madre, que seguía sin decir palabra, se levantó y cogió su bolso. Se recuperaba poco a poco de su terror a que soltara la verdad delante de todo el mundo y no me dio ninguna muestra de agradecimiento por no haberlo hecho. Una vez fuera, me saludó con un «Hasta la noche, Al», como si tuviera por costumbre ir a su casa. Luego desapareció con sus colegas. Me senté en un banco con los brazos en cruz sobre el respaldo y contemplé pasar a los estudiantes que iban de un edificio a otro, solos o en grupo. Al observarlos se aprendía mucho sobre los Estados Unidos y sobre su transformación desde mi encarcelación. Si durante mucho tiempo el comunismo había sido la principal amenaza que pesaba sobre el país, parecía que un peligro de naturaleza muy diferente lo gangrenaba desde dentro. Afortunadamente, una mayoría de jóvenes como yo frecuentaban la universidad enarbolando con su porte y su vestimenta el respeto hacia ellos mismos y hacia los demás. Sentía la emergencia de una guerra civil larvada que se ponía en marcha y no tardé en elegir mi bando. En dos meses, solo había intercambiado unas pocas palabras prácticas con Giannini, el oficial de la condicional o mi casera. Era demasiado poco para hacerse una idea de lo que verdaderamente comenzaba a intrigarme. Quería ser útil a mi país y ayudarlo a detener ese fenómeno de degeneración de nuestra juventud. Esa toma de conciencia se tradujo en un irreprímible deseo de entrar en la policía. Sospechaba que sería difícil dados mis antecedentes, pero si actuaba con inteligencia tenía alguna posibilidad.

Al llegar la noche, deambulé un poco por la ciudad. Cuando empecé a sentir hambre, me dirigí a casa de mi madre en busca de una cena gratuita. Me abrió con un suspiro y aspecto abrumado. Le dije:

—¿Al despedirnos al mediodía me has dicho «hasta la noche» o lo he soñado?

—Era una manera de hablar, Al, no puedes entrar, no estoy sola.

Eso era muy oportuno. Nunca abusaba de mí en público y estaba obligada a refrenar su cólera si no quería pasar por una mujer histérica. Empujé la puerta para que entendiera que no tenía intención de renunciar. Se volvió presa de una rabia tan mal contenida que me pregunté por dónde iba a salir. El tipo al que había invitado era un profesor ya de avanzada edad. Lo imaginaba sexualmente deprimido para verse reducido a seducir a una mujer desprovista de toda feminidad, con la piel estropeada por el alcohol hasta su nariz que nunca se ponía en verde. Él tampoco había oído hablar de mí, pero no parecía preocuparle. En la naturaleza, un macho decidido a cubrir a una hembra no se preocupa por su progenitura más que si esta le estorba en el camino de la monta. Mi madre había dispuesto una mesa a todo lujo y se había vestido como para salir. Aquel viejo profesor dirigía un departamento de psicología y le gustaba demostrar su capacidad de leer a las personas. Lo hacía con unas muestras de superioridad que pronto le hacían pesado. Lo único que le interesaba saber era si pensaba quedarme incluso después de cenar, cosa que habría estropeado sus planes.

—Estábamos hablando con tu madre de esos adolescentes que convergen desde

todos los Estados Unidos hacia esta parte de California, ¿a ti qué te parece, Al?

—Creo que bajo sus aires de pacifistas no son más que una pandilla de derrotistas. Con gente así ya podemos darles las llaves de los Estados Unidos a los soviéticos. Y ni siquiera tendrán que violar a las mujeres, ellas se les ofrecerán rodeadas de flores.

—Mi respuesta le pareció divertida, se había roto el hielo.

—Intenté alistarme para Vietnam pero parece que hay más posibilidades de que me descalabre al levantarme en un helicóptero que de que me mate un vietcong. No me han querido.

—¿Qué piensas hacer?

—Me gustaría cursar estudios superiores e ingresar en la policía. Podría ayudarlos.

—¿A qué, por ejemplo?

—A establecer el perfil psicológico de los asesinos, a investigar en ciertos entornos.

—¿Sabes algo de psicología?

—Al pensar en la respuesta, los ojos de mi madre se hincharon de repente.

—Estos años he estudiado mucha psicología, e incluso he ayudado a algunos psiquiatras a hacer tests a los enfermos cuando trabajaba en Atascadero. He trabajado mucho acerca de los perversos. También sobre los esquizofrénicos. Sé menos sobre los maniaco-depresivos.

—Apreció mi sinceridad.

—¿Por qué no te matriculas en la universidad, en nuestra universidad?

—Podría. Tengo los títulos necesarios y, quizá mi madre no se lo ha dicho, han estimado que tengo un CI superior al de Einstein.

—Mi madre asintió. Estaba tan tranquila como un artificiero manipulando un obús defectuoso.

—Impresionante.

—No insistió. Detectó un misterio entre mi madre y yo y, como hombre paciente, no tenía prisa por dilucidarlo.

—Le hablé mucho durante la cena acerca del papel de la debilidad del padre en las causas de la perversidad. Me escuchó atento, asintiendo regularmente, y finalmente concluyó:

—Sería una lástima no dejarle que continúe los estudios.

—Mi madre fingió primero que no escuchaba. Al ver que la reflexión del profesor era más que una fórmula de cortesía, se volvió hacia él:

—A veces la inteligencia no basta. Se necesitan otras cualidades como la estabilidad, la perseverancia...

—¿No querrás que sea político?

—Tras ese chiste, pasamos a otros temas que no me interesaban. Me levanté un poco bruscamente y me marché.

No anduve mucho tiempo. Entré en un primer bar. Estaba lleno de frikis y me largué. El siguiente estaba vacío y la idea de beber solo acodado en una barra no me entusiasmaba. El tercero parecía un bar de parroquianos y de gente más bien conservadora, y era la única humanidad con la que me sentía capaz de alternar. Tres Harleys estacionadas delante me convencieron de que estaba en el lugar apropiado. Las examiné. Las tres debían de pertenecer a una pandilla de amigos, eran todas choppers sobre una base de FLH 1960, cromadas hasta la última tuerca. Al entrar solo vi los senos enormes de la camarera y el billar en medio de la sala. Entre una y el otro se agitaba una multitud de clientes borrachos, hombres en su mayoría. Un friki tuvo la ocurrencia de entrar detrás de mí pero tres tipos corpulentos se dirigieron hacia él imitando unas tijeras con los dedos. Es difícil arrastrar a un pacifista a una pelea. El tipo se disculpó con un gesto de las manos y salió de nuevo. Los tres forzudos se felicitaron como si hubieran llevado a cabo una hazaña y pedí un Jack Daniel's doble a la camarera, que no parecía interesarse por nada. Se me antojó víctima de sus grandes senos, como si estos le impidieran el amor. Daban ganas de inyectarle un poco de vida, para ver qué sucedía. Bebí la copa de un trago y pedí otra. Adiviné en su mirada que sospechaba que quería emborracharme, así que me adelanté y la tranquilicé diciéndole que se necesitarían galones para irrigar una superficie como la mía. Fingió no haberme oído y grité por encima de la música para pedir una botella de vino. El whisky me quema el esófago. Dos de los moteros se instalaron a mi lado en la barra, de la mano de sus mujeres, una rubia y una pelirroja exuberantes sin vulgaridad ni clase. Me saludaron, por respeto a mi altura. Iba por la segunda mitad de la botella de vino cuando empezamos a charlar. Por su parte, tiraban mucho del barril de cerveza. No tenía consecuencias porque eran lo bastante robustos como para resistir la inundación. La gente establece lazos más rápido si se encuentra con personas parecidas. Es aún más fácil pues el hombre tiene tendencia al conformismo del cual el uniforme es la mejor garantía. Aquellos cuatro vestían como Ángeles del Infierno al igual que yo me ataviaba como mi padre. Siempre he pensado que la manera más original de vestir es hacer como todo el mundo. Hablamos de motos y vieron que sabía un montón. Les hablé de mi Indian que había tenido que dejar en Oregón. Comprendieron que mi altura exigía una de las motos más grandes del mercado excepto si quería conducirla usando las rodillas como gafas de sol. Me propusieron presentarme a un tipo que vendía una Panhead Police Solo de 1954 a buen precio. Me garantizaban que estaba en buen estado. Debo reconocer que la idea de conducir una antigua moto de policía me entusiasmaba. Pagar por ella ciento cincuenta dólares cuando nueva había costado mil era un chollo. Acepté a condición de que me dejaran un poco de tiempo para ahorrar algo de dinero arreglando calzadas. Les intrigaba saber por qué me interesaba trabajar a pleno sol rodeado por el olor del asfalto al derretirse entre los tubos de escape de los coches. Hubiera

podido evocar mi infancia pegado a una caldera que me había descubierto el gusto por el infierno. La realidad era más indulgente. Reparábamos trozos de carreteras, por supuesto, pero desde que me contrataron me habían destinado a la carretera de la costa entre San Francisco y Santa Cruz. Allí respiraba más aire marino procedente del Pacífico que gases de escape. A los Ángeles del Infierno no les gustaba el pacifismo empalagoso de los frikis ni su manera remilgada de marginarse. Los frikis querían convertir la tierra en el paraíso terrenal. Los Ángeles surcaban el infierno terrestre a gran velocidad sin intención de enfriarlo. Sus visiones eran irreconciliables, lo entendí de inmediato. Me parecía atractivo. Imaginaba que sumarse a un grupo y dejarse llevar por él podría liberarme un poco de mí mismo, aunque no me encantaran sus cabellos largos ni sus cazadoras de cuero que vestían como una segunda piel. Se decía de ellos que eran violentos y, sin ser pacifista, las peleas me daban miedo. Según ellos, se preparaba un festival de música en Monterrey y miles de frikis se dirigían a la ciudad. Eran impotentes para evitar esa migración. A esas alturas de la conversación pedí otra botella de vino y no recuerdo muy bien cómo acabó. Sé que, en cierta medida, confraternizamos sobre una serie de puntos de vista que no se desmintieron a lo largo de la noche. Cuanto más se embebían de alcohol, más les metían mano a las mujeres que los acompañaban. El que se llamaba Jeffrey incluso se fue a follarse a su pelirroja en los lavabos, pondría mi mano en el fuego. Su amiga habría seguido el mismo camino, pero su tío estaba encallado en la barra como una barcaza en una esclusa. Se bebió tres o cuatro litros de cerveza fumando un cigarrillo detrás de otro y me confesó que los mejores momentos que había pasado en Vietnam fue tendido sobre las vietnamitas, consintiendo o a la fuerza. Consintiendo había que pagarles siempre, caro, y hacían su trabajo con desgana en un ambiente de matadero. Según él, si hubieran hecho su trabajo con más convicción, habrían disminuido las violaciones en los arrozales. Era consciente de su suerte por haber regresado entero, pero quería que toda la nación americana compartiera el infierno que había vivido. Cómo, no lo decía, pero veía en sus ojos exasperados que se la tenía jurada a mucha gente. Se hacía tarde. Pagué lo que debía a la camarera, que recogió el dinero sin mirarme, y salí tras dar unas palmadas amistosas y tímidas en el hombro al Ángel del Infierno, que seguía hablando solo. Acabé la noche sentado entre dos cubos de basura durmiendo mi primera mona. Me desperté a tiempo para no perder la camioneta del personal que nos conducía a la obra. Mientras el día radiante se levantaba sobre el Pacífico, y a pesar de los estragos del alcohol en mi cráneo, tuve una sensación fugitiva y violenta de estar vivo durante la cual me felicité por no haber asesinado a mis abuelos en un estado miserable del Medio Oeste donde las planicies alisadas se extienden hasta donde alcanza la vista.

—¿Me ha encontrado editor?

—He hablado con tres, pero ninguno está suficientemente entusiasmado para interesarse. Si lo cuenta todo, los lectores pueden quedar impresionados. Si no cuenta nada, los lectores no tendrán interés. Eso temen.

Tiene la pila de libros delante de él. La ha apartado con tal brutalidad que Susan, al retroceder, ha estado a punto de caerse.

—¿Por qué hace eso?

—Estoy harto. Ya no quiero leer esos libros de mierda a unos ciegos de mierda. Nadie hace nunca nada por mí. Me han robado mi historia para escribir biografías, ha inspirado dos películas, una de las cuales ha sido uno de los mayores éxitos del cine mundial, y ahora que pido que me publiquen, todas las puertas se cierran. ¿No cree que necesito vivir un poco por mí mismo? No le hablo de la posteridad, Susan. Me la trae floja. La humanidad desaparecerá algún día, eso es seguro. La cuestión de la posteridad es provisional. Yo también quiero poder dar testimonio de lo que somos, porque formo parte de esta comunidad, Susan, me oye, yo también formo parte de ella.

—Lo sé, Al, lo sé.

—¿Y en ese caso por qué viene a verme desde hace años y me inflige sus ojos de dorada mexicana congelada?

Susan se echa a llorar. Él deja que amaine el chaparrón para no añadir su desprecio a la pena que le da. Susan se recompone.

—Porque me salvó la vida.

Él se queda en silencio como si acabara de oír las palabras más ineptas de su vida.

—¿Yo le salvé la vida?

—Fue a finales de 1970. La noche había caído sobre la Universidad de Santa Cruz y la niebla hacía la atmósfera aún más opaca. Me había quedado hasta más tarde para recoger mis cosas, acababa de aprobar el semestre. Tenía que ir al centro de la ciudad y aunque aún había un último autobús tenía que esperar media hora. Hice autostop debajo de una farola. No estaba muy tranquila, en aquel momento se hablaba de muchas cosas extrañas. Vi llegar una camioneta blanca y a un tipo de rostro franco. Se detuvo usted a mi altura. Me subí sin titubear. En su corpulencia había algo tranquilizador. Me dijo: «La verdad es que no tengo tiempo de llevarla a ningún sitio, pero si no lo hiciera y le sucediera algo, me lo reprocharía toda la vida.» Le indiqué la dirección de mi alojamiento en la ciudad y empezamos a charlar. Me preguntó si era una especie de hippie y, en ese caso, por qué proseguía mis estudios...

Es hipermnésico y a veces se vanagloria de no olvidar nada. Esa saturación le provoca a menudo migrañas. Así que el rostro de ella no puede haber desaparecido de su memoria ni siquiera cuarenta años después. La interrumpe:

—¿Tanto ha cambiado? ¿No tendrá alguna foto suya de esa época?

Ella saca una instantánea tomada en el campus y la reconoce de inmediato. El tiempo no tiene piedad. Ante él solo quedan algunos vestigios irreconocibles de la joven que fue. Calla para dejarla continuar.

—Tenía que llevarme a mi casa, y durante el trayecto le hablé de una comuna al norte de San Francisco y bruscamente decidimos ir hasta allí. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Al regresar a Santa Cruz unos meses más tarde, solo se hablaba de usted y comprendí que me había salvado la vida. Solo tenía una idea en mente: reunirme con usted, nunca había visto un acto de amor semejante, ¿me entiende?

Está boquiabierto:

—¿Un acto de amor?

—Estaba convencida de que algo en mí le había trastornado, aunque quizá nunca haya tenido conciencia de ello. ¿Me equivoco?

—¿Qué más da? Podría decirle que sí para garantizarle el sueño los próximos diez años. Pero no tendría sentido. No la he amado nunca y menos aún deseado, ni en esa época ni más tarde.

—Sé que me ha amado, lo sé en lo más hondo de mí, en mi carne. Si no fuera verdad, no le habría sacrificado todos estos años, no habría renunciado a vivir con alguien. No sabe usted nada acerca del amor de las mujeres, Al, pero es una fuerza superior, celestial. Hace cuarenta y un años que le amo. Pero no estoy loca, no me habría dejado arrastrar por esa fuerza de los sentimientos si no creyera que me lo pagó con creces el día que me salvó la vida.

A él le parece que va demasiado lejos.

—Joder, ¿está delirando o qué?

Ella lo mira fijamente un buen rato, sin aliento tras haber corrido en pos de todos esos recuerdos.

—¡Está delirando! En esa época los hippies me daban horror, tanto las mujeres como los hombres. Por supuesto, nunca les habría hecho el menor daño, pero me parecían incontinentes en su manera de follar, de drogarse, de tumbarse por las calles, de rebuscar en los cubos de basura cuando se habían gastado todo el dinero para comprar speed o hierba. Me angustiaban, si quiere que le diga la verdad. Era un suicidio colectivo. Las mujeres eran especialmente repugnantes. Su cerebro se hacía trizas bajo el efecto de la droga y daba la impresión de que bastaba apoyar un dedo en lo alto de sus cráneos para que se abrieran de piernas. Habría vomitado. Traté de comprender, les estudié metódicamente cuando fue necesario, entendí los pormenores de esa experiencia psicodélica y solo veo una cosa, una inmensa cagada. Incluso la música de esa época, ¿qué queda de ella? ¿Ha intentado escuchar a Jefferson Airplane o a Grateful Dead sin fumarse un porro? Y, sin embargo, anda que no escuchamos esa música en esa época. Al regresar a casa de los padres treinta años después y descubrir que los espacios gigantescos grabados en la memoria no son más que lugares estrechos que inspiran desprecio, el desencanto se apodera de uno. Esto es lo mismo.

—Puede decir lo que quiera, pero aunque esa experiencia acabara mal, no me arrepiento. Redescubrimos el camino de Cristo veinte siglos después. Cogió a la sociedad a contrapelo, y también a los radicales. Nadie antes que nosotros había protestado renegando de la violencia...

—Sí, Gandhi.

—Pero no en nuestra cultura. Desarmamos a todo el mundo. Y todas nuestras profecías demostraron ser ciertas. Nuestra especie trabaja en su propia desaparición, que no está muy lejana. La conciencia nunca debería habernos servido para desentendernos de nuestro entorno. Ahora estamos realmente solos en el mundo. El dinero, los intereses y el mercado imponen sus leyes entre los hombres. Queríamos evitar todo eso.

—No evitaron nada. Ni siquiera retrasaron algo. De todo cuanto hicieron, solo quedan unas camisetas de tallas grandes para nostálgicos que se venden en Haight Ashbury. ¿Quién escucha a Joplin o a Hendrix, quién lee a Burroughs o a Ginsberg? La prueba es que nunca me los ha traído para leérselos a los ciegos. Kerouac, el supuesto inspirador, ¿qué es Kerouac, dígame? Un tipo que pasa el tiempo en la carretera preguntándose si es realmente marica o lo está soñando. Pero yo sí sé lo que queda de todo eso. El sida. ¿Cómo se pilla? Follando o drogándose, la base de su movimiento. Su movimiento se fundaba en un grave error de apreciación de la naturaleza profunda del hombre. El hombre no nace bueno para luego ser corrompido por la sociedad. Es un reptil perseguido por una civilización de la que permanentemente trata de escapar. Y sus jodidos remilgos condujeron al mismo resultado que las ideologías que combatieron. Miles de chavales muertos de sobredosis o caídos desde una ventana porque creían que podían volar. A propósito de Burroughs, ¿sabe qué le hizo a su mujer? El número de Guillermo Tell. La puso contra un árbol y le colocó una manzana sobre la cabeza. En lugar de apuntar a la manzana con una ballesta, empuñó un Colt. Disparó un poco demasiado bajo y la parte superior del cráneo de su mujer estalló en lugar de la manzana. Salió librado de esa solo con una reprimenda, podríamos decir. Homicidio involuntario. Creo que ni siquiera fue a la cárcel. Pasó en México o en algún sitio así, y como estaba bajo los efectos de la droga o del alcohol, su responsabilidad no quedó comprometida. Es increíble. ¿Cómo están las cosas fuera?

Atónita, la pregunta la deja desconcertada.

—¿Qué quiere decir?

—Sí, ¿qué cosas notables pasan? Leo centenares de libros, pero nunca periódicos. Tampoco veo nunca la televisión. Aquí la gente solo ve los deportes. Los periodistas deportivos me vuelven loco. Nunca he visto gente que hable tanto y que tenga tan pocas cosas que decir. Los otros periodistas, igual, no callan. ¿Lo hace bien, el presidente negro? Nunca había visto un porte tan chulesco como el suyo. ¿Nos vamos a retirar de Irak y de Afganistán? No está mal. Ya no sabemos hacer guerras que tengan sentido.

Suspira.

—Así que cree que la amé, vamos, que tuve sentimientos... Pues no, Susan. No se lo tome como algo personal, nunca he amado a nadie. No puedo afirmar que no conozco ese sentimiento, pero solo lo rozo. He sentido su posible fuerza, como si me recorriera un escalofrío, seguido de una insondable ternura que no venía de lo más hondo de mí sino de más lejos aún. Amar sin que se pueda desear más, ¿entiende lo que quiero decir? Es una sensación tan excitante que la rememoro regularmente. Pero lo que le describo nunca he podido sentirlo durante mucho tiempo. Cada vez me he llevado un palo. Así que ¿cómo están las cosas fuera?

—Fuera nos hundimos. Todo lo que temíamos ha sucedido. La tierra se agota como una vieja enferma a la que su marido querría seguir honrando cada día. Estados Unidos ha ganado. Ya no hay comunismo, ni tampoco sueños, un único modelo, el nuestro. Dentro de cincuenta años en el mar solo habrá peces de piscifactoría, respiraremos con una mascarilla y el agua será más cara que el champán. Aparte de eso, todo va bien, emergen nuevos países siguiendo el mismo modelo que el nuestro. El único error de Orwell fue creer que el totalitarismo tendría un rostro aterrador. ¡Oh, no! En absoluto, si uno acepta la cancioncilla melindrosa de las redes sociales, si acepta la obsolescencia de todo cuanto uno compra al cabo de un año, que Sísifo solo pueda descansar en la época de las rebajas, que Google lo sepa todo acerca de uno y eventualmente pueda vendérselo a la policía, que se le pueda localizar en cualquier instante mediante el teléfono, no tiene nada que temer. La humanidad sufrirá cada vez menos y no le faltará de nada, pero se aburrirá y de qué manera de recorrer los parques nacionales en fila india para ver lo que quede de la naturaleza porque a unos tarados se les habrá ocurrido que dar a luz criaturas en gran número es bueno para la especie. La promiscuidad que nos promete la demografía no me apetece vivirla.

Susan se interrumpe y mira en derredor. Al se pregunta qué puede suceder. Ella guarda silencio. No es capaz de hablar más que por oleadas y no muestra la menor convicción sino más bien una firme lasitud.

—¿Sabe qué, Susan? Tengo la impresión de que es maniaco-depresiva. Voy a ser claro con usted. No soy especialista en esa psicosis como lo puedo ser de la esquizofrenia y de la perversidad, pero sé lo suficiente para diagnosticarla. Tendría que consultar a un médico. Los antiguos toxicómanos, y creo que usted lo es, tienen a menudo grandes tendencias maniaco-depresivas, problemas de disociación ligados a daños en sus conexiones neuronales. No la estoy acusando. Por mi parte también bebí mucho aunque no duró mucho tiempo. Se lo aseguro, tendría que consultar a un médico.

—No puedo permitírmelo.

—Eso es otra cosa.

El silencio pone de nuevo un poco de orden en su relación.

—No sé si volveremos a vernos, Susan, tengo mi visado para Angola. No sé, sin embargo, cuánto tiempo llevará eso.

—¿Qué hará allí si ya no lee para los ciegos?

—Me ocuparé de los caballos y de los otros presos. Será menos monótono que aquí, donde nunca pasa nada. Al principio, tenía un montón de visitas, jugaba con ellas, a veces las manipulaba. Aprendí a odiarlas, porque ninguna de ellas trató nunca de comprenderme. Todos reconocen en mí una parte de ellos mismos y disfrutan contemplándola dormida. Ya ve, Susan, no puede decirse que no hago el bien a mi alrededor. Pero a usted puedo decírselo, no hay nada en mi alma que me guíe por ese camino. He empezado a escribir mis Memorias y sé que siempre faltará eso que, oculto o no, da sabor a un libro: la empatía. Chéjov y Carver la tenían. Digo eso porque el segundo siempre ha reivindicado ser heredero del primero. Incluso Céline y Hamsun, que eran unos cabrones a decir de sus biógrafos, Céline más aún que Hamsun, cuya senilidad explica las malas elecciones, escribieron libros de una profunda empatía hacia la especie humana si se examinan con detalle y esos libros compensan la bajeza de su comportamiento personal. No hay nada en usted que me emocione, Susan, pero tampoco menos que en cualquier otra persona. Si muriera usted mañana no me afectaría más que la desaparición de cualquier ser de esta tierra. Desde hace varios meses, sueño siempre lo mismo. Conozco bien el decorado, la carretera entre Medford y Goldbeach al sur de Oregón. Esa carretera no acaba nunca, sus meandros te hacen dar vueltas y más vueltas a lo largo de muchas millas, el bosque es profundo como una leyenda, los precipicios son vertiginosos hasta el punto de que no hay ningún sendero. Cuando desemboca en Gold Beach y a lo lejos el mar gris se extiende sobre la larga playa, uno se siente salvado. No hay noche que no sueñe con ese bosque, simboliza lo que soy para mi linaje, un callejón sin salida. Ninguna de mis hermanas ha tenido hijos. La segunda, porque no encontró a ningún hombre que se los hiciera. La mayor murió embarazada de las complicaciones ligadas a su obesidad. Mi hermana pequeña no era la peor. Cuando sigo el hilo de nuestra infancia encuentro momentos de complicidad fugitiva, como si hubiera tratado de acercarse a mí. Vino a verme aquí una decena de veces, al principio. No sabía qué decir, así que miraba al techo como si tuviera que soltar alguna cosa. Me traía unos pasteles incomedibles recubiertos de helado. Siempre parecía a caballo de dos intenciones, pero nunca pude adivinar cuáles. Dejó de visitarme mucho antes de morir sin razón concreta en su apartamento de Oakland. A veces me sorprendo soñando que mi padre, cuyo rastro nunca he vuelto a encontrar, ha tenido otro hijo tardío para lavar la afrenta de nuestro destino.

Reparar carreteras me gustaba sin apasionarme. Las jornadas empezaban temprano. Trabajábamos en equipos de una decena, cada uno tenía su lugar y nadie se movía de allí. A falta de una formación específica, a menudo me destinaban a controlar la circulación alterna en las zonas en obras. Los automovilistas me veían de lejos agitar mi bandera naranja. Sabía que no iba a vegetar en esa actividad toda mi vida. Menos aún dado que mi abuelo, aquel al que había hecho desaparecer, había desarrollado allí toda su carrera y no me veía siguiendo sus pasos.

El olor a asfalto líquido y humeante acabó por darme náuseas. Para ser preciso, hay que decir que en esa época, empecé a tener el hígado tocado por el alcohol. Había empezado a beber mucho después de cada encuentro con mi madre y luego, a medida que pasaban las semanas, bebí con asiduidad. Levantarme temprano para ir a trabajar a las obras móviles me exigía cada vez mayores esfuerzos. Una mañana, tras una borrachera monumental la víspera en el bar que se hallaba frente a los juzgados de la ciudad, decidí no levantarme. Me quedé deliberadamente acostado hasta las diez de la mañana. A mediodía, me presenté en la administración de las Obras Públicas para cobrar mi finiquito. A media tarde, fui a saludar a mis colegas al bajar del autobús que los traía de la obra. No mentí, el olor de jarabe de petróleo me revolvía el estómago y no podía continuar. Fueron bastante calurosos conmigo. A última hora de la tarde, estaba en un concesionario Harley para negociar una moto de ocasión y un crédito para comprarla. Debí de caerle bien al dueño porque, al saber que buscaba trabajo, me ofreció un empleo de vendedor a comisión que acepté sin pensarlo dos veces. La perspectiva de retomar la carretera en moto me procuró una verdadera alegría que cultivo religiosamente en mis recuerdos. Cada noche, cada fin de semana, iba a recuperar la quietud de los espacios sin fin ritmada por los cuatro tiempos de mi motor de dos cilindros, con el rostro entumecido por el viento, tranquilizado por una incomparable sensación de estar vivo. En el fondo de mí, tenía también la idea de que la perspectiva de esas grandes cabalgadas iba a incitarme a beber menos. Leitner me decía a menudo que si el alcohol había hecho la carrera que le conocíamos en el ser humano era porque hasta entonces no se había descubierto un ansiolítico mejor. El alcohol me calma al igual que a otros los excita. Nunca tenía mal beber, al contrario. Después de una o dos botellas entraba en un mundo maravilloso y tranquilo que mis contemporáneos iban a buscar en paraísos artificiales. Una tercera o cuarta botella nunca me empujaba a actitudes excesivas como las que he podido leer en Bukowski. Sabía que el alcohol no me conducía a ninguna parte. Veía cómo había arrugado el rostro de mi madre y cómo a veces ella era presa de una especie de estupor que no presagiaba nada bueno. El alcohol la volvía mala y yo no tenía más remedio que beber también para soportar la maldad que dispensaba con la generosidad de una feligresa con los niños de África.

No tenía a nadie con quien compartir la buena noticia. Así que fui a verla a su

casa un poco antes de la hora de la cena. Parecía pasablemente bebida y en un estado de levitación que solía preceder a sus accesos de agresividad. Le anuncié con orgullo que me había comprado una moto y que el concesionario me había contratado.

—Me pregunto si tengo que alegrarme de saber que un día u otro te matarás con ese cacharro, Al. Sabes que eres corto de vista y que conduces demasiado deprisa. En cuanto al trabajo, no veo por qué es mejor que trabajar arreglando carreteras en una gran estructura que ofrece posibilidades de hacer carrera. Yo también tengo algo que anunciarte: me mudo a Aptos. He tenido demasiados fracasos en esta casa y me cuesta demasiado dinero. ¿Por qué no intentas estudiar en la universidad, ya que tus notas del instituto te permiten matricularte?

—Menuda novedad. Creía que no querías que me acercara a ti.

—No me refiero a Santa Cruz. Hay otras universidades en California.

—De todas formas, nunca estudiaré en tu perímetro.

Me miró largamente con sus ojos enturbiados por el alcohol.

—No entiendo, Al, por qué me quieres tan poco. Fui dura contigo de pequeño, pero era por tu bien.

—¿Por mi bien?

Permanecimos un buen rato sin hablar, sin mirarnos tampoco. Debíamos de parecer dos osos dominantes que se cruzan inesperadamente en un bosque y que balancean la cabeza afligidos ante la idea de tener que destriparse.

Rompí el silencio sin haber preparado la continuación.

—Si no te hubiera querido, no le habría mentado a mi psiquiatra durante mi internamiento. Le dije que en la casa de Montana había una escalera que conducía al sótano. Mientras que, como sabes, se accedía por una trampilla debajo del sillón en el que tenías por costumbre sentarte.

—¿Y qué cambia eso?

—No lo sé. Tampoco le dije que tenías la costumbre de pegarme con un cinturón con hebilla, una enorme hebilla de metal que dejaba señales violetas. Tampoco le hablé de tu silencio cuando tu hija mayor trató de mantener una relación sexual conmigo. ¿Qué edad tendría yo, ocho años? Te informé de los hechos y los ignoraste con un gesto de la mano. No se podía tocar a tu hija predilecta. No he querido manchar tu reputación más allá de lo que me era soportable. Quiero que lo sepas, eso es todo. Y te voy a decir otra cosa. Crees que soy el único hombre que nunca te dejará. Es posible, pero no te aproveches de ello. No soy ni mi padre ni todos los tipos que han desfilado después, maridos o no. Estás condenada a una vida solitaria, mamá, tú lo has elegido. Sé que andas por ahí voceando que inventaste el feminismo antes que todas esas mujeres que lo reivindicán. No seré yo la última víctima de ello.

A mi madre no le gustaba que le dieran órdenes.

—¿Qué dices, desgraciado? ¿Crees que estoy acabada para los hombres y que me voy a consolar con la presencia de un hijo criminal que nunca me aporta ningún consuelo? Estás enfermo, Al, y no han acabado de curarte.

—En lugar de insultarme, sería mejor que me presentaras a chicas de tu universidad. Serían diferentes de esas con las que me cruzo en los bares y a las que el aliento les huele como a ti.

—Ninguna chica de mi universidad se merece vérselas con un tipo como tú. No les llegas ni a la suela de los zapatos. Crees que voy a arruinar mi reputación: «Miren, les presento a mi hijo, que ha salido después de cinco años en un hospital psiquiátrico por haber disparado por la espalda a su abuelo y su abuela, pero tiene un gran futuro, figúrense, señoritas, quizá será el futuro gobernador de California.» Recuerdo que el doctor Cadwick me dijo durante el embarazo: «¡No se agite tanto, señora Kenner, o tendrá un aborto!» Si le viera ahora, le diría: «Soy la primera mujer que ha tenido un aborto fuera de cuentas.» Eso le diría.

El Jury Room es un bar de piedra oscura, sin ventanas, situado en una plaza siniestra frente al palacio de justicia de Santa Cruz. Desentona con esa ciudad que parece coloreada por un niño. Aunque la ciudad descansa sobre la falla de San Andrés, no parece que pueda ocurrirle ningún drama y reina allí un ambiente de higiénica futilidad. A veces sentía la tentación de detener a un grupo de personas en Pacific Drive y preguntarles: «Pero, Dios mío, ¿acaso ninguno de ustedes ha sufrido nunca?»

Desde que mi madre se mudó a Aptos, no recuerdo haber salido ni una vez de su casa sin meterme en el Jury Room para beber hasta la hora de cierre. La mayoría de los policías de Santa Cruz también lo habían convertido en su destino preferido. Algunos por costumbre, pues la proximidad del palacio de justicia les resultaba práctica. Otros, empujados a la calle por disputas conyugales, iban allí a pasar su tiempo libre entre conocidos. Cuando me compré la Harley, creí haber adquirido también un destino. En mi interior maduraba la idea de hacerme policía, motorista a ser posible. No se trataba de llevar a cabo un sueño infantil, pero esa idea rozaba una imperiosa necesidad y no sabía cómo explicármela. Quería estar del lado correcto de la barrera y aferrarme a ella. Las ilusiones me hicieron olvidar durante varias semanas la realidad de mis antecedentes penales. Sabía que me los pedirían en un momento u otro de mis trámites, pero eludía la cuestión como si fuera a encontrar los recursos para superarla. Mientras, bebía con los policías de la ciudad y mi compañía les encantaba. Hay que decir que en esa época para ellos era difícil hablar con un joven de mi edad sin que este los tratara de cerdos. El rechazo de la autoridad adoptaba formas que los superaban, ya ni sabían cómo reaccionar. Mi capacidad de darle a la bebida les impresionaba puesto que nunca iba acompañada de exceso alguno, prueba de que yo era un tipo cabal.

Cuando un tipo sabe que nunca volverá a ver su sexo salvo que lo contemple en un espejo es que ha optado irreversiblemente por la resignación. Ese era el caso de un viejo policía de origen mexicano que a menudo cerraba el bar conmigo. Su vientre del tamaño de un barril de cerveza sobresalía por encima de su cinturón y amenazaba con desparramarse sobre el suelo. Ya no podía ver cómo meaba, pero debía de decirse que tendría todo el tiempo una vez jubilado para aprender a apuntar en la taza. Sin reírme, me preguntaba si el descontento de su mujer acerca de esa cuestión no sería el origen del exilio al que había sido condenado. Los dos charlábamos a gusto. Su único hijo había abandonado el hogar para irse a vivir a una comuna en San Francisco y se desahogaba de sus inquietudes conmigo. Su chico lo había echado todo a perder para unirse a ese movimiento contracultural que comenzaba a causar estragos incluso en Santa Cruz, ciudad a medio camino entre Los Ángeles, donde la policía aún reinaba, y San Francisco, donde un enjambre de jóvenes pasados de vueltas creía inventar un mundo alternativo. Mis palabras lo tranquilizaban y aunque no sabía mucho acerca de

la situación de aquellos marginados echaba mano de grandes teorías psicológicas y sociológicas que lo dejaban boquiabierto. Cuando le hablé de entrar en la policía, fue rotundo: mi altura me cerraba las puertas del cuerpo. Era consciente de que se trataba de una forma de discriminación, lo sentía por mí y más aún puesto que estaba convencido de que habría podido ser un buen elemento. Cuando me interrogó sobre mi vida, supe que arriesgaba mucho puesto que ya no podría cambiar esa versión. La mentira al igual que la verdad nunca me han apasionado, pero conozco su proximidad, y una nunca debe alejarse mucho de la otra. Había llegado a California para reunirme con mi madre, tras haber trabajado como asistente de psicólogo en un hospital psiquiátrico privado de Montana. Los recortes presupuestarios decretados por Reagan en ese sector en California me obligaban a reconvertirme, y esa era la razón por la que había hecho varios trabajos, el último de los cuales era vendedor de Harley Davidson. Mi historia le pareció coherente y se la fue contando a todos sus colegas y, en particular, a un tal Duigan, un irlandés cabezón que dirigía la brigada de investigación criminal. Simpatizamos porque ni uno ni otro encontrábamos fácilmente un casco de moto de nuestra talla. Tenía una vieja Harley con la que salía de paseo los domingos. Ese hombre ejercía sobre mí una atracción particular. Tenía ganas de gustarle. Desde nuestro primer encuentro quise aparentar ser un joven ejemplar, exento de vicios, anclado en los valores que habían hecho tan atractivos los Estados Unidos a ojos del mundo entero. Al aproximarme a él, tenía la sensación de que mi persona entraría en una órbita de la que él era el centro de atracción. Un planeta puede desviarse ligeramente de su órbita pero, por lo que yo sabía, nunca sale de ella. Duigan era reservado, como debe serlo un hombre al cargo de investigaciones criminales. Acudía casi todas las noches al Jury Room a tomar una cerveza antes de ir a cenar. Pero nunca lo veía allí después, salvo cuando estaba de servicio por la noche o cuando una investigación le obligaba a trabajar. Aunque se mostraba cordial conmigo, mantenía esa distancia propia de los policías que consideran que cualquier persona es justiciable en potencia. Me di cuenta de que me observaba mucho durante nuestras primeras conversaciones y que me dejaba hablar más que él. En esa época yo era muy hablador, borracho o no, y la necesidad de hablar era aún mayor que la de beber. En cuatro años en el hospital psiquiátrico solo había hablado con dos psiquiatras y un profesor de literatura pervertido. Antes de eso, no recordaba ninguna verdadera conversación con un ser humano, como mucho algunos largos monólogos con mi perro.

Esa necesidad de hablar me impulsó a comprarme un Ford Galaxy de ocasión que se encuentra en el origen de una curiosa casualidad en un momento en el que creía que ya había dejado de suscitar el interés de Duigan.

A diario, a última hora de la tarde, regresaba del trabajo y cambiaba mi Harley por la camioneta. Recorría despacio High Street en dirección a la universidad situada en los altos de Santa Cruz. El campus dibuja meandros en una zona montañosa en la que cada colegio se halla entre grandes árboles. Las ciervas llevan a sus cervatillos a pacer la hierba de los parterres, sin preocuparse de los estudiantes que deambulan tranquilamente de un edificio a otro. Esa concentración de inteligencia estudiosa ejercía en mí una verdadera fascinación y percibía cada colegio diseminado en los bosques como las ramificaciones de un mismo cerebro.

Sin duda porque mi madre consideraba que yo no les llegaba a la suela de los zapatos a los jóvenes alumnos de aquella universidad, sentía la necesidad de observarlos, de codearme con ellos para tratar de comprender qué me separaba de ellos. No les echaba en cara que mi madre me estigmatizara como su exacta antítesis, pero todo en ellos me intrigaba, sus orígenes, sus sueños o sus motivaciones. Hay que comprender que en esa época yo no podía mantener una conversación de más de unos segundos con alguien que se creyera superior a mí. El único medio que había hallado para conocer a estudiantes sin arriesgarme a ser dominado era recogerlos en autostop. El favor que les hacía solo podía suscitar gratitud y humildad, en particular cuando descubrían que era un coloso. No hacía distinción alguna en función de la apariencia, la vestimenta no guiaba mis elecciones. Daba una vuelta por la universidad y, en cuanto veía a alguien mostrando el pulgar, le hacía subir. En general, los acompañaba hasta su casa y si proponían contribuir a los gastos de gasolina, declinaba, magnánimo. El autostop era en esos años el medio de transporte más socorrido de la juventud, y ya desde principios de la década. Los estudiantes a los que embarcaba se sentían en deuda y se mostraban elocuentes y ávidos de iniciar la conversación que rara vez duraba más de un cuarto de hora, el tiempo de conducción que nos separaba del centro de la ciudad. Mi aversión hacia los hippies y los que adoptaban su estilo no me impedía hacerlos subir a mi camioneta. Al contrario, había decidido averiguarlo todo acerca de ellos. En primer lugar porque veía que preocupaban a mis amigos policías del Jury Room, e imaginaba que iba a convertirme en un especialista en esa corriente y superaría mi repulsión para comportarme a medio camino entre antropólogo e infiltrado.

Esa necesidad de hablar pronto se transformó en adicción. Tras dejar a un estudiante en la ciudad, a veces volvía al campus para recoger a otro. Si acababa de dejar a un hombre, me las apañaba para recoger a una chica. Ellas se mostraban más titubeantes, a pesar de que el autostop no tenía entonces la reputación que luego lo mancilló. Pero ya circulaban historias de violaciones. Las hippies adeptas del amor

libre se inquietaban menos que las burguesitas de Cliff Drive. Para tranquilizarlas, consultaba mi reloj con los aires del tipo que se pregunta si tiene tiempo para cargar con una pasajera. Siempre las subía. Las pijas de los barrios altos tenían todas una manera idéntica de mantener las distancias conmigo. La aprensión y luego el agradecimiento por el servicio prestado cedían rápidamente al desprecio por lo que representaba, un tipo de clase media que había crecido demasiado deprisa por la mala alimentación y que estaba a punto de volverse obeso. Hubiera podido mentir y decir que mi madre era una de las más brillantes profesoras de una de las facultades del campus, pero me sentía incapaz de ello. Hacerla pasar por más de lo que era me exigía un esfuerzo insoportable, incluso para impresionar a una chica. Su desprecio se disimulaba bajo una educada condescendencia. El «¡guauuu!» de fingida estupefacción que soltaban cuando confesaba ser vendedor de motos me daba a veces ganas de pegarles un puñetazo en la cara, pero seguía el juego y les hacía un montón de preguntas personales antes de dejarlas delante de sus casas. Tenían una manera de lustrar los blasones familiares que me sacaba de quicio. No había ni un desgraciado en el horizonte, solo doctores en algo, grandes empresarios y deportistas adulados. Por mi parte, lograba introducir tímidamente las hazañas de mi padre, lo que me valía un furtivo alzamiento de cejas antes de que retomaran la avalancha de referencias que había conducido a su nacimiento. Esas bellas norteamericanas de piel fina y uñas delicadas vivían en un mundo encantado y protegido. Rara vez me miraban como a un ser humano, veían en mí a un consumidor disciplinado, desembocadura natural de los negocios de sus padres. El tiempo del trayecto del campus a sus casas era el máximo que podía soportar a aquellas pretenciosas. Pero pronto echaba en falta sus aires de superioridad porque, puedo confesarlo, había en ellas algo sexual que me atraía. Rubias o morenas, las chicas de buena familia no tienen la misma piel ni el mismo cabello que las demás. Sentía que en contacto con ellas quizá un día podría desear del todo a una, cosa que para mí representaría una suerte de consumación, aunque no fuera más lejos. Las identificaba con los hijos de los Kennedy, a los que les enseñan que el dinero todo lo perdona, incluso el hecho de haberlo ganado de manera deshonesto. Oswald debería haber sido santificado por haberles enseñado a esa gente que a veces Dios vela de verdad, incluso cuando uno ya no se lo espera. Eso es lo que les decía a mis pasajeras, cuando conferían a Robert Kennedy más cualidades que al propio Cristo. Pero a pesar de que estuvieran de moda las ideas progresistas, quedaban muchas estudiantes de auténticas familias republicanas. Otras se habían decantado por la contracultura como reacción ante un entorno asfixiante. Subían a mi camioneta sin hacerse preguntas. Ni siquiera se tomaban la molestia de apagar el porro que sostenían entre los dedos. Se acomodaban, con la cabeza apoyada contra el montante de la puerta, y lo primero que me pedían era que cambiara de música. Luego me tendían el canuto que yo rechazaba educadamente. Con la excepción de algunas militantes radicales, la mayoría de ellas adoptaban un aire de beatitud que me ponía de los nervios aunque no lo demostrara. Les habría cortado el

cabello con la máquina y luego las habría obligado a ducharse. Se lo dije a una de ellas un día de cólera en el que no lograba digerir una discusión con mi madre que, sin embargo, había tenido lugar el día antes. La chica a la que le acababa de explicar la historia de mi padre me dijo que ese tipo de método era justamente el de los nazis en los campos de exterminio y no me hizo sentirme orgulloso. La extravagancia vestimentaria de esas chicas me indisponía. Las despreciaba cuando, al cabo de cinco minutos, me proponían echar un polvo anodino en el bosque más arriba del campus. Lo que más me irritaba era el aire de caridad que adoptaban al tratar de avergonzarme por mi aire de estrecho con mi bigote y mis camisas de nailon de manga corta. Recuerdo a una chica alta que subió sin ni siquiera mirarme y al cabo de unos minutos empezó a provocarme tratándome amablemente de homosexual reprimido, so pretexto de que no había caído rendido ante sus encantos. Esa chica era una pura belleza y cuando me propuso chupármela con el tono pueril de una chica que pregunta dónde están los lavabos en unos grandes almacenes, tuve ganas de estrangularla. Sintió las malas vibraciones porque cambió de tema y me preguntó si podía llevarla en Harley a recorrer la costa al sur de Carmel. Respondí que conducía demasiado deprisa para llevar un pasajero y se bajó al poco rato sin apenas despedirse. Siempre les decía lo mismo sobre mí. Colocaba en cuanto podía las hazañas de mi padre, justificaba mi presencia en el campus hablando del trabajo de mi madre y llegaba a jactarme de ser el mejor empleado del mes en la Harley. Batía incluso los resultados del concesionario de Monterrey, que, sin embargo, estaba situado en la zona más rica, pero eso no impresionaba a nadie, ni a hippies ni a pijas.

Wendy pareció admirada cuando enumeré los resultados de mis ventas del trimestre y también su amiga. No eran ni frikis ni burguesas. Ni siquiera estudiantes. Las recogí en High Street mucho después de la universidad. Wendy habría podido ser realmente guapa. Su pecho le encorvaba los hombros y tenía demasiada tripa para su edad, pero su rostro era de un sorprendente frescor y no expresaba nada más que lo buena chica que era y una inteligencia que ella subestimaba. Su amiga era por el estilo pero claramente fea, con tanto acné en la cara que apetecía pasarle papel de lija. Iba a remolque de Wendy y nunca hacía nada sin su consentimiento. Pensé por un momento que eran lesbianas. Cuando lo dije se echaron a reír y Wendy respondió apoyando una mano sobre el hombro de su amiga: «¿Crees que si fuera lesbiana me follaría a una chica como esta?» Lo dijo sin maldad aunque pudiera parecerlo, señal de que entre la gente todo son convenciones. Parecían pasablemente desocupadas, sin esperar nada extraordinario, llevadas por la ligera melancolía del aburrimiento. No habían decidido su destino. Les propuse comer juntos y precisé que no tenía medios para invitarlas. Nos dirigimos al parque de atracciones que ocupa más de la mitad de Street Beach. De la noria a la casa del terror, todo está previsto para llevarse sustos entre dos tiendas de camisetas. Las hamburguesas no son más caras que en otros sitios y tampoco más grasientas. Lo que puedo llegar a zamparme las dejó sin

palabras y les permitió comprender que un tipo que come por tres no puede además invitar a dos chicas. Wendy tenía un novio que trabajaba en la verdulería de un supermercado. No era responsable del departamento, trabajaba con empeño desembalando la mercancía y no parecía entusiasmar a Wendy. Marilyn, a la que sus padres habían puesto ese nombre a causa de la actriz sin darse cuenta de hasta qué punto era una crueldad, se contentaba con hacerle de carabina. Wendy se mostraba discreta acerca de su vida y bastante resignada para una chica de su edad. Pronto comprendí que compartíamos la misma dificultad para saber qué nos apetecía de verdad. Hacía una sustitución como secretaria en la consulta de un dentista y se preguntaba si no sería mejor que retomara sus estudios. ¿Pero qué estudios, a la vista de que ninguna disciplina la entusiasmaba de verdad? Se definía a sí misma como contemplativa mientras que Marilyn era claramente vegetativa. Nuestra relación pronto se allanó y comencé a disfrutar de la compañía de aquellas dos chicas que no se sentían obligadas a hablar cuando no tenían nada que decir. Me apetecía mucho ir al Jury Room a beber, pero no me veía capaz de llevarlas allí. Primero acompañamos a Marilyn a su casa, en la carretera de Monterrey, y luego conduje a Wendy a su casa en los altos, justo encima del parque de atracciones. El apartamento donde vivía con su padre era un motel rehabilitado. En el momento en que bajó de mi camioneta, su padre salió de su coche que acababa de aparcar. Reconocí la enorme cabeza de Duigan, que se dirigía a su encuentro. Como es de esos tipos a los que pocas cosas pueden sorprender, no pareció sorprendido de verme allí, solo intrigado.

—¿Os conocéis?

A Wendy le pareció divertido que conociera a su padre.

—Alguna vez hemos tomado una copa juntos delante del tribunal.

Con esa frase había saldado toda la historia.

—Su hija hacía autostop en High Street. Sin saber su relación, creí que conmigo estaría más segura que con cualquier otro.

—Has hecho bien. No tengo a nadie máspreciado en este mundo. ¿Te apetece una última cerveza?

Subimos al apartamento. Era bastante amplio y poco profundo. El ventanal daba al aparque de atracciones, que solo dejaba ver una franja de mar oscurecida por la bruma. El ruido de las máquinas ascendía trabajosamente. El apartamento estaba pobremente amueblado. Nos instalamos en el balcón alrededor de una mesa de plástico. Duigan sacó tres cervezas del frigorífico y me sonrió. Wendy se frotó los ojos como quien trata de mantenerse despierto.

—Lo siento, no tengo vino.

—No importa, solo lo bebo en el Jury.

—Bebes demasiado, ya te he visto en plena faena. Ya pasará.

No sabía cómo podía saberlo pero asentí.

—¿Dónde os habéis encontrado?

—En High Street, al salir del trabajo —respondió Wendy.

—Creía que tomabas el autobús.

—Sí, pero Marilyn ha venido a buscarme, hemos paseado un poco y nos hemos cansado.

—Y tú, ¿de dónde venías?

Vacilé antes de responder pero no lo suficiente como para sembrar la duda en él. Era difícil confesar a bocajarro que mi pasatiempo favorito era recoger a estudiantes en autostop, aunque no hubiera en ello nada reprochable.

—He ido al campus a ver a mi madre.

—¿Vive aquí?

—Es la secretaria del decano de la facultad de psicología pero vive en Aptos. Bueno, desde hace poco.

—¿Y tu padre?

—Vive en Los Ángeles con su nueva mujer. No tengo noticias de él.

—¿Te llevas bien con tu madre?

—Somos bastante diferentes.

—Es una suerte tener madre, aprovéchalo. Wendy perdió a la suya. Murió cuando tenía once años.

Wendy no se inmutó.

—¿No se ha vuelto a casar? —pregunté sin pensarlo.

—Una mujer que quiere vivir con un policía es una mujer que considera una ventaja vivir lejos de un hombre, y eso no me gusta. La madre de Wendy era la excepción. No ha habido otra. Me han dicho que querías ingresar en la policía.

—Sí, pero el sargento Ramirez dice que soy demasiado alto.

—Desgraciadamente es verdad. ¿Cuánto mides?

—Dos metros veinte.

—Imposible. Aceptan a enanos pero no a gigantes. No me preguntes por qué. Las reglas son así. De momento, eres vendedor en la Harley, ¿verdad? ¿No te gusta?

—Creo que puedo hacer algo mejor. Hice test psicológicos en la escuela y tengo un CI superior al de Einstein.

—En ese caso, muchacho, no es a la policía adonde debes ir.

Sonrió al decir eso, con esa sonrisa triste de la que ya nunca se desprendería.

—¿Qué más te interesa?

—La psicología. Trabajé en un hospital psiquiátrico en Montana. Es un trabajo útil a la sociedad. Quizá me matricule en la universidad.

—Eso sería una buena idea. Pero si te dedicas a la psiquiatría criminal no sé si podremos seguir viéndonos. Nunca he visto tantos chiflados como entre ellos. Miran a los policías como si fuéramos fósiles, creen que nuestra inteligencia está atrapada entre el cuero de la pistolera y el acero de la pistola.

—Eso es porque pretenden que todos los pacientes encajen en una casilla, a las buenas o a las malas. No dejan ninguna libertad a la individualidad. En psiquiatría, por lo que sé, cada caso es único, pero ellos pretenden sistemáticamente llevarlo a

una patología precisa. En patología criminal aún es peor con el problema de la responsabilidad y del diablo que ronda.

La niebla procedente del mar dejaba escapar finas gotas, pero aún hacía bueno.

—Wendy también debería proseguir sus estudios. Deberías convencerla. ¿No es verdad, Wendy?

—¿Estudios de qué?

—¿Quieres pasarte toda la vida anotando las citas de un dentista? Seguro que existe algo más excitante, ¿no te parece, Al?

—Seguro.

Wendy se levantó para ir a buscarnos una segunda cerveza. Duigan aprovechó para hacerme una confidencia.

—A Wendy no la motiva nada, ese es su problema. Sin duda está relacionado con la muerte de su madre. La enviaría a un psiquiatra, pero no confío en esa gente. Tendrías que ver a su novio. Se dedica a desembalar verduras todo el día. En cuanto termina, hace surf. ¿Puedes decirme qué sentido tiene ponerse de pie sobre una tabla para que te lleve una ola? Si le queda tiempo, pasa a ver a Wendy y escuchan música. Para mí eso no es música, es ruido, pero qué más da, pasan horas sin decir nada. Es como una religión de la neurastenia. Ese tipo no le hace ningún bien, no sé si tienes el CI de Einstein pero el suyo debe de ser como mucho el de un pulpo. No es ni bueno ni malo, una cosa y otra requieren demasiado esfuerzo. A su edad, yo estaba en el Pacífico matando japoneses.

—Mi padre mataba alemanes.

—¿Dónde estuvo?

—En las fuerzas especiales de Fort Harrison en Montana.

—¿Cómo las llamaban?

—Las Brigadas del Diablo.

—Eso es. Debió de pasarlas moradas. Con un padre así, no me extraña que tengas ese aspecto de tipo fornido.

Wendy regresó con las cervezas y bebimos tranquilamente sin animar particularmente la conversación, como la gente que se conoce desde mucho tiempo atrás.

—Si nadie tiene la peregrina ocurrencia de matar a alguien, este fin de semana podríamos hacer una excursión en moto hacia el sur, ¿te apetece?

Habría saltado de alegría. No ante la idea de estar con Wendy. A pesar de que era una chica guapa de ojos bonitos y rasgos finos, no me atraía. Sin embargo, sentir la confianza de su padre era motivo de extraordinaria satisfacción. Nos despedimos a la cuarta cerveza. Me apetecía mucho acabar el día en el Jury, pero no quería que Duigan supiera que al salir de su casa me había ido a emborrachar.

Fui a por la camioneta y conduje en dirección a Aptos, para ver la nueva casa de mi madre. Aptos está a cinco minutos de Santa Cruz por la 101. Di algunas vueltas hasta encontrarla. La casa se halla en una especie de conjunto residencial de edificios dispares. Pregunté a un tipo que trataba de reparar, con una linterna entre los dientes y las manos en el motor, un viejo Ford con la esperanza de que lograra arrancar. Me miró con desconfianza y luego me indicó el 2909 A. La casa se encontraba en una curva, un poco más alta y menos presentable que las otras, afeada por una desconchada pintura de un gris azulado. Las luces estaban encendidas. Mi madre me abrió. Aún estaba vestida. Aparentemente tenía invitados. Al entrar me presentó a Sally Enfield, secretaria como ella pero con aspecto de perro apaleado, el tipo de mujer que se disculpa por existir. Estaba de buen humor, probablemente porque ya había bebido mucho, ayudada por su amiga que también debía de necesitarlo para sobrevivir. Esta última pareció asustarse ante mi altura pero convirtió su miedo en cumplidos a mi madre acerca del buen mozo que tenía. Mi madre me contempló como si me viera por primera vez, hizo una mueca de desdén y se sirvió una copa de vino. Debían de haberse prometido pasar la velada hablando y bebiendo sin cesar pues no hicieron más que eso, sin tomarse la molestia de dirigirme una sola pregunta. Repasaron al personal, a los profesores y a los alumnos de la facultad al completo. Todos recibieron de lo lindo. Mi madre estaba que se salía. Se tomaba por Elizabeth Taylor en *¿Quién teme a Virginia Wolf?*, pero con su metro noventa, sus rasgos gruesos y sus ojos de bisonte detrás de sus grandes gafas, era simplemente grotesca. Corté en seco sus melindres y le pedí dinero. No había ido con esa idea, pero en vista del cariz que tomaba la velada, no se me ocurrió otra.

—No me sorprende. Sally, ¿por qué crees que habría venido a verme de no ser por eso?

Tambaleándose entre los pobres muebles de su salón prosiguió:

—Nunca pregunta cómo estoy, el animal, pero siempre me necesita. Dice que fui demasiado dura con él de pequeño, que por eso le van mal dadas y no hace más que burradas que me ahorraré contarte, Sally, porque son tan gordas que dirías que es culpa del vino. Así que te voy a responder delante de un testigo, Al. No tengo dinero para prestarte. Me he mudado aquí porque he reducido el alquiler a la mitad. Debe de haber alguna razón, ¿no?

El agujero negro que acompaña todos los días de mi existencia y que se había hecho más pequeño en contacto con Duigan, se volvió a abrir, de par en par.

—Te pido para un par de depósitos de la Harley este fin de semana. Di que sí o que no, pero no me vengas con monsergas. ¡Y, mierda, me marchó!

Dije esto poniéndome en pie y, mientras cruzaba el salón camino de la cocina, oí:

—Y cuando pienso que ese tipo quiere que le presente a mis alumnas. ¿Puedes decirme, Sally, qué iban a hacer las chicas con un elefante marino que solo viene a

ver a su madre para pedirle dinero?

Al entrar en la cocina, le abrí el bolso, cogí dinero para dos depósitos y salí. Sabía que volvería a ver a esa Sally y su tez gris. Mi madre siempre sellaba su amistad con una persona insultándome delante de ella. Era su manera de apegarse a la gente, ofreciéndole la obscenidad de nuestra relación. En el momento de retomar la camioneta, me sentí mal. Partir, regresar a la casa, quedarme allí durante horas, todo me parecía doloroso. Después de verla siempre cedía al alcohol con mayor facilidad para recobrar cierta confianza en la vida. No hablo ni siquiera de alegría, sino de la única sensación de existir que en mí solo se manifestaba en una alternancia cruel. La sensación de que la vida le ha abandonado a uno en vida es la expresión de la soledad absoluta. Nadie puede comprenderlo ni compartirlo.

Cometer una destrucción comparable a la amplitud de ese agujero es la única manera de soportar esa estigmatización de la vida, de aferrarse a ella por su hilo más tenue. Y una vez cometido lo irreparable, uno solo espera una cosa, supongo, que la sociedad a través de sus representantes corte ese hilo. Oswald debía de encontrarse en ese estado cuando mató a Kennedy. No tenía forzosamente una razón personal contra él. Pero matar a Kennedy, el icono de los demócratas y del mundo entero, eso sí es una manera de tapar un enorme agujero negro. Robert Kennedy debía de saber en el fondo de sí mismo que en un momento u otro se cruzaría en su camino con un tipo desamparado por su vacío interior. Cuando vino a San Francisco con motivo de su campaña, fui a verlo. No miento, lo miré como a un condenado a muerte. Pasó a pocos metros de mí en Chinatown, más endeble de lo que imaginaba. Se peinaba el mechón que le caía sobre la frente con una mano febril y delgada. Le vi palidecer y ponerse nervioso cuando estalló un petardo cerca del coche oficial y me dije: «Chaval, tú no vas a durar mucho, el tipo que vendrá a llenar su agujero asesinandote ya está en camino.» Le expuse mi teoría a Duigan y se quedó perplejo. No creía que un acontecimiento de la magnitud del asesinato de un Kennedy pudiera reproducirse. Cuando mataron a Bob en el Hotel Ambassador de Los Ángeles la noche de su victoria en las primarias de California, me llamó al teléfono de mi casera. Estaba consternado pero trataba de disimularlo.

Mi predicción de ese acontecimiento contribuyó mucho a mi notoriedad entre los policías parroquianos del Jury Room.

Mi oficial de libertad condicional se presentó sin previo aviso, como de costumbre, una mañana, antes de que yo saliera de casa para ir al trabajo. Su inesperada irrupción fue un registro en toda regla y se regodeó con placer malsano. Inspeccionó meticulosamente cada centímetro cuadrado en busca de botellas de alcohol, estupefacientes o cualquier indicio que pudiera revelar que violaba mi condicional. Nunca bebía solo y menos aún en mi casa. En el momento en que iba a marcharse con las manos vacías, le pedí someterme a un examen para que me levantaran la condicional. Respondió que vería qué podía hacer con el rostro indeciso del tipo que teme perder un cliente.

Mi salario de vendedor de Harley mejor empleado del mes ya no bastaba para cubrir mis gastos. Me pasaba la vida en movimiento y el movimiento consume gasolina. Los paseos por el campus con mi Ford Galaxy me costaban una fortuna pero no tanto como mi obsesión por ir en moto de noche, las noches en que no acababa acodado en el Jury bebiendo litros de vino. Curiosamente, beber me producía la sensación de que me evitaba cometer una enorme gilipollez. No sabía cuál, pero como en mí nada es pequeño, me temía algo enorme. Gastaba fortunas en el Jury bebiendo, sin contar las cervezas a las que invitaba a mis amigos policías.

Las noches en que lograba destetarme recorría las carreteras de California en moto hasta la frontera del estado sin cruzarla nunca, porque de ello dependía mi condicional. Ir en moto de día me convertía en un hombre corriente. Ir en moto de noche me aliviaba de mí mismo y me ofrecía una sensación de poder y libertad. De las ciudades solo veía haces de luces. A veces recorría San Francisco durante noches enteras. Me divertía ascender y descender sus colinas bajo la niebla de verano. Haight era un hervidero de hippies hasta altas horas y yo me quedaba observándolos en sus migraciones y luego retomaba la carretera hacia el norte en una loca aceleración. Conducía hasta el límite de mis fuerzas y regresaba al alba rendido, azorado y extasiado.

Tenía el tiempo justo para cambiarme, afeitarme, recortarme el bigote y abrir el concesionario de Harley. Pasaban los meses y la clientela se me hacía pesada. La mayoría eran Ángeles del Infierno. Siempre los mismos gordos con las mismas expresiones, el mismo anticonformismo codificado, el mismo pensamiento limitado. Cultivaban la grosería y el ronquido de sus motos los hacía menos marginados que la estrechez de su reflexión acerca del mundo. No tenía nada que hacer con ellos.

Los paseos con Duigan tenían lugar los domingos cuando el servicio no le retenía en Santa Cruz. Le gustaba ir hacia el sur, mucho más allá de Monterrey. Partíamos al alba. Yo llevaba los bocadillos y la cerveza en mis alforjas de búfalo, y él a Wendy. Duigan a veces la dejaba montar detrás de mí desde que había invertido en un asiento de pasajero para complacerle. En ese caso, me dejaba ir delante, para no perder nunca

de vista a su hija.

Como había recorrido California de noche, solo la conocía bajo un velo fúnebre. Los Ángeles estaba ligado al sueño de la vida en casa de mi padre. Llegaba a llorar al pensar en ello. Más al norte, Atascadero me recordaba que me habían considerado loco. Rara vez descendíamos más allá de Big Sur, en la costa, allí donde la carretera se eleva, amenazadora, y donde algunas casas dispersas a punto de caer en el Pacífico parecen desafiar los abismos a mayor gloria de sus propietarios, unos ricos iluminados. La carretera era magnífica, con muchas curvas y lo bastante vertiginosa como para dejar imaginar las consecuencias de salirse en una curva. Allí me enfrentaba al magnetismo del vacío y, en cuanto Wendy volvía con su padre a la moto de este, me imaginaba dando el gran salto. A veces nos deteníamos a la vuelta en Carmel. Nunca había puesto los pies en Santa Bárbara ni en Beverly Hills y no imaginaba la existencia de semejantes enclaves donde los poderosos se reúnen en comunidad silenciosa y donde la cuestión ya no es vivir sino envejecer en una paz de taxidermista. Los paseantes de la pequeña carretera junto a la playa nos miraban de reojo, inquietos. Iban a su paso, impecables, precedidos por perritos ridículos que paseaban a pares, con el pelo recortado como setos. Esa gente solo debía de hacer hijos cuando no podían tener perro, porque los jóvenes abandonaban la localidad balnearia. Esa pequeña ciudad cuadriculada de casas con jardines estrechos segados con cortaúñas no espera nada de los demás y no le importa hacer gala de una gélida indiferencia. De todas formas estacionamos nuestras motos delante de la playa para darnos un baño y asar unas salchichas en un rincón sobre la arena al abrigo del viento. Duigan se durmió sobre su toalla después de su segunda cerveza. Wendy se tumbó de cara al sol, con los brazos cruzados sobre sus ojos. Yo me apoyé a la sombra contra la pared de piedra de la cornisa y contemplé los suntuosos veleros que maniobraban frente a la playa. El novio de Wendy no había sido invitado a nuestra excursión, cosa que muestra la estima que le tenía Duigan. Su preferencia se hacía evidente, pero yo no sabía qué hacer para no decepcionarlo. No imaginaba un tipo más apropiado que yo para proteger a su tesoro y, cada día, progresábamos en el terreno de la confianza. Wendy también me daba muestras de amistad por no decir más.

Yo era capaz de tener sentimientos hacia Wendy pero no deseo. La primera vez que me besó, me crispé sin dejarlo entrever. Luego me rodeó con sus brazos en silencio. El día en que trató de ir más lejos, la rechacé, con el pretexto de que tenía intención de casarme con ella y mis principios me prohibían pasar a la acción antes del matrimonio. Se lo tomó bien, pues no tenía especial interés en la cosa. Por entonces formábamos una «bella composición», para retomar una expresión de un autor al que entonces estaba lejos de conocer, pero ese cuadro sería efímero ya que, un día u otro, Duigan descubriría que había matado a mis abuelos y me quitaría a su hija, a la que yo no quería verdaderamente. Mientras tanto, en el Jury corría el rumor

de que me había convertido casi en el yerno del jefe de la brigada de investigación criminal y eso bastaba para que me consideraran uno de los suyos.

Duigan se despertó con los ojos hinchados por el cansancio de la semana y al ver la cabeza de Wendy apoyada sobre mi torso nos sonrió. Wendy subió en mi moto a la vuelta y recorrimos esas largas llanuras agrícolas en las que mexicanos encorvados dan la espalda al mar. En casa de Duigan volvimos a instalarnos en el balcón. El ruido del parque de atracciones venció el abatimiento del atardecer dominical que se insinuaba en nosotros. Nos servimos unas cervezas mientras nuestra congoja se evaporaba lentamente. Sonó el teléfono. Duigan no se apresuró a responder. Reapareció vestido para salir y me pidió que lo acompañara sin darme más detalles.

La carretera de la cornisa que serpentea al norte aún estaba llena de surfistas excitados por sus hazañas de la jornada de regreso hacia Santa Cruz. En su mayoría eran chicos guapos, acompañados de muchachas bonitas, con una toalla aún húmeda atada a la cintura. La sal les había blanqueado las pieles y sus ojos claros destacaban aún más. En las grandes casas delante del mar vi dos banderas americanas colgadas de los balcones. No estaban allí una semana antes. Dos chavales de familias ricas acababan de morir en Vietnam y no había nada más que decir. Tuvimos que ir un poco más allá de Santa Cruz por la carretera número 1 que lleva a Half Moon Bay en dirección a San Francisco. En una colina arenosa y cubierta de arbustos se había congregado un grupo de gente. Coches y motos de policía cortaban un camino de tierra que descendía a una hondonada arbolada y luego corría hacia el mar. La congregación se había formado bastante lejos de la carretera. Seguí maquinalmente a Duigan a medida que la gente se apartaba delante de él. Empezaba a oscurecer. Sobre la arena gris de la que brotaban grandes hierbas salvajes se extendía una larga cabellera rubio ceniza. Enmarcaba el rostro perfecto de una chica cuyos grandes ojos azules miraban al infinito. Estaba desnuda, con las piernas dobladas debajo de ella en una contorsión inusual. Sus intestinos formaban una masa inmunda. Duigan se agachó. Yo permanecía de pie detrás de él. El pensamiento del paso de la vida a la muerte de esa joven empezó a obsesionarme como si se tratara del único enigma que tuviera algún valor en este mundo. Los camilleros aguardaban la autorización de Duigan para transportar a la joven hasta la ambulancia. No podía apartar mi mirada de su rostro. No me impresionaba tanto que estuviera muerta como el carácter irreversible de esa muerte y, por ende, el poder del que la había provocado. Veía a mi abuela en esa postura ridícula en la que mi bala la había inmovilizado y la sensación única de existir que había seguido. El asesino debía de haber sentido lo mismo y la súbita comunidad que se creaba entre nosotros me hizo sentirme mal. Yo era de su bando, lo quisiera o no.

Pasada la conmoción, llegaron las primeras informaciones. La chica se dirigía a San Francisco, como lo atestiguaba la pequeña mochila hallada junto a ella. Una cuchillada le había atravesado el corazón antes de destriparla. El asesino la había arrojado allí como máximo dos horas antes. El perro de la casa aislada situada un poco más lejos la había descubierto, se había sentado a su lado y había ladrado hasta que su dueño se inquietó.

Según Duigan, la había matado en su coche y la había destripado allí. La disposición de las vísceras así lo confirmaba. Se dio orden de instalar controles en busca de un coche en cuyo interior hubiera manchas de sangre. Duigan dejó que sus ayudantes limpiaran la escena del crimen y me pidió que lo acompañara a su despacho.

La comisaría de policía estaba casi vacía, aparte de dos guardias. Duigan estaba

instalado detrás de una vidriera que lo aislaba de sus colegas. Me hizo sentar frente a él. No decía nada, no manifestaba nada, solo trataba de transformar aquella prueba emocional en prueba administrativa. Luego, uno de sus ayudantes al que conocía del Jury asomó la cabeza y dijo que la chica era de Santa Cruz. Lo vi palidecer. El ayudante se ofreció a acompañarlo para comunicar la mala noticia a la familia. Declinó la propuesta con un gruñido. Esta vez tomamos un coche de servicio y dejé mi moto en el sótano del edificio. Los padres de la víctima vivían un poco apartados de los barrios altos, cerca de un minúsculo parque sombreado que compartían tres viviendas diferentes. A nuestra llegada, el padre leía en el jardín un libro gordo de tapa dura. A mitad de la cincuentena, se alisaba una barba gris bien esculpida. Su mujer, que nos había abierto la puerta, fue a buscarle. Los dos parecieron intrigados al ver surgir a aquel policía cabezón flanqueado por un gigante. Duigan no sabía cómo manejarlo y casi vociferó al anunciar que traía una mala noticia. Me presentó como auxiliar de policía. El padre era un hombre digno. Nos hizo entrar y sentar alrededor de una mesa de jardín mientras su mujer se tapaba los oídos. Duigan empezó a hablar como un tartamudo: «Su hija, asesinada, en la costa, hallada en un bosque por un perro» y, al no soportar ver la aflicción de aquellas personas, se puso a interrogarlos a toda velocidad como si tratara de acortar su dolor, asustado por su pena y su impotencia para consolarlos. Finalmente los dejamos solos con su dolor. La chica había salido de su domicilio para asistir a un concierto en el Fillmore de San Francisco aquel domingo por la noche. Había dicho que se iba con un grupo de amigos cuando, en realidad, estaba decidida a hacer autostop, sola. Los controles en la carretera número 1 no dieron resultado alguno. Duigan estaba convencido de que el asesino era de Santa Cruz.

—¿Te imaginas qué tipo de tío puede ser, Al?

—Mi respuesta surgió instintivamente:

—Diría que de algo más de treinta años, psicópata, porque se trata de un crimen ritual. Y la mala noticia, señor Duigan, es que no se va a detener ahí.

—¿Cómo puedes saberlo?

—No lo sé. Lo siento. Con su crimen, acaba de descubrir otro mundo. Necesitará reproducir ese placer, seguro. Y luego se cansará. Al cabo de cuatro o cinco muertos. No encontrarán señales de violación. Mata y luego ensucia. Por razones muy precisas ligadas a su infancia. Pero dará con un delirio.

—¿Un delirio?

—Sí, una justificación mística o algo por el estilo. Quiere publicidad. No ha tratado de ocultar el crimen. Sabía que la chica iba a un concierto. Tenía tiempo de llevar el cuerpo muy lejos, de despiezarlo y esparcir los restos. En los Estados Unidos, si uno quiere esconder a una chica muerta no falta espacio precisamente. Pero él no, él quiere publicidad, quiere que se sepa. Está muy orgulloso de su acto.

—¡Registraremos los hospitales psiquiátricos!

Atascadero era el único hospital psiquiátrico donde se encerraba a los locos

peligrosos del estado y, si investigaban allí, podían dar con mi historia. Deseaba tanto impresionarlo que actuaba con despreocupación.

La imagen de esa mujer sin vida me obsesionó durante varias semanas. La obscenidad de su muerte me abrumaba. A su asesino no le había bastado matarla y desnudarla, había tenido que exhibir sus vísceras, el interior de su cuerpo, para que la atravesaran las miradas de los que la descubrieran. Las imágenes de la joven estudiante despertaban mi deseo. No su cuerpo mortificado, por supuesto, sino su rostro pálido casi gris y, sobre todo, la fijeza de su mirada opaca. No sentía vergüenza alguna por ello. ¿Por qué no sentía ningún deseo hacia Wendy mientras que las imágenes de esa chica grabadas en mi memoria me trastornaban? No encontré otra respuesta a esa pregunta más que beberme dos botellas de golpe en el Jury, rezando por que entre los policías que se encontraban allí no hubiera ninguno que supiera leer dentro de mí. Al acabar la segunda botella empecé a tener alucinaciones y fui a acostarme esperando que el sueño borrara esos malos pensamientos. Por la mañana, seguía igual. Me dirigí al concesionario sin entusiasmo. Una pareja joven no verdaderamente hippie pero sí simpatizante quería comprar una Harley. Les aconsejé empezar con un modelo pequeño, una 1200 Sportster. Estaban muy excitados. La chica se agarraba del brazo del tipo como un bebé chimpancé de su madre y esa imagen de fusión me exasperó. Los dos eran guapos, rubios de ojos azules, con el rostro bien dibujado. Dejaron el anticipo a cuenta en metálico sobre la mesa y se marcharon dando saltitos.

Hacía tiempo que no había visto a Wendy. La rehuía, para ser franco. Pero ese día sentí que podría perderla. Desde que había despachado a su surfista verdulero se había formado una cola de pretendientes. La llamé para que pasáramos juntos la pausa del almuerzo. Aún no podía creerme que me hubiera excitado una muerta y quería olvidar ese recuerdo penoso. Así que atacué con brío:

—Quiero casarme contigo, Wendy.

Ella alzó el panecillo de su hamburguesa, suspicaz:

—¿Quieres casarte conmigo? ¿Se te ha ocurrido de repente?

—No, quiero fundar una familia contigo, tener hijos, comprar una autocaravana y dar la vuelta al país sin pensar en nada.

—¿Te preocupa algo?

—No. Me doy cuenta de que nuestra relación no te satisface completamente.

La noté un poco cansada. Sin reproche en el tono de voz, dijo:

—¿De qué relación hablas, Al? No me besas nunca, nunca me das la mano, nos vemos una o dos veces por semana y por lo general en presencia de mi padre.

—Justamente, quiero que eso cambie.

—¿Me vas a presentar a tu madre?

La pregunta me desconcertó.

—¿Para qué? ¡El día de nuestra boda ya estará muerta!

Me miró por debajo, inquieta.

—¿Por qué dices eso, Al?

—Con lo que bebe, no vivirá mucho tiempo.

—Pero igualmente tengo que conocerla, ¿no?

—No.

Nos quedamos un buen rato sin decir nada y Wendy no consintió hasta que tuvo la nariz en un helado:

—¿Cuándo quieres que nos casemos?

Su asentimiento me sorprendió.

—No sé..., cuando quieras...

—Me gustaría un vestido blanco, ¿crees que podremos permitirnoslo?

—Conseguiré el dinero, Wendy.

—Por suerte los dos somos católicos y así es más fácil, ¿verdad?

No fijamos una fecha.

Volví al trabajo en el concesionario y a lo largo de toda la tarde vi desfilar a pesados que querían soñar sin tener ni un dólar. A la hora de cerrar, no me encontraba bien y, en lugar de ir a beber al Jury, me subí a mi moto con la idea de ir hasta Oregón y volver, entre ese momento y la mañana siguiente.

El fresco descendía suavemente sobre la costa. Me dirigí hacia el interior por la

carretera 101. Muchos camiones de uno o dos remolques circulaban como sobre raíles hacia el norte, algunos con destino a Canadá. Nunca había ido más allá de Klamath Falls y soñaba con seguir hasta Seattle, cruzar la frontera en Olympia, descubrir Vancouver y subir tan lejos como fuera posible hacia Alaska. Por haber trabajado sobre el asfalto, sabía los esfuerzos que una carretera como la 101 debía de haber costado. Cuántas toneladas de dinamita habían sido necesarias para perforar la inmensidad salvaje, cuántos hombres habían perdido allí la vida, y experimentaba un auténtico orgullo disfrutando del lugar, circulando por el carril izquierdo. Le di al acelerador a fondo sin preocuparme del límite de velocidad. Para acarrear mis ciento treinta kilos tenía un modelo grande de Harley que pesaba alrededor de cuatrocientos kilos con un enorme motor de tractor. Sin parabrisas, el aire pesaba como el plomo sobre mis brazos, pero esa sensación de arrancar mi libertad a los elementos me gustaba más que cualquier cosa en el mundo. La frontera de Oregón se perfiló en el horizonte hacia las dos de la madrugada, cuando la fatiga me había enajenado, embriagado por el ruido de los pistones y el exceso de oxígeno. Ya era hora de regresar, pero una fuerza superior me empujó a continuar más allá de aquel límite que tenía prohibido. La falta de gasolina me obligó a abandonar la autopista. Una vez lleno el depósito, retomé la carretera en el sentido contrario. Mi reto había perdido toda la gracia. De repente me pareció grotesco. Me serené. La fatiga no era la única responsable de aquel viraje. Seguí a velocidad razonable hasta Pepperwood. Desde allí tomé una carretera que surcaba un bosque de árboles gigantes cuyas copas rascaban el cielo estrellado. Debajo estaba tan oscuro como en el sótano de mi infancia, razón por la cual fui un buen rato mirando hacia el cielo, tranquilizado por la intrusión de mi motor en aquel silencio espeso. Luego ese ruido se transformó en el de la caldera de la casa de Montana y tuve ganas de saltar de la moto. Alcé la cabeza, aspirado por el cielo estrellado, y de repente un gamo surgió a la luz de mis faros. No traté de esquivarlo. Saltó por encima de mí y cuando ya pensaba que había salido bien librado me encontré en el suelo. Uno no tiene idea de su peso real hasta que cae tan pesadamente. Durante el breve instante que pasé en el aire creí que iba a librarme sin un rasguño y también que iba a morir, y las dos soluciones me convenían. Con la moto caída sobre la carretera, el faro delantero me iluminaba como una linterna. Vi mi brazo derecho en ángulo recto y mi pie que se había desviado de la pierna. El dolor sucedió a la sorpresa, avivado por mi sentimiento de impotencia. Se hizo de nuevo el silencio y sentí que estaba orgulloso de haberse librado de mí. Mi instinto de conservación se impuso y me arrastré hasta la cuneta para evitar que me atropellaran si por casualidad a un coche se le ocurría pasar por aquella carretera a esas horas. No llegó hasta las primeras luces del alba. Del coche salió un guarda forestal. Su rostro no expresaba nada. Comenzó por examinar al gamo que estaba inmóvil. Vino hacia mí y me observó, con las manos en la cintura.

—Hay que ver cómo lo has dejado.

Luego sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno con un mechero de petróleo.

—Y tú no estás mucho mejor, amigo. Pero por lo menos estás vivo. ¿Tienes muchas fracturas?

—Un brazo y una pierna.

Se inclinó hacia la moto.

—No podré sacarla de ahí solo. ¿Seguro que no puedes ayudarme?

No respondí, no valía la pena esforzarse.

—Tampoco te puedo cargar en el coche, ¿sabes?

Finalmente decidió ir en busca de auxilio a una veintena de millas de allí.

Mi inmovilización me procuró un enorme alivio. Pude desahogarme de mí unos días, cómodamente instalado en mi pequeña habitación de hospital en Garberville. Wendy no comprendió por qué unas horas después de pedirle que nos casáramos había ido a estamparme en una carretera en los confines del estado.

—¿Pero qué hacías allí, Al?

—No lo sé, Wendy. Necesitaba tomar el aire. A veces me hartó de Santa Cruz, de la niebla, de la orilla del mar. Es la llamada de la carretera. Pero también estoy contento cuando para. Así ha sido siempre, Wendy.

—Una vez casados, ¿continuarás haciéndolo?

—No lo sé, Wendy, nunca he estado casado. ¿Y tu padre?

—Solo le veo de vez en cuando, está muy ocupado. Ha habido otro asesinato.

—¿Otro asesinato?

—Sí, una chica de Aptos que hacía autostop en dirección a Monterrey. La han encontrado al pie de un acantilado justo después de Carmel. Estaba destripada como la primera y tenía una nota en el bolsillo.

—¿Qué ponía?

—Un delirio. Una voz celestial le ha ordenado sacrificar a once mujeres para salvar el norte de California de los terremotos. Solo obedece a la orden de esa voz. Matar a once mujeres para salvar a miles es según él un sacrificio aceptable y pide a la policía que se lo tome así. Y más cosas que no recuerdo. ¿Cuándo vas a volver, Al?

—Dentro de dos semanas, si mi madre me envía algo de dinero.

Poco después de la operación en la que me enderezaron el brazo y la pierna, el sheriff vino a visitarme. Parecía preocupado:

—¿Así que estás en libertad condicional?

Era difícil desmentirlo.

—¿Querías huir a Canadá?

—¿Huir de qué?

—Eso es lo que te pregunto. ¿Estás seguro de no haber hecho una tontería antes de coger la carretera?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque se habla de un asesino de mujeres en la región de la que procedes.

—Estoy al corriente. Conozco al jefe de la brigada de investigación criminal de Santa Cruz, voy a casarme con su hija. Y además fui yo quien le acompañó a la primera escena del crimen. Si le interesa, el día de ese crimen estábamos él, su hija y yo de excursión en moto en Carmel.

Sentí que se quedaba tranquilo.

—Menudos antecedentes tienes para tu edad, ya me entiendes...

—Maté a unas personas que me oprimían y me entregué. Eso no es lo mismo que matar a personas anónimas y dejar notas sobre los cadáveres.

Sintió que me había humillado al tratar de cargarme con aquellos crímenes y no volvió a hablarme de ello. Luego nos vimos varias veces más. Creo que me apreciaba. Lo suficiente en cualquier caso como para hacerme algunas confidencias acerca de sus preocupaciones cotidianas. Garberville se había convertido en una especie de patio de maniobras para los hippies que se reunían allí. Desde mi habitación veía desfilar a las cohortes. Se habían asentado e instalado un mercadillo en la calle principal donde algunos vendían lamentables piezas de arte y la mayoría drogas. Los más afectados deambulaban con aspecto de perros sarnosos y sus carcajadas exageradas no encajaban con sus rostros terminales. Algunos jóvenes del lugar se dedicaban a darles palizas. El día antes, según el sheriff, una pandilla en un Dodge gris había raptado a una pareja de jóvenes frikis para afeitarles las cabezas y meterle mano a la chica. El tipo había presentado denuncia, pero la chica no quería ni oír hablar de la policía. De golpe, lo había plantado y el tipo se había arrojado al río y se había ahogado. En resumidas cuentas, el pequeño hospital de la ciudad donde estaba ingresado se había transformado progresivamente en dispensario. Me cruzaba allí con un montón de aquellos jóvenes que contraían enfermedades que se creía desaparecidas para desmentir sus sueños de vegetativos alucinados.

En la época de ese accidente le daba vueltas y más vueltas a la cabeza y ese acontecimiento me lanzó despedido del círculo concéntrico en el que evolucionaba penosamente. Cuando supe que el lugar donde había ocurrido mi accidente se llamaba Avenida de los Gigantes vi en ello un signo, aunque ese nombre se refiriera solo a los inmensos árboles que la jalonaban. El día de mi marcha, el sheriff había olvidado completamente mis antecedentes penales y solo se acordaba de un joven que soportaba el dolor para ir al lavabo a afeitarse cada mañana con sus muletas. Se personó, tímido como un niño que viene a presentar sus cumplidos. Llevaba una caja grande en la mano y me la puso sobre las rodillas cuando me empujaban hacia la ambulancia en una silla de ruedas. La abrí de inmediato y descubrí la cabeza del gamo al que había matado. La había disecado un taxidermista local y su gesto me emocionó sinceramente. También vi un signo en ese regalo.

La extrema pobreza en la que me sumió el accidente me obligó a ir a vivir de nuevo con mi madre. Mi jefe no volvió a contratarme aunque le caía bien. Después de despedirnos con la promesa de volver a vernos al día siguiente, descubrió que me había largado a hacer carreras de noche y eso no le gustó. Llamé a mi madre desde Garberville para decirle que no podía pagar la factura del hospital, que estaba despedido y que iba a devolverle mi apartamento a la casera.

Se mostró aparentemente calmada:

—Eso es lo que le pasa a la gente como tú, Al, una larga caída hacia la nada. ¿Quieres que te diga que estoy sorprendida? Pues no, no lo estoy. Vivirás en mi casa solo lo estrictamente necesario. ¿Crees que no sé a qué juegas? Sé que piensas en incrustarte, en convertirte en el único hombre de mi vida, en mantener a los otros a distancia.

¿Qué otros? Hacía mucho tiempo que ya no la rondaba ningún hombre.

En la vida diaria, su casa de Aptos no emitía mejores vibraciones que la de Montana. La había ampliado alquilando la planta superior, unas semanas antes de mi accidente, como si hubiera tenido el presentimiento de que acabaría sus días conmigo. En aquella casa todo era siniestro, anticuado y sin gusto. Los gatos campaban a sus anchas y su olor dominaba todos los demás. La luz entraba difícilmente por las ventanas correderas de pequeños cuadrados en número insuficiente. Me encontré solo en el primer piso, de donde no podía salir mientras mi pierna no me permitiera bajar las escaleras construidas en el exterior. El mes y medio que duró mi convalecencia, se contentó con dejarme la comida delante de la puerta, sin venir nunca a hablar conmigo. Añadía un rollo de papel higiénico cuando creía que había llegado el momento de darme uno. A veces la esperaba en lo alto de las escaleras, con las dos muletas caladas bajo los hombros. La veía subir, sin resuello, colorada por el esfuerzo.

—¡Parece que el alcohol de tu hígado ha remontado a los poros de tu piel!

—¡Cierra la boca, Al! O te dejaré morir de hambre.

—Sabes que te comportas peor que los guardianes de la cárcel que tuve en la preventiva. ¿Por qué no vienes a hablar conmigo?

Se plantó en mitad de la escalera.

—Porque no tengo nada que decirte. He hablado acerca de tu comportamiento con un joven profesor de psicología que acaba de empezar con nosotros, sin decirle que se trataba de mi hijo. Ha sido muy claro.

Bajó la voz para evitar informar al barrio entero.

—Para él eres un homosexual reprimido, Al.

Luego, bajando aún más la voz:

—Un marica que no se asume. Le dije a tu padre que te educaba en esa dirección. No quiso creerme. ¿Dónde está ahora? ¡Dímelo!

Me mantuve calmado, magnánimo.

—Tu amigo se equivoca. Por cierto, ¿sabes que voy a casarme?

Se había vuelto para bajar:

—Ya puedes casarte, pero me apuesto lo que quieras a que no la tocarás nunca.

La curiosidad la retuvo aún un momento.

—¿Quién es la chica?

—La hija del jefe de la brigada de investigación criminal de Santa Cruz.

—¿Conoce tus andanzas?

—No, pero pronto borrarán mis antecedentes penales.

No sopesó mucho el arma que le había puesto en las manos.

—Si sigues dándome el coñazo, Al, le contaré a tu futuro suegro el nieto modélico que has sido.

Acabó de bajar los peldaños, satisfecha.

Cerré con un ruidoso portazo que debió de despertar a todo el vecindario. Me senté en la cama en la única habitación acondicionada del piso, pues ella no tenía dinero para lo demás. Me costaba muchísimo respirar. Traté de calmarme intentando recordar si alguna vez en mi vida había deseado a un hombre. Después de rebuscar todo lo lejos que pude en mi memoria, comprobé que nunca había sentido el menor deseo de ese tipo. La alucinación que tuve a continuación fue muy simbólica. Las paredes y el techo de mi habitación menguaban aproximándose a mí hasta encerrarme en un cubo. Pasé la noche postrado. Por la mañana, antes de marcharse a la universidad, en señal de paz, por primera vez mi madre me lanzó el periódico desde el pie de las escaleras. El ruido sordo al chocar contra mi puerta me despertó. Estaba aún vestido, acurrucado.

No me tomé el tiempo de leer a fondo un extenso artículo sobre Vietnam y la teoría del dominó según la cual si perdíamos allí, toda Asia caería en manos comunistas y corrompería al mundo entero. Llevaban razón en aferrarse. ¡Dios santo! No sé qué habría dado para que me enviaran allí, estoy convencido de que habría hecho un buen trabajo. En primera página aparecía una foto de Duigan, con aspecto visiblemente contrariado, ante unos periodistas. Tenía motivos para estarlo. Acababan de encontrar a una joven pareja de vagabundos asesinados junto a un camino de arena. Habían muerto los dos de un disparo en la nuca, un calibre para cazar elefantes que no les había dejado ninguna oportunidad. A la chica la habían destripado después de ejecutarla. Esa vez no hubo ninguna nota. En esa época había muchos asesinatos en aquella costa. Mucho tiempo después pensé en los estuarios donde se mezclan el agua de mar y el agua de río. Dicen que allí los tiburones se vuelven locos y lanzan ataques mortíferos que no responden a ningún mecanismo conocido. A principios de los años setenta, ese síndrome del estuario afectaba a California. Lo analizo a mi manera. Éramos hijos de la posguerra. Nuestros padres las habían pasado moradas en el Pacífico y en Europa, y los silencios en el seno de las familias se ocultaban detrás de la prosperidad. La familia tradicional se había transformado a menudo en una

pesadilla, se veían por primera vez en la televisión imágenes de la matanza en Indochina, la aguja de la brújula giraba enloquecida para muchos jóvenes que ya no sabían cómo vivir. Algunos no encontraron nada más que matar, y en masa, como si matar a una sola persona ya no bastara.

Duigan tenía noticias mías a través de Wendy. Aún me apreciaba, según ella, a pesar de que no entendía por qué había ido a partirme la crisma en el norte, en plena noche. Wendy no podía venir a verme. No tenía coche y con lo que estaba ocurriendo no era aconsejable hacer autostop. Su impedimento me convenía. De lo contrario, hubiera tenido que decirle que mi madre no quería verla en su casa con el pretexto falaz y contradictorio en su boca de que no quería oír a su hijo fornicar encima de ella, en su propia casa.

Mi madre recibía a Sally Enfield casi todas las noches y no era raro que esta durmiera en su casa. Se habían vuelto inseparables. Mi madre necesitaba hablar, salvo conmigo. Tenía un alcoholismo voluble, mientras Sally se contentaba con asentir sin hacer ruido. Oía a las dos comadres a través del suelo de madera:

—Sé de dónde viene mi problema con los hombres, Sally.

—Si lo sabes eres muy afortunada.

—Mi primer marido me decepcionó mucho. Creía que me iba a conformar siendo la mujer de un electricista. No tenía ninguna ambición, Sally. Un trabajillo tranquilo, una cerveza con los amigos por la noche después del trabajo y luego nada... Como si hubiera soñado con eso. Sobre todo porque el tipo se había presentado como un héroe de guerra. Además, te voy a hacer una confidencia, la tenía muy pequeña.

Se podía medir su grado de embriaguez por su vulgaridad. Seguramente acababa de superar las dos botellas de vino.

—Tenía los pies pequeños para sus dos metros diez de altura. Y lo demás en proporción.

Sally Enfield se echó a reír como una loca. Aunque no lo conociera, de quien se reía era de mi padre. La hubiera estrangulado. Y mi madre, que no sabía reírse de nada, proseguía:

—Y en esas llegó Al. Tú nunca has tenido hijos y no puedes saberlo, pero cuando te conviertes en madre sientes al hijo que has engendrado. Si quieres que te diga la verdad, enseguida supe que era un monstruo. Así que le apreté las tuercas, para domesticarlo. Pero no fue suficiente. Fracasé. Estuve a punto de lograrlo pero su padre jugó contra mí, a mi espalda. A ti puedo confesártelo, cuando Al mató a sus abuelos salté de alegría. Los hechos me habían dado la razón. Te apuesto lo que quieras a que no volverá a trabajar. Se ha caído de la moto para volver a casa de su madre. Si hubiera tenido un hijo mongólico no habría sido peor. ¿Pero qué le he hecho a Dios para merecer semejante castigo?

Oí el entrecocar de una copa y un cuello de botella.

—Un marido, en el fondo, no es más que un marido. Sabes que no tendrás nunca

lo que ves. Pero un hijo sale de nuestro vientre. Y cuando te das cuenta de que no tiene nada de ti es una tremenda decepción.

Con Sally Enfield, mi madre tenía un perro que respondía a las preguntas. He observado que la gente que tiene perro se dirige a él por el placer de que nunca le lleve la contraria. Pero la contrapartida fastidiosa es que un perro nunca asiente. Sally por lo menos no escatimaba sus aprobaciones a base de repetir:

—Llevas razón, Cornell, no podrías haberlo dicho mejor.

Nunca hablaba de ella y, si se aventuraba a hacerlo, mi madre la detenía como hace un profesor a un alumno que se aleja del tema. En un mes de convalecencia encima de aquellas mujeres, no descubrí de ella más que aquella inexplicable abulia que la mantenía en un estado de servidumbre.

Por fin pude apoyar la pierna en el suelo. Mi brazo fracturado en tres lugares permaneció enyesado un mes más. Aún me era imposible buscar trabajo pero podía conducir y retomé mis paseos en camioneta. Necesitaba hablar y que me hablaran. El asesino loco había matado a sus tres últimas víctimas sin recogerlas previamente en autostop. Los miedos colectivos son como los terrores de los caballos, espectaculares y pronto olvidados. Las estudiantes que subían a mi Ford Galaxy titubeaban más que dos meses atrás, pero la aprensión no resistía mucho tiempo ante la fatigosa perspectiva de tener que caminar dos o tres millas para llegar a la ciudad.

Evitaba a partir de ese momento a las chicas de la contracultura y me había fijado como objetivo a las burguesitas lisas y limpias como las rocas de una cascada. Me excitaban mucho más que Wendy, que no tenía culpa alguna. Wendy era mi prometida y aquellas chicas me estaban prohibidas, y ahí sin duda radicaba la diferencia. No tenía ninguna oportunidad de encontrarme con ellas aparte de esos momentos en que las recogía en autostop. No frecuentaban el Jury, a pesar de que allí había más policías que rizos en la cabeza de una puta. No frecuentaban tampoco los mismos restaurantes. A veces me sentaba apartado en la playa y admiraba sus hombros dorados barridos por unos cabellos resplandecientes. Practicaban todos los deportes que conservaban sus formas impecables. Debía de ser más fácil atravesar el Muro de Berlín que el que me separaba de aquellas criaturas. Cuando se cruzaban conmigo a lo largo del paseo junto a la arena fina, nunca me veían. A veces sus miradas topaban con mi gran altura y solo brotaba una exclamación de sorpresa ante el hecho de que a una secuoya de Yosemite le hubieran salido piernas para andar. Vivíamos en la misma época y los mismos lugares y sin embargo, de no haber tomado yo la iniciativa, jamás habríamos tenido ocasión de cruzarnos. En el coche les hacía un montón de preguntas sobre lo que esperaban de la vida, sus esperanzas y temores. Me fascinaban porque no dudaban de nada, como si su existencia estuviera trazada como una vía de ferrocarril. Jamás, ni por asomo, daban muestras de desencanto. Los superlativos atomizaban el menor signo de pesimismo. Trataban a la felicidad como a un perrito que languidece sin su dueña. Entre la universidad y la playa, decenas de chicas cortadas por el mismo patrón mantenían mi interés por la vida.

Duigan había adelgazado. Le obsesionaba la idea de las futuras víctimas. Esa impotencia le deprimía. Desde el inicio de la serie no se había filtrado ninguna pista sobre el asesino. No cometía ningún error. Mataba respetando unos intervalos regulares, como si no tuviera prisa por acabar con unos objetivos que manejaba con la meticulosidad de un director de ventas. Su radio de acción se limitaba a la región costera, pero nunca arrojaba los cadáveres al mar.

—¿Por qué no lo hace?

Estaba sentado frente a Duigan, en su balcón. Wendy se retrasaba y eso le ponía nervioso. Era mi primera visita desde el accidente. Había hablado algunas veces por teléfono con Wendy, pero, los dos éramos conscientes de ello, algo no funcionaba entre nosotros. Y ese algo era yo.

—Las confidencias son cosa de mujeres.

Esa fue mi respuesta la vez que me hizo reproches.

—¿Cómo quieres que se cree una complicidad contigo si no la tengo conmigo mismo? Mi madre se interpone entre nosotros. Tengo que resolver mi problema con ella.

—¿Pero qué problema, Al? Si por lo menos me lo explicaras.

—Interfiere en mi relación con las mujeres.

—¿Por qué no la dejas?

—Es de esas mujeres a las que no se puede dejar. ¿Cómo puedo explicártelo? Si me alejo de ella me arriesgo a que me obsesione aún más. A su lado, tengo la impresión de controlarla. En cuanto marco distancias, toma de nuevo la iniciativa, lo sé, no es fácil entenderlo, pero ya lo arreglaré.

—¿Cómo, Al?

—Estoy pensando en ello, no tengo la solución pero estoy pensando en ello.

Wendy, además de ser buena chica, sabía dar muestras de una paciencia sin par en el mundo femenino.

El viento se alzó sin convicción. Unos chavales jugaban en la calle y sus gritos poblaban nuestro silencio.

—La idea de que un cadáver pueda ser castigado por el mar no debe de gustarle. El destripamiento que viene a ser su firma podría no ser tan nítido. Mata deprisa y deposita el cadáver sin ocultarlo, con la intención de que sea accesible y hallado tal como lo ha dejado. Es cuanto sabemos acerca de él.

—Eso no permite hacer un retrato robot.

—No le gustan las mujeres. Tiene un grave problema con ellas. El problema con su madre debe de ser descomunal, pero eso no basta. Hay algo más, muy personal, difícil de averiguar sin conocerle. ¿Puedo hablar libremente, señor Duigan?

—Por supuesto.

—Es un homosexual reprimido. No logra pasar a la acción. Así que se venga sobre las mujeres y las destripa. El vientre no es trivial, ¿entiende a qué me refiero? La prueba es que, cuando mató a la pareja, solo destripó a la chica. El rechazo debe de ser violento. Por parte de su padre, probablemente. Un militar de carrera o un empresario, diría, aunque no soy especialista. Entendámonos, señor Duigan, no tengo ninguna autoridad para...

—Lo sé, continúa.

—Diría que es un chico que fue muy brillante hasta determinada edad, con el consiguiente éxito, y luego, de repente, todo se hundió. Lo encontrará más probablemente en los barrios altos que en una barraca de madera. Ya se lo expliqué, seguro que ha estado ingresado en algún hospital psiquiátrico debido a un episodio de delirio agudo. ¿Qué más? Nada. Pero, e insisto, es una cuestión totalmente subjetiva, debe de ser más bien bajo. Diría incluso que anormalmente bajo..., no, solo más bajo que la media. Lo suficiente para acomplejarlo pero no tanto como para considerarse anormal. No es un buen cliente para usted, es muy organizado debido a su inteligencia superior.

Wendy entró en ese preciso instante, despreocupada como de costumbre. Duigan se puso en pie de un salto:

—Por Dios, ¿dónde te habías metido?

Nunca le había visto gritar a su hija. Comprendí que estaba realmente muy nervioso y que tenía que ayudarle.

Wendy no se inmutó.

—He ido a tomar un helado en el pontón con Halle Norton.

Duigan se contuvo:

—¿Crees que es el momento de andar por ahí?

—Ese tipo jamás atacaría a la hija del jefe de la brigada de investigación criminal, ¿no es verdad, Al?

Adopté mi aire de experto.

—No lo creo.

—¿Y llevas escrito en la camiseta que eres la hija del jefe de la brigada de investigación criminal?

Pero Duigan ya estaba más aliviado que encolerizado.

—¿Qué hay en el pontón? Hace años que no he puesto los pies allí.

El pontón se parece a todos los pontones del mundo, una excrecencia de vigas sobre pilares plantados en el mar. Al pie de los pilares, los leones de mar se tumban en las plataformas de contención y lanzan gritos roncós. Los turistas aprovechan para fotografiarlos en sus poses lascivas. En el espigón hay un restaurante en cada puerta donde se puede comer a cualquier hora del día. Dije:

—Allí no hay mucho que hacer.

Como no hablábamos de nada, pensaba en aquel criminal del que había hecho un retrato psicológico preciso. Lo rodeaba intuitivamente. Habría podido sentir su

aliento sobre mi hombro. Si me hubiera cruzado con él, le habría desenmascarado, estaba seguro de ello.

Duigan se marchó y me quedé con Wendy en su habitación escuchando la radio. Me ahogaba, literalmente, como cada vez que me encontraba solo en su presencia. Apoyó su cabeza sobre mí pero me pareció demasiado pesada y la aparté suavemente. Antes de que Wendy se ofendiera tomé la iniciativa:

—Tenemos que hablar de la boda.

Wendy se levantó lentamente y se desperezó suspirando. Luego se volvió despacio hacia mí:

—¿Qué te pasa, Al? Cada vez que me rechazas me hablas de matrimonio. ¿Te das cuenta? ¿No ves que tus actos contradicen tus palabras?

—¿Se lo has dicho a tu padre?

—¿A mi padre? Solo piensa en su asesino. Y no me apetece hablar de ello con él.

—¿Por qué?

—Pues porque no se hará realidad, Al, lo sabes mejor que yo. Me aprecias y casándote conmigo tratas de ocultar tu falta de verdadero amor.

El diafragma me subió a la garganta.

—¡Pero no puedo estar sin ti, Wendy!

Empezó a deambular por la habitación como si inspeccionara los objetos y luego se volvió bruscamente y me miró fijamente:

—Eres un buen chaval, Al. No recuerdo que nunca me hayas montado una escena. Eres muy inteligente, incluso mi padre lo dice, eres bastante guapo y puedes ser tranquilizador cuando te tomas la molestia. Y ofrecer tranquilidad a una mujer es importante, Al, sobre todo para una mujer como yo que teme que su sombra se aburra menos que ella. Pero no tienes ningún deseo. ¿Por qué? ¿Cómo voy a saberlo? Cada vez que te hablo de deseo con mi cuerpo me hablas de matrimonio con tus labios y te crispas como una estatua de cera. No soy tan intelectualmente sosa como parezco, Al.

—¿Se lo has dicho a tu padre?

—¿Qué?

—Todo esto.

—Ya te he dicho que no. Tengo la sensación de que es más importante para ti que yo. Sin él, te olvidarías de verme.

Pasamos una hora en silencio. Hay chicas en las que es fácil tomar el mutismo por inteligencia y lamentarlo después. Wendy no era de esas. Leía revistas de chicas de su edad, apacible, como si no se hubiera dicho nada esencial. La radio emitía música inglesa. Acabé marchándome.

Las calles de Santa Cruz estaban desiertas. Todas aquellas casitas alineadas con su ridículo jardín en el que había plantada una gigantesca bandera estrellada, todas aquellas vidas minúsculas en el límite de la conciencia animal me daban náuseas. Circulé despacio por la ciudad. A esa hora solo salía gente que nada tenía que perder,

ni dinero ni honor. Algunos frikis deambulaban como la retaguardia de un rebaño que los animales más sanos hubieran abandonado. Los barrios altos no se distinguían del de la clase media más que por el tamaño de las casas y de los jardines. Fui directamente al Jury. Aún faltaba mucho para la hora de cierre pero el bar estaba animado. Esencialmente había policías que estaban trabajando. El destripador era la comidilla. Sentía envidia de que vivieran con aquella adrenalina. Un sentimiento arrogante me recorría la mente. Si me hubieran admitido en la policía, aquel asesino no habría durado mucho tiempo. Cuando esbocé por segunda vez su retrato robot a un ayudante de Duigan, sentí una forma de superioridad sobre él ligada a mi conocimiento de la pulsión asesina. Mis supuestos conocimientos psicológicos le irritaron un poco, y de no haber sido el novio de la hija de su jefe, creo que me habría mandado a paseo. Bebí varias copas una tras otra y me fui a dormir a casa de mi madre.

Debía de dormir desde hacía mucho rato porque en la ventana de su habitación que daba a la calle no se veía luz. Subí la escalera que conducía al primer piso, presa de un feroz deseo de despertarla y zarandearla para interrogarla. Estuve a punto de hacerlo pero luego me serené. Me acosté en aquella habitación desangelada que se había convertido en la mía. La madera de las paredes exhalaba la humedad de un chalet de vacaciones junto al mar. Y, sin embargo, el mar estaba muy lejos. Acababa de acostarme cuando el vecino se levantó para reparar el motor de su coche, un viejo Pontiac marrón tan hortera como una mesa de cocina. Hacia las cinco de la madrugada, empezó a golpear el delco con un martillo y mi noche se acabó. Estuve tentado de echarle la bronca pero me levanté y pasé delante de él sin decirle nada, ni siquiera buenos días. Al llegar a mi camioneta, me di cuenta de que no me quedaba dinero. Me lo había gastado todo en el Jury. La puerta de la planta baja estaba cerrada y mi madre no me había dado llaves. Aproveché el estruendo del vecino para romper un cristal de la cocina, levantar la ventana y encaramarme. Sin que pueda explicármelo, en el fondo del bolso de mi madre había un buen fajo de billetes de diez dólares. Tomé la mitad. Salí por donde había entrado y entonces sentí un remordimiento. Un ladrón normal no habría dejado la mitad del fajo en el bolso, así que volví y me llevé hasta el último centavo. Titubeé antes de entrar en la habitación de mi madre. El pomo chirrió cuando lo hice girar. Estaba tumbada boca arriba con un camisón satinado arremangado hasta lo alto de los muslos que dejaba ver sus piernas abolladas por las varices. Tenía los brazos en cruz y la cabeza ladeada. Su boca y sus ventanas nasales buscaban el aire. Apestaba a alcohol y a aliento fétido. Cerré la puerta y me juré que no volvería a verla nunca más.

Aproveché los primeros dólares para regalarle dos discos e invitar a comer a Wendy, que no se lo podía creer. Me presenté a la puerta de la casa donde trabajaba a la hora de la pausa. Me sentía realmente mal pero daba el pego. La llevé a un restaurante en la esquina de Beach Street y el espigón. Es un sitio muy frecuentado por los habitantes de Santa Cruz y por la gente de paso, con un ambiente muy distendido y unas impresionantes ofertas en las hamburguesas. Tiene un gran ventanal que da al mar y es difícil marcharse de allí aún con hambre. Le expliqué a Wendy que iba a dejar definitivamente a mi madre y a desaparecer dos o tres días para organizar nuestra separación. Le hablé de un anuncio de Gigante Verde que había leído en el periódico. La acompañé a su trabajo y nos citamos en el mismo lugar y a la misma hora dos días después. Wendy parecía satisfecha con mi entusiasmo y energía recobrados.

Por la tarde, empezó a llover. No podía dejar escapar esa oportunidad. Puse mi tarjeta de acceso al campus en el retrovisor del Ford Galaxy y me fui a la universidad. Estacioné en el aparcamiento de la facultad de ciencias. Sentía una opresión como si

un tráiler hubiera aparcado sobre mi pecho. Traté de recuperar el sueño de la noche precedente pero no lograba adormilarme. La lluvia, por momentos vacilante, redoblaba sin razón y me inundaba el parabrisas aislándome del mundo. La llovizna siguió al chaparrón y arranqué de nuevo. Dudé entre bajar a la ciudad a tomar una copa o recoger a una chica que hiciera autostop, aunque no estaba de humor para charlar. Opté por la copa en el Jury. No me arrepentí porque, a pesar de la lluvia, los recientes asesinatos habían calmado los ardores de las jóvenes estudiantes por subirse en el primer coche que se detuviera. Al tomar la fuerte bajada hacia la ciudad, vi a dos chicas de las que me gustaban caminando juntas bajo un mismo paraguas. Cuando me acerqué a poca velocidad, una de ellas se volvió y, al verme la cara, sonrió y alzó el pulgar con el gesto que parecía decir: «No puede dejar que dos chicas guapas de buena familia se calen de esta manera.»

Miré mi reloj al llegar a su altura y me detuve.

La morena visiblemente no había tenido intención de hacer autostop pero no resistió al impulso espontáneo de su amiga, una rubia de rasgos de encantadora delicadeza. No había ni un ápice de ordinarietà o de indolencia en su rostro. Sus ojos eran de un azul mineral y me habría decepcionado si detrás de su belleza no hubiera hallado frialdad alguna. La morena subió detrás en el asiento sin ventana ni puerta. La rubia se instaló cómodamente a mi lado y su esfuerzo por seducirme se evaporó de golpe. Por un momento incluso pensé que pretendía hacerme pagar su primera sonrisa. Su destino no me sorprendió. No eran chicas que vivieran sobre el parque de atracciones.

Más de una semana antes, recibí una carta que me autorizaba a presentarme ante un comité psiquiátrico para reevaluar mi expediente, poner fin a la condicional y, eventualmente, borrar mis antecedentes penales. Iba a pasar una especie de examen de normalidad. El comité se reunía en San Francisco y allí fui al día siguiente. La sala de espera de aquel edificio de la administración penitenciaria se abría a la ciudad. Desde la ventana podía verse el Bay Bridge sobre un mar esmeralda. Poco me importaba mi rehabilitación. En el fondo, ¿quién mejor que yo podía saber quién era? Quería poder salir del estado en el que había metido la pata. Los peritos eran tres. Tres ancianos a punto de jubilarse. No parecían tener prisa por volver junto a sus viejas y estudiaban meticulosamente mi expediente. Sus rostros no expresaban nada. De vez en cuando, alzaban la nariz para examinarme, para ver si mi cara indicaba algo diferente de los documentos. Evocaron enseguida a mi madre. Hablé de su puesto en la universidad, de nuestra cohabitación en una casa de dos plantas y doble entrada, del accidente de moto que me había obligado a acercarme a ella temporalmente. Me pareció que nuestra proximidad les inquietaba. Aproveché para decir que, precisamente, contaba mucho con mi definitiva excarcelación y la supresión de mis antecedentes penales para alejarme de ella.

—¿Para hacer qué? —preguntó un calvo bajito.

—Para ganar un poco de dinero que me permita estudiar criminología.

Sonrió y se volvió hacia sus colegas.

—Interesante. ¿Y por qué?

—Son unos mecanismos que me apasionan. Y, por no ocultarles nada, porque voy a casarme con la hija del jefe de la brigada de investigación criminal de Santa Cruz y ya estoy colaborando con su padre en un caso. Con el debido respeto, creo que haber matado confiere una auténtica legitimidad en ese terreno, en particular en la comprensión del fenómeno del paso a la acción que siempre será un misterio para el neófito.

Los tres viejos menearon la cabeza, uno con verdadera cara de satisfacción. Aproveché para remachar el clavo.

—No les voy a ocultar que, a pesar de que a priori mi altura me lo impide, me he informado sobre qué debo hacer para ingresar en la policía. Es evidente que mientras tenga unos antecedentes penales tan... consecuentes será imposible. De hecho, desearía poder borrar completamente ese acto resultado para mí en aquel momento de un brutal delirio esquizofrénico.

—¿Ha tenido desde entonces manifestaciones similares?

—¿Se refiere a deseos de matar?

—Eso es.

—No, nunca.

—¿Ni siquiera hacia su madre?

—Con toda sinceridad, mi madre no ha cambiado mucho desde mi infancia, pero he adquirido una especie de serenidad que se basa en un elemento esencial: ningún hijo está obligado a amar a sus padres si no son dignos de ello. El problema de la culpabilidad queda así resuelto y me permite posicionarme con respecto a ella con mucha objetividad. Y ese distanciamiento de lo que ella es y del mal que pudo hacerme crea una barrera de seguridad entre los dos.

—¿Y su sexualidad, hoy? ¿Tiene alguna molestia en concreto? ¿Se siente como los demás jóvenes de su generación o... al margen?

—Seré sincero. Creo que desde siempre y también hoy son los hombres quienes deciden acerca de la sexualidad. La liberación sexual, la disociación del amor y el deseo son proyectos masculinos y no femeninos, como pretenden hacernos creer. La contracepción es una aspiración femenina ventrílocua de los hombres que esperan poder acostarse sin freno. Tengo una opinión bastante noble de las mujeres. No creo que tener varias parejas como se ve entre los hippies sea una de sus aspiraciones profundas. No me adhiero a esos supuestos movimientos de emancipación que en mi opinión solo tienen por objetivo someter un poco más a la mujer al deseo del hombre. En cualquier caso, en lo que me concierne, no veo disociación entre el amor y el deseo. La pareja tradicional ha demostrado su valía.

—En el fondo, el verdadero feminista es usted —rio ahogadamente el que de los tres me clavaba la mirada desde el principio.

Todos aprovechamos la ocurrencia para reír e insistí, eufórico pero sereno.

—No quisiera que imaginaran que subestimo mi acto. No pasa un día sin que piense en ello. Eso no hace de mí un hombre corriente y esa transgresión absoluta que es el asesinato no se borra fácilmente. Me he cruzado con veteranos de Vietnam que se han hundido en el alcohol porque se sienten culpables de haber matado. Los comprendo y, sin embargo, la nación ha legitimado su acto. El mío no es y nunca será legítimo. Es una herida muy profunda y, aunque esa culpabilidad no me corroa, vive en mí y ya es suficiente.

No me podía creer que lograra formalizar mi pensamiento con semejante precisión, por lo general tan disperso. Los tres peritos me observaban intensamente y veía brillar en sus miradas una auténtica satisfacción. El milagro de la redención acaecía ante sus ojos abiertos como platos.

—Sigo pensando que debe usted alejarse imperativamente de su madre —dijo el que presidía el comité pues se sentaba en medio de los otros.

—Es cuestión de días, doctor. Mi accidente de moto me ha devuelto a su casa como el viento arrastra el barco naufragado hacia la orilla. Pero de ninguna manera me voy a quedar allí. No puedo seguir asistiendo a su suicidio.

—¿Qué suicidio?

—Mi madre se ha vuelto alcohólica. Siempre le ha dado a la botella pero he notado un agravamiento muy serio. Durante el día, logra disimularlo en su trabajo, pero de noche bebe hasta que se duerme.

—¿Cómo lo explica usted?

—Por su fracaso con los hombres. Mi madre detesta a los hombres. Su padre mantenía prácticas particulares con sus hijas. Nunca pudo cantarles las cuarenta porque sus padres se mataron prematuramente en coche en Montana. Y desde entonces no ha dejado de hacérselo pagar a todos los hombres con los que se cruza.

—¿Lo ha hablado con ella?

—Nunca.

—¿Es ella o usted quien no quiere hablar de ello?

—Los dos. Espero que me hable de ello. Espero que me hable, sencillamente. Pero no lo hará nunca. Era a ella a quien había que encerrar, y no a mí. No puedo seguir siendo su marioneta, ¿saben? Cuando maté a mis abuelos, en cierta medida era su marioneta. No puedo concebir matar o hacer algo ilegal, porque tendría la sensación de que es ella quien me pone el arma en las manos y no quiero darle ese gusto.

El presidente sonrió y miró a sus dos asesores.

—Finalmente, nuestro amigo es más peligroso para él mismo que para nuestra sociedad. Propongo que esta conclusión figure en el informe. Deje la moto, Kenner, es un consejo. Por lo demás, me parece que va usted por muy buen camino.

Uno de los peritos que hasta entonces no había dicho gran cosa, y que de los tres era el que me miraba con mayor objetividad, tomó la palabra.

—¿Cree usted que realmente su madre sufrió abusos por parte de su padre?

—No sé nada en concreto. Sorprendí una conversación entre mis padres de niño, nada más. Pero debe de haber una explicación. No se destila odio hacia el propio hijo sin razón.

El psiquiatra pareció reflexionar.

—Entonces, ¿qué recomendamos para este joven?

El presidente me gratificó con una amplia sonrisa:

—Informaremos al juez y propondremos una vuelta a la normalidad. Se acabó la condicional, y tendrá unos antecedentes penales impolutos.

—¿Por qué ha venido de nuevo a verme, Susan?

—Porque no creo que vaya a dejar de leer. Que no lea más para los ciegos es una cosa, pero para usted mismo no lo creo.

Saca dos libros y los deposita sobre la mesa. Un Cormac McCarthy y una reedición de los cuentos de Hemingway. Con autores así, sabe que es bienvenida.

Susan lleva un vestido largo como los que lucían las jóvenes del barrio de Haight Ashbury a finales de los años sesenta. No puede evitar pensar que la textura y los motivos de ese vestido, a pesar de ser muy alegres, son crueles con quien los luce. Susan confía en sí misma ese día y quiere demostrarlo.

—¿Cómo va su traslado?

—¿A Angola?

Se ríe quedamente.

—Nunca me trasladarán a Angola. Simplemente vi un documental sobre esa prisión y me dije que estaría bien ir allí a suicidarme. Era una época en la que contemplaba condenarme a muerte. De todas formas, ¿por qué iban a aceptar mi traslado a Luisiana? He cambiado de estrategia. He vuelto a pedir la libertad condicional. Un psiquiatra que vino a interrogarme hará tres o cuatro meses aparece en todos los programas diciendo que, según él, soy el único preso de la cárcel de Vacaville que no representa ningún peligro para la sociedad. Está dispuesto a apostar por ello. Pero la administración penitenciaria no. Me da igual. No veo qué iba a hacer fuera, perdí el tren de todas las tecnologías hace cincuenta años. La libertad no me convendría más que el encarcelamiento. Al igual que la vida no me conviene más que la muerte. Soy como tanta gente, no tengo ganas de vivir y aún menos de morir. La lectura es la experiencia humana más bella. Que tenga lugar en una celda o en una habitación en la ciudad que me costaría poder pagar, ¿qué cambiaría? Me encuentro en un estado en el que todo me conviene y nada me satisface. De hecho, he estado pensando en nuestra conversación de la vez pasada. He recordado imágenes de esa comuna, tranquilizadoras. Creo que si hubiera sido capaz de dejarme ir un poco en aquel momento se habrían evitado muchas cosas, aunque el propietario de la granja se las dio luego de gurú. Allí había algo bueno. Pero yo estaba completamente calcificado. No tenía el humor necesario. Recuerdo a aquel tipo surgido de la nada que a modo de presentación me soltó: «¿Sabes que dicen que las armas son peligrosas? Es falso. Creo que la verdadera amenaza son los tipos que llevan bigote.»

—Han hecho camisetas con esa frase y las venden en Haight.

—¿Allí se ha comprado este vestido?

—¿Le gusta?

—Mucho.

—Le he traído un regalo.

—No sé si me gustan los regalos.

—Es un detalle.

Susan saca de una bolsa de plástico una camiseta con la imagen de John Wayne en la que se lee: «Un hombre debe hacer lo que tiene que hacer.»

Sonríe y le da las gracias.

—He recorrido una decena de tiendas para encontrar su talla pero puedo cambiarla.

—¿Podría comprarme una de esas camisetas con lo de las pistolas y el tipo con bigote?

—¿Para usted?

—No, para regalarla. En ese caso, necesito la talla más pequeña.

—¿Para quién es?

—Para un preso de mi sección. ¿Se acuerda de Jeff McMullan?

—No.

—¿No se acuerda de ese tipo que asesinaba a finales de los años sesenta? Destripaba sistemáticamente a las mujeres. Purga su cadena perpetua a dos celdas de la mía. Hágame ese favor, la talla más pequeña, ¿vale?

—¿Y respecto al manuscrito?

—Avanzo, pero aún no lo he acabado. Me queda por escribir lo más duro. Me temo que el editor, si me encuentra uno, se encalle en esa parte. ¿Por qué me lo pregunta?

—He encontrado a alguien que podría estar interesado.

—En ese caso tendré que cuidar la escritura. Hasta ahora he escrito como si yo fuera a ser el único lector...

—No cambie nada. También quería decirle...

Se detuvo, presa de esa turbación de chiquilla que Al le conoce bien y que a veces le exaspera.

—Si se le ocurriera salir de aquí... Ahí estaré. Pero no espere mucho tiempo. Uno y otro rondamos los sesenta, no sé cómo seré dentro de diez o veinte años.

Él se echa a reír.

—¿Cree que si salgo de esta cárcel será para aguantar cada día a una mujer como usted, una antigua hippie? Creo que prefiero la prisión.

Se echa a reír con más ganas aún. Susan le acompaña. Es la primera vez que se ríen juntos.

Me encontré con Wendy a la salida de la consulta del dentista donde trabajaba. Desde hacía varios días me dolía un diente cariado pero no tenía los medios para que me curaran y no me atrevía a mendigarlo. Me arranqué el diente en un área de autopista con una tenaza. La sangre brotó a chorro una decena de minutos y luego paró. Luego me di cuenta de que no me faltaba ese diente.

Wendy no se hallaba en su estado normal. Ella, a veces tan linfática, parecía dopada. Respiraba profundamente y no cesaba de sonreír.

—Mi padre quiere verte, Al.

Ante mi expresión de asombro, añadió:

—Quiere verte enseguida.

—¿Tenemos por lo menos tiempo para almorzar?

Vi en la cara de Wendy que no quería verme para acusarme de robo a pesar de que mi madre era una mujer capaz de denunciar a su hijo a la policía solo para que las fuerzas del orden la consolaran en su odio a los suyos.

—¿Qué pasa, Wendy?

—No puedo decirte nada. Comamos y, luego, ve a verle a su despacho.

—¿A su despacho? ¿No puedes decirme nada más?

—No, he prometido no decir nada. Pero creo que puedes invitarme a un buen almuerzo.

No nos privamos de nada. No había comido de verdad desde el día anterior y mis ciento treinta kilos aullaban de hambre. Estuvimos más de una hora en la mesa en la esquina del espigón y de Beach Street. Una llovizna abundante caía desordenadamente. El cielo cubierto de gris y el mar tranquilo se fundían en uno. Algunos estudiantes jugaban a voleibol en la playa, para sudar un poco. Wendy volvió a hablarme de boda.

—¿Cuántos hijos quieres tener, Al?

No supe qué responder. Sabía que una fuerza superior me impediría tenerlos aunque me entrara ese curioso deseo. Al Kenner III es el último de su dinastía. Está escrito, no sé dónde pero está escrito.

—Cuatro o cinco.

Ya que no creía en ello, al menos picaría muy alto.

—¿En serio, Al? ¿Quieres que acabe completamente deformada?

—Pues di tú un número.

—Dos. Un niño y una niña. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

No nos entretuvimos. La dejé en su trabajo y me fui al despacho de Duigan, presa de curiosidad por lo que iba a anunciarme.

El policía de guardia a la entrada de la comisaría pareció asustarse ante mi altura.

Llamó a la brigada de investigación criminal para asegurarse de que me esperaban y, cuando se lo confirmaron, me indicó el camino con la mano sin alzar la vista.

Unos despachos cerrados con tabiques de la altura de un hombre ocupaban toda la planta de la brigada. Me sorprendieron las toneladas de papeles acumuladas por unos y otros y me pregunté cómo lograban aclararse en aquel bosque de informaciones a punto de salir volando a la menor corriente de aire. Todos los tipos que solía frecuentar en el Jury Room estaban presentes. Para ellos era difícil no reconocermes y todos, uno tras otro, vinieron a saludarme. No sé si lo hubieran hecho si no me hubiese invitado su jefe. Incluso su ayudante, que me tomaba por un soñador, se acercó para darme una palmada amistosa en el hombro. Duigan estaba al teléfono cuando me aproximé a su despacho. La conversación parecía agitada pero me hizo señal de que entrara.

—Era el alcalde —me dijo al colgar.

Luego me contempló en un silencio satisfecho.

—Siéntate. Hace veinticuatro horas que te buscamos. ¿Dónde estabas? He estado a punto de lanzar una orden de búsqueda. Pareces muy cansado, ¿no duermes?

—Poco, pero suficiente.

—Quería verte porque tengo un empleo que ofrecerte.

—¿Para entrar en la policía?

—No exactamente, pero igual de bueno. He convencido a mis superiores de que flaqueábamos en análisis psicológico y que podría sernos de gran utilidad contratar a un auxiliar en ese terreno. Hay que decir que me has ayudado mucho a convencerlos.

—¿Cómo?

—¿No estás al corriente?

—¿De qué?

—¿Wendy no te ha dicho nada?

—No.

—Anteayer a última hora de la tarde el destripador trató de raptar a una chica cerca de Palo Alto. Pero en ese momento pasó por allí un coche. El asesino soltó a su víctima y huyó en coche. El aguafiestas anotó su matrícula. Lo identificamos. Jeff McMullan.

—Me alegro por usted, señor Duigan, ¿pero en qué me concierne a mí?

—Ese tipo estuvo internado en un hospital psiquiátrico, como dijiste. Lo ingresaron tras un ataque de demencia provocado por la muerte accidental de su mejor amigo. Según los psiquiatras, McMullan estaba enamorado de su mejor amigo. Así que es un homosexual reprimido. En el hospital, se volvió muy peligroso. Le trataron una esquizofrenia aguda. Como habías aventurado, es de una familia acomodada y moralmente muy rigurosa, metodistas. Nunca ha regresado a casa de sus padres después del internamiento.

—¿Lo han detenido?

—Aún no. No ha vuelto a pisar su apartamento, que se halla en una bonita

residencia de la costa cerca de San Francisco. Debe de errar por la carretera. Lo que me inquieta es que no se le conoce trabajo alguno y no sabemos de qué vive. Creo que se desplaza mucho y que debe de ser un maestro en el arte de esconderse. A pesar de eso, no le queda mucho tiempo. En cualquier caso, hiciste un perfil psicológico realmente bueno de él.

—No ha sido eso lo que les ha permitido identificarlo.

—Es una prueba de que tuviste buen ojo. Y eso me basta para ofrecerte un trabajo de investigador. En el caso de McMullan, nos las apañaremos solos. Si se te ocurre qué podría intentar ahora, por supuesto, nos será de gran ayuda. Pero tenemos también varias desapariciones en la región para las que somos incapaces de ofrecer una explicación satisfactoria a las familias. Creemos que se trata de fugas. McMullan no era del tipo que mata y luego oculta los cadáveres. Para mí, no son más que fugas. Además, una chica que había desaparecido hace un mes regresó ayer. Había seguido a un friki. En cuanto se ha cansado de hacer autostop y de comer en los cubos de basura, el sueño se ha desvanecido y la realidad la ha llevado de nuevo a su casa. Anoche denunciaron la desaparición de dos estudiantes. Pero me sorprendería que, habiéndolo identificado a las cuatro de la tarde en Palo Alto a punto de raptar a una chica, pudiera encontrarse a la misma hora en el campus de Santa Cruz donde se vio a las dos chicas por última vez. Si aceptas empezar a trabajar mañana, te acompañaré a casa de sus padres y te confiaré la investigación. Tú deberás juzgar si se trata del tipo de chicas que pueden fugarse. Ya verás que, a menudo, los padres tienen una imagen de sus hijos que no se corresponde con la realidad. Están convencidos de tener una relación ideal con su progenie mientras esta solo tiene una idea en mente: huir de su familia lo más lejos posible. Es un fenómeno de la época, no sé adónde nos va a llevar, pero tenemos que apechugar. Por lo que respecta al salario y al papeleo habla con Debbie Watson. Es esa mujercita gris que está en la entrada cerca de la puerta. ¡Eso es todo, muchacho!

Se levantó para acompañarme a la puerta. Antes de abrirla, me dijo en voz baja:

—Te contrato por tus propias cualidades, Al. Así que, si tus intenciones con mi hija van en serio, no te jactes de ello delante de mis hombres porque tu contratación parecería nepotismo y no es mi estilo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Hay algún problema, Al?

Una tormenta había estallado dentro de mi cráneo sin avisar y debía de notarse.

—Ayer recogí en autostop a dos chicas en el campus. Lo hago a menudo para evitarles encuentros desagradables. Pero las dejé en los límites de la universidad, no me iba bien llevarlas al centro.

—Eso te convierte en el sospechoso número uno —dijo Duigan, echándose a reír. Y, ya serio, prosiguió—: Si se trata de las dos chicas de las que hablamos, ¿observaste alguna cosa en particular?

—No, eran hijas de buena familia que hablaban mucho, como si el silencio

hiciera pobre.

—¿Crees que alguien pudo abusar de su debilidad?

—¿Cómo podría saberlo?

La tarde estaba ya muy avanzada cuando me dirigí al campus a ver a mi madre. Una vez más quería que me hablara, y que no fuera bajo los efectos del maldito alcohol, que la volvía confusa y malvada como un actor condenado a interpretar siempre el mismo papel en un teatro de mala muerte. Nunca bebía durante el día, pues el miedo a que la pillaran en falta era mayor que su adicción. Ya de vuelta en casa, se emborrachaba metódicamente y continuaba hasta que el sueño la arrancaba de esa borrachera planificada. Cada mañana era un horrible sufrimiento que tenía que superar para volver a aferrarse a la realidad. Me imagino que debía de pensar en matarse durante por lo menos un cuarto de hora hasta decidir que iba a vivir un día más. La universidad y su abominable orgullo que la llevaba a fingir la mantenían en pie el resto del día. Pero una vez sola, ya nada la retenía.

Aguardé en el aparcamiento a que saliera del edificio. Un gamo con el lomo pelado se acercó a pacer delante de mi parachoques con el desdén del nativo hacia el inmigrante. Alzaba la cabeza ante los ruidos sospechosos sin llegar a creer en una amenaza real. Salí de la camioneta para estirar las piernas. El personal administrativo salió a la hora pero mi madre no estaba entre ellos. Cuando me disponía a marcharme, oí unos pasos detrás de mí. Sally Enfield, que me había visto desde el despacho, se acercó con sus singulares andares.

—¿Buscas a tu madre?

La pregunta no merecía respuesta.

—Está en cama.

—¿Desde cuándo?

—Desde que desapareció de su bolso una importante suma de dinero.

Miraba a sus pies.

—Era dinero que debía. Quizá se lo van a retener de su salario. Y mientras esa amenaza pesa sobre su cabeza, no se atreve a reaparecer por la facultad. ¿Tienes idea de quién pudo robárselo?

—El de la tienda de vinos y licores —respondí secamente—. Entre las consumiciones de mi madre y las de usted, debe de tener una buena cuenta pendiente.

Protestar no formaba parte de su carácter.

—¿Lo ha denunciado?

—No puede, pero tiene muchos problemas. Dime, ¿no habrás sido tú, Al?

—Acabo de entrar en la policía, no es el mejor momento para robarle dinero a mi madre.

—Quizá deberías ir a verla para remontarle la moral.

Me eché a reír a carcajadas.

—Para que descargue sobre mí su ira quizá, pero para remontarle la moral... Usted que es tan amiga suya, ¿no se ha dado cuenta de que no tiene moral? Es posible que tenga vergüenza, pero moral baja es un concepto que no va con ella. No quiero

volver a verla.

—¿Pero por qué?

—Dígale que he encontrado trabajo, que dormiré aún en su casa unos quince días para tener tiempo de recuperarme financieramente y que luego no volverá a oír hablar de mí. Ahora tengo trabajo y pienso casarme. Una vida normal, vamos. Ella no tardará en morir por culpa del tabaco y el alcohol. Puede leerse en su cara. A su lado, un cadáver desenterrado parece recién salido de un balneario. A mi madre no le gusta la soledad, se la llevará a usted con ella. Ella hubiera preferido que fuera yo, pero no ha habido suerte, soy más resistente de lo que cree.

Me metí en el Ford sin decir una palabra más. Ya había hablado demasiado. Estaba en un estado nervioso que podría haberme hecho perder los estribos. Arranqué despacio. Sentía algo muy poderoso nacer dentro de mí. Aún no había llegado a la rampa que baja hacia la ciudad cuando vi a una chica que levantaba el pulgar, vacilante, dispuesta a bajarlo a la menor duda. Llevaba una falda corta y parecía lamentarlo. Miré mi reloj y me detuve a su altura. Abrí la puerta del pasajero y le dije:

—Espero que no vayas lejos, no tengo mucho tiempo, tengo que estar en la comisaría de policía dentro de un cuarto de hora.

Esas últimas palabras la tranquilizaron. Tenía un tipo asiático y era bastante bajita porque tuvo que darse impulso dos veces para subirse a la furgoneta. Una vez sentada, me dirigió esa sonrisa aséptica propia de las chicas de su ambiente. Le sonreí en respuesta sin mirarla y sentí que volvía a la normalidad. Tras preguntarle su destino, inicié la conversación:

—¿Dónde estudias?

—En la facultad de ciencias.

—¿A qué quieres dedicarte?

—A la aeronáutica. De hecho, he acabado mi ciclo aquí, mañana me marcho a Stanford. Voy a empezar el doctorado.

—Eres joven para estudiar un doctorado.

—No soy tan joven, tengo veintidós años.

—No los aparentas.

—¿Y tú?

—Te voy a explicar una buena. Cuando le dicen a Hitchcock que no envejece, responde: «Es normal, a los veinte años ya parecía tener ochenta.» A mí me pasa un poco lo mismo.

Se rio.

—No, no, pareces joven —añadió educadamente.

—¿Eres vietnamita?

—No, mi padre es chino de Hong Kong y mi madre estadounidense.

—Los chinos vinieron aquí a construir la vía del tren del Pacífico, ¿verdad?

—Sí, pero mi padre llegó mucho después.

Lo sospechaba.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—No, soy hija única.

—Tus padres deben de estar orgullosos de ti, ¿no?

—No lo sé, no lo manifiestan mucho.

—¿No te ofrecen amor?

—En un sentido sí, pero no son efusivos.

—Es un error, siempre hay que demostrar a los hijos que se les quiere.

—Cada uno lo hace a su manera. Por qué, ¿tus padres no te quisieron?

—Mi padre sí. Mi madre a su manera. Uno compensaba al otro, es la condición del equilibrio. ¿Quieres tener hijos?

—Sí, pero no tengo prisa. Tengo que acabar mis estudios, encontrar trabajo, en Boeing en Seattle, espero, y luego conocer a alguien apropiado con quien tenerlos.

—¿Mejor un asiático o un típico estadounidense?

—No tengo preferencias. El físico me importa poco.

—¿Crees que yo podría gustarte?

Mi pregunta la incomodó.

—No lo sé, no nos conocemos. Me ha parecido que decías que estabas en la policía, y no creo que esa sea una actividad que me guste a priori en un hombre.

—¿Por qué?

—No están muy disponibles, siempre trabajando, ¿no es así?

—Es verdad. Te lo he preguntado porque sí, pero de hecho me voy a casar pronto, con la hija de un policía, además.

Aquello la tranquilizó. Miró por la ventana. Ya casi habíamos llegado.

De las dos chicas desaparecidas cuyo caso me confiaba Duigan, una era de Santa Cruz y la otra de Sacramento. Los padres de la primera vivían a tres casas de la primera víctima de McMullan avanzando hacia el mar. Duigan conducía despacio. Estaba muy cansado pero su sólida constitución de irlandés le permitía tenerse en pie. Yo no había dormido desde hacía treinta y seis horas y me aguantaba a base de cápsulas de cafeína. Estaba de moda entre los transportistas de coches que podían conducir dos días sin dormir. Duigan sacó las fotos de las dos desaparecidas del bolsillo de su americana y me las depositó sobre las rodillas.

—¿Me dijiste que ese día recogiste en autostop a dos estudiantes?

No las miré mucho rato.

—No son ellas, nada que ver. Una rubia y una morena pero muy diferentes. Mucho más guapas, en cualquier caso.

—Lástima, habríamos avanzado más deprisa. No puedo perder mucho tiempo con esas dos. Te presentaré a los padres y te dejaré con ellos. Tengo que atrapar al cabrón de McMullan. Si mata a alguien más antes de que le detengamos, el alcalde me va a fulminar. Sin contar con que me sentiría responsable por no haber impedido una nueva carnicería. ¿Crees que puede volver a hacerlo?

—Creo que intentará esconderse y que la gente se olvide de él. Ha hecho todo eso para desafiar a su padre. Debe de estar satisfecho de avergonzarlo ahora que su nombre está por todas partes.

—¿Dónde puede esconderse?

—¿De dónde es?

—De Salinas.

—Demasiado pequeño. Ya debe de haberse ido hacia el sur, a Los Ángeles, o al norte, a San Francisco. Mi intuición me dice que a San Francisco.

—Esta mañana hemos sabido que había vaciado su cuenta corriente en Salinas. Un montón de dinero.

—Tendrían que investigar entre los gays. Es posible que sus asesinatos le ayuden a asumir su condición. Por lo menos durante un tiempo, porque está loco de verdad y un día u otro tendrá más alucinaciones. No me lo imagino volviendo a matar a chicas, una tras otra. Sin embargo, podría acabar llevando a cabo una matanza.

La villa de los Dahl debía de haberles costado un buen pellizco a sus propietarios y no habían hecho nada para ocultarlo. Unos grandes ventanales en la primera planta daban al mar. Allí se hallaba el salón, decorado como un gran camarote de barco. Al descubrir la inmensidad gris y hostil, recordé que en toda mi vida no había estado nunca en el mar. Ni siquiera me había bañado en él. Ni en la playa ni en una cala aislada. La idea de exhibir mi cuerpo a la vista de los demás no me había pasado nunca por la cabeza. No comprendía que pudiera pagarse tanto dinero por apropiarse

de un pedazo de aquella vista sobre la nada.

Duigan me presentó a los Dahl como detective destinado por la policía municipal al departamento encargado de las desapariciones. El padre era un tipo alto aún joven. La desaparición de su hija no había mermado su confianza en sí mismo. La madre era una optimista decidida que rechazaba la eventualidad de cualquier tipo de desgracia. En ese sentido llevaba razón, pues aún no había ocurrido ninguna desgracia. Nunca debía de haber penetrado en su salón un tipo de mi corpulencia puesto que vacilaron un buen rato antes de ofrecerme asiento; finalmente, me señalaron el sofá entero. La madera de la estancia no olía como la de la casa de mi madre, cuyo olor era más próximo al de un ataúd barato que al del mobiliario de yate. Algunos bosques de secuoyas tienen ese perfume que le hace a uno crecer.

Debo reconocer que la confrontación intelectual con esa gente me estimulaba. El padre era un hombre acostumbrado a tomar decisiones desde siempre y se adivinaba que, fuera lo que fuera lo que se le dijera, concedía a los demás un crédito limitado.

—Piensan en una fuga pero es un comportamiento en contradicción absoluta con el estado de ánimo de nuestra hija, capitán.

Duigan no se esforzó en discutir. Se levantó y precisó que me ponía a su disposición y que seguiría el caso de cerca. Dahl debía de tener un vínculo con el alcalde para que le prometiera semejantes medios destinados a la búsqueda de su hija. Antes de marcharse, Duigan dijo:

—En cualquier caso, puedo garantizarles que la desaparición de su hija no tiene nada que ver con el asesino tras el que andamos. Le era materialmente imposible estar en el campus a la hora en que su hija y su amiga desaparecieron. En esta parte de la costa no se dan los asesinatos en serie hasta el extremo de contar con más de uno operando a la vez. Nunca se ha visto en la historia de Santa Cruz, que sigue siendo a pesar de todo una ciudad tranquila. Sin embargo, investigaremos todas las pistas, se lo aseguro.

La señora Dahl nos sirvió café en unas tacitas. Nunca había bebido uno así, parecía surgido directamente de Sudamérica. Me tomé aquella maravilla de un sorbo y fui al grano.

—Mi formación es sobre todo psicológica, por no decir psiquiátrica. Modestia aparte, logré establecer de manera muy precisa el perfil de Jeff McMullan, el asesino que se ha dado a la fuga.

Me ponían cinco o seis años más de los que tenía, sobrestimación indispensable para mi credibilidad.

—He pasado años ocupándome de criminales en un hospital psiquiátrico de Montana antes de entrar a formar parte de esta unidad de búsqueda, pero ello no me impide apasionarme por las víctimas, en fin..., las presuntas víctimas. Siempre trabajo utilizando la intuición. Luego trato de demostrar que esa intuición es correcta. Pero también acepto que puedo equivocarme. En lo que respecta a su hija, la

hipótesis de un acontecimiento dramático me parece muy improbable por las razones que el capitán ha expuesto. Por su parte, están absolutamente seguros de que su hija no es el tipo de persona que puede fugarse. Me gustaría creerles. Pero la hipótesis de una fuga es más probable que la de un rapto o de un asesinato. Ataquemos pues la primera, si les parece bien. ¿Cómo se llama su hija?

—Janis.

—Si se demuestra que Janis no puede haberse fugado, seguiremos otra pista.

—Pero será demasiado tarde —replicó Dahl, receloso.

—En absoluto, señor Dahl. Abrir una investigación por rapto no nos dará más margen que por una fuga, créame. Me pondré a buscarla personalmente y, esté donde esté, la encontraré. Para ello tienen que ayudarme y la mejor manera de hacerlo es dejando a un lado sus prejuicios. ¿Podemos comenzar?

La señora Dahl interrogó a su marido con los ojos. Aparentemente, él era quien decidía todo. Ella había abdicado en todos los aspectos. Solo tenía ojos para aquel hombre que había dado prueba de su valía. Era inútil preguntarle por su hoja de servicios, a buen seguro no había fingido enfermedad alguna durante la guerra. Inspeccioné rápidamente la habitación y vi fotos de grupos uniformados. Cerca de él, en una modesta vitrina se exhibían unas medallas. Me entretuve mirándolas y Dahl se percató de mi interés por sus condecoraciones.

—Mi padre estuvo en las fuerzas especiales en Italia.

Abrió los ojos en señal de respeto pero no añadió nada.

—¿Qué le permite afirmar que su hija no se ha fugado?

Dahl meneó la cabeza despacio antes de ponerse en pie, impelido por su nerviosismo.

—¡Sería tan inverosímil!

—¿Tiene la sensación de conocerla tanto?

La señora Dahl eludió la pregunta a la vez que asentía con la cabeza.

—¿Quién puede conocer mejor a su hijo que un padre o una madre? —respondió Dahl asombrado ante mi pregunta.

—Las parejas tan unidas como ustedes parecen estarlo a veces dejan poco espacio a sus hijos para respirar. ¿No les ha pasado por la cabeza que pueda rechazar su modelo?

Dahl pareció ofendido.

—Perdóneme, señor, pero la violencia incluso contenida de su reacción a mi provocación demuestra que nunca ha contemplado la posibilidad de que ella pueda diferenciarse de su modelo, estudiar en la universidad... Por cierto, ¿qué estudia su hija?

—Arquitectura.

—Perdóneme, señor, pero ¿cuál es su profesión?

—Promotor inmobiliario.

En lugar de comentarlo, dejé que se instalara un silencio que me pareció más

eficaz y proseguí:

—¿Recuerda el día en que ella decidió estudiar arquitectura?

Dahl se rascó rápidamente la cabeza.

—Se acercaba a los dieciocho años. Su hermano, mucho más brillante que ella, estudiaba medicina y hablamos de quién iba a sucederme cuando llegara el día. Le propuse que estudiara arquitectura. Los arquitectos siempre han sido para mí una cruz. La idea le entusiasmó.

—El camino estaba ya trazado. La sucesión de papá y un modelo de pareja de acero, si mi primera impresión es acertada. ¿Qué espacio le queda a ella para desarrollar su personalidad?

Dahl estaba a punto de mandarme a paseo pero se reprimió, más por voluntad de mantener el aplomo que por el temor a ofenderme. Continué:

—¿Su hija tiene novio?

—No que sepamos —respondió la señora Dahl tras asegurarse con una mirada de que estaba autorizada a responder.

—¿Están seguros de que no mantiene relaciones con ningún joven de su edad?

—No —dijo Dahl—, es demasiado transparente para ocultarnos eso.

—¿Nunca traía a algún amigo a casa?

—Sí, a veces, deportistas. Janis tiene una concepción bastante tradicional del amor. No quiere cargar con un novio antes de acabar sus estudios. Solo quiere conocer a un hombre, casarse y tener hijos.

—¿Y en ese caso cómo explica que tome la píldora?

La pareja me miró, boquiabierta. Me puse en pie yo también y me acerqué al ventanal. Se había levantado marejadilla y una llovizna oblicua lagrimeaba sobre los cristales.

—Estamos en el terreno de las hipótesis. Pero creo que si la señora Dahl se toma la molestia de registrar un poco la habitación de su hija, encontrará una caja de anticonceptivos. Es importante para la investigación.

Mi masa me protegió de una reacción hostil de Dahl, que finalmente invitó a su mujer con un gesto a subir al primer piso. Mientras el ruido de sus pasos resonaba sobre nuestras cabezas, volvió a sentarse y se sirvió café, sin ofrecerme a mí.

—Creo que se va a llevar un chasco, detective.

Estaba sombrío y abatido.

Pasó un buen rato antes de que reapareciera la señora Dahl. Llegó por mi espalda pero vi en el rostro de Dahl que no me había equivocado. Quité hierro al descubrimiento.

—No quisiera que creyeran que su hija les oculta algo. Simplemente tiene su propia vida, la de una chica de su edad. Las evoluciones científicas y tecnológicas hacen a menudo más a favor de la evolución que las corrientes de pensamiento. Aunque ustedes no lo crean, su hija pertenece a la generación de la píldora y del transistor. No adelantemos conclusiones y mantengámonos en el terreno de las

hipótesis. La amiga con la que ha desaparecido se había peleado con sus padres. Me lo han dicho por teléfono. Puede haber arrastrado a Janis a una nueva experiencia. A menos que Janis tenga relaciones con un joven de la contracultura y que haya querido irse con él. Ya está lejos y viva. Muchos jóvenes de la edad de Janis quieren vivir una experiencia en una comuna. Las personalidades más fuertes son las que llevan las experiencias más lejos. Su hija quiere saber. Está intrigada. A buen seguro no participa en un movimiento, pero el devenir de su generación la intriga.

Un velero se recortaba en el horizonte, una cárcel flotante, el encierro de los mares en una ilusión de libertad absoluta.

—¿Qué es preferible? ¿Darse cuenta de que su hija no es la que creen o perderla completamente?

Los Dahl, aún atónitos ante el descubrimiento de que su hija pudiera tener una sexualidad, no calibraban la importancia de lo que yo intentaba hacerles ver.

—Me ocuparé de encontrarla. Una vez la haya localizado, ustedes decidirán lo que quieren hacer.

—¿Cómo va a proceder? —preguntó Dahl, serenándose.

—Los jóvenes de la contracultura son borreguiles. Su trashumancia siempre sigue la misma ruta en dirección a determinadas comunas, al norte de San Francisco en su mayoría.

—¿Pero qué les interesa hasta ese extremo? —preguntó la señora Dahl.

—La generación de ustedes tuvo la guerra para sacar pecho. Algunos jóvenes de la nuestra reniegan de ello. Se inventan un cóctel de cursilerías para un mundo mejor. Es el retorno al cristianismo de los orígenes, con la droga añadida. Porque el principal obstáculo para el cristianismo es la realidad, y con la droga creen llevar la experiencia aún más lejos. ¿Su hija se ha drogado alguna vez?

—Tampoco se suponía que tomara la píldora —espetó Dahl.

Había perdido algo de su soberbia. Sentía que a pesar de la pertinencia de mi proceder, no le caía bien.

—¿Cómo sabe todo eso sobre esa gente, señor Kenner? —preguntó la señora Dahl.

—Gracias a un vasto estudio que me ha ocupado numerosos meses. He recogido a más de un millar de estudiantes, chicos y chicas, en autostop. El espacio interior de un vehículo se convierte pronto en un lugar de palabra. Los jóvenes saben que no tendrán ocasión de volver a encontrarse conmigo, así que me hablan como si fuera una especie de confidente anodino. No soy de su cuerda y sin el coche no habría tenido oportunidad de frecuentarlos.

Di un paso hacia ellos para despedirme:

—¡Antes de quince días habré encontrado a su hija!

—Manténganos informados de sus avances —me respondió Dahl contrariado, como si saber que su hija estaba sin duda viva no bastara para su felicidad.

Seguí la cornisa para regresar a la ciudad. En cuanto la puerta de los Dahl se hubo cerrado detrás de mí, me envolvió un vacío sideral. No lograba volver a ser yo mismo. Al verdadero Al Kenner le costó reaparecer durante el trayecto que me llevaba de vuelta a grandes zancadas marciales por Beach Street. Anduve así más de una hora para recuperar la calma antes de regresar a la comisaría e informar a Duigan. La jugada de la píldora lo dejó atónito.

—¿Cómo podías saberlo, Al?

—Una intuición repentina. Solo había una posibilidad entre dos de equivocarme y me pareció que me la podía jugar.

Duigan miró un buen rato afuera donde todo parecía inmóvil y me dijo:

—Pero si se ha fugado, ¿no crees que precisamente se le habría ocurrido llevarse su caja de anticonceptivos?

—No, creo que en el momento en que salió de la universidad, cuando el último testigo la vio marcharse del brazo con su amiga, aún no había tomado la decisión de fugarse. No olvidemos que es una chica muy conservadora. La aventura la llama, pero es incapaz de planificar su fuga. Por el contrario, al verla en las fotos, me parece suficientemente fantasiosa como para decidir marcharse en un abrir y cerrar de ojos. Basta que la persona que las recogió en autostop fuera una mujer, que anunciara San Francisco como dirección, y la decisión se tomó en un segundo. De nuevo tenemos sobre la mesa la cuestión del paso a la acción. Mientras hablamos, me la imagino ebria de libertad y llena de culpabilidad. Es incapaz de coger un teléfono para tranquilizar a sus padres, ¿sabe por qué?

—No.

—El placer que siente preocupándolos es mayor aún que la culpabilidad que siente de manera intermitente. Estoy convencido de que está tentada de romper para siempre.

—¿Pero por qué?

—Los Dahl son una pareja muy formal. Por un lado, la mujer está sometida a su marido. Hasta el extremo de que teme disgustarle si muestra amor por sus hijos. Janis está excluida de la pareja de sus padres. Por otro, la encadenan a ellos. Cursa unos estudios solo por el interés de su padre. Esas dos fuerzas contradictorias son explosivas. ¿Cuál habrá sido la chispa? Pronto lo sabremos. Creo que puedo encontrarla. Janis es una chica con carácter, e irá muy lejos en el rechazo de su modelo familiar. Y volverá al mismo bruscamente un día no muy lejano.

—No sé si la fuga nos concierne verdaderamente, pero Dahl es amigo del alcalde. Te doy diez días para localizarla. Pasa por administración a buscar dinero para tus gastos.

Sin mirarme, me preguntó:

—¿Va en serio eso de casarte con mi hija?

—Sí. Solo esperaba a tener un trabajo fijo.

—Encuentra a Janis Dahl y tendrás un trabajo fijo. Espero que seas sincero, Al. Mi hija es más frágil de lo que parece. Es una buena chica, recta, un poco blanda a veces, pero sé que la muerte de su madre influye en ello. Le cuesta creer en la vida.

—Cuando trabajaba en el hospital psiquiátrico en Montana tuve un jefe que me marcó mucho. Decía que todos los problemas empiezan el día en que salimos del vientre de la madre y la criatura grita su cólera por pasar del mundo de la ingravidez amniótica al de la gravedad donde nunca hay que olvidarse de respirar. Si además la madre acaba de desaparecer, el desencanto es definitivo.

—Tú le das seguridad, Al. Casi más que yo. El otro día, cuando le pregunté qué veía en ti, me dijo: «Es como una locomotora de hierro y yo como un vagón de madera.» Añadió que eres delicado con ella, que la respetas. Es verdad que en estos tiempos en que los jóvenes se acuestan antes de hablarse, tienes buena pinta, Al. Bueno, entiéndeme bien, muchacho, no te empujo a que te cases con mi hija, solo quiero saber si estáis en la misma longitud de onda.

—Lo estamos, señor Duigan.

—Puedes llamarme Pat.

Al salir de la comisaría, entré en el primer bar que encontré. Ahora que me había convertido en su colega, ya no tenía demasiadas ganas de encontrarme con policías en el Jury. El St. James, casi tan sórdido como el Jury, estaba al lado de un McDonald's y el olor a patatas fritas grasientas planeaba sobre su puerta y revolvía el estómago. Había tres choppers Harley aparcadas junto a la acera. Como veterano profesional de la moto, vi que habían sido preparadas con pésimo gusto. Sus propietarios jugaban al billar y fumaban, con una botella de whisky y unas cervezas al lado. La chica que atendía la barra era bastante cordial. A pesar de todos sus esfuerzos por parecer vulgar, no lo lograba. Pedí vino y charlamos un rato mientras los moteros hacían un ruido infernal. Era de Sierra Nevada, originaria de Bass Lake, a unas millas de North Fork. Como yo, le volvía la espalda al mar. Toda aquella agua salada cabalgada por unos cretinos sobre tablas no la inspiraba. Soñaba con regresar a Sierra Nevada. Tenía un enchufe para un trabajillo en el parque de Yosemite. Se trataba de llevar una tienda de bocadillos y de souvenirs, pero, por lo menos, allí en la montaña, el aire era fresco y seco. El dinero ganado durante la temporada turística le permitiría pasar el invierno tranquila como un oso negro.

La luz natural solo entraba en el bar por la puerta cuando un cliente la abría. La iluminación tamizada daba un color amarronado al suelo. Las tulipas de las lámparas sobre la mesa de billar chocaban con los rostros de los jugadores y les daban una forma inquietante. La camarera se dio cuenta finalmente de que yo bebía mucho y fui dejando dólares sobre la barra a medida que pedía para tranquilizarla. Me preguntó si tenía mal de amores. Le respondí que era mucho peor. Uno de los moteros vino a la barra tambaleándose, se acercó a la camarera y la agarró de las puntas de los senos. Empezó a apretárselos y gritaba: «Saca la lengua y te suelto.» Sin la ayuda del alcohol, nunca hubiera tenido valor de intervenir. El tipo opuso resistencia pero me llevé la mano a la espalda a la altura de la cintura como si buscara un arma:

—Así no se trata a una mujer. Soy policía, no me obligues a sacar el arma.

Mi amenaza, sumada a mi altura, bastó para calmarlo mientras yo reprimía el castañeteo de mis dientes. Puse de nuevo la mano sobre la barra, contento por no tener que mostrar una pistola que no tenía. Los tres tipos se marcharon finalmente sin armar jaleo. Me quedé solo con la camarera. Tenía a alguien en su vida pero no se oponía, lejos de ello, a entablar más amplias amistades. Incluso añadió que estaba dispuesta a esperar un poco. Así que yo estaba hecho para ese tipo de chicas que viven en la franja de la clase media. La dejé borracho como nunca había estado. Me subí al Ford y conduje con prudencia hasta Aptos. Aparqué a unos cien metros de la casa, detrás de un cobertizo de jardín de madera. La habitación olía a cerrado pero no tuve el valor de abrir las persianas. En mi sueño pesado y pastoso oí a lo lejos las voces de mi madre y de Sally Enfield. Mi madre no debía de estar mucho mejor que yo porque por una vez la condenada Sally soltaba un monólogo y opinaba sobre unos

y otros. Se metía conmigo cuando veía que mi madre se adormilaba.

—¿Sabes que tu hijo me da miedo, Cornell? Nunca he tenido miedo de nadie, pero cuando se planta frente a nosotras, a veces es aterrador. Es por la fijeza de su mirada, creo. Si fuera amenazador creo que no tendría tanto miedo de él, pero se vuelve de piedra. Esa es la mirada que debía de tener cuando mató a sus abuelos, me apuesto lo que quieras. Te das cuenta, es su última imagen de la vida.

Agucé el oído y oí a mi madre responder:

—No lo vieron, les disparó por la espalda.

—Espero morirme de un ataque fulminante, ¿eh, Cornell? ¿Tú no?

—Por supuesto que no —respondió mi madre—. Me han robado la vida, no quiero que me roben la muerte. Quiero tener tiempo de verla acercarse, de degustarla.

Luego se puso a toser como una vieja tísica. Estuvo tosiendo más de diez minutos. Me dormí un poco antes de que acabara su ataque de tos. Un tipo que golpeaba con un metal sobre otro metal me despertó al alba.

Fui a desayunar al parque de atracciones junto a la playa. La noria dormía tras los esfuerzos de la víspera. El café era tan largo como malo y los bollos chorreaban. De allí subí hasta el edificio de los Duigan. Esperé pacientemente a que saliera Wendy. Estaba sorprendida y contenta de verme. Un bonito vestido azul le daba un aspecto extraordinariamente femenino. La acompañé a su trabajo. Le pareció que mi camioneta exhalaba un olor extraño, cosa que me sorprendió. Abrí las ventanas de par en par y, como aún tenía tiempo, paseamos un poco por los cerros.

—Me ha dicho mi padre que tienes mucho trabajo.

—Sí, por eso quería pasar un rato contigo esta mañana. Estoy investigando la desaparición de dos estudiantes. Tendré que viajar al norte.

—¿Por qué al norte?

—No lo sé, todos tenemos una brújula en la cabeza y estos días mi aguja señala al norte.

—¿Crees que han sido asesinadas?

—No, es solo una fuga. Volverán solas, pero como una de las dos es hija de un amigo del alcalde, un importante promotor, tu padre me ha encargado que las localice.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Tengo una idea.

Nos sonreímos y ella apoyó la cabeza sobre mi hombro. En ese momento hubiera pagado lo que fuera por ser como todo el mundo.

—Mi padre dice que estás muy dotado para el trabajo de investigador. Se le ha metido en la cabeza hacer que entres en la policía de verdad en cuanto hayas demostrado tu valía. ¿Cuándo nos casaremos, Al?

—¿Y si dijéramos dentro de dos meses? Ya sabes que no tengo los medios para hacer una boda por todo lo alto.

—Lo sé, Al. ¿A cuántas personas invitarás tú?

Creo que solté una carcajada.

—A nadie.

—Yo pensaba en invitar a Marilyn y a mi jefe.

—Y tu padre invitará a toda la comisaría, seguro.

—Seguro, pero no te dejará que lo pagues tú. ¿Cuándo volverás?

—Dentro de una o dos semanas.

—¿Tanto tiempo?

—Quizá menos.

Salió del coche y se volvió para saludarme con la mano. Yo me sentía enormemente aliviado al estar solo de nuevo. Mientras la contemplaba flotando en su vestido azul, tuve ganas de que desapareciera, de que se evaporara, de que nunca nos hubiéramos conocido.

Me quedé inmóvil un momento con la sensación de que me estaba haciendo trizas, cayéndome a pedazos. Imaginaba a mis abuelos en el ataúd a todo lujo que mi padre debía de haberles pagado. Los trajes del domingo con los que los habían enterrado debían de tener ahora mejor aspecto que ellos. Arranqué y mis tristes pensamientos se dispersaron. Llegué a la comisaría. Pasé por administración a buscar mis anticipos de gastos y de salario. Duigan lo había organizado todo pero aun así pasé una hora rellenando papeles.

Al salir, una multitud de fotógrafos y periodistas aguardaba en las escaleras de acceso al edificio. Pregunté a uno de ellos qué pasaba:

—Han detenido a McMullan el destripador.

Esperé un poco con ellos, y cuando dos policías triunfales lo sacaban de un coche sin distintivos, vi a un hombrecillo de mi edad calvo y gris. Duigan salió del asiento delantero del vehículo y comenzó una rueda de prensa falsamente improvisada, mientras conducían al criminal al interior. El alcalde, surgido de la nada como a menudo hacen los políticos, se unió a él: «La detención de Jeffrey McMullan es un alivio para nuestra policía. Desde hace varios meses, ese monstruo desafiaba a nuestra comunidad aterrorizándola. Ha atacado a los más débiles. Que nuestra alegría de verlo entre rejas no nos haga olvidar el dolor de las familias de las víctimas.»

Cuando el alcalde tomó la palabra a su vez, me fui tranquilamente al St. James.

Vi en los ojos de la camarera que creía que volvía por ella. Puse música en la máquina de discos, un buen clásico de Elvis. Nunca me ha interesado la música, ya he tenido ocasión de decirlo, pero es práctica cuando uno no quiere hablar. La camarera no se atrevió a dirigirme la palabra y fue una sabia decisión por su parte. Lo que la víspera había sido soportable oír ya no lo era, las banalidades nunca tienen una segunda oportunidad. Bebí aplicadamente pero sin precipitación. Salí de allí a primera hora de la tarde sin comer y me dirigí al campus. Me sentía mal, como cada vez que pasaba mucho tiempo inmerso en mis pensamientos. Fui en busca de alguien que me diera conversación.

La primera chica que levantó el pulgar era del montón. La segunda transpiraba sus genes republicanos y no tenía yo el día. La tercera era Susan. Ya miraba por debajo desde detrás de sus gafas redondas al estilo de las de Janis Joplin, con el cabello pelirrojo estropeado y unos ojillos azules húmedos. Su cuerpo estaba disimulado bajo un vestido colorido y arrugado. Cargaba con una impresionante quincallería que la acompañaba en sus movimientos como el cencerro de una cabra. El pachuli apenas cubría un tenaz olor de transpiración. Le pregunté la dirección y titubeó antes de devolverme la pregunta.

—Me iría a la aventura pero aún no me he decidido. Me han hablado de comunas más al norte. Me tiente una pequeña experiencia.

—Al verle me habría imaginado cualquier cosa menos eso —respondió ella sin

burlarse.

Hizo bien, la habría arrojado de la camioneta en marcha sin vacilar. Prosiguió:

—Si fuera a casa a por algunas cosas, ¿me esperaría?

—No lo creo.

Cambió de opinión.

—Al fin y al cabo no necesito nada. ¿Pagamos la gasolina a medias?

—No hace falta.

Se puso colorada de alegría.

—No pasa un día sin que me diga que lo voy a dejar todo para irme a una comuna y aparece usted el día en que he acabado los exámenes. ¡Es Papá Noel!

Su alegría me pareció indecente.

—¿No te parece que hay algo extraño? ¿Un tipo alto de cabello corto con camisa azul de manga corta y bigote?

Respondió con un no violento. Continuó en el mismo tono neutro:

—¿Sabes que no puedes abrir la puerta desde tu lado?

Sonrió apurada y probó de abrirla mirándome.

—¿Has oído hablar de McMullan el destripador?

Ya no sonreía.

—Sí.

—Pues lo han detenido esta mañana.

Se relajó de golpe.

—Por lo menos es lo que creen.

—¿Por qué?

—Estoy de guasa.

—No, dígame, ¿no será una especie de sátiro, al menos?

—De serlo, no creo que fuera a atacar a una chica como tú.

Dejamos ahí la conversación.

—¿Conoces alguna comuna en concreto?

—Sí, tengo una amiga que dejó la facultad para ir a una hace cinco meses y aún no ha vuelto, lo que prueba que debe ser un sitio muy enrollado.

—En tal caso, vamos. ¿Hacia dónde es?

—Si no recuerdo mal, está en la carretera número 1, por encima de San Francisco.

—¿A cuánto de San Francisco?

—Diría que a dos horas siguiendo la costa.

—¿Cómo se llama el sitio?

—No lo recuerdo exactamente, pero en cuanto lo vea escrito en algún sitio me vendrá a la memoria.

Tomé la 101 en dirección a San Francisco. Susan estaba muy excitada y lo manifestaba con suspiros de alegría y dando saltitos en su asiento. En la radio sonaba música de Chuck Berry y ella quería que cambiara. No cedí. Volvió con la historia de la puerta.

—¿Por qué no se abre desde mi lado?

No tenía prisa por responderle.

—El mecanismo está encallado, supongo, mi Galaxy ya empieza a tener una edad.

—Es extraño, tengo la sensación de que se esfuerza en no parecer simpático.

—Nunca me esfuerzo en nada y ese es mi problema.

Al acercarnos a San Francisco, el tráfico se hizo más denso y circulamos al paso. Susan aprovechó para escrutarme.

—¿Por qué quiere irse a vivir a una comuna? Parece más un solitario. ¿Realmente le gustan las otras personas?

—No, pero me gustaría aprender.

—Tengo la impresión de que se encuentra en un estadio en el que ya no tiene elección. ¿Le importa si me lío un porro?

—Hasta ahora esta camioneta era no fumador.

—¿Eso quiere decir que puedo fumar?

Respondí con un no categórico y ella se encerró en su caparazón. Luego le entraron unas ganas imperiosas de mear. Nos acercábamos al Bay Bridge por la autopista llena de coches y no veía dónde podía detenerme.

—Tendrás que aguantarte hasta que hayamos pasado el Golden Gate.

—¿Cuánto tardaremos?

—Si esto sigue así, diría que una hora.

—¡Es imposible!

Me suplicó que me detuviera en el arcén y tuve que rodear el coche para abrirle la puerta. Se alivió detrás de la camioneta al abrigo de las miradas. Pensé en dejarla allí, pues al fin y al cabo yo sabía tanto como ella sobre la localización de la comuna. Mi interés se impuso. Sin ella, despertaría recelos en la comuna y no era eso lo que pretendía. La niebla caía sobre San Francisco, tan húmeda que parecía lluvia, y el caudal de coches tardaba en evacuarse.

—Creo que nunca volveré a la civilización —chilló ella, sentenciosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no tiene sentido. Mire, estamos hacinados como un rebaño de vacas camino del matadero. Estamos aquí para consumir, y punto. Me imagino en una casita con un jardín abierto y a los vecinos que vienen a traerme una tarta de manzana con mucha nata para darme la bienvenida e inspeccionan el interior de la casa en busca del menor indicio acerca de mi fe. Nunca se ha visto a tanta gente malvada

valiéndose de Cristo como en esta mierda de país. Y él no dice ni pío. Pero o bien está muerto de verdad, y eso quiere decir que la resurrección ha fracasado, o está tan consternado que se ha rendido. Y lo que me gusta de la experiencia de nuestra generación es volver a sus esencias, demostrar a todos esos impostores que el mensaje de amor de Cristo sigue siendo de actualidad.

—Os vais a pegar un tortazo.

—¿Por qué?

—Porque el hombre es malo. El mal está en él desde su nacimiento. Mira el patio de un colegio, no es mucho mejor que el patio de una prisión.

—¿Ha estado en la cárcel?

—Esa no es la cuestión.

El tipo que estaba delante de nosotros frenó súbitamente. Le toqué sin causarle ningún desperfecto, pero salió del coche con la idea de matarme.

—¿No puedes mirar por dónde vas, gilipollas?

Se abalanzó sobre mi puerta. Al salir yo del coche vio, atónito, cómo frente a él se elevaban dos metros veinte. Habría podido aguantar el tipo, pero yo empuñaba una nueve milímetros. Se largó sin volverse como si nunca hubiera ocurrido nada. Susan estaba acurrucada contra su puerta.

—Ha sacado una pistola, ¿está loco?

—No estoy loco, pero no me gusta que me falten al respeto.

Arrancamos de nuevo. Dos millas más lejos, una vez la emoción se hubo calmado, dije:

—No me arrepiento. De crío, cuando me insultaban me quedaba aterrorizado y ya ves, se acabó. Y si no quieres continuar el viaje conmigo, te dejo donde quieras.

—Qué mal rollo, pero qué mal rollo.

Repitió esta frase varias veces, pero se quedó.

Luego me pidió que me deshiciera del arma:

—De todas formas es ilegal.

—En ese caso vamos a aclarar las cosas entre tú y yo —le dije—. Soy poli y es mi arma de servicio. Voy en busca de dos chicas que han desaparecido y espero encontrarlas en una comuna, porque de lo contrario significará que han sido asesinadas. Y esto no se lo vas a contar a nadie, ¿entendido? No quiero hacerles ningún daño a tus hermanos, incluso estoy dispuesto a tratar de entenderlos, pero nunca seré uno de los vuestros, no me gustan ni la barba, ni el pelo largo, ni el humo, ni el amor, ni la roña.

La lluvia martilleó sobre el coche e hizo más soportable el silencio que se había creado entre nosotros. Susan sostenía las rodillas dobladas contra su vientre, pegada a la puerta. Su repentino apego a mí parecía el de una víctima a su verdugo. Aunque le dijera lo que me viniera en gana, o la maltratara verbalmente, nada la hubiera disuadido de quedarse conmigo. Esa situación me asqueaba.

—¿Te vas a una comuna para follar a tope?

—¿Por qué dice eso?

—Porque el amor libre es para las feas. Una chica guapa se puede follar a quien quiera, ¿no crees?

—¿Por qué es tan cruel conmigo? ¿Qué saca de eso?

—Me parece que no me gustas. Hay algo en ti que me molesta.

—¿Es porque no le provocho deseo? Le hubiera gustado aunar el placer con el deber pero no le gusto, ¿verdad? Ya ha visto cómo era al subir a la camioneta.

Esa conversación no conducía a ninguna parte porque ni el uno ni la otra sabíamos muy bien cómo había empezado.

—¿Qué sabes de esa comuna?

—Mi amiga solo me ha llamado una vez. No tienen teléfono y llamar desde la cabina cuesta una fortuna. Dijo que la gente era muy enrollada, que en cuestión de comida aún estaba muy negro pero que iban por buen camino. Creo que deberíamos llevar algo.

—¿Como a una fiesta de cumpleaños? Podemos comprar vino.

—Me parece que no es lo suyo, prefieren hierba o estrellas azules.

—¿Qué son las estrellas azules?

—LSD.

Permanecimos un buen rato en silencio. El Golden Gate estaba empapado. Los coches circulaban muy despacio. Abajo, el mar fangoso nos miraba como el tiburón que observa a su presa gesticulando en la superficie. Susan se rebeló de repente:

—Una mujer, incluso la más fea, siempre encuentra a alguien con quien follar. A los hombres no les pasa lo mismo.

No respondí, no valía la pena y no estaba de humor. Supe que había llevado mucho tiempo atravesar San Francisco porque ella volvía a tener ganas de mear. Salí de la 101 a la altura de Sausalito, una pequeña ciudad costera de bohemios ricos que un día caerá al mar y tomé la carretera número 1. Esta desfila en curvas muy cerradas hasta la costa a través de una naturaleza que hace gala de sus riquezas sin modestia alguna. Hice bajar a Susan en un camino de tierra. Le pareció que no estaba lo bastante protegida de las miradas. Me puse un poco de mal humor y le pregunté qué era aquello tan extraordinario que tenía que ocultar. Debería haberlo sospechado, era del tipo que se prenda del fulano que la maltrata. Se lo dije y lo único que se le ocurrió contestar fue: «Pues no tengo la impresión de que me maltrate, Al.»

Mientras la carretera serpenteaba mareante, ella sacó su caja de píldoras del bolso.

—No sabía que hubiera un hombre en tu vida.

—No hay ninguno, pero no me gusta que me sorprendan.

Lo dijo muy seria. Añadió:

—Esto es el invento del siglo, y se evitará un montón de tragedias. Cuanto más pobre es la gente, más hijos tiene, cuanto más se pelea más hijos tiene, da la impresión de que tener hijos es el remedio universal. No sé por qué mi madre me

tuvo. No quería a mi padre. Yo tampoco. Se quedó embarazada y conservó el polichinela, sin darle más vueltas. Y ni en mis pensamientos más lejanos recuerdo haber tenido ganas de vivir.

Bromeé:

—Qué lástima, tenía ganas de cortarte el cuello pero me las has quitado. No se puede matar a alguien que quiere morir, ¿dónde estaría la gracia?

—Le juro que por un momento, al inicio del viaje, me ha pasado por la cabeza la idea de que era usted un asesino y me he dicho: «Vaya, tendría guasa que lo fuera.» He fantaseado sobre el enfrentamiento entre un ladrón de vida y alguien a quien no le importa perderla.

—No puedo creer que no tengas ganas de vivir.

—En la naturaleza, mi vida me parece legítima, pero en la ciudad a veces pienso en matarme.

—¿Lo has intentado?

—No, no me quiero lo suficiente para eso. Pero dígame, ¿quiénes son esas chicas que han desaparecido?

—Dos chicas de la facultad de arquitectura.

—Estudio literatura, así que no debemos de habernos cruzado. ¿Son de la contracultura?

—¿Por su aspecto?

—Sí.

—No, dos chicas conservadoras.

—Conozco a muchas chicas como esas que se han pasado de bando. Es una cuestión de supervivencia. La familia es el lugar donde se destila menos oxígeno, así que necesitan largar velas. Nuestros viejos, con la excusa de haber hecho la guerra y de haberla ganado, creen que su modelo es incuestionable. ¡Pero que se metan donde les quepa su modelo del trabajo, la religión, la familia y la patria! Estoy orgullosa de ser estadounidense, ¿pero cómo se puede estar orgulloso de ser estadounidense con todas las guarradas que se han hecho en Vietnam, en Sudamérica o en África? En cuanto alguien trata de repartir un poco mejor las riquezas, se lo cargan. Diciendo que es comunista. Estados Unidos es el paraíso de los farsantes, de los hipócritas, de...

—Si no cierras la boca, acabarás yendo a pie.

Estaba un poco exaltada y se dio cuenta.

—Ha estado en Vietnam, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Sé reconocer a un hombre que ha matado de un hombre que no lo ha hecho nunca. Está usted tenso como un hombre que se ha visto en la obligación de matar y que nunca se recuperará de esa transgresión, que cargará con la culpabilidad de la misma hasta el fin de sus días. Le entiendo, ¿sabe? Nuestros padres mataron pero tenían la moral de su lado, mientras que uno no se puede justificar a sí mismo acabar con vidas en Vietnam. Y no le gusta la gente como nosotros porque no le ayudamos a

justificar lo que ha hecho, porque no le glorificamos por haberlo hecho. Pero yo le perdono, ¿sabe?

La hubiera matado. Delante de hombres como Duigan o Dahl, yo era otro. Desplegaba mi inteligencia para impresionarlos como si tuviera frente a mí a mi propio padre. Pero los cerdos como aquella Susan me conducían al verdadero Al Kenner. Habría podido matarla en un segundo y arrojarla entre los matorrales que bordeaban la carretera entre los que ni un perro encontraría el camino. Pero era uno de esos deseos de matar que nunca se llevan a cabo. Ella sentía que yo tenía ganas de matarla, que era capaz de hacerlo y gozaba porque no le importaba su miserable vida. Éramos el hombre que querría matar pero no se atreve y la mujer que quisiera morir pero no se atreve, y así estábamos uno y otra cuando al salir de una curva apareció enfrente el mar. Sinceramente, ¿quién podría querer matar a semejante depresiva?

Una pequeña carretera de firme descuidado a propósito para obligar a reducir la velocidad conducía a la izquierda hasta el mar. La tomé y llegué a un aparcamiento dispuesto para unos cuantos campistas. Estacioné y me fui andando solo hacia la playa sin decirle ni una palabra. Comprendió que tenía que dejarme solo. Un puente de madera salvaba un riachuelo límpido. Lo crucé y avancé hasta las dunas de arena blanca que le alzaban al mar una muralla frente a la civilización. A aquella hora tardía algunos paseantes regresaban hacia el interior. Las familias se mezclaban con hippies descalzos. Quedaban aún algunos contemplativos en la playa, una cala en semicírculo desde la que se veían las casas de Stinson. Me senté en la arena con la esperanza de hallar un poco de serenidad. Sin embargo, el hormigueo del malestar no me daba un respiro, como si algo en mí me recordara sin cesar mi particularidad. Susan acabó reuniéndose conmigo. Se desnudó a mi lado y se quedó en bragas y sostenes.

—¿No se baña?

—No, me da miedo la fauna.

Sonrió. Me parecía extraño que una chica que daba muestras de tanta vitalidad tuviera tan poco apego a la vida. Era a buen seguro una postura de chica contrariada por no gustar a los hombres. Sus formas poco agraciadas se encogieron hasta que entró en el agua, donde se estremeció, presa del frío. Pensé en marcharme llevándome su ropa y dejarla plantada en aquella playa desierta con su ridícula vestimenta. Ya no me apetecía hacerle daño. Volvió aterida por la brisa. Se vistió castañeteando y luego se echó a llorar. Hice como si no lo hubiera visto y me levanté para dirigirme al coche.

Al volante, en el momento de poner la llave en el contacto, me sentí muy mal. Me pareció que no podría siquiera arrancar, que tendrían que llevarme a un hospital psiquiátrico. Traté de ver el lado positivo y me dije que ese malestar se debía a una hipoglucemia. Susan no vio nada pero comprendió por mi manera de arrancar que se trataba de una urgencia. Tomamos la dirección de la calle principal y aparqué frente a una tienda. La regentaba una negra obesa y sonriente y, aunque estaba a punto de cerrar, esperó pacientemente a que examinara la sección de licores. Tomé cuatro botellas de vino y el mero hecho de tenerlas entre mis brazos ya me reconfortó. Susan me esperaba apoyada en el coche, fumándose un enorme porro. Subí a la parte posterior de la camioneta para beber al abrigo de las miradas. Me bebí dos botellas de un trago sin tener realmente sed. Susan se acomodó a su vez, radiante. Recordaba la ciudad donde se hallaba la comuna. El nombre no me decía nada pero no me costó encontrarla en el mapa. Estaba apenas a dos horas hacia el norte, junto al mar. Bastaba seguir la carretera de la costa y eso hicimos. La animosidad entre nosotros se había apaciguado. Por aquella carretera no había ningún riesgo de cruzarse con la policía así que descorché una tercera botella y bebí despacio contemplando el paisaje. A intervalos regulares la costa albergaba pequeñas lagunas en las que el mar se

inmovilizaba. Protegidos del viento y de las mareas, los peregrinos naufragados en aquellas costas la habían manchado de chalets de madera donde consumían sus sueños de soledad.

Un viento de optimismo se levantaba en mi cabeza y empecé a pensar en Wendy, en la casa que podríamos comprar juntos, en la vieja moto que podría restaurar en el garaje mientras ella amasaría las galletas, y cuando la carretera dejó el mar y se adentró en las verdes praderas me eché a llorar al pensar que era un ser sin destino. No se lo tomen como una sensiblería, solo me he lamentado para mí mismo y además tengo que estar muy borracho para que se manifieste ese tipo de emociones eruptivas. Susan no captó nada de ese momento furtivo de tristeza. Había apoyado sus pies en el salpicadero de la camioneta y su vestido arrugado subía por sus piernas que en esa posición parecían más delgadas. La hierba la había sumergido en un mundo maravilloso, sin angustia y sin su torpe timidez.

—Somos la primera generación de la humanidad que eleva la conciencia humana a semejante nivel, esa es la verdad.

No respondí porque no la escuchaba.

—¿Salieron nuestros padres vencedores de la última guerra? Sí, pero ciegos. No se dan cuenta de que la humanidad al matarse unos a otros ha exhumado su rostro más sombrío. No ha habido buenos ni malos. Solo una especie que ya no tiene un lugar en esta tierra. Estados Unidos siempre finge combatir por sus principios y solo lo hace por sus intereses. Sabotaremos esa sociedad desde dentro, pacíficamente. Acabaremos con el consumismo, la producción y todas esas tonterías que nos asfixian.

Se detuvo por sí misma, como una segadora al quedarse sin gasolina. Luego concluyó:

—Espero que nos admitan en la comuna.

Puntualicé:

—Que te admitan. Yo solo estoy de paso.

—Dice eso, pero no lo sabe. No se cierre a esa experiencia, quizá pueda salvarle la vida.

—¿Salvarme la vida? De ninguna manera. Pero quizá sí pueda salvar la vida a otros.

No comprendió lo que quería decir.

—No hay suficientes comunas para los miles de jóvenes que desean unirse a ellas.

—¿Por qué no crean más?

—No es fácil encontrar tierras.

Beber me dio hambre.

Tras unas millas por una carretera que bordeaba el océano, ora junto al mismo, ora lejos de él, descubrimos una gran cabaña de troncos que se utilizaba como restaurante. Solo servían fritura de pescado y en mi vida había comido pescado. Al saberlo, Susan me preguntó por qué, pero ¿cómo iba a saberlo yo? La fritura le quitó el sabor al pescado. Por primera vez en mi existencia también tomé vino en otro sitio que no fuera un bar o mi habitación o mi coche. Susan alternaba cada bocado con una sonrisa y enseguida me pareció lamentable. Un lago de agua salada se extendía al pie del restaurante y el agua estaba petrificada como el hielo. Había barcas de pesca amarradas al pontón que conducía a una casita de madera sobre pilares. Allí vivía un hombre. Desde el restaurante se le veía atareado en la cocina. Luego salió calzando unas botas altas de plástico. Una larga barba blanca le descendía hasta el pecho y compensaba su calvicie generalizada. Por un segundo hubiera cambiado mi vida por la suya. Soñé por un momento que la naturaleza me aprisionaba en un lugar del que no podía salir y mis relaciones con los demás se limitaban a un gesto de la cabeza, educado, al ir a por cerillas a la tienda de la esquina donde nadie me preguntaría nunca nada. La cuenta me sacó de mis ensoñaciones. Nunca había visto una cuenta así. Eché mano del dinero para gastos, preguntándome cómo iba a justificar la comida de Susan. Luego me dije que en cierta medida era mi confidente y que así la presentaría. En el coche, hice unos buches para limpiarme la boca del olor a pescado y me bebí entera la última botella. Susan se durmió antes de que yo arrancara y el camino prosiguió en silencio y despacio porque era la hora a la que los ciervos corretean de un lado para otro a sus anchas. No hace tanto tiempo, hará unos cien años, los hombres y las mujeres de la conquista del Oeste habían ido a dar allí, contra aquel mar poco amistoso, y los imaginé rendidos pero felices por haber llegado al fin del camino. Luego debieron de refluir hacia el interior, hacia tierras más fértiles. Aquella costa que desfilaba bajo el amarillo de mis faros me pareció extrañamente desierta. Se podía circular durante millas sin ver una casa ni cruzarse con otro vehículo. Pensaba en mi familia, que había dejado Alemania para ir a Nueva York. No sabía qué había impulsado a unos apacibles campesinos a dejar sus tierras para embarcarse en un paquebote lleno de emigrantes azorados. Nunca habían hablado de ello, ni unos ni otros, puesto que mis antepasados maternos dejaron su Baviera natal a la par que los abuelos de mi padre. Pondría mi mano en el fuego por unos y otros a que no debió de empujarlos la hambruna sino a buen seguro turbias historias de las que no cabe vanagloriarse delante de los hijos, al caer la noche, junto al hogar, en una granja aislada de Montana o Sierra Nevada. Es el tipo de secreto que estalla en plena cara, un día u otro, y el petardo soy yo. Soy la pesadilla americana de esas dos familias, el «final muerto» de su aventura. En cada generación finalmente solo había habido una persona para proseguir el linaje por una dramática casualidad que nadie es capaz de explicar. Soy el último de los Kenner al igual que lo fue mi padre y mi

abuelo antes que él. Soy también el último de los Hazler. Las dos hermanas de mi madre fallecieron sin hijos. Mi hermana mayor murió embarazada. Estaba demasiado gorda para hincharse más y su corazón se paró al tercer mes. Mi otra hermana también ha muerto, pero no recuerdo exactamente cómo y, sin embargo, la prefería a la primera. Aunque preferirla no significa que la quisiera.

Había muchas curvas en la carretera para un hombre cansado que se había bebido cuatro botellas de vino, pero me mantenía lúcido. Me juré que a mi regreso de aquella escapada iría en busca de mi padre. Tenía que estar en algún sitio. No me lo imaginaba en el este. Menos aún en el sudeste. Los tejanos le ponían los nervios de punta. Florida, con los viejos que iban allí a broncearse, le daba más miedo que un cementerio. Luisiana era como una lavandería. Detestaba su clima y a pesar de no ser racista afirmaba que los negros se reproducían allí en un número demasiado elevado. Hay que precisar que nunca había puesto los pies en ninguno de aquellos estados, pero era la idea que se hacía de ellos. Con toda seguridad no había regresado a Montana. Tenía el presentimiento de que no vivía muy lejos de mí con su nueva esposa que quizá ya no lo era. Cuando mis faros iluminaron el panel que indicaba que habíamos llegado a Tomales, Susan dormía profundamente. Su cabeza caía sobre su torso. La sacudí y me di cuenta de que por un momento no sabía ni dónde estaba ni qué hacía allí. Aparqué delante de un hotel, bajo una farola. A aquella hora avanzada, los ciudadanos dormían detrás de sus gruesas cortinas. Bajé de la camioneta y recorrí las calles adyacentes con la esperanza de encontrar a alguien. Un viejo que venía de no se sabía dónde acabó aparcando cerca de nosotros para ir a su casa que se hallaba en la esquina. Nos observó sin miedo pero de reojo. Me acerqué a él y se me quedó mirando, alzando su sombrero calado por encima de las orejas.

—Perdone, señor, buscamos una comuna que está por aquí.

Pareció enojado.

—¿Vienen a engrosar las filas de esos degenerados?

Le tranquilicé.

—Oh, no, solo hemos venido a buscar a una persona.

Mi respuesta le satisfizo. Me señaló una calle que se dirigía a la izquierda.

—Es la avenida del Océano y, como su nombre indica, lleva al océano. Verá que al cabo de tres millas el paisaje cambia completamente, parece los Highlands de Escocia.

No sabía yo cómo eran los Highlands de Escocia y, de todas formas, era de noche. Se lo hice observar amablemente.

—En ese caso digamos que al cabo de tres millas, bastante llanas, la carretera se vuelve súbitamente ondulada. Hay muchas curvas. Siga adelante dos millas y a la izquierda, si tiene suerte con la luna, porque aunque haya luna la niebla la oculta, verá a la izquierda una granja bastante impresionante cuyos primeros edificios están destartados.

Susan se unió a nosotros y a él le causó mala impresión. No respondió a su

saludo.

—Allí es donde viven y se reproducen. Por lo que dicen, follan como conejos. Por aquí se ve a menudo deambular a las mujeres y siempre están embarazadas. No nos gustan, pero no les hacemos daño. Y si llegan a un pueblo de casitas de madera, es Dillon Beach y significa que se han pasado de largo.

De golpe, al darse cuenta de que yo no era de aquella calaña, se puso pensativo.

—Mire, no tengo nada contra esos pobres chavales, pero soy de una generación que trabajó duro para acceder al progreso. Verlos calentarse con leña e iluminar con lámparas de aceite es un poco insultante para la gente como nosotros. Parece que no se lavan con agua caliente y a pesar de eso se cambian las mujeres entre ellos. Ya me entiende, por tolerantes que seamos hay cosas que chocan un poco. Aunque, mire, todo hay que decirlo, son valientes. Hace dos años que retomaron esas tierras que son de las más pobres del condado y logran vivir de ellas. Si se pueden criticar las cosas malas, también hay que reconocer las buenas. Pero no me gustan, y ante eso no hay nada que hacer.

Y dicho eso se marchó, deseándonos buenas noches.

Nos pusimos en camino despacio, porque la noche era densa. Una llovizna empañó aún más mi visión hasta que las capas de niebla nos inmovilizaron. Circulamos al paso sin dar con ninguna entrada de un rancho y finalmente fuimos a dar a un pueblo en miniatura. Una veintena de casas de madera rodeadas de minúsculos jardines se alzaban sobre una plataforma arenosa. Cada una estaba flanqueada por una pick-up y un barco de tamaño modesto. No se podía ir más lejos y volver hacia atrás no servía de nada. Decidí esperar a que amaneciera. Susan se durmió y yo me quedé pensando. El alcohol y las drogas son la única manera de separarse un poco de sí mismo. De lo contrario uno siempre está consigo mismo y eso se hace pesado, sobre todo para gente a la que le cuesta dormir. Pensé en Wendy.

Wendy dormía mucho. Le hubiera gustado que durmiéramos juntos, pero yo no me imaginaba durmiendo con ella en casa de su padre ni llevándola a casa de mi madre, que le habría contado todo acerca de mi pasado. Me propuso llevarla al hotel pero en mi vida había pisado uno y me habría dado la sensación de tratarla como a una puta. No entendía cómo no se cansaba de mí.

Comenzaba a amanecer cuando por fin logré conciliar el sueño. Susan seguía durmiendo, con el pulgar en la boca. El ruido del motor la despertó y se despezó entre escalofríos. Tenía hambre y no quería presentarse en la comuna con el vientre vacío. Dimos media vuelta y tuvimos que esperar una hora más a que la tienda de Tomales abriera sus puertas. La regentaba un tipo simpático, peinado y afeitado como el general Custer. Aquella tienda tan pequeña no bastaba para canalizar su extraordinaria energía y por ello no paraba de ir de una sección a otra con aire preocupado. Compré varios bollos envueltos en plástico, una botella grande de Pepsi y una caja de vino. No era seguro que fuera a necesitarlo, me refiero al vino, pero era preferible ser previsor. Nos preguntó adónde íbamos y hablamos de la comuna.

—¿Estáis invitados? —preguntó.

Nos miramos sorprendidos, Susan y yo.

—¿Por qué? ¿Solo se entra con tarjeta de invitación?

—No, pero hay muchas solicitudes. Cada semana desfilan decenas de jóvenes.

Y se echó a reír como quien acaba de contar un buen chiste.

—Ya me entendéis, no es como un convento o un monasterio, no se va allí a apretarse el cinturón. ¡Dios mío! —añadió, abriendo unos ojos como platos—, eso del amor libre sí que tiene que ser la bomba. Estoy bromeando, todos esos jóvenes deben de tener otras buenas razones para ir allí. Sé que esconden a algunos desertores. Un día de estos habrá una redada de la policía. Por lo demás, la mayoría son buenos chicos, muy educados. ¿Vais a vivir allí?

Señalé a Susan.

—Ella sí. Yo solo la acompaño.

Retomamos la carretera en sentido inverso, con una mano al volante y un bollo en la otra. Ya se había levantado la niebla y la granja se dibujó claramente en una curva. Estaba junto a unos grandes prados pelados que ascendían hacia el mar. Los primeros edificios parecían los vestigios de un ataque de los indios. Uno de ellos incluso se había incendiado y las vigas se habían derrumbado como los palos del mikado. Dos casas habían soportado el paso del tiempo. Entramos por un portal oxidado que databa de finales del siglo anterior. Dejamos el Ford delante de uno de los graneros y nos dirigimos a la primera casa. Nos cruzamos con varias personas que nos saludaron con una sonrisa sin preguntarnos nada. Un tipo algo más suspicaz se dirigió hacia nosotros.

—¿Os puedo ayudar en algo?

Susan fue la más rápida en responder.

—He venido a visitar a una amiga y Al me acompaña. Está buscando a dos chicas.

Esta última frase le contrarió.

—Nunca informamos acerca de la gente que ha pasado por aquí, jamás, es una

regla. ¿Es policía?

—¡Oh, no! Me envían dos familias que buscan a sus hijas. Tenemos buenas razones para creer que vinieron aquí.

—¿Lo dijeron al marcharse?

—No, pero esta comuna tiene fama de atraer a mucha gente.

—A demasiada. Pero eso no es razón para dar la menor indicación acerca de aquellos o aquellas que han estado aquí.

—Imagínese que un asesino en serie hubiera destripado a varias chicas en un sitio y que su hija hubiera desaparecido en ese lugar. Creo que estaría más contento que perro con dos colas si tuviera noticias de ella, ¿no le parece?

No se amilanó.

—Imagínese que esas chicas no tuvieran ganas de darles noticias a sus padres.

Saqué dos fotos y se las puse delante de las narices. Reaccionó con serenidad.

—Son unas chicas de lo más corrientes, pero no recuerdo haber visto a ninguna que se les pareciera. En cualquier caso, no están aquí. Y si estuvieran en la comuna, no le dejaría entrar.

Nos indicó que le siguiéramos. Por la manera en que Susan lo miraba, debía de ser un chico guapo. Su mirada un poco esquiva mermaba su virilidad. Llevaba el pelo recogido a la espalda en una cola de caballo. Aparte de eso, tenía un aspecto banal, diría incluso que cara de estudiante de ciencias. Nos hizo entrar directamente en la gran sala comunitaria que se utilizaba para las comidas. Una quincena de hombres y mujeres trabajaban en un silencio catedralicio. Incluso los niños, tan mocosos como los chavales corrientes, hacían muy poco ruido. Un olor a té y a pan recién horneado flotaba en la estancia. Un hombre de unos veinticinco años, sentado a la mesa con una rubia despampanante, se puso en pie y se dirigió hacia nosotros. En el mismo momento, Linda, la amiga de Susan, la reconoció y fue a su encuentro con una sonrisa de alegría casi excesiva. El primer tipo que nos había recibido se ocupó de las presentaciones. El recién llegado nos observó un buen rato y, cuando me esperaba una pregunta, me indicó que me sentara y me sirviera y volvió junto a la rubia llegada de otro planeta. Comprendía que estuviera completamente absorto ante ella. Cualquier hombre normalmente constituido lo hubiera estado en su lugar. Me senté en un banco y, mientras Susan y Linda sellaban su reencuentro, nadie me dirigió la palabra. Pero cada vez que me cruzaba con una mirada me sonreían. Nadie hablaba, todo el mundo murmuraba como en un confesionario. Observé en derredor. No era necesario ser un experto para descubrir a los desertores de Vietnam. Eran tres. Sobresalían por su mala cara y la sangre emblanquecida por el miedo. No podían imaginar al observarme furtivamente que apenas dos años antes había querido alistarme en su lugar. El mundo estaba mal hecho. Susan no pudo evitar contar nuestra conversación con el tendero del pueblo. Tenían que saber que todo el mundo estaba al corriente de que ocultaban a desertores. Cuando la beldad rubia se levantó, su interlocutor aprovechó para hacer lo mismo y se reunió conmigo. Se sentó en el

banco frente a mí y con aire guasón sorbió su café en un recipiente de barro. Parecía muy seguro de sí mismo. Hasta el punto de no decir nada hasta que el otro había iniciado la conversación. Pero aguanté el tipo. Y entonces dijo:

—¿Cree realmente que la policía vendrá a buscarlos aquí?

Me hice el tonto.

—¿De quién habla?

—De los objetores de conciencia, claro.

—¿Objetores o desertores?

—Bueno, si hay que ser precisos, diría que se trata más bien de desertores. Es peor, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—¿Y entonces por qué pregunta?

—Porque eso puede ser peor. Si es peor, la policía tiene una razón aún mejor para plantarse aquí.

—Así parece. ¿Qué haces en la policía?

Tenía unos bonitos dientes blancos perfectamente alineados y pensaba que exhibirlos bastaba para exonerarle de todas sus provocaciones.

—¿Quién te ha dicho que soy poli?

—Nadie. Si no lo eres, tienes ganas de serlo. Pero no te ocupas de desertores, no es tu terreno, lo tuyo son las desapariciones de niñas de buena familia que han dejado su entorno republicano por la verdadera vida, ¿no es así? En el fondo es un poco lo mismo, los tíos desertan de la patria y las chicas de la familia, es el mismo movimiento.

Le miré un buen rato para impresionarlo. Pero nada le impresionaba.

—No soy policía, unas familias me han encargado que encuentre a sus hijas. Si no existiera el riesgo de que hubieran sido asesinadas, no estaría aquí.

—Lo entiendo, pero informar a quien sea acerca de un hermano o una hermana va tan en contra de nuestros principios que no lo haremos.

Avanzó la cabeza:

—Te lo aseguro, colega, no podemos hacerlo... Pero eres bienvenido aquí. Puedes quedarte todo el tiempo que te apetezca.

Se puso en pie para estirarse y su camisa se abrió y dejó ver un vientre peludo. Luego se precipitó bruscamente hacia mí tendiéndome la mano por encima de la mesa.

—Soy Ted Wolf.

La sala se vaciaba lentamente. Prosiguió mientras volvía a sentarse:

—Heredé esta propiedad de mi familia y la he donado a la comuna. Aquí pueden vivir veinte personas en una razonable autarquía. Criamos ovejas. Cambiamos la carne de cordero por verduras. Incluso logramos cultivar algunos cereales. Tres hermanos salen a pescar en un barco amarrado en Dillon Beach, un poco más lejos de aquí. Y el resto de la comuna se dedica a tejer la lana de las ovejas. Nos turnamos

para ir a vender nuestros productos y eso permite salir un poco de aquí. También nos alternamos en la educación de los niños. De momento tenemos seis críos. Ninguno está en edad de escolarización pero hacemos juegos educativos. ¿Qué más? Sí, todo lo que te acabo de decir es la organización material de la comuna. También tenemos una vida espiritual muy intensa. Si te interesa, podremos hablar un poco sobre ello. Pero ahora tengo que ir a trabajar. Cualquier persona que resida aquí tiene que dar tiempo a cambio de la comida que se le proporciona. Si no quieres trabajar, puedes ir al pueblo y comprarte comida industrial, no te impediremos que te la comas, no somos sectarios.

Pensé en marcharme de inmediato, pero mi curiosidad se reveló mayor que mi deseo de proseguir el camino.

Brian, el primer tipo que nos recibió, me condujo ante un individuo corpulento que trabajaba en el granero y nos dejó solos. Paul, pues así se llamaba, se comportó conmigo como si nos conociéramos de siempre. Su pelo largo y su barba hacían que pareciera más viejo de lo que era. Se lamentó amablemente de ser el único tipo un poco musculado de toda la comuna, cosa que le predisponía a la mayoría de los trabajos físicos. Me miró de arriba abajo y me dio una palmada en el hombro:

—Te ha mandado Dios en persona. Tengo que construir un cercado de una milla para las ovejas. Y han elegido unas estacas muy altas. Me tendré que subir a una caja para clavarlas. Ese el problema del trueque, cambias lo que tienes por algo que no siempre quieres.

Las estacas me llegaban a la cintura. Las cargamos junto con la alambrada, una palanca y una maza en una carreta de dos ruedas que arrastraba un plácido caballo de tiro. Al verme, sin embargo, el animal reculó. Los seres humanos a los que estaba acostumbrado no eran de mi altura. Paul comprendió de inmediato que tenía experiencia en una granja. Le hablé de mis años mozos en Montana y de mis vacaciones escolares pasadas en un rancho donde mi madre me ponía a trabajar, en casa de una gente que había perdido la costumbre de hablar debido al aislamiento de sus tierras. Nos dirigimos a un inmenso prado desde donde se veía el mar a lo lejos, gris con su cresta blanca, que se arrojaba sobre la playa desierta. El aire marino llegaba hasta nosotros y se mezclaba con los efluvios del porro que Paul se había liado mientras charlábamos. Como a menudo ocurría después de pasar un día en un estado de incontrolable nerviosismo, el día siguiente me aportaba una extraña serenidad. Respiraba con normalidad, pensaba con normalidad. Lo disfrutaba más aún puesto que sabía que esa calma nunca duraba más de un día o dos y ese era el plazo que me había fijado para mi estancia. Paul cavaba el agujero y sostenía la estaca mientras yo la clavaba. Al cabo de un rato, hicimos una pausa. Se lió otro porro, lo encendió y me lo ofreció. Lo rechacé y le dije que nunca fumaba esas cosas.

—Llevas razón, no sabemos adónde nos conduce. Parece que entre los que fuman mucho se dan casos de disociación, ¿sabes a qué me refiero?

—Perfectamente —respondí—. Trabajé en un hospital psiquiátrico.

—Joder, has trabajado de todo. Yo solo he hecho dos cosas. Estudiar matemáticas y asesinar durante dos años.

Callé. Prosiguió:

—Imagina que estamos aquí los dos construyendo el cercado y se oye aproximarse el ruido de un avión. Un minuto más tarde, ese avión vacía sus tripas sobre nosotros. Y ya nos tienes convertidos en polvo. En un polvo aún más fino que el que nos promete la Biblia. No queda nada. Es el Apocalipsis. No queda ni un ser vivo, ni una flor. Pasé dos años como navegante en esos aviones. Por supuesto, no soy responsable. Es lo que me digo cada vez que pienso en ello. Y pienso en ello en

todo momento. Como no logro convencerme, me lío un canuto que me manda lejos de mis recuerdos. Dos años de guerra sin ver un muerto, imagínate. Pero sé que carbonizamos a miles de hombres, mujeres y niños, de los que nunca he sabido muy bien qué tenían en contra de nosotros. He contribuido a una estadística, colega. Y no logro reponerme ni con la mejor voluntad del mundo. ¿Has estado en Vietnam?

—Lo intenté, pero no me quisieron por mi estatura.

—¡Joder, menuda suerte, colega, menuda suerte! No lo laments, allí no había nada que hacer aunque los tíos de Washington pretendan lo contrario. Es el fin de un mundo, te digo. Vine aquí cuando me licencié. Nunca tuve el valor de desertar. Si no me hubieran acogido en esta comuna, estaría por los caminos. Ted es buen chaval. Ayuda a los demás de verdad. Tiene teorías que valen la pena. Dice que la fuente de todos los problemas, lo que nos conduce a la catástrofe, es la apropiación. Todo el mundo piensa solo en aumentar su territorio y en apropiarse del dinero y de las mujeres de los demás. Es una especie de taoísta. No sé muy bien qué significa eso pero me parece entender que es una actitud que consiste en mantener a distancia el propio ego, el pasado, la educación y en moverse con modestia en la naturaleza. Y eso me va. Trabajamos duro para salir adelante. Es una carrera contra el sistema. La policía nos vigila, pero parece que lo peor es el fisco, que exige unas deudas atrasadas de impuestos sobre el trueque descomunales. ¿Tienes intención de quedarte aquí?

—No, solo he venido a traer a una chica que quiere probar la aventura y a informarme acerca de dos estudiantes, para saber si han pasado por aquí en estos últimos quince días.

Uní el gesto a la palabra y saqué las fotos del bolsillo. Las contempló un buen rato y suspiró:

—Me paso tanto tiempo colocado que no puedo asegurarlo, pero la rubia me suena. La otra es más corriente. Tienen cara de estudiantes modélicas. ¿Por qué las buscas?

Expliqué de nuevo la misma historia.

—Desaparecieron al salir del campus de Santa Cruz. Y como en ese momento rondaba un asesino, los padres están preocupados.

—Con razón. Puede que hayan venido por aquí. Pero está claro que no se quedaron. Y si no se quedaron, ¿dónde pueden estar?

Se echó a reír.

—Dios mío, cuando pienso en todos esos polis de California que deben de andar detrás de ese asesino por haber matado a unas cuantas chicas, me parece justo. Pero yo que me he cargado a miles de vietcongs, he ganado una medalla. Una puta mierda de medalla que tiré al váter de la casa de mis padres. Mis pobres viejos creían tener a un héroe ante ellos. A veces me digo que quizá hubiera preferido matar a esos vietcongs en un combate cuerpo a cuerpo. Tal vez habría podido invocar legítima defensa. Pero de esa manera, desde tan arriba, figúrate.

Paul no era mal tipo, pero empezaba a darme la lata. Empuñé de nuevo la maza y

una estaca, para indicar que retomábamos el trabajo. La pausa para almorzar no fue muy larga. Tomamos un poco de sopa en la sala común. No estaba acostumbrado a comer sin carne. Por un momento me pregunté si no sería mejor ir a por una hamburguesa. El trabajo comenzó de nuevo al cabo de una hora y una hora y media después topamos con un subsuelo de piedra. Las estacas, aunque golpeará con todas mis fuerzas, no se clavaban ni un ápice. Paul estaba contrariado, pero no era mi problema. Hubo que modificar el trazado del cercado y el espacio vallado disminuyó, pero aquello era mejor que nada.

Por la noche, a la luz discreta de las lámparas de aceite, Paul no cesaba de elogiarme hasta el punto de que Ted me propuso que me quedara. Respondí que no estaba preparado para vivir en una comuna, que no me gustaban lo bastante los demás para ello y que creía que un día u otro su utopía se derretiría como la nieve en primavera. Mientras hablábamos, sentía a unos y otros agitarse para decidir con quién iba a dormir cada uno. Comprendí que en cierta medida era una obligación. Una de las reglas intangibles de la comuna estipulaba que no se aceptaban parejas formadas y que estaba prohibido formar parejas estables. Era, según Ted, la condición para no caer de nuevo en los errores del modelo familiar posesivo tradicional. Hablé con Ted buena parte de la noche. Vi a Susan alejarse, seguida de cerca por un tipo no muy guapo y pensé que por fin iba a poder saciar sus ganas. Ted me explicó su filosofía como si tratara de sintetizarla para sí mismo y asegurarse de que estaba en el buen camino. La beldad rubia le esperaba. Visiblemente, no se atrevía a irse a dormir sola por miedo a que se metiera en su cama otro que no fuera Ted. Su marginalidad, su filosofía de tres al cuarto y su obsolescencia no me molestaban. Pero esa manera de mancillar a las mujeres, de preñarlas sin saber realmente quién era el padre era tan asqueroso que me provocaba náuseas. Las mujeres eran menos numerosas que los hombres y todas las noches había dos tipos que se quedaban con un palmo de narices como dos vigías mientras el resto de la tripulación de un barco duerme en la bodega. En resumidas cuentas, esa noche nos encontramos tres pobres tipos solitarios rodeados de gemidos que llegaban de todas partes. Pocas parejas cerraban sus puertas y a veces hasta había intercambios en plena noche. Y si los dos tipos que me hacían compañía estaban allí era porque así lo querían. Una chica se reunió con nosotros, no era su día, su ciclo acababa de empezar y no se había dado cuenta hasta ese momento. Todas aquellas personas que trataban de escapar de los instintos primitivos del hombre acababan aceptando menos tabús incluso que los propios hombres primitivos, cosa que los convertía en verdaderos salvajes en el terreno de la sexualidad. Les daba lo mismo porque todos estaban colocados. Hacia las dos de la madrugada, vi surgir a Susan completamente desnuda, arrastrando como una fregona una pequeña manta de lana. Me preguntó si quería ir con ella y me dijo que no estaba obligado a acostarme con ella, que había otras chicas en la habitación. Aquello me decidió a marcharme. Adopté el aspecto del tipo que se dispone a aliviarse en plena naturaleza y nunca volvieron a verme.

En el coche encontré mis botellas de vino y me bebí dos antes de ponerme en camino, contento de estar solo. Sin ningún motivo en particular, pensé en Charles Manson y su horda, que habían asesinado a Sharon Tate. Yo hubiera podido hacer lo mismo en aquella comuna. Me habría bastado sacar mi nueve milímetros y habría convertido aquello en una caseta de tiro al blanco. ¿Pero por qué? Esas cosas no se razonan. Se tienen ganas o no. No sentía necesidad de hacerlo, aunque esa humanidad me asqueara. Al llegar al pueblo, dejé la carretera de la costa a la derecha y me dirigí al frente para tomar la 101.

Me bebí dos botellas más para dormirme tras llegar a mi habitación. Es raro que el día me gane por la mano.

Me desperté al amanecer con una migraña muy rara. Me apetecía mucho una hamburguesa con queso. Después de ducharme y afeitarme cuidadosamente, planché una de mis camisas azules de manga corta, me la puse con uno de los dos únicos pantalones que tenía y salí de casa. Mi madre se había instalado en un lugar muy extraño. No habría sido necesaria gran cosa para convertirlo en un barrio acomodado y menos aún para transformarlo en una zona de indigentes. Desde que me había despertado, la idea de hablar con ella me obsesionaba como nunca. Era imposible hablar con ella por la mañana. Aunque estuviera en ayunas, el alcohol se le pegaba al cerebro. Había decidido regresar pronto aquella noche para encontrármela cuando aún estuviera en condiciones de razonar. ¿Hablarle de qué? Aún no tenía la menor idea, pero tenía que hablar con ella.

Beach Street aún se frotaba los ojos a esa hora. Algunos peregrinos comenzaban a salir de sus casas. Anduve por el espigón hasta un restaurante que abría temprano por la mañana para atender a su clientela de pescadores. Pedí una enorme hamburguesa con queso, patatas fritas y vacié encima un bote de ketchup. En ese momento sentí una especie de bienestar. Bebí un litro de café y me encaminé tranquilamente hacia casa de los Dahl. Estaba contento de ir a verlos recién levantados. Quizá así estarían menos envarados por su superioridad social. Pasé junto al acantilado salpicado de pequeños memoriales que recordaban que unos jóvenes intrépidos se habían ahogado al creer que podían desafiar al mar impunemente. Era lamentable, por supuesto, pero no triste. El sol que despuntaba iluminaba la niebla creciente. La brisa de alta mar parecía querer insuflar un poco de calma al paseante matutino. Cuando llamé aún no eran las ocho. Dahl me abrió en batín.

—No le esperaba a una hora tan temprana. Adelante.

Me escrutaba sin atreverse a preguntar el resultado de mi investigación, prefería leerlo en mi rostro en lugar de oírlo. Pero mi composición de personaje impenetrable era impecable. Subimos al salón. Al pasar delante del dormitorio de su esposa, Dahl llamó a la puerta para prevenirla de mi llegada. Luego abrió las puertas acristaladas de la veranda para instalarnos en la terraza.

—¿Y bien?

Me tomé mi tiempo para no recompensarle la altivez de la que se atrevía a hacer gala incluso cuando la vida de su hija estaba en peligro.

—La he localizado.

Se puso en pie de golpe y tirando de su batín se precipitó frente a su mujer que hacía su entrada vestida como un día de Acción de Gracias profiriendo con voz fuerte y contenida:

—Ha encontrado a Beth, la ha encontrado.

Saboreé mi golpe de efecto.

—Vamos, tengo una idea del lugar donde se encuentra.

—¿Dónde?

—En una comuna a orillas del Pacífico al norte de San Francisco. No me pregunte dónde, los tipos que han colaborado en mi investigación me han obligado a prometer ser discreto respecto a su localización. De todas formas, ya no se encuentra allí. Debe de haberse marchado más al norte.

El alivio dio paso a la contrariedad en los rostros de los Dahl.

—Para serle sincero, señor Kenner, nunca he dudado de que mi hija esté viva. Más aún puesto que el asesino en serie que acaba de ser arrestado ha confesado todos sus crímenes. Según Duigan, con quien hablé ayer por teléfono, está orgulloso de lo que ha hecho y se atribuye cada uno de los horrores que ha cometido. Hábleme de esa comuna, ¿dice que ya no está allí?

Dahl acababa en realidad de convencerse de que su hija estaba ciertamente viva. Y ello le autorizaba a recobrar la pequeña moral republicana que regía sus días.

—No estaba cuando pasé por allí, pero puede ser que se marchara por unos días para volver luego por más tiempo. Los miembros de la comuna no se han mostrado muy cooperativos. Hay que decir que albergan a varios desertores de Vietnam.

Dahl juzgó oportuno mostrarse tajante.

—¡Vale! ¿Qué hacen en esa comuna?

Me trató súbitamente como a un empleado y consultó su reloj. Los negocios continuaban.

—Se dedican a criar ovejas en una gran extensión que pertenece a uno de los miembros, fuman mucha marihuana y practican el amor libre. Las parejas, sin estar prohibidas, no están bien vistas. Son vegetarianos y se procuran fruta y verduras mediante el trueque de sus animales, cuya lana tejen. En el terreno espiritual, son taoístas.

—¿Qué es esa estupidez?

—Por lo que he podido comprender, es una manera de redefinir el lugar en la naturaleza y en el universo, de huir de los instintos primarios el más perjudicial de los cuales sería la posesión, de rechazar cualquier forma de alienación material y espiritual. Reniegan de la Biblia. Según ellos es el texto fundacional de la renuncia a la espiritualidad, que crea un dios inverosímil al servicio de los hombres y de sus intereses mezquinos. Pero alaban la bondad de Cristo.

—¿Has oído eso, cariño?

La señora Dahl lo oía perfectamente y, mientras me escuchaba, se había amordazado la boca con sus propias manos. Aventuró:

—Y..., con respecto al amor libre, quiere decir que...

Me ceñí a los hechos.

—Por la noche, las parejas se forman a merced de los deseos de cada uno. Se deshacen al amanecer. A veces cambian de pareja en plena noche o algunas parejas deciden agruparse, con la idea de que al llegar el día esas configuraciones se disolverán y cada uno regresará al trabajo con sus recuerdos pero sin el menor

derecho sobre su pareja de esa noche.

Dahl se puso en pie:

—¡Por Dios, Kenner, no me diga que mi hija anda metida en eso!

—No la he visto con mis propios ojos pero es muy probable que haya seguido las reglas de la comuna. ¿O quizá la abandonó porque desaprobaba esas prácticas? Hay otras comunas que se basan en la pareja tradicional y donde no se practica el intercambio.

Dahl fue de un lado a otro de la terraza durante unos segundos sin hablar pero mirando a su mujer como si tuviera que prepararse para oír una barbaridad.

—Mi hija ya no me importa. A partir de hoy, ya no forma parte de mis preocupaciones. Había puesto muchas esperanzas en nuestra asociación. Es probable que a la larga ella se hubiera hecho cargo de la empresa familiar. Pero eso ya no va a suceder. Aunque vuelva mañana. Aunque me jure por lo más sagrado que nunca ha tomado drogas ni participado en esas orgías, aunque se arrepienta de su fuga y del sufrimiento que nos ha provocado. ¿Estás de acuerdo, Beth?

La señora Dahl se echó a llorar pero la mirada fulminante de su marido, que no quería que la situación degenerara en patetismo, actuó como un secante sobre las lágrimas. Fue al salón, abrió el cajón de una cómoda y sacó un fajo de billetes que me tendió.

—Esto es para compensarle.

Avancé la mano para rechazarlo.

—La policía me paga por hacer mi trabajo, señor Dahl, si aceptara ese dinero me hallaría en un conflicto de intereses.

Me acompañó hasta la puerta sin decir palabra y vi en sus ojos en el momento de despedirnos que para él su hija estaba muerta, nada podría compensar nunca su decepción. Me permití añadir para acabar:

—No sé qué puede ser más importante que la alegría de saber que su hija está viva, señor Dahl, perdone que se lo diga.

De regreso, el paseo junto a la costa estaba invadido por perros y sus dueños con ropa deportiva. Algunos jóvenes corrían. Recuperé mi coche aparcado en Beach Street y fui a la comisaría de policía. Duigan acababa de llegar. Lucía un afeitado muy apurado. La detención de McMullan lo había relajado. Por el contrario, me encontró muy cansado y se preocupó seriamente.

—Casi no duermo, debe de ser por eso —respondí.

—¿Tienes motivos para sufrir insomnio?

—Tal vez no, pero se ha convertido en mi compañía por las noches.

Me dio una palmada en el hombro.

—Cuando duermas cada noche con mi hija, recobrarás la serenidad. No hay como una mujer para recuperar la buena conciencia del sueño. Cuéntame, ¿qué tal va tu investigación?

—He encontrado la pista de las chicas en una comuna al norte de San Francisco. O bien decidieron no quedarse allí, o la han abandonado provisionalmente. No es fácil investigar en ese entorno, dan cobijo a muchos desertores así que reina la ley del silencio. Y cuando me ven llegar, se dan cuenta enseguida de que no soy uno de los suyos.

—Te has convertido en especialista en fugas de estudiantes. ¿Has tranquilizado a los Dahl?

—Sí. Digamos que sí. Se lo han tomado muy mal. Pensaban que su hija era como ellos.

—Es comprensible. Por lo menos el padre dejará de llamar al alcalde, que se me ha pegado como una garrapata. No sé cómo me lo tomaría si mi hija se metiera en la contracultura. Contigo como marido, no hay riesgo alguno. A propósito de matrimonio, Al, nunca hemos hablado de ello, ¿de qué religión eres?

—Católico.

Duigan sonrió ampliamente.

—¿Católico? Dios mío, qué casualidad. Figúrate, no es que dé mucha importancia a esas cosas. Soy practicante, aunque no estoy tan seguro de ser creyente, pero mis abuelos eran del sur de Irlanda y me hubiera fastidiado que..., vamos, eres católico y eso es un alivio. Bueno...

—¿Wendy no se lo había dicho? Ya hemos hablado de eso.

—No... Wendy no me cuenta mucho acerca de ti. Han denunciado nuevas fugas de estudiantes...

Rebuscó en su mesa que parecía el Templo al día siguiente de su destrucción. Sacó tres hojas y me las tendió:

—No es nada inquietante, pero si puedes ocuparte de ello...

Apoyó los pies sobre la mesa frente a la ventana.

—He procedido al interrogatorio de McMullan. Dios mío, Al, en mi vida había

visto a un tipo tan chiflado. He hablado con su madre. Me lo ha descrito como un muchacho brillante y equilibrado hasta la muerte de su mejor amigo. Ahí fue cuando empezó a encerrarse en sí mismo y a delirar hasta que los padres decidieron ingresarlo. Lo trataron y, al juzgar que no era peligroso, lo soltaron. Sin embargo, al hablar con él te das cuenta de que ese tipo está completamente loco. Las familias de las víctimas ni siquiera tendrán el consuelo de ver cómo lo fríen en la silla eléctrica.

—¿Por qué?

—En California se ha decretado una moratoria sobre la pena de muerte. ¿Crees que un tipo como McMullan es un asesino nato?

Pensé en ello un buen rato, la pregunta lo merecía.

—El porcentaje de asesinos natos es ínfimo. Todos los demás no hacen más que devolver a la sociedad el daño que se les ha hecho. Y cuando digo la sociedad, me refiero sobre todo a la familia. Al igual que la mayoría de los crímenes tiene lugar en el marco familiar, la familia es el principal terreno de fermentación de la criminalidad. En lugar de hablarle de su hijo como de un muchacho perfectamente normal, hubiera sido preferible que la madre de McMullan le hablara de lo que le sucedía, de lo que le condujo a desarrollar pulsiones homosexuales, violentamente reprimidas en su entorno familiar, hasta el punto de que necesitó volcar esa violencia sobre unas pobres chicas a las que les abrió el vientre como si fuera el de su propia madre. De un centenar de hombres que sufren los mismos trastornos psicológicos, sesenta los soportan bebiendo o tomando drogas. Treinta y ocho se suicidan. Los últimos dos caen en el asesinato en serie. Es así de sencillo.

—Solo espero que el otro vaya a hacer sus guarradas a otro condado y si es posible a otro estado que no sea California.

Llamaron a Duigan para que se ocupara de un homicidio ordinario, una mujer maltratada acababa de meterle cinco balas en la cabeza a su marido, prueba de que este le pegaba desde hacía mucho tiempo, de lo contrario con una sola bala hubiera bastado. Antes de marcharse, me invitó a cenar en su casa, el sábado siguiente.

Al salir de la comisaría sufrí un ataque de angustia y pensé que solo se me pasaría yendo a ver a mi madre. Me encaminé al campus para sorprenderla a la hora del almuerzo. Estaba sola en su despacho con un triste bocadillo y una ensalada casera, con sus gruesas gafas en la punta de la nariz, mal recuperada de su borrachera de la víspera y de los gigantescos esfuerzos para disimular en la oficina. Al verme, se echó atrás:

—¿Qué vienes a hacer aquí, Al? Te he dicho mil veces que no me molestes en el trabajo.

Pronunciaba esas palabras con una voz voluntariamente en sordina.

—¿No vendrás a pedirme dinero después de haberme robado?

—Todo eso que no te beberás.

Me situé frente a la ventana, con las manos a la espalda, inmóvil y de golpe la estancia oscureció como en un día de tormenta.

Se levantó para salir. Le corté el paso hacia la puerta. Al liberarse la ventana, se hizo de nuevo de día.

—He venido para que me hables.

—¿Para que te hable?

—¿No tienes la sensación de que tienes algo que decirme? Trata de recordarlo.

—¿Pero qué quieres decir, Al? Este no es el lugar apropiado, ya lo sabes.

—Es el único sitio donde no puedes gritar, por eso he venido.

—No tengo nada que contarte aparte de todos los disgustos que me has dado.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Había que ver la mueca de asco en su cara.

—He venido a decirte que he encontrado trabajo en la policía.

Ella suspiró. Nada más.

—¿Podrás dejar la casa y pagar un alquiler?

—Ya te lo he dicho, mamá, pronto me voy a casar y me iré a vivir con una mujer.

—¿Sabe ella lo que hiciste?

—No.

—Será mejor que se lo cuentes. Si su padre es poli, un día u otro caerán en sus manos tus antecedentes penales.

—Mis antecedentes están limpios. Me he presentado ante un comité psiquiátrico que me ha juzgado apto para llevar una vida normal. Pero, para ello, necesito que me hables, que me expliques, ya me entiendes.

—¿Qué quieres que te explique? ¿El mal que hay dentro de ti? Así es la vida, Al, se nace bueno o malo. Puedes jugar a ser bueno, pero siempre serás malo, siempre serás el chaval que les cortaba la cabeza a los gatos de su madre, siempre serás el adolescente que mató a sus abuelos disparándoles por la espalda. No eres responsable

de ello, Al, naciste así. Naciste sin empatía hacia los demás. El dolor de los demás, el mío, te es indiferente. Ves que estoy sufriendo. ¿Por qué crees que bebo? Bebo para consolarme de tu falta de empatía hacia mí. No te das cuenta del daño que me has hecho. No puedes imaginarte lo que representa para una madre haber perdido a una hija y tener un hijo criminal. ¿Y qué quieres? ¿Qué salte de alegría en mi silla, que te presente a mis alumnas como el yerno ideal? Podrás sobrevivir, Al, pero no esperes vivir. Has perdido lo que da valor a un hombre, su honor. ¿Acaso tu padre quiere volver a verte? No, no hay noticias de él. Silencio absoluto. Te ha borrado. Por tu culpa ni siquiera sabe que su hija mayor ha muerto. ¿Y de qué quieres que te hable?

Se hundió en su silla, completamente desengañada y pensativa masticando despacio en un movimiento circular. Una vez se tragó el bocado, prosiguió:

—La única pregunta en el aire es saber si te voy a dejar mandar a la mierda la vida de una chica inocente que solo ve en ti a un muchacho que le infunde seguridad. Sería una irresponsabilidad por mi parte. Si sucediera algo, la justicia podría exigirme responsabilidades, Al, y la verdad es que tendría razón.

Echó a la papelera el resto del bocadillo mordisqueado.

—De momento, aún no lo he decidido. También podría no decir nada, Al. Así que hazme el favor de largarte de aquí.

No creía que la cólera pudiera adueñarse de mí de los pies a la cabeza, pero eso fue lo que ocurrió. Un ser procedente de las entrañas de la tierra se deslizó dentro de mí, empujándome a destruir aquel despacho, aquel edificio, aquella facultad y a dejar de todo ello solo unos átomos como si fueran los olvidados de un universo nuclear. Ninguno de mis accesos de cólera, sin embargo, ha desembocado nunca en violencia. Y también esa vez vi cómo se eclipsaba y me dejaba solo con mi madre, que había retomado su tarea. Necesité más de un cuarto de hora para recuperar fuerzas suficientes para conducir. Abrí una botella de vino y me la bebí de un trago, sin respirar. No me sentí mucho mejor después pero no me apetecía abrir otra. Arranqué. Conduje lentamente. Encendí la radio para despejarme las ideas. Un hombre con una extraña voz dulce y aguda cantaba una canción en la que se repetía como un estribillo: «Preferiría ser el diablo antes que el marido de esa mujer.» El locutor dijo finalmente cómo se llamaba: Skip James. Al acabar la canción, se oyó un anuncio: «¿Ha hecho su balance de transpiración? Etc.» Esa gente que siempre tiene algo que vender no respeta nada. Mi mal se reprodujo. Sabía a ciencia cierta por qué no lograba dormir, mis sueños me habían abandonado.

Se sale del campus por una curva amplia que da a Santa Cruz. Desde allí se ve una franja de mar a lo lejos y, con un poco de suerte, Monterrey. Incluso instalaron un banco para contemplar el paisaje, pero, curiosamente, está separado de la carretera por una alambrada. Allí se habían detenido dos chicas, despreocupadas, y hacían autostop. Me pregunté si tenía que recogerlas, no sabía si estaba suficientemente sereno para soportar oírlas cotorrear. Aminoré la velocidad, sin visos de detenerme. Finalmente, miré el reloj y estacioné a su altura. No dudaron en subir. Si un corral entero de gallinas hubiera asaltado mi camioneta mis tímpanos no habrían sufrido tanto. Llevaron su falta de educación hasta el extremo de proseguir su conversación como si yo no estuviera allí. Frené de golpe en plena bajada. La que estaba a mi lado salió disparada de cabeza contra la guantera y la segunda, en el asiento trasero, se dio de bruces contra el respaldo del asiento de su amiga. Se oía el mar. Y eso que estaba por lo menos a tres o cuatro millas de allí. No estaban heridas pero comprendieron en el acto quién mandaba en aquella carreta. Me disculpé.

—Lo siento —dije—, calzo un cuarenta y nueve y a veces se me engancha sin querer el pie en el pedal del freno.

Me creyeron pero curiosamente permanecieron en silencio.

—¿Adónde os llevo?

Iban a Aptos. Les dije que yo también vivía allí. No veían dónde estaba mi casa pero no tenía mayor importancia. Les informé de que tenía que hacer unos recados. Quería comprar un tocadiscos y un disco en concreto. La idea las entusiasmó y nos dirigimos a la salida de Santa Cruz donde conocían dos tiendas en un centro comercial en las que lo encontraríamos. Me tomaron por electricista, cosa que me ofendió un poco a pesar de tratarse del último oficio conocido de mi padre. Cuando les dije que era policía se disculparon, pero para ellas aquello no era una diferencia notable. El vendedor de discos no estaba seguro de tener el de Skip James, pero rebuscando encontró un álbum de los años treinta. Las chicas me acompañaron. No dejaban de reír por cualquier cosa, como si trataran de huir de algo. No de mí, en cualquier caso. Subieron de nuevo al coche chismeando y utilizando sobrentendidos que solo ellas podían comprender. Acto seguido nos dirigimos hacia Aptos.

No regresé a casa de mi madre hasta el día siguiente con mi tocadiscos y el álbum de Skip James bajo el brazo. El coche de Sally Enfield estaba aparcado en mi plaza, y estacioné delante del suyo. Subí al primer piso para tumbarme un rato. Las oía mantener sus conversaciones habituales de alcohólicas aunque no alcanzaba a comprender lo que decían. Quería dormir. Nada más. Empezaba a ver borroso y me entraban ganas de llorar sin razón. Tenía que pensar en respirar para llenarme los pulmones y mi cuerpo pesaba una tonelada. Nunca había llegado a semejante grado de fatiga. Contemplé mucho rato la fotografía de Skip James de la carátula. Jamás hubiera imaginado que la música pudiera emocionarme y menos aún la música de un negro, aunque no tenía nada contra esa gente con la que pocas veces en mi vida me había cruzado salvo en Los Ángeles, cuando viví brevemente en casa de mi padre. Mi padre decía: «El blues es el alma que se deseca», y por primera vez comprendía el sentido de su frase. Así pues, y contrariamente a lo que mi madre pretendía, era capaz de una forma de empatía hacia los demás. Menuda era ella para dar semejantes lecciones, ella que nunca se compadecía de nadie. Me dormí media hora antes de que me despertaran las risotadas de las dos mujeres que acababan de alcanzar el apogeo de la ebriedad. Oía la vibración de sus cuerdas vocales ensombrecidas por el alcohol y el tabaco, esas voces de alcohólicas que dan a la risa su forma más lúgubre. Puse en marcha el tocadiscos e hice sonar a Skip una vez. Luego una segunda vez, más fuerte. Las risas se habían calmado. La tercera vez, subí el volumen al máximo. Oí que golpeaban contra mi suelo con una escoba. Mi madre se puso a gritar. Entonces bajé. La puerta estaba cerrada con llave. Llamé. Ninguna de las dos vino a abrir. Llamé golpeando con más fuerza. Desesperado, le di un puñetazo a un cristal e hice girar la llave. Estaban las dos de pie, con una copa en la mano y la mesa baja del salón cubierta de cadáveres de botellas.

—¿Qué coño haces aquí, Al, no ves que estoy con amigas?

Miré fijamente a la amiga.

—Ya conozco a tu amiga que viene aquí a regodearse.

Y señalándola con el dedo proseguí:

—Qué vida tan miserable lleva Sally Enfield. Cuando se muera, no quedará nada de ella, ni siquiera un perro que se mee en su tumba. Como tú, mamá.

La rabia deformó los rasgos de mi madre.

—Si no has salido de esta habitación en un minuto, Al, ¡llamaré a la policía y les contaré todo sobre tu pasado!

En lugar de salir me senté en el sofá. Miré a Sally Enfield.

—Tú vete a la cama, ya es hora, y no te lo voy a repetir.

—¡Quédate aquí! —ordenó mi madre.

—Sally, ¿qué te he dicho? Las historias familiares solo incumben a la familia, la de verdad, la de los lazos de sangre y no los del alcohol, lárgate de esta habitación

antes de que me enfade.

—¡No te muevas, Sally! —gritó mi madre.

Continué con voz suave.

—Lo que tengo que decirte no le incumbe. A menos que quieras que le revele ciertos secretos de familia.

Se rindió y Sally Enfield se dirigió hacia su habitación como una cría castigada. Mi madre aprovechó para servirse una copa y encenderse uno de sus cigarrillos largos mentolados. No sabía cómo recuperar el dominio de la situación.

—Nunca volverás a dominarme, mamá, nunca. Ahora que estamos solos tú y yo, háblame. Ya lo sé, me vas a responder «no tengo nada que decirte», pero sé que si haces un esfuerzo tal vez pueda empezar a entenderte un poco. No hablo de perdonar, mamá, uno no perdona a su madre a cambio de palabras, la perdona porque es la propia madre y basta. Pero háblame.

Se quedó un buen rato sin decir nada bebiendo pequeños sorbos y dando unas caladas tan profundas a su cigarrillo que sus pulmones debían de estar en una oscuridad total. La mandíbula le temblaba tanto como la mano con la que sostenía la copa y los cubitos de hielo que golpeaban contra sus paredes hacían un ruido de cascabel.

—¿Por qué no me hablas de tu padre?

—¿Mi padre? ¿Pero qué quieres que te diga de él?

—No sé..., piénsalo.

—No hay nada que pensar.

—Cuando me hacías dormir debajo de tu habitación en Montana, un día le contaste a papá que tu padre os tocaba.

Se echó a reír, satisfecha de sí misma.

—Debí de inventármelo, Al. Porque me convenía. A veces en una pareja las cosas se arreglan creando un recurso dramático. Me lo inventé.

—¿Estás segura de que tu padre no abusó de ti?

Se echó a reír descaradamente.

—Dios mío, no. Mi padre habría sido incapaz de algo semejante. No, Al, te equivocas, nunca pasó nada parecido. Te lo juro sobre la tumba de tu difunta hermana.

De mi experiencia en el hospital psiquiátrico recordaba que cuando a alguien se le toca en un punto fundamental de su existencia, esa persona cambia de color. Su bermellón vetado había permanecido estable. Comprendí incluso por sus menores gestos que no mentía.

—En ese caso, háblame.

Me miró, rio como una demente, se detuvo de golpe y dijo:

—No busques en otro sitio lo que está dentro de ti, Al.

Dijo eso sin demasiada convicción pero lo dijo varias veces y luego, ya muy cansada para proseguir, se dirigió tambaleándose hacia su habitación y cerró la puerta

sin volverse para no cruzarse con mi mirada. Cuando ya no me lo esperaba, entreabrió la puerta y espetó:

—Tengo que acabar con esto, Al, tengo que decirles que eres un monstruo. Lo peor que podría ocurrirme sería que tuvieras un hijo. No quiero ser responsable de la proliferación del mal, me comprendes, ¿verdad?

Susan entró y se instaló en el pequeño locutorio habitual. Al llegó con retrasó. Se disculpó:

—Acabo de hacer un discurso contra las armas de fuego ante una clase de alumnos de instituto de Sacramento.

Se sentó y extendió las piernas a un lado para no molestar a Susan.

—Habría que retirar todas las armas que no están en manos de profesionales. Pero los estadounidenses no quieren. Tendrían la impresión de andar por ahí desnudos, con la polla al viento.

Se echó a reír. Estaba de muy buen humor. Luego suspiró:

—He estado recordando nuestra escapada a Tomales. ¿Cuándo se marchó de allí?

—Mucho después que usted, ya se lo he dicho. Me enamoré de un tipo de Mississippi. Me volví reticente a verle acostarse con otras mujeres. Ted se tomó a mal ese repliegue sobre nosotros mismos y, al cabo de un tiempo, nos aconsejó que nos marcháramos, so pretexto de que ya no compartíamos el espíritu de la comuna. Algunos aseguraban que tan solo quería seguir acostándose con todas las chicas. No lo creo. Estaba sinceramente convencido de que el retorno a las prácticas convencionales nos llevaría de nuevo a la sociedad. Me encontré con él veinte años después en San Francisco. Hablamos un poco. Trabajaba para Apple. Parecía tener el triunfo en sus manos, pero en su rostro se podía leer la amargura del fracaso de nuestra experiencia. ¿Está escribiendo sobre ese episodio?

—Ya lo he hecho. Ahora estoy empezando la última parte del libro. Y dudo sobre cómo proceder. Temo que el libro se les pueda caer de las manos a los lectores que me hayan seguido hasta ese momento. ¿Podría hablar de ello con el editor que está interesado?

—Quieren un manuscrito acabado. Siempre habrá ocasión de trabajarlo después.

—Ya lo arreglaré a mi manera. Eso plantea la cuestión de hasta dónde puede llegarse en la realidad. La ficción es la realidad. ¿Por qué iba a leer la gente si la novela no la condujera de nuevo hacia la verdadera vida? Pero si se abusa de la realidad en la ficción, uno se aleja de ella puesto que la realidad no es la realidad. Es la historia del huevo y de la gallina. He vuelto a presentarme ante el comité psiquiátrico por mi solicitud de libertad condicional.

—¿Y cómo ha ido?

—Me han encontrado perfectamente sano mentalmente y sin peligro para la sociedad, una vez más. A pesar de ello y de mi comportamiento modélico, el director de la prisión no es favorable a mi salida. Me lo ha dicho personalmente. Le confesé que había presentado esa solicitud para ocuparme pero que en el fondo no me apetece mucho volver a estar al aire libre. Aquí, por lo menos, me dan de comer, un techo y ropa. Y me respetan. Nunca un preso se ha atrevido a faltarme al respeto. Excepto McMullan, que me trató de «ballena asesina» y la verdad es que no me gustó.

McMullan es un canijo flaco que debe de pesar cincuenta y cinco kilos. En el refectorio, estaba sentado a una mesa. Avancé hasta situarme junto a él y arrastré suavemente su silla. Me senté sobre sus rodillas y dejé mi bandeja sobre la suya. Me tomé tiempo para comer. Salió de allí con las piernas moradas. No me ha vuelto a llamar ballena asesina.

Sonrió y prosiguió:

—Me aburro un poco. Ya no tengo ninguna experiencia personal de la vida. Es un poco triste, pero así es. Y, además, ¿cómo iba a ser de otra forma? Eso no tendría ni pies ni cabeza. ¿Así que parece que el país está al borde de la quiebra?

—Eso dicen.

—Ya no se gana lo que se gasta. Aquí es imposible, nadie te fía. Ni dinero, ni amistad ni amor. Nada. Me gustaría tener solo un deseo. El castigo por haber tenido deseos irreprimibles es que una vez se han saciado ya no se tiene ninguno. El deseo es un extraño mecanismo. ¿Aún se folla a tíos?

Susan se puso colorada como una chica del campo.

—El único al que querría follarme es usted.

Al resopló.

—Aunque me dejaran salir de aquí, no me acostaría con usted. Los expresidarios no están forzosamente condenados a follarse a las más feas, ¡mierda!

Susan sollozó, con dignidad.

—Qué cruel puede ser a veces.

—No soy cruel, Susan, solo la chincho.

Era un sábado por la mañana. Todos los sábados por la mañana el vecino se preparaba para salir al mar. Su barco era más una bañera que un yate, pero no debía de tener medios para comprarse uno mejor. Permanecía durante toda la semana sobre el remolque como un alma en pena y me preguntaba dónde encontraba el vecino unas aguas suficientemente tranquilas como para arriesgar su vida sobre semejante esquife. Él y yo no habíamos hablado nunca. Cuanto más desarrollado es un país menos se hablan los vecinos. En todo caso, eso dicen. Si ha habido un día en mi vida en que realmente no quería que nadie me hablara, era ese día. Salí y cerré la puerta con llave detrás de mí. El vecino verificaba la estiba de su barco en el remolque y la fijación del remolque a su coche. Ya no tenía edad para esas expediciones y fue lo primero que me dijo.

—Ya no tengo edad para estas expediciones.

Quizá se esperaba que fuera a darle la razón o a contradecirle. Mi silencio le sorprendió y pude leer en su rostro que lamentaba haberme dirigido la palabra. Me di cuenta de que había visto que era el hijo de Cornell Kenner, aquel del que se decía que había matado a sus abuelos. Se decía porque ella se había jactado. Incluso podía fechar el día en que se alardeó de ello porque, desde entonces, vi que los vecinos ya no me miraban de la misma manera. Se apresuró a proseguir.

—Pero tengo miedo de que si dejo de hacerlo ya no tendré edad para hacer nada. ¡Oh! Nunca me alejo demasiado pero la niebla cae muy deprisa en la bahía. El año pasado me sorprendió. Además, se agitó el mar. Temí que no iba a salir de aquella.

No era cuestión de darle conversación. Al subir a mi Galaxy, me dijo con una sonrisa forzada: «Saluda a tu madre de mi parte.» Respondí sin pensar: «Hecho.» Se quedó atónito, de brazos caídos, y arranqué.

Jamás había sentido un cansancio semejante. Me tomé dos comprimidos de cafeína y me dirigí al norte. Sentía un hormigueo en la cabeza. Había algo en mí que iba a estallar, estaba seguro. Mis piernas se petrificaban y mi sangre corría como la lava. Tomé la 101, me situé en el carril de la izquierda y pisé a fondo el acelerador. Estaba tan nervioso que ya no tenía reflejo alguno. Sabía que si algún fulano tardaba demasiado en apartarse de delante de mí no podría frenar ni sortearlo. Afortunadamente, mi Ford no superaba las 80 millas por hora en las bajadas. Me imaginaba estampándome contra el culo de un tráiler cargado de pollos de Minnesota. Mi cólera no disminuía, como la fiebre de un chaval devastado por una meningitis. No había nada que hacer. Iba a matarme, seguro. No se trataba de una suposición, ni de una voluntad sino de una fatalidad. Percibía el horror en los ojos de los conductores a los que adelantaba. También ellos sentían que iba a matarme. De repente, cerca de Vacaville, entre San Francisco y Sacramento, una ciudad con más ciudadanos encarcelados que libres debido a su cárcel, comprendí que la policía acabaría deteniéndome y echaría a perder mis planes, aunque aún no los conociera. Tomé la salida y estacioné en un aparcamiento. Estaba muy agitado. Entré en un restaurante de carretera y me tomé un litro de café. Luego pasé más de un cuarto de hora con la cabeza debajo del grifo del lavabo de señoras. Una de ellas me abroncó, diciéndome que no tenía nada que hacer allí, pero se arrepintió al ver mis ojos cuando me incorporé. Me tomé otro litro de café y luego se me ocurrió robar un descapotable para ventilarme. Se convirtió en una obsesión. Quería conducir con el rostro al viento para no dormirme. Rondé una hora por las calles de Vacaville hasta encontrar el coche adecuado. El Mustang descapotable de 1967 estaba aparcado junto a una acera, con la capota cerrada. Logré que arrancara en dos minutos. Volví a mi camioneta para recoger mis cosas, que se resumían en una nueve milímetros y una cuerda. De todas formas, la registré para comprobar que no había olvidado nada y encontré un blíster de píldoras anticonceptivas. Me lo llevé también. Por un golpe de suerte, el conductor había dejado los papeles en la guantera. De todas formas, estaba decidido a circular tranquilamente para no llamar la atención. Me senté al volante y en esas descubrí que estaba verdaderamente obligado a bajar la capota porque de lo contrario mi cabeza chocaba contra esta y el Mustang parecía un dromedario. El fabricante sin duda nunca había imaginado que un tipo tan alto como yo conduciría un día aquel cacharro. Recogí la capota en tres segundos. Sin embargo, aún no habían acabado mis problemas. Tenía la parte superior del marco del parabrisas escasamente a la altura de los ojos. Y como no podía agacharme estaba obligado a alargar el cuello para ver la carretera por encima. Todos esos detalles me tenían muy atareado. Volví a la carretera 101. Empezaron a caer gotas y se mezclaron con mis lágrimas. Pensaba en mi padre. Hubiera dado cualquier cosa por encontrarle. ¿Por qué no me daba noticias tuyas? Cuando era pequeño era su preferido. Me llamaba Kid, y me paseaba con sus zapatos

que me venían demasiado grandes y los hacía restallar sobre el suelo, Dios mío, no podía dejar de llorar, me habría gustado empezar de cero, olvidarlo todo, hacer borrón y cuenta nueva. Nunca debería haberme abandonado. La verdad era que yo no lo merecía. Si un día tuviera que dar explicaciones, sabía qué tendría que decir. No, no estoy loco. No, no tengo psicosis. No tuve más remedio que ejercer unas defensas perversas para no hundirme en la locura. Siempre me he detenido en el umbral de la locura porque tenía fuerzas para ello. No me pidan lo imposible, me cago en la puta, no le pidan a un tipo al que conducen a la locura que no se defienda. La lluvia caía cada vez con más fuerza. Chocaba contra mis gafas a toda velocidad y veía menos que en el fondo de una charca cubierta de nenúfares. Sin embargo, no quería morir allí, así que aminoré la velocidad y me situé en el carril de la derecha, pero sin intención de detenerme. Si muriera, nadie comprendería nunca nada de toda esta historia. Y eso era como decir que mi vida no habría servido de nada. Esa inutilidad no podía soportarla. Pero a la vez tenía ganas de pegarme un tiro conduciendo, de poner fin a una puta vida miserable de sufrimiento. ¿Qué alegrías había tenido? ¿Quién podía decírmelo? Dado que las tenía prohibidas, me las había construido. De una manera muy rara, tengo que reconocerlo. Pero uno hace lo que puede. ¡Oh, joder, me he detenido a tiempo! A tiempo, aunque sea ya demasiado tarde. No es demasiado tarde para todo el mundo. Nadie me ha detenido. ¿Quién me ha detenido, eh? Nadie. Me he detenido yo solo, porque mi inteligencia me lo ha permitido. Para algo tengo un CI superior al de Einstein. Me achicharraron el cerebro afectivo, de eso no cabe la menor duda. Pero aún sé razonar, por mí mismo. La lluvia era cada vez más fuerte. Ya ni me tomaba la molestia de secarme las gafas. Me guiaba siguiendo los faros de los camiones que me precedían. Los ocupantes de los otros coches me miraban con espanto. Me las daba de tipo impasible, como si las gotas no me alcanzaran. Tenía la camisa pegada al cuerpo. No corría peligro de dormirme, eso era lo esencial y lo demás no importaba. Acabé deteniéndome a tomar café.

Le pedí a la chica un café muy cargado. Goteaba sobre el suelo del fast food y ella observaba cómo el agua resbalaba. Me ofreció una toalla por un cuarto de dólar, porque no tenía una suya. Mis billetes de banco también estaban empapados. Me dio un bajón terrible. Cuando me hube secado el pelo, me dijo que me reconocía, que me había atendido no la noche anterior sino la precedente. Parecía implorarme que la reconociera, pero no la situaba, aunque fuera cierto que esa noche había pasado por allí. Bebí el café y salí. Había dejado de llover. Me senté en el Mustang y me deshice en lágrimas. Llamaba a mi padre. Quería que viniera a buscarme, que me llevara a su casa, lloraba tanto que me ahogaba. Las lágrimas también se detuvieron de golpe. Y entonces retomé la carretera tras llenar el depósito y darme cuenta de que tenía el dinero justo para acabar el viaje. Con la ayuda de una nueve milímetros cargada estaba claro que podía reaprovisionarme, pero no quería caer en la vulgaridad del pequeño delincuente de circunstancias. Al cruzar Eureka pensé en pegarme un tiro en la cabeza, un final honorable para una vida que no lo era tanto aunque eso fuera discutible, y lo digo muy en serio. Nunca he logrado apropiarme de mi vida, esa es la realidad. Sin embargo, recuerdo todos mis esfuerzos para ahuyentar los malos pensamientos. Me bastaba con hacer una cosa para salir de ello. Una sola cosa. Y esa cosa la llevé a cabo. Demasiado tarde. Mi inteligencia falló. La versión lista del cerebro de Einstein no supo resolver una ecuación trivial. Me reconcomen los remordimientos. No por el daño causado. Mi madre tenía razón en ese punto. No tengo empatía, el mal que he hecho es teórico. He causado daños colaterales. No se lloran los daños colaterales, se lamentan, como mucho uno se disculpa pero no implora perdón durante el resto de sus días. La empatía no la tienen todos los seres. Los militares y los políticos no tienen y nadie se lo reprocha. El poder está en manos de hombres y de mujeres sin empatía, en cierta medida son mis hermanos y según cómo se mire tenemos las mismas excusas. Yo también he querido ser elegido por los míos, por la masa de la gente. Yo también he querido atraer la atención sobre mí, aunque no sea un pervertido narcisista. Ni un pervertido a secas. Tengo defensas perversas. Y ahora caerán. En el momento en que recobre la virginidad cerebral del recién nacido estaré muerto. Además, me van a matar. Tendrían que matarme. Yo, en su lugar, lo haría. Por eso lucho desde el inicio de mi viaje contra la idea de neutralizar ese cerebro diabólico. Para dejárselo a ellos. Pero no podrán ejecutarme sin que me explique. Esta sociedad tiene que comprender de una vez por todas que no he nacido para matar.

Al acercarme a la Avenida de los Gigantes empezó a llover de nuevo cuando ya casi tenía seca la camisa. Empezaba a estar harto de esa lluvia que se presentaba sin previo aviso y me fastidiaba estar mojado, el hechizo ya no funcionaba. Una estación de servicio me tendía los brazos junto a la autopista. Volví a poner gasolina pues aquel Mustang se la tragaba. Me atendió un viejo. Su mujer se ocupaba de la caja y del pequeño bar donde servían algunos platos. Esa gente ya no tenía edad para trabajar pero sin duda no podían hacer otra cosa. Pedí seis huevos fritos con beicon y café. La anciana se marchó con pasos muy lentos a preparármelos. Entró una mujer de unos treinta años. Llevaba un impermeable gris que se abría sobre unas bonitas piernas que una falda corta dejaba al descubierto. Se sentó en uno de los dos asientos libres. Sacó un cigarrillo y se puso a fumar nerviosamente. Sentí que quería dirigirme la palabra pero no se decidía. Tampoco yo la invitaba a hacerlo. Miraba fijamente la freidora y su aceite negro, dispuesto a desmoronarme. Finalmente se decidió:

—¿Va usted hacia el norte?

No respondí de inmediato. Acabé volviéndome hacia ella.

—Sí.

—¿Puede llevarme? Voy a Eugene, en Oregón.

—Yo también voy a Oregón pero me quedo un poco después de la frontera en Golden Beach.

—Todo eso que habré avanzado, si me lleva.

—Sí, pero hay un problema. Conduzco un descapotable y, debido a mi altura, no puedo cerrar la capota. Así que, cuando llueve, no puedo garantizar la estanqueidad.

—¿Y por qué se ha comprado un descapotable?

—No lo he comprado, lo he robado. Pero es como robar unos zapatos en el vestuario de un estadio, no sabes si serán de tu número.

No volví la cabeza para observar su reacción.

La vieja regresó. Las patatas fritas aún quemaban.

Ella pidió una Pepsi.

—¿Me lleva, pues?

—Por su cuenta y riesgo. Hace tres días que no duermo. Quizá sería mejor que esperara a otro.

—No tengo tiempo para esperar.

Su vida no me interesaba. Se lo dije.

—De acuerdo, la llevaré, pero no quiero saber nada de usted y no quiero sentirme obligado a darle conversación. La dejaré en Reading si no nos matamos por el camino.

Súbitamente dudó.

—¿Lo dice en serio? ¿Lleva tres días sin dormir?

Tragué mi bocado.

—En serio.

—Bueno, en ese caso esperaré a otro.

Acabé de comer y le dije:

—Sus problemas no son tan importantes como para que se juegue la vida. Acaba de darse cuenta y eso está bien.

Me puse en pie y fui hasta el descapotable bajo un cielo azul que rozaba la insolencia. Eché un vistazo al oeste. No se anunciaba nada. Me senté y, cuando iba a arrancar, me quedé dormido. Debí de dormir más de una hora. Al despertar, la chica estaba al otro lado del capó con su maleta y el impermeable anudado a la cintura. Al ver que abría los ojos, se acercó a mí.

—Ahora que ha dormido, quizá pueda llevarme.

Arranqué el motor y me situé lentamente a su altura.

—Ahora que he dormido, ya no me apetece.

Arranqué en tromba, con la sangre agitada por mis recuerdos.

Dormir no me permitió descansar. La fatiga seguía pesando sobre mí como la leche de vaca en el estómago de un recién nacido. El tráfico en la 101 me provocaba vértigo. La dejé y retomé la carretera de la costa hasta Golden Beach, en la desembocadura del Rogue River. Me encontré en Oregón sin darme ni cuenta. Eso no tenía la menor importancia, puesto que no trataba de huir de California. Golden Beach era la última ciudad que tenía que cruzar antes de adentrarme en el bosque. Había recorrido las últimas cien millas sin replantearme mi decisión. Iba a subir a la montaña y me pegaría un tiro en la cabeza cerca del árbol fulminado por un rayo. No justo debajo. No quería ofender. Golden Beach tenía un aspecto de circunstancias. La noche invadía un cielo gris que se fusionaba con un mar inquietante. La gran playa desierta parecía despreciar a la pequeña ciudad que no tenía nada para justificar estar allí. Habían construido tres moteles, uno de ellos en estilo irlandés. Pensé de inmediato en Duigan. Luego en Wendy. No había tenido hasta entonces ni el tiempo ni la serenidad para pensar en ellos. Wendy me habló un día de su madre. Cuando esta supo que el cáncer la conducía a la tumba, pasó varios días sin creérselo. Le dijo a Wendy que no existía mayor sufrimiento en la vida que saber que se va a morir inexorablemente al cabo de un plazo determinado. Dios mío, esa frase removía tantos recuerdos de las cabronadas que yo había podido cometer que me puse de nuevo en camino para ir hasta el coche que había dejado junto a la carretera número 1. Tenía que apresurarme para acabar. Por Dios santo, ¿qué hacía perdiendo el tiempo de aquella manera? Y luego de repente, cuando ya no me lo esperaba, una idea evidente se impuso en mi mente. Tenía que hacer alguna cosa buena. Nunca en mi vida me había escaqueado. Aunque la culpabilidad que crecía en mi cerebro como un tumor me estuviera volviendo loco, tenía que contárselo todo a Duigan. Le debía la verdad. Ya iba a llevarse un buen palo así, el pobre hombre. No, no, yo no era uno de esos cabrones capaces de dejar sin explicaciones a la gente que había confiado en mí. No podía hacerlo. Realmente no podía hacerlo. Pero esa decisión en lugar de serenarme

me ponía doblemente nervioso. Seguí a orillas del Rogue River, más de diez millas. Allí, al pie de la montaña, conocía un paraje donde no vivía nadie más que un viejo que regentaba la única gasolinera en las decenas de millas a la redonda de carreteras escarpadas. En una amplia explanada de tierra, su surtidor representaba más para los automovilistas sedientos que un Cristo en majestad para unos peregrinos cristianos. Su casa era ridículamente pequeña. Casi tan pequeña como la cabina telefónica situada en medio de la explanada. Al margen de dos o tres carracas, el lugar estaba desierto, rodeado de coníferas pero bordeado por el Rogue River que se dirigía al mar. El viejo me reconoció. Era un buen tipo, desdentado. Era la tercera vez que me veía. Nunca había conocido un carácter tan jovial como el suyo. Se había inscrito en un club de vino y estaba muy orgulloso de sus botellas. Desgraciadamente, como él mismo decía, solo le gustaba la cerveza. Así que se mostraba muy generoso con los aficionados al vino para compensar el precio desorbitado de su gasolina. «¿Se ha visto alguna vez a un tipo muerto de sed por haber cruzado a pie el desierto de Mojave discutir el precio del agua?» Me ofreció vino. Bebí una botella para calmarme. Me ofreció otra, diciendo que tenía que vaciar su bodega. Le acababan de encontrar un tumor maligno en un pulmón que ahumaba metódicamente desde hacía cincuenta años.

—No estoy seguro de que aún esté aquí cuando regreses la próxima vez. Quieren operarme. Si no me operan, me moriré. Si me operan, no tendré dinero para pagarles y también estaré obligado a morirme para librarme de las deudas. Así es la vida. Todo va bien y de repente el destino te hace jaque mate. Pero no me quejo.

Abrió la segunda botella y olió el corcho.

—Es un vino que envejece bien, ¿pero quién lo va a guardar? Si quieres, puedes llevarte las otras botellas. No tengo familia.

—Es una lástima, pero yo tampoco podré guardarlas.

—¿Cómo es eso?

—No creo que vaya a vivir mucho tiempo.

Me miró, profundamente asombrado.

—A tu edad, chaval, no es normal.

Antes de que yo satisficiera su curiosidad, bastante comprensible en un viejo solo y sin distracción alguna, me puse en pie:

—¿Funciona el teléfono?

—Esta mañana, funcionaba. He visto a un tipo llamando y haciendo grandes gestos como si tratara de convencer a alguien al otro lado del teléfono.

Me dirigí hasta la cabina atenazado por el miedo y descolgué el aparato temblando. Esperaba sin decírmelo que no hubiera línea. Finalmente oí el tono al otro lado, tanto tiempo que pensé en colgar. Hasta que una voz femenina joven y sin resuello me respondió:

—Policía criminal de Santa Cruz, ¿en qué puedo ayudarle?

Debía de haber corrido desde la máquina del café.

Dije que quería hablar con el capitán Duigan.

—Hoy no está de servicio —respondió con voz suave.

—Páseme entonces con el oficial de guardia.

—Es el teniente Carlsson.

Recordaba a Carlsson, un rubio pelirrojo de ojos muy juntos. Venía al Jury de vez en cuando pero no bebía. Iba allí por miedo a perderse alguna cosa. No me tenía especial estima.

—¿De parte de quién?

—Al Kenner.

—¿Puede decirme el objeto de su llamada?

—No.

—De acuerdo, veré si puede atenderle.

—Dígale que soy el exfuturo yerno de Duigan.

Se atoró en el concepto de exfuturo yerno.

—Sí, iba a casarme con su hija el mes que viene.

—¿Y no será así?

—Lo veo difícil.

—De acuerdo, le paso con el teniente Carlsson.

Esperé un buen rato. Empezaba a temer que no tendría suficientes monedas.

Carlsson finalmente se puso al teléfono.

—¿Quiere hablar con Duigan? Este fin de semana tiene fiesta.

—Tiene que ir a buscarlo allí donde esté.

—¿Y por qué?

—He matado a mi madre y a su amiga.

El silencio no duró mucho tiempo.

—En el Jury observé que tiene usted cierta inclinación a la bebida, Kenner, pero no tengo tiempo para tonterías, estoy de guardia solo.

—Le digo la verdad. Estoy en una cabina y no tengo muchas monedas, le voy a dar el número y dígame a Duigan que me llame. Hágalo porque me estoy volviendo loco y tengo una nueve milímetros.

Empecé a dictar el número pero la llamada se cortó. Creí que iba a derribar la cabina de rabia. No tenía ni una moneda en el bolsillo, ni un billete. Volví a ver al viejo para pedirle que me echara una mano. Tenía lo justo. Mientras, una mujer se

había detenido junto a la cabina. Llevaba un pañuelo a la cabeza. Me acerqué. Cerró la puerta. En el silencio crepuscular del valle, podía oírlo todo.

—No me importa tu mujer, Sean, de veras que no me importa. Me he vestido para venir a verte y en veinte minutos ahí estaré. No, Sean, ahora es ella o yo y creo que cuando llegue voy a ser yo. Abre una botella de blanco muy frío, echa a tu mujer y, antes de que hayas tenido tiempo de ducharte, ahí estaré.

El tipo debió de responder algo.

—¿Pero tú qué te crees, Sean, que te voy a dejar repantigarte un sábado por la noche con tu mujer en tu casa con vistas al mar mientras me como una hamburguesa en el coche aparcada debajo de una farola? En veinte minutos estoy ahí, Sean.

Colgó. Salió de la cabina.

—¿Lo ha escuchado todo?

—No, lo he oído todo.

Luego tuvo remordimientos.

—No, le dejaré una hora para echar a su mujer, ¿qué le parece? Mi pobre cariñito, se queda tan desarmado ante los problemas.

—Ya le llamaré luego. Tengo que hacer una llamada urgente.

Se quedó allí plantada como un geranio.

Esta vez se puso el viejo Ramirez, con quien había compartido decenas de rondas en el Jury Room.

—¿Qué son esas tonterías, Al? Sabes perfectamente que eres incapaz de hacer algo semejante.

—No, no soy incapaz de hacerlo.

—¿Qué pasa, se te han cruzado los cables o qué?

—No, se lo aseguro. Le voy a dar la dirección.

Dicté.

—Es una casa gris de dos plantas en una curva. Ahí están las dos. Mi madre y su amiga, Sally Enfield.

—¿Cómo las has matado?

—El espectáculo no es muy agradable. Les he hundido la cabeza a martillazos.

—Vale, voy a enviar a una patrulla, Al, pero si nos estás gastando una broma... No me lo puedo creer. Eres uno de los nuestros, Al, has hecho un buen trabajo, ¿qué te lleva a gastar bromas macabras como esta?

—Se lo aseguro, es verdad. Tengo que colgar, se me acaban las monedas. Le voy a dar el número. Dígale a Duigan que me llame. No tarde, tengo una nueve milímetros y un fuerte impulso que me dice que me vuela la tapa de los sesos. Sigo con vida por Duigan.

Dicté el número y antes de colgar añadí:

—Espero al lado de la cabina.

La chica lo había oído todo. Estaba apoyada, de espaldas al cristal.

—¿Qué espera para llamar?

Se había quedado paralizada.

—Haga su llamada lo más breve posible, espero que me llamen. Y ni una palabra a nadie o iré a por usted.

Acabé con una sonrisa, pero eso no bastó para tranquilizarla. Se subió al coche sin volverse. Sabía que no diría nada, le apetecía mucho pasar la noche con su amante y, al fin y al cabo, era testigo de que me había entregado. Me quedé sentado contra la cabina buena parte de la velada pensando en mi penosa vida. No era Hulk. Nunca había tenido fuerzas para romper mis cadenas, para escapar de mi encierro, para ir en contra de mi predestinación. Me dormí y, en el momento en que un perro vagabundo vino a despertarme olisqueándome la cara, sonó el teléfono.

Supe que era Duigan por su manera de no decir nada. Como yo tampoco abría boca, dijo con voz fatigada:

—Acabamos de llegar de la casa, Al. ¿Pero qué has hecho, Dios mío, qué has hecho?

Inspiré profundamente.

—Sé que es impresionante, señor Duigan, pero todo tiene explicación.

—¿Tu madre decapitada y los dardos clavados en su rostro tienen explicación, Al?

Notaba que tenía ganas de llorar y no quería oír sus sollozos.

—Hay que desdramatizar, señor Duigan.

—¡Y su amiga..., Al! ¿Dónde estás?

—En Oregón. En un aparcamiento entre Reading y Golden Beach, a diez millas de Golden Beach, por la carretera que sigue el curso del Rogue River.

—¿Por qué en Oregón?

—Se lo tendré que explicar. Solo quiero entregarme a usted, señor Duigan, a usted exclusivamente. Si envía a uno de esos policías locales cretinos montaré un pollo y luego me pegaré un tiro en la cabeza.

—Ahora mismo me pongo en camino, Al. ¿Me prometes que estarás allí?

—No puedo prometer nada. Si aún sigo vivo es porque le debo una explicación. Usted es la única persona en este mundo que me ha tratado bien, mejor que mi padre y que mi psiquiatra en Atascadero. Sé que va a tener muchos problemas, además del disgusto, y no quiero dejarle empantanado. Sin embargo, puede creerme, lucho por seguir vivo porque ya nada puedo esperar de la vida. De todas formas, me van a electrocutar. Pero no tengo miedo. Lo único que me importa, señor Duigan, es que no piense que estoy completamente loco.

—Mucho me pides, Al. No te muevas. Cojo el coche con un ayudante, estaré ahí al amanecer.

—Solo espero que amanezca un nuevo día, señor Duigan.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. Le espero, no lo olvide, siga el Rogue River desde Golden Beach hasta la primera gasolinera, a la izquierda, y ahí estaré.

—¿No te puedes aproximar un poco, Al?

—No, no tengo fuerzas y, además, quiero enseñarle algo en este lugar.

El viejo se había metido en su casa. Llamé pero no respondió. Empujé la puerta. Su casa tenía una única habitación y en un rincón una cocina donde se apilaban latas de conserva. Con cincuenta años menos, no tenía más futuro que él y eso hacía que me cayera simpático. También había vivido para nada, o para poca cosa. Se había quedado dormido, sentado en el sofá, con una copa de cerveza vacía en la mano. Fui presa de un súbito deseo de largarme, de conducir hasta Alaska, pero no tenía valor para ello. Solo quería entregarme.

Cerré la puerta despacio y fui a sentarme en el descapotable. Abatí el asiento al máximo. El frío intenso me obligó a cerrar la capota. Repasé los acontecimientos de los últimos minutos.

Subí a mi dormitorio después de las últimas palabras que habíamos intercambiado. No lograba conciliar el sueño y tenía el presentimiento de que mi inconsciente me conducía hacia algo grave, inexorable. Aguardé un poco. Como no podía soportarlo, volví a bajar. El salón estaba desierto. Llamé a su puerta pero no respondió. Entré en su habitación. Estaba tumbada con los brazos en cruz, completamente vestida, derrotada por la borrachera. Le zarandeeé el brazo. Era incapaz de recordar cuánto tiempo hacía que no la había tocado. Su piel era caliente y blanda. La pellizqué. Me miró como si no se sorprendiera de verme allí. Suspiró: «¿Qué quieres ahora?» Me senté en la cama al lado de ella, apoyado contra la pared: «Quiero que me hables, mamá.» Me miró fijamente: «No me des el coñazo, Al, ver una montaña de dos metros veinte que suplica atención es patético. Déjame dormir.» Repetí: «Háblame, mamá, solo una vez.» Se incorporó en la cama: «Te lo digo en serio, Al, déjame en paz o llamaré a tus colegas polis y se lo contaré todo.» Como no me movía, gritó: «Por Dios, ¿cuándo vas a salir de una vez de mi vida, cuándo vas a desaparecer, no ves que me estás matando, Al, me estás matando?» Suspiré profundamente y, mientras se calmaba, me levanté y salí de su habitación. Cerré cuidadosamente la puerta detrás de mí, procurando no hacer ruido. No era capaz de soportar la menor violencia. Volví a tumbarme en mi dormitorio. Escuché a Skip James hasta las cuatro de la madrugada sin pensar en nada. Dicen que la música amansa a las fieras, pero debo de ser la excepción que confirma la regla. A las cuatro y cuarto, me puse en marcha. Se puede ser hipermnésico y tener pérdidas de memoria. No tengo la menor idea de por qué había un martillo en mi dormitorio. No me era de ninguna utilidad. Pero allí estaba, como si hubiera atravesado la pared para aterrizar sobre mi mesita de noche. Lo empuñé sin odio pero con la determinación de quien un domingo se dispone a realizar una tarea de bricolaje que había previsto desde hacía mucho tiempo. Bajé. Mi madre no se había levantado para cerrar. Me dirigí a su habitación. Dormía de nuevo, pero esta vez había tenido tiempo de ponerse un camisón. Dormía boca arriba, con los brazos aún extendidos. En ese momento

pensé que no tenía otra solución. Hice mi trabajo, sin encarnizamiento.

Tres golpes muy violentos. Sally Enfield debía de tener un sexto sentido porque, puedo asegurarlo, esos golpes solo produjeron un ruido sordo. Salió de su habitación, con un ridículo picardías de un azul como solo se ve en los productos de lavavajillas. Estaba en el pasillo con la idea de lavar el martillo. No tenía ninguna intención de ocuparme de ella, pero con su vocecilla de pajarillo descerebrado me preguntó si todo iba bien. «Muy bien», le dije, «acabo de matar a mi madre.» Dijo: «¡Huy!» y, al juzgar que era demasiado para ella, dio media vuelta para irse de nuevo a su habitación, donde esperaba que la olvidara. Recibió un martillazo en el umbral del dormitorio. No merecía un segundo y, de todas formas, había muerto en el acto. No hace falta extenderse acerca de lo que sucedió después. Le hice el amor a mi madre. No me llevó mucho tiempo. Fui a la cocina a por lo necesario para decapitarla. Deposité la cabeza sobre la repisa de la falsa chimenea hortera que decoraba el salón y jugué a dardos mientras le cantaba una cancioncilla que yo mismo había compuesto: «Me has hecho perder la cabeza, Alouette, te he hecho perder la cabeza, menuda torpeza.» La sangre que corría por todas partes acabó indisponiéndome. Nunca me he sentido tan vivo como durante los minutos que siguieron. Pero la fatiga me echó a perder ese momento de quietud.

El frío era cada vez más intenso. Puse en marcha el motor y encendí la calefacción. Al apagarla, los ruidos del valle me sorprendieron. Oía el aliento del Rogue River que descendía hacia el mar, apresurado. Me dormí. Me despertó un osezo negro que husmeaba mi puerta, atraído por el olor de una caja de galletas saladas. Se marchó sin insistir. El día amaneció con un arco de círculo sobre la montaña. Pensé en la Avenida de los Gigantes, allí donde tuve el accidente de moto. Sin ese accidente, no habría regresado a casa de mi madre y quizá habría podido salir adelante. No estaba muy lejos de allí y, sin embargo, los árboles nada tenían que ver. Aquí no había secuoyas sino coníferas apretujadas a miles como si no quisieran dejar pasar nada.

La luz aún no había iluminado las cimas cuando llegó un coche despacio. Botó en una rodera y se detuvo envuelto en una nube de polvo. Dos hombres descendieron del vehículo. Reconocí a Duigan por su cabezón cuadrado. Al otro policía le conocía de vista. Era un poco más alto, rubio con el pelo muy corto y unos tics que hacían que pareciera un poco tarado. No hacía mucho tiempo que estaba en Santa Cruz. Salí del Mustang y fui a su encuentro, con la frente alta. No estaba tan abatido como la víspera y mi seguridad al dirigirme hacia ellos inquietó al rubio, que se llevó la mano a la pistolera. Parecía una película del Oeste. Levanté los brazos y volví las manos como un niño para que aquel memo viera que no iba armado. Las cosas no podían empezar peor entre nosotros.

—¿Cree que les he hecho venir para dispararles?

Mirando a Duigan, continué:

—Ahora dejan entrar a cualquiera en la policía.

A Duigan daba pena verlo. Estaba abatido como a la vuelta de un entierro. Nos quedamos sin decir nada mientras Carter, el nuevo, se encendía un cigarrillo y me preguntaba si el coche era mío. Respondí que lo había robado y que dentro solo tenía una nueve milímetros que iban a necesitar.

—¿Para qué vamos a necesitarla? —dijo el rubio, exhalando el humo por la nariz como un dragón.

No respondí. Durante nuestra conversación veía que Duigan no me quitaba la vista de encima, afligido. El rubio fue a por mi pistola y nos dejó solos. No se me ocurrió otra cosa que decirle:

—En la montaña hará frío.

Como seguía mudo, añadí:

—Creo que va a necesitar a la policía de Oregón.

Se puso a hablar con una voz que no era la suya:

—California no está lejos, diremos que te detuvimos allí.

Meneé un buen rato la cabeza.

—No, señor Duigan, va a necesitar a la policía del estado.

—¿Por qué, Al?

Nunca le había visto tan alicaído.

—No puedo decírselo, pero le llevaré allí.

Cuando el rubio regresaba con sus andares de pistolero, murmuré.

—Lo siento, señor Duigan, había decidido pegarme un tiro en la cabeza. Me he abstenido para no dejarle sin explicaciones, pero me temo que le van a poner en una situación verdaderamente difícil.

Me miró intrigado. Concluí dándole la espalda a Carter y bajando la voz.

—Tengo algo que enseñarle, pero preferiría que fuéramos solo los dos. Luego juzgará lo que quiere hacer. Se lo aseguro, es por su interés.

Me volví hacia el rubio:

—Tengo que enseñarle una cosa al capitán, pero solos él y yo.

Carter, cuya disciplina compensaba su falta de inteligencia, interrogó a Duigan con la mirada alargando el cuello. Duigan parecía dubitativo. Finalmente decidió:

—Quédese aquí, Carter.

Luego, mirándome:

—¿Cuánto tiempo nos llevará?

—Toda la mañana.

Dirigiéndome a Carter:

—Si necesita el Mustang, basta con hacer contacto con los cables debajo del salpicadero.

Nos marchamos de inmediato. Duigan no daba con palabras para iniciar la conversación. En el cruce, el último durante horas, tomamos hacia el sur y a la montaña. Abrí mi ventana y dejé entrar el olor a agujas de pino húmedo. La carretera, estrecha, era empinada y con fuertes curvas. Un ejército de coníferas obstruía la vista. Debajo de los árboles estaba oscuro a pesar de que el cielo ya era azul. Con esa ascensión pronto nos encontramos a buena altura entre vertiginosos precipicios. Duigan no se inquietaba por ello, y seguía sin decir nada. Pero yo no estaba de humor para callarme:

—¿Ha consultado mis antecedentes penales, señor Duigan?

Asintió.

—Evidentemente, no hay nada. El comité psiquiátrico los dejó limpios porque me juzgó perfectamente normal, pero maté a mis abuelos en el 63. El día del asesinato de JFK. Estuve cinco años en un hospital psiquiátrico. Me juzgaron irresponsable. Cosa que refuto. La responsabilidad es la gran cuestión de la vida. ¿Quién es responsable y quién no lo es? Defiendo la irresponsabilidad general de la humanidad. Pero no la mía.

Duigan se volvió hacia mí.

—¿Por qué has matado a tu madre, Al?

—Porque no tenía elección. Era mi única manera de sobrevivir. Si la hubiera

matado en el 63, habría llevado una vida normal. Lamento no haber tenido el valor de hacerlo antes. Caí de su vientre como una caja se cae de un camión, pero de todas formas era mi madre. Así que hace falta tiempo para tomar las decisiones adecuadas.

—¿Y a su amiga?

—No me caía bien. Pero esa no cuenta. Era alcohólica y, en mi opinión, no iba a vivir mucho más. Le he hecho un favor.

Duigan frenó en seco, aterrorizado:

—¡Pero, Al, estás completamente loco!

Y alzando la voz:

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Has matado a tu madre y la has decapitado...

—También la he violado.

Creí que iba a vomitar. Proseguí muy rápido para no darle tiempo para ello.

—Son defensas perversas, señor Duigan. Era eso o volverme loco.

—Pero si estás loco, Al, loco de atar.

—Honestamente, y sin deseo de llevarle la contraria, no lo creo. He alzado defensas perversas para no volverme loco cuando todo me empujaba a ello. No tengo establecida una psicosis, los peritos han coincidido en ese punto. No conoce usted a mi madre. La verdad es que no tenía intención de presentársela. Pero si la hubiera conocido, vamos..., quiero decir... viva, habría comprendido que trajo al mundo a un hijo con la idea de que no había sitio para los dos en la tierra. Ha vivido cincuenta años, y durante veintiuno de ellos no he podido respirar. Tenía que llegar un día en que pudiera oxigenarme un poco. Por lo demás, sé que es impresionante, pero no se mata a la propia madre por las buenas, se requiere cierto ritual. Tenía que exorcizar algunas cosas simbólicamente. La decapitación para que me devolviera la cabeza y la posesión como... un homenaje, si quiere. O para devolverle la mierda de semilla que se halla en el origen de mi puta mierda de vida. Y, en cuanto a los dardos, tenía que negarla, como ella me ha negado a mí.

Duigan salió del coche gritando:

—¡Eres un puto loco, Al, un puto chiflado! ¿No tienes siquiera remordimientos?

Salí también para responderle y para mear.

—¿Por haberla matado, a ella? Ninguno. En cuanto a haberle metido a usted en este berenjenal, cuando confiaba en mí, no le ocultaré que lo lamento profundamente.

El bosque escarpado se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Subimos al coche. La altitud me pesaba en la cabeza y en las piernas.

—¿Falta mucho? —preguntó Duigan.

Quedaba aún una hora de trayecto. Me inquietaba su falta de curiosidad acerca del lugar al que nos dirigíamos. Sentía que estaba paralizado. Lo veía todo negro. Debía de estar repasando mentalmente su carrera preguntándose cómo se le había ocurrido jugársela con un tipo como yo, del que no sabía gran cosa.

La carretera se convirtió en una pista polvorienta y luego reapareció el asfalto.

Las curvas eran cada vez más cerradas, bordeadas por precipicios cada vez más escarpados. Duigan acabó inquietándose.

—¿Adónde me llevas, Al? ¿Sabes por lo menos dónde estamos?

—No se preocupe, enseguida llegamos.

Al salir de una curva, un árbol fulminado apareció a nuestros pies. Parecía un hombre crucificado al que le hubieran arrancado la cabeza y las manos dejando colgar unos trozos de carne. El árbol muerto estaba solo en medio de árboles sanos plantados en un terreno con una pendiente impresionante. Indiqué a Duigan que se detuviera.

—¿Me has traído hasta aquí para enseñarme un árbol muerto?

Me sentí muy apurado. Todo el daño que iba a hacerle se me impuso como una enfermedad. Cuando lo supiera, igual sacaría su arma de servicio y me pegaría un tiro en la cabeza. Se daba cuenta de que en aquel sitio no podía haber ninguna buena noticia. Le veía resignado pero dispuesto a afrontar la realidad.

—¿Y qué le pasa a ese árbol muerto?

Titubeé un poco y solté:

—Está tan muerto como las chicas que he arrojado a sus pies.

Duigan se apoyó en el coche. No estaba decidido a escuchar la continuación pero, con un gigantesco esfuerzo por su parte, murmuró:

—¿Qué chicas, Al?

—Las chicas desaparecidas. Seis estudiantes de Santa Cruz.

Se plantó frente a mí.

—La hija de los Dahl, quieres decir...

Asentí. Se echó a llorar y sentí una sincera pena por él. Se detuvo en seco.

—Por Dios, ¿has matado a la hija de los Dahl?

Traté de recuperar la iniciativa.

—Por eso le he traído hasta aquí. Usted decide. Probablemente no queda mucho de ellas. Los osos, los coyotes, los lobos, las rapaces...

—Olvídate de ese zoo, Al, ¿cómo las mataste? ¿A martillazos?

—Oh, no, con mi nueve milímetros, una bala debajo del pecho. E hice lo necesario para que no se las pudiera identificar. Les corté la cabeza y las manos.

—¿Y qué hiciste con ellas?

—Arrojé las manos por aquí y por allá en el bosque. Las cabezas, las guardé. No lograba desprenderme de ellas. Hasta un extremo inimaginable. El día en que me presenté ante el comité psiquiátrico que me rehabilitó, tenía dos cabezas en el maletero del coche. Pero, bueno...

—¿Bueno qué?

—Siento entrar en estos detalles. Aunque las guardara en la nevera, al cabo de dos o tres días tenía que deshacerme de ellas.

—¿Qué has hecho con ellas?

—Las tiré a la basura. Se exagera mucho con las cabezas. Ni siquiera una cabeza grande es gran cosa. Ya ve, señor Duigan, es usted quien debe tomar una decisión. No pretendo excusarme por nada, pero tiene que saber que recogí a cientos de chicas en

autostop. Pero con esas, incluso con el alcohol, no pude evitarlo. Y luego hace tres días, al llevar a las dos últimas chicas, me di cuenta de que no tenían nada que ver con todo esto. Necesité aún dos días más para matar a mi madre. Ahora, siento que el mal ya me ha dejado. Me siento verdaderamente como después de un exorcismo. Sé que nunca volveré a hacerle daño a nadie.

Duigan callaba y no se atrevía a alzar la vista. De haberse tratado de una película, el graznido de un gavián hubiera rasgado el silencio del bosque. Allí, sin embargo, parecía que el interior de la tierra hubiera aspirado todos los ruidos. Duigan avanzó hasta el borde del precipicio y trató de distinguir algo.

—No verá nada. Las llevé muy abajo. Nadie las encontrará nunca por casualidad. Ni siquiera los cazadores. Una noche estuve a punto de que me descubrieran. Estaba manipulando un cuerpo antes de lanzarlo abajo y un tipo se detuvo con una pick-up. Un careto de surfista de dientes blancos que había regado abundantemente sus hazañas. Sorprendido de verme allí en plena noche, me preguntó si todo estaba en orden. Avancé hacia él y le sonreí. Se marchó sin sospechar nada. Vamos, ¿qué va a decidir?

—Llamaré a la policía de Oregón y presentaré mi dimisión a mi regreso a Santa Cruz.

—Lo lamento, señor Duigan. Sabe, hice todo lo que pude para resistir. Hubiera podido matar a muchas más.

Ya no me escuchaba. Solo le daba vueltas a su decisión de dimitir y a buen seguro de marcharse de la región de Santa Cruz, y no me atrevería a preguntarle para hacer qué.

—Dígale a Wendy que... que lo siento mucho.

Tomamos la carretera en sentido inverso. Duigan estaba menos tenso que a la ida. Pero algo le reconcomía y se tomó un buen rato hasta hablarme de ello.

—¿Habrías podido matar también a mi hija?

La pregunta me sorprendió:

—¡Oh, no! ¿Cómo puede sospechar algo semejante de mí? Esa idea no me ha pasado nunca por la cabeza. Le quiero a usted mucho y a ella también. Eran mi única familia. De todas formas, eso tenía que acabar. Wendy habría descubierto que era incapaz de tocarla de ninguna manera, ya sabe a qué me refiero...

A partir de ese instante sentí que el reconocimiento que Duigan sentía hacia mí por no haber matado a su hija era mayor que el rencor por su carrera perdida.

—¿Violaste a las chicas?

—Sí, justo después de matarlas, cuando aún estaban calientes. Pero no las maté para eso, aunque cueste creerlo. Quería ver con mis propios ojos el paso de la vida a la muerte. Solo se vive para ese momento. Por supuesto es difícil de imaginar, pero en cuanto comprendían que ya nada podría salvarlas, me miraban sin decir nada y leía el amor en sus ojos. Se lo devolví penetrándolas. Les debía eso por lo menos, ¿no cree?

Duigan devoraba la carretera que le conducía lejos de aquella carnicería. Dije:

—Todo eso para hacer siete veces el amor en mi miserable vida.

Había un hecho que yo mismo no me explicaba aún.

—Tengo que confesarle una cosa, señor Duigan.

Se volvió de golpe.

—¿No irás a desenterrar más cadáveres?

—No, no. Es una cosa sin importancia. Las cabezas de las chicas las ponía sobre la almohada a mi lado. Me acostaba y subía la sábana hasta el mentón. Mirábamos la televisión así. Y luego me dormía profundamente hasta muy tarde al día siguiente. Nunca en mi vida había conocido semejante quietud. Pero eso me supera y explicarlo me entristece.

A continuación reinó un largo silencio. En el momento en que llegábamos al final de la bajada, quise bromear:

—Solo he matado a hijas de republicanos, ¿cree que Reagan me odiará por ello?

—¿Por qué? ¿De verdad solo has matado a hijas de conservadores?

—Sí. Todas las chicas con un aire liberal no me interesaban. Las hippies menos aún. Mire que me he cruzado con algunas muy guapas pero me daban asco. Creo que soñaba con casarme con una de esas chicas que me despreciaban a pesar de que yo tenía la capacidad intelectual para ser mejor que ellas y que sus familias.

Duigan no respondió de inmediato. Solo al llegar al cruce con la carretera del llano me dijo:

—Reagan ni siquiera te va a matar. California aún no ha derogado la moratoria de

la pena de muerte.

—Exigiré que me ejecuten.

—No vas a exigir nada. A partir de ahora la sociedad lo decidirá todo por ti.

Llegamos a la explanada. Carter estaba de pie al paio. Fumaba compulsivamente.

Le dije a Duigan para acabar:

—Se supone que todas esas chicas se han emancipado de sus familias. Nunca se encontrará ni rastro de sus cuerpos. Carter no sabe qué hemos ido a hacer allí arriba. Aún puede decidir mantener la ficción de la fuga, será menos doloroso para sus padres. También hay que pensar en ellos.

Mirándome fijamente, respondió:

—¿Y tú dices eso?

—Sí, y usted no tendrá que dimitir. Podemos detener el tiempo. No volveré a matar, señor Duigan, ahora que mi madre ha muerto ya no tengo ningún motivo, ¿por qué echar a perder su vida, la de Wendy, las de los padres de las chicas, por qué tanto jaleo si podríamos vivir juntos y fundar una familia? Me juzgarán irresponsable por el asesinato de mi madre y de Sally Enfield y dentro de cinco años estaré de vuelta, completamente curado...

—Cállate, Al, te lo suplico, cállate.

—No sé si voy a pasarme la vida dibujando y construyendo casas de pobres como mi padre. Es verdad que se gana mucho. Basta ver cómo vivimos. —Abre las manos hacia el cielo para subrayar la evidencia—. Mi idea es convertirme en una arquitecta de fama mundial. Recibir encargos para concebir museos, estadios gigantescos, casas de intelectuales, conceder entrevistas al *Architectural Digest*. ¿Trabajarás conmigo, Jammie?

—Oh, claro que sí.

—Tendremos que ir a Europa a estudiar la arquitectura clásica. Es alucinante el patrimonio que tienen los franceses y los italianos.

—Me encanta su cocina.

—A mí también, me encanta. Le pediré a mi padre que me pague un semestre en París. Pero parece que los franceses son particulares.

—¿Por qué particulares?

—Parece que cuando les preguntas qué tal son capaces de responder: «*Pas mal*.» Figúrate, «*Pas mal*». Y además no son tan guapos como los americanos.

—Pero en la cama se vuelven locos. Te lo juro. Tengo una amiga que pasó un semestre en París estudiando historia del arte. Salió con un francés que nunca estaba animado. Pero en la cama hacía eso hasta... cinco veces diarias.

—¿Cinco veces diarias, Jammie? Exageras, ¿verdad?

—Debe de valer la pena salir con un francés. ¿Pero vivir con él, casarse?

—Se pasan el tiempo criticándolo todo. Parece que son todos comunistas. Hicieron una revolución, hace dos años. Y no les caemos bien. Somos muy diferentes, hay que reconocerlo. ¿Conoce usted Francia?

—De oídas.

—¿Ha estado en el extranjero?

—Nunca. Nunca he ido más allá de Montana al este y del mar al oeste.

—¿Y no lo echa en falta? ¿Te das cuenta, Jammie? Nunca ha salido de los Estados Unidos. Con mis padres ya hemos viajado por toda Sudamérica, y a Japón. Mi padre dice que Japón es el futuro. Mi próximo viaje será a Europa, Jammie, tú te vienes conmigo, no quiero que estemos separadas.

—Yo te sigo, Janis.

—¿No tienes miedo al avión?

—No, me encanta.

—¿Y usted tiene miedo al avión?

—Nunca he subido en uno.

—Debería hacerlo, se lo aseguro, es una sensación magnífica, no entiendo cómo hay gente que puede tener miedo. Pero... ¿adónde va? Por ahí nos alejamos del camino.

—Esa es mi intención.

—¿Pero qué pasa?

—No pasa nada. He decidido llevaros a donde quiero.

—Está bromeando, ¿verdad? ¿Qué quiere? ¿Violarnos? ¿Matarnos?

—Las dos cosas. Pero no en ese orden... No... Estoy bromeando.

NOTA DEL AUTOR

Novelar un personaje supone traicionarlo para servir mejor lo que uno presiente de su realidad.

Desde el fondo de su prisión de Vacaville, Ed Kemper quizá podrá comprender que me haya apropiado de su vida. También Stéphane Bourgoin, cuyo documental sobre el asesino en serie emitido por la cadena Planète despertó mi deseo de inmiscuirme en ese ser complejo.

MARC DUGAIN